

Obras y Apuntes

Camila Henríquez Ureña

Tomo V

OBRAS
Y
APUNTES

CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA

Digitalización: Magdalena Díaz Bazzi
Nancy Cárdenas
Regla Valdés

Diagramación: Mabel Torres Fouz

Corrección: Jorge Santana

Diseño de Portada: Mabel Torres Fouz

MIEMBROS DE LA COMISIÓN PARA LA PUBLICACIÓN DE LA OBRA Y APUNTES
DE LA PROFESORA EMÉRITA SALOMÉ CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA.

Lic. Luis F Céspedes Espinosa, Coordinador General
Jefe de los Asesores del Ministro
Ministerio de Educación Superior de Cuba

Dr. Andrés L. Mateo, Coordinador General
Subsecretario de Patrimonio Cultural
Secretaría de Estado de Cultura, República Dominicana

Dra. Nuria Gregori Torada, Coordinadora Técnica
Directora. Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba

Dr. Rogelio Rodríguez Coronel
Decano. Facultad de Artes y Letras,
Universidad de La Habana

Dra. Luisa Campuzano Sentí
Directora del Programa Estudio de la Mujer.
Casa de las Américas, Cuba.

Dr. Sergio Guerra Vilaboy
Jefe de Departamento de Historia,
Universidad de La Habana

Dr. Ramón Sánchez Noda
Director. Ministerio de Educación Superior de Cuba

Dra. María Dolores Ortiz Díaz
Profesora Emérita,
Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona. Cuba

Dr. Román García Báez
Director. Ministerio de Educación Superior de Cuba

Dra. Diony Durán Mañaricúa
Profesora Literatura Hispanoamericana. Cuba

Dra. Marcia Castillo Vega
Especialista del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba

Dra. María Elina Miranda Cansela
Jefa de la Cátedra Camila Henríquez Ureña .
Universidad de La Habana

NOTA ACLARATORIA

En la obra y apuntes de la Profesora Emérita Salomé Camila Henríquez Ureña es común encontrar frases o párrafos entrecomillados o referencias a pasajes o personajes que luego no aparecen a pie de página con las aclaraciones correspondientes, como es tradicional en los libros. Esto se debe a la práctica, universalmente válida, que siguen los profesores en la preparación de sus clases, y que después se aclaran en el aula, proceder que forma parte del ritual pedagógico.

Conocedora de la ejemplar honradez intelectual y personal de Camila, y su proverbial modestia, la Comisión que tuvo a su cargo la investigación de toda su papelería con el objetivo de realizar su publicación, estimó que era lo más adecuado respetar los originales y hacer la presente aclaración, teniendo en cuenta que Camila nunca consideró que dichos trabajos fueran a publicarse.

Así mismo consideró que con el objetivo de evitar repeticiones innecesarias se publicará en el tomo titulado *Documentos Varios* el catálogo donde aparecen clasificados cada uno de los documentos de Camila que se encuentran en los archivos del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba. Solamente en el caso de aquellos en que fue necesario de ponerle un título por no poseerlo, se hará la correspondiente aclaración a pie de página.

LA MUJER EN LA OBRA DE CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA.

Sergio Guerra Vilaboy

Zaida Capote Cruz

La mujer, la mitad de esa humanidad problemática, está buscando su conciencia. Se asoma -¡en gravísimo momento de la historia del mundo!- a la profundidad aún confusa de lo que llamamos *libertad*; libertad económica, libertad política, libertad cultural, libertad sexual, libertad moral: causa y efecto a la vez de todas las demás formas, esencia íntima de la libertad.

Este madurar de la conciencia femenina es un paso gigantesco que da la humanidad hacia su equilibrio interno y externo.

Camila Henríquez Ureña (1939)

I

La existencia y la actividad magistral de Camila Henríquez Ureña (1894-1973) no sólo resultaron decisivas en muchos aspectos para el desarrollo de la cultura hispanoamericana, sino también en los movimientos reivindicativos de los derechos de las mujeres de los cuales llegó a ser una sobresaliente abanderada. Incluso uno de sus ensayos, “Feminismo”, es considerado una significativa contribución al pensamiento feminista contemporáneo. Buena parte de estas aportaciones de Camila se realizaron en Cuba, donde se radicó desde muy niña.

Los periodos de su más fecunda labor intelectual, de fines de los veinte a principios de los setenta del siglo XX, coincidieron con grandes convulsiones políticas y sociales en la Mayor de las Antillas, a partir de la dictadura de Gerardo Machado. Entre esos acontecimientos se destacan la caída de la abo-

recida tiranía machadista en 1933; la frustración de la llamada revolución del treinta –que alcanzó su punto culminante con las medidas revolucionarias del efímero gobierno de Grau-Guiteras; el proceso de relativa estabilización política de fines de esa misma década, conseguido tras la promulgación de la avanzada Constitución de 1940 –proscribía el latifundio, establecía la prioritaria función social de la propiedad y reconocía una serie de derechos sociales, entre ellos los de la mujer-, que abrió un paréntesis de gobiernos salidos de consultas electorales y que fue cerrado de nuevo con el golpe de estado del 10 de marzo de 1952, cuando se instauró la dictadura de Fulgencio Batista.

Durante esa atribulada etapa de la historia de la república cubana la situación de la isla no fue muy diferente a la del resto de los países latinoamericanos, particularmente los de América Central y el Caribe. Dominadas por los enfrentamientos entre caudillos, dictadores y luchas revolucionarias, endeudados, con muchas de sus instituciones desprestigiadas y paralizadas por la violencia, la corrupción y la falta de democracia, las empobrecidas naciones latinoamericanas naufragaban en un mar de incultura, miseria e insalubridad. Al mismo tiempo, el afán mimético de modelos ajenos a la propia realidad americana comportaba la aceptación de nuevas dependencias, favoreciendo la asfixiante penetración cultural de origen foráneo, subordinando y mixtificando los valores autóctonos.

. A pesar de que en esos años de la primera mitad del siglo XX estuvo ausente de Cuba por largas temporadas –desde 1916 se desempeñaba como docente en prestigiosas instituciones y universidades norteamericanas-, su presencia y producción intelectual, así como la tenaz labor desplegada en la isla durante sus diferentes estancias, al lado de otras figuras cimeras de la intelectualidad cubana, permitió, frente a aquel clima tan adverso, la defensa y desarrollo de la cultura nacional –como expresión de una cultura mayor: la hispanoamericana-, de la que fue verdadero exponente; dando un extraordinario aporte en diversas organizaciones y asociaciones de la isla. Pueden citarse los casos de la Institución Hispanocubana de Cultura (1926), la que contribuyó a fundar, o el Lyceum femenino, cuya presidencia incluso ostentó. En esta lucha por preservar lo mejor de la verdadera espiritualidad latinoamericana Camila asignaba una gran responsabilidad a la mujer, pues como afirmó en una conferencia leída precisamente en esa última institución: “A quien siempre ha correspondido la misión de proteger y guardar, le tocará llevar a cabo un gran esfuerzo por la defensa de los valores culturales.”¹

Una de las facetas más significativas de Henríquez Ureña fue su singular contribución al desarrollo del movimiento feminista cubano. Como se sabe,

¹ “La mujer y la cultura”, incluida en el presente tomo de sus *Obras*, p. 114.

la historia del feminismo moderno arranca en la época de la Ilustración y la Revolución Francesa, al extenderse la idea de la igualdad, contexto en el que aparecieron la “Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana” (1791), elaborado por Olympe de Gouges, y la célebre “Vindicación de los derechos de la mujer” (1792) de la inglesa Mary Wollstonecraft, aunque sus antecedentes hay que buscarlos en la obra *Sobre la igualdad de los sexos* (1673) del filósofo cartesiano Poulain de la Barre.² Ya en el siglo XIX el feminismo se perfilaría como un movimiento social de carácter internacional marcado por el sufragismo, constituyendo la Declaración de Seneca Falls (1848) uno de sus textos primigenios.

En Cuba el feminismo, surgido como en otros países como un movimiento reivindicativo de los derechos de las mujeres en todos los terrenos, venía desarrollándose con particular fuerza desde principios del siglo XX y se expresó también inicialmente mediante el sufragismo, teniendo por principal fundamento la igualdad entre los sexos; a diferencia de las tendencias actuales, algunas inclinadas al reconocimiento del principio de la diferencia de género y a la asignación de papeles sociales distintos para hombres y mujeres.

Los orígenes del movimiento femenino cubano, que en general desempeñó un papel muy positivo en la historia de la Mayor de las Antillas, se remontan a los primeros momentos de la guerra por la independencia de Cuba, cuando en la Asamblea de Guáimaro en 1869, donde quedó fundada la República en Armas, Ana Betancourt de Mora exhortó a los diputados al reconocimiento de los derechos ciudadanos de las mujeres. Hitos fundamentales en los primeros años de las luchas de las mujeres cubanas fueron después la creación de clubes femeninos del Partido Revolucionario Cubano (PRC), ideado por José Martí para encabezar la guerra independentista en 1895; las vertebraciones en 1912 de los partidos Popular Feminista y Nacional Femenino, fundidos dos años más tarde en el Partido de Sufragistas Cubanas, luego conocido como Partido Nacional Sufragista; las actividades del Club Femenino de Cuba en 1918 y la Federación Nacional de Asociaciones Femeninas de Cuba (1921), institución esta última que patrocinó los dos primeros congresos nacionales de mujeres celebrados en 1923 y 1925; y la formación de la activa Alianza Nacional Feminista (1928).

Como resultado de las labores y campañas desplegadas por algunas de estas organizaciones, apoyadas por otras fuerzas sociales y políticas, se obtuvieron en Cuba importantes reivindicaciones femeninas. Entre ellas merecen citarse la Ley de la Patria Potestad (1917), la Ley del divorcio (1918), la Regulación del trabajo de las mujeres (1923), la Ley del Sufragio Femenino y el

² Véase Amalia Martín-Ganeso, *Antología del Feminismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1975.

Decreto-Ley de protección a la maternidad (1934) así como el Decreto sobre el trabajo de la mujer (1937).

Algunas de las organizaciones feministas más avanzadas llegaron a agrupar mujeres tanto de las capas medias de la sociedad cubana como incluso de los estratos más altos y también de los sectores humildes. Su programa de igualdad en el ejercicio de derechos civiles y políticos para la mujer, y muy en particular el sufragio, dio gran fuerza y coherencia al movimiento feminista en Cuba, poniendo en contacto a numerosas mujeres de la isla con los problemas nacionales, contribuyendo a ampliar sus horizontes y a lograr que a través del ideal de su liberación muchas de ellas se incorporaran a luchas de más amplias perspectivas.³

Esa meta final de las reivindicaciones de la mujer, asociada a la solución de los más graves males de la sociedad, estaba bien definida para Camila, como se aprecia en estas palabras suyas incluidas en la disertación titulada “La mujer ante el problema de la guerra y la paz”: “Por este movimiento las mujeres no intentan reclamar derechos legítimos, pero secundarios en importancia, sino colocarse junto a los hombres en la lucha definitiva contra la injusticia social de que todos por igual son víctimas. Lo que reclamamos en esa lucha es nuestro puesto al lado de nuestros compañeros. *Cada nación requiere para salvarse*—escribía José Martí—*cierta porción de intelectualidad y elementos femeninos, y así como no se da hijo sin padre y madre, no se da pueblo sin la comunión afortunada de los elementos viriles y los femeniles del espíritu*”.⁴

Un lugar especial en el desarrollo y concientización del movimiento feminista cubano correspondió a Camila Henríquez Ureña, quien no sólo dedicó su atención a los problemas de la mujer y su incorporación al progreso cultural—dejándonos rigurosos estudios sobre el lugar de este género en la historia americana y de algunas de sus más significativas figuras—, sino también mediante la elaboración de esclarecedores textos sobre el tema, al mismo tiempo que devenía una activa luchadora a favor de la emancipación femenina. Pero para Camila la lucha en esta dirección no conllevaba la pérdida de lo característico y propio de la feminidad, como lo habían entendido algunas feministas de su época, sino por el contrario en su reafirmación. Así se desprende de este texto suyo fechado en 1942: “Los adelantos que la mujer ha alcanzado en los últimos tiempos, a través de la mayor cultura y de un principio de independencia social traído por las transformaciones económicas, se ha realizado en un sentido *masculino*. La mujer ha comenzado a entrar en la

³ Julio Le Riverend: *La República. Dependencia y Revolución*. La Habana, Editora Universitaria, 1966, p. 214.

⁴ “La mujer ante el problema de la guerra y la paz”, en este mismo tomo de sus *Obras*, p. 55. La cita de Martí en cursiva aparece en el original de Camila.

lucha competitiva, con el hombre invadiendo su campo mientras sus esenciales misiones de continuadora de la especie, de organizadora de la familia y mantenedora de las relaciones sociales, están sufriendo una transformación tal, que es cosa de detenerse a meditar largamente sobre lo que ha de traernos el futuro.”⁵

Más adelante, en este mismo trabajo, no sólo profundiza en esta misma idea, sino también manifiesta su inquietud por la posible extinción futura de la maternidad, anticipándose aquí a los problemas éticos y retos que enfrenta la sociedad contemporánea ante la aparición de novedosas técnicas, como la clonación, que pueden hacer desaparecer la función reproductiva de la mujer. En este sentido escribió con cierto aliento premonitorio: “Si cada día menos mujeres tienen menos hijos, puede ser que a través de algunos adelantos científicos, dejemos de ser necesarias a la continuación de la especie; la familia se halla, evidentemente en un proceso de disgregación; las relaciones sociales se transforman, no teniendo ya como base las relaciones familiares; la mujer lleva pantalones, construye aeroplanos de guerra y destrucción, perece al igual que el hombre bajo las armas, se gana la vida como el varón, en competencia y llega a la igualdad en la libertad sexual al liberarse de las limitaciones impuestas por la misión material. Y todo esto indica, no la liberación de la mujer, no señores, sino la creación de un tercer sexo, muy semejante al de las *obreras*, en el seno de las abejas (sólo que no, hasta ahora, con la superioridad sobre un mundo de zánganos), un tercer sexo cada vez más *neutro*, porque hasta ahora no demostramos estar adquiriendo la capacidad creadora, expansiva, características del varón y sí demostramos estar perdiendo, bajo la presión de circunstancias ajenas a nuestra determinación, las capacidades esenciales de la feminidad.”⁶

Por esta y otras razones la obra de Camila en este campo debe ubicarse en una etapa de transición hacia el feminismo más moderno, superada la lucha por la simple reivindicación del sufragio para la mujer y de la búsqueda de una igualdad simple y competitiva con el hombre. Otra prueba de su reconocimiento de las diferencias de género, junto al prioritario sentido social que Camila otorgaba a las luchas feministas, puede encontrarse en este otro texto de su autoría donde reafirma su tesis de la misión de la mujer en lo que definió como “feminidad esencial”⁷, esto es, la contribución moderadora del elemento femenino –sin menoscabo “de las reclamaciones de derechos que

⁵ En “La contribución de la mujer a la sociedad del futuro”, en este tomo de sus *Obras*, pp. 92- 93. Las cursivas pertenecen al original.

⁶ *Ibid.*, p. 93. Este planteamiento lo reitera en sus “Palabras en la Sociedad de Mujeres Americanas”, incluido en este mismo tomo de sus *Obras*, p. 101.

⁷ Véase “Palabras en la Sociedad de Mujeres Americanas”, loc. cit., p. 102.

aún tiene que hacer y le corresponden”- contra las fuerzas destructoras que amenazan la existencia de la humanidad: “Las mujeres de hoy, en su mayoría, están *de vuelta* del antiguo concepto del feminismo, que significó (fenómeno natural, pero pasajero) antagonismo hacia el hombre. Si siguen organizando *Congresos y Asociaciones* privativas de su sexo, es con el fin de organizar las actividades femeninas, aún no encauzadas. Hace poco tiempo que la mujer ha llegado a la vida pública, con fuerzas y capacidades que ella misma ignora todavía. Siente la necesidad de descubrir en cada actividad aquellos aspectos más adecuados a su índole femenina específica. Las asociaciones y congresos femeninos tienen hoy por finalidad principal, poner de relieve los matices de la feminidad y movilizar sus fuerzas en el sentido de mayor cohesión, poniendo en contacto a las mujeres en la vida interior de cada país y en la vida internacional y desarrollando en ellas el sentido de la comunidad”.⁸

Esta profunda convicción de Camila sobre el papel de la mujer en la sociedad también se demostró con su destacada participación en el Tercer Congreso Nacional Femenino, celebrado en La Habana entre los días 18 y 22 de abril de 1939 y que tuvo como lema “Por la mujer, por el niño, por la paz y el progreso de Cuba”.⁹ En su intervención inaugural en esta importante reunión puede advertirse no sólo su permanente lucha por el mejoramiento de la mujer, sino también su gran preocupación por el avance del fascismo a escala mundial y el destino futuro de la humanidad, tema que lamentablemente sigue siendo hoy tan acuciante como entonces.

En opinión de Camila una de las principales tareas de las agrupaciones femeninas en aquel dramático momento histórico radicaba en la movilización de sus fuerzas a favor de los ideales de justicia social y de paz entre los pueblos. Por eso en una disertación anterior, el 7 de noviembre de 1938, como parte de los preparativos de la mencionada conferencia señaló: “En estos momentos en que las voces huecas de los dictadores prometiéndolo en todos los idiomas la paz a las naciones, llevan por acompañamiento negativo el zumbido de los aviones y el estallido de los obuses sobre poblaciones indefensas, y el derrumbamiento –sobre las cabezas que debían proteger– de los muros de ciudades que eran orgullo de nuestra ambiciosa civilización, todo espíritu capaz de simpatía humana se sobrecoge de horror, todo ojo capaz de una visión de futuro se siente enturbiado por el llanto. La angustia se ha hecho dueña del corazón de los hombres. No aislado, pero sí por encima del problema político, se plantea un pavoroso conflicto, vital: estamos asistiendo a la

⁸ “La mujer ante los problemas de la guerra y la paz”, loc. cit., p. 55.

⁹ Véase Julio César González Pagés, *En busca de un espacio: Historia de mujeres en Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003, p. 95.

destrucción de la humanidad. Los procedimientos de guerra actuales son eficaces para producirla. En el extremo oriental y en el occidental del Viejo Mundo arden hogueras que no se extinguirán por ahora. Todos sabemos que, insidiosamente, el fuego se propaga en torno nuestro, y que cubrirá la tierra entera. Todos vemos como una civilización se derrumba.”¹⁰

El cónclave del movimiento femenino también estaba dirigido a lograr que la cercana Convención Constituyente cubana garantizara plenamente los derechos específicos a las mujeres. Como bien señaló Mirta Aguirre: “Muy a sabiendas de que la iniciativa partía de *rojos* y de una organización femenina tachada de lo mismo (se refiere a la antigua Federación Democrática de Mujeres Cubanas), Camila Henríquez Ureña prestó de inmediato su nombre a la Comisión Organizadora, a fin de propiciar que éste pudiera alcanzar sus objetivos con el apoyo de lo que por aquellos días se llamaba un *frente único* de gran amplitud”.¹¹

Después de efectuado el Tercer Congreso Nacional Femenino, Camila pronunció su magistral conferencia “Feminismo” en la Institución Hispanocubana de Cultura, donde una vez más demostró su compromiso vital con las luchas de las mujeres de la isla que había hecho suya como su propia patria. En este ensayo trascendente, cuyas principales tesis mantienen plena vigencia, Camila demostró que el feminismo no era un simple movimiento reivindicativo, sino que entrañaba toda una filosofía para las mujeres que les posibilitara enfrentar la hegemonía masculina, alcanzar su pleno lugar en la sociedad y contribuir al mejoramiento humano. En este trabajo, como en todos los dedicados a la mujer incluidos en este volumen, queda bien claro el sentido profundamente comprometido con el futuro de la humanidad y el papel de la mujer que tenía esta gran hispanoamericana, cuyo ideario constituye uno de sus más valiosos legados. Así sentenció, con la mirada puesta en el mañana, lo que deseaba para las siguientes generaciones:

Pero yo quisiera que en el mundo por venir la civilización que ha llevado el masculinismo a sus últimas consecuencias, se reorganizara bajo la influencia moderadora del elemento femenino: que donde reina la agitación, un poco de reposo la aplacara, que el impulso a la riqueza se moderara con un sentido ético; que a la base competitiva sustituyera la base de cooperación, que el principio de fertilidad moderara al de destrucción en el sentido de que el varón dejara de usar sus impulsos destructores sobre seres humanos y los animales y los convirtiera a destruir la enfermedad, la miseria, la desigualdad

¹⁰ “La mujer ante el problema de la guerra y la paz”, loc.cit., p. 54.

¹¹ Mirta Aguirre: “Prólogo”, en *Camila Henríquez Ureña. Estudios y conferencias*. La Habana, Editorial de Letras Cubanas, 1982, p. 10. Las cursivas pertenecen al original.

económica y la guerra, hija de la ambición y la injusticia, que por encima del valor mecánico, se imponga el valor humano, cada vez más desconocido; que, usando del derecho de inspiración y de consejo ayudemos a reconstruir una civilización que resolviendo los problemas materiales básicos de manera que suprima las injusticias y desigualdades que hoy estorban la vida de los que la sufren como los que las explotan en aparente beneficio, el mundo se organice al fin sobre una base ética, basada si no en el amor, al menos en el respeto de la dignidad humana.”¹²

II

Uno tiene la sensación, a veces, de que la obra y la figura de Camila apenas emergen dentro del conjunto familiar de los Henríquez Ureña, y por eso nos parece importantísimo el rescate de su papelería, para integrar su obra al curso de la historia de nuestras letras, en el lugar que justamente merece. Como ya se dijo, Camila presidió el Lyceum, la sociedad cultural femenina de más valía intelectual en la Cuba republicana¹³, y dirigió su revista, aún hoy ejemplar por el rigor y la seriedad de sus propuestas, que no se limitan a estudios sobre cultura femenina, sino abarcadoras de un espléndido espectro en el cual aparecen representadas todas las preocupaciones de la cultura epocal. Esa sociedad promovió la difusión de las ideas más avanzadas del momento y coordinó una suerte de resistencia desde la cultura al malestar republicano. A partir de esos años, y hasta su muerte, el ideario feminista de Camila Henríquez Ureña cobrará nitidez y se organizará en textos de distintos objetivos, ya sea el de inaugurar un congreso de mujeres o iluminar la vida de una autora en una conferencia universitaria, pero no cederá nunca en su empuje y coherencia. Revisando esos textos, organizados más o menos cronológicamente, no es posible hablar de una evolución del pensamiento feminista en Camila Henríquez Ureña. Su conocimiento del tema de la mujer, su estudio dedicado, su capacidad para relacionar el pasado y el presente, parecen ya acendrados en sus trabajos más tempranos.

El ciclo de conferencias que abre este tomo, en torno al tema “Mujeres en la Colonia”, dictado en el Lyceum y reproducido ahora, reúne sus pesquissas de archivo, sus inquietudes acerca del modo de contar la historia de la humanidad desde una perspectiva patriarcal predominante, que niega la contribución de las mujeres a la cultura. Se advierte en Camila una preocupación fija por rescribir la historia desde la perspectiva del rescate de una presencia femenina activa, influyente tanto en el destino histórico de los pueblos, como

¹² “La contribución de la mujer a la sociedad del futuro”, en este mismo tomo de sus *Obras*, p. 94.

¹³ Del Lyceum y Pro-Arte Musical dice en “La mujer en Cuba”: “son instituciones de gran altura y seriedad, visitadas constantemente por eruditos, escritores, artistas y músicos del mundo entero, que vienen ofrecer conferencias, congresos, exposiciones y conciertos”.

en la gestación de una cultura propia, y de ahí su interés en reseñar el sitio de las monjas en la Colonia, o el papel de las cortesanas. Su preocupación por el destino de las mujeres en la sociedad, que cobra forma en este curso con que da inicio el presente tomo, se perfila sin dobleces en muchos de estos documentos. Ya sean notas de archivo, fichas de libros leídos, o comentarios de obras específicas, la percepción de que la mujer tiene un lugar en el mundo, para ocupar el cual no necesita el permiso de nadie sino que, por el contrario, debe diseñarlo a su gusto y en vista de sus intereses de modo que pueda tener una existencia plena, aparece en todos sus textos. Por eso se pregunta acerca de la ausencia de mujeres en algunas obras sobre la época colonial. De combatir la “leyenda negra” sobre la mujer en la sociedad colonial pasa al reconocimiento de una cultura femenina potente, a fin de llenar esos vacíos. Leer las vidas de nuestras antepasadas, informarse de cómo se había construido la identidad femenina en cortes y conventos, es apenas uno de los aspectos del ideario feminista de Camila. Como apéndice de este primer acápite hemos añadido sus notas sobre el tema recopiladas durante su año sabático en España, en el Archivo de Indias y un recuento de “Monjas escritoras”, para ilustrar sus métodos de trabajo.

Del segundo bloque, reunido bajo el rubro “Mujer y sociedad”, vale destacar, por sobre todos los allí reunidos, el ensayo “Feminismo”, medular para la comprensión de la situación de la mujer a través del tiempo y, también, declaración de derechos femeninos hecha sin cortapisas, desde la posición de un feminismo social que no pretendía aislarse, sino integrarse en la lucha por una sociedad más justa. Ese ensayo deviene esencial para conocer la historia del feminismo en Cuba y el Caribe, pero también porque hace un recuento de la situación de la mujer a través de la historia. En él Camila aborda temas tan disímiles en apariencia como el trabajo femenino, el control de la natalidad, la institución legal del matrimonio, la necesidad de educación de la mujer y la inexorabilidad del movimiento feminista, en vistas de que todos los avatares de la “clase social de la mujer”,¹⁴ como la llama, han tenido como resultado “una larguísima lista de vidas fracasadas, abortadas, porque la mujer tenía una sola razón de vivir y esa estaba situada fuera de su ser, absolutamente ajena al dominio de su voluntad”.¹⁵ En su análisis de las causas del sometimiento femenino, llega a una comprensión cabal del problema, pues concluye, como lo haría Franca Basaglia¹⁶ años después, que partiendo de la educación y luego por su situación social, el de la mujer es un “ser para los otros”, que no se adecua a sus propias expectativas e ilusiones, sino que vive en función de los demás. Cambiar ese estatus, hacer de cada una un “ser para sí” que no olvide

¹⁴ Como dice en “La mujer y la cultura”: “somos, hemos sido, una clase de proletariado”.

¹⁵ “Feminismo”, en este volumen.

¹⁶ Franca Basaglia, *Mujer, locura y sociedad*. Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1983.

su compromiso con el resto de la humanidad, parece ser el fin de la prédica feminista de Camila Henríquez Ureña.

Cumpliendo con ese compromiso, Camila hace acto de presencia lo mismo en reuniones de mujeres que en encuentros por la paz, donde asiste a brindar sus palabras de esperanza en el bienestar posible de la humanidad. Esta faceta de su actividad política es una de las sorpresas que nos reserva Camila, capaz lo mismo de dictar una conferencia para el ciclo de la Universidad del Aire, que de irse a la Cárcel de Mujeres de Guanabacoa a entregar un donativo de libros con la esperanza de paliar el sufrimiento de las internadas, dándoles al mismo tiempo recursos dignos para enfrentar su situación y alimentando en ellas el deseo de conocer y conocerse, estimulándolas a crear, a cultivarse, convencida de que el crecimiento espiritual siempre resguarda al ser humano de las iniquidades de la vida.

Sorprende, también, su disposición al debate ideológico abierto, su propuesta de acudir al tercer congreso de mujeres para dialogar. En momentos en que el movimiento feminista enfrentaba la amenaza de un cisma peligrosísimo, Camila convoca a la unidad, aún en la diferencia de criterios:

Se ha querido –dice– que aquí se oigan todas las voces, se exterioricen todas las ideas. No porque toda idea merezca subsistir y propagarse. Eso es una falacia. Hay ideas falsas, hay ideas perversas, hay ideas que perjudican el bienestar de la humanidad. Pero aquí querríamos discutir las todas, para someterlas a la prueba de la verdad. Las ideas del mal pueden imponerse al mundo por la fuerza; pero no resisten al razonamiento. Quienes no osan discutir es porque no tienen confianza en la validez de sus principios; es porque no pueden creer en ellas sino en la oscuridad, en la ceguera.¹⁷

Tal desafío sólo puede hacerse desde el convencimiento de la razón en los argumentos y la palabra propios. Como activista feminista y contra la guerra, Camila desarrolló una labor bastante amplia, como puede confirmarse en muchos de los textos incluidos en este volumen.

Ejemplar en cuanto dueña de su propia sensibilidad, ejemplar en cuanto formadora de quienes necesitaban o solicitaban su orientación, Camila fue, sin embargo, poco amiga de protagonismos, ella parece forzarse a hacer esta clase de apariciones públicas, y los borradores de sus conferencias extraordinarias, a veces improvisadas en poco tiempo, dejan ver cómo le preocupaba conseguir la expresión más clara y eficaz. Leídas en su letra clara y elegante, sus ideas no pueden concitar otra cosa que admiración, aún los más breves textos, incluso los de ocasión, dan cuenta de su magisterio que fue, más que cultural, humano.

¹⁷ “Discurso de apertura del Tercer Congreso Nacional Femenino”, en este tomo.

Una sorpresa resulta el breve “La mujer intelectual y el problema sexual”, donde Camila aborda valientemente el drama de la sexualidad de la mujer intelectual dentro de la sociedad patriarcal. Para quienes se destacan por su talento, ha habido, a través de la historia, pocas oportunidades, la mayor parte de las veces dejándolas en libertad –y al mismo tiempo confinadas- en los márgenes de la sociedad. Este alegato, que da fe de su preocupación por los problemas de su momento, uno de gran efervescencia feminista en todo el mundo, coincide en principio con visiones que marcaron una época, como la de Alexandra Kolontay, cuya obra puede servir de fondo a este texto que da fe de la dificultad de conciliar el trabajo intelectual con la condición social de la mujer, un problema aún irresuelto.

Por otra parte, nos interesa la referencia que hace Camila al surgimiento, con la conquista del espacio público por las mujeres, de un “sexo neutro”¹⁸ cuyo sitio no comparte. Su propuesta, ya mencionada, de rescate de una “feminidad esencial”, que no se niegue al progreso pero que tampoco olvide las bondades de la feminidad asumida como solidaridad y sensibilidad, es otra de las ideas destacables en su ideario feminista, a pesar de la idealización fácilmente perceptible en ella. Como dirá, “La primera prueba de capacidad cultural que puede dar una mujer es la seriedad en el trabajo y ante la vida. Y yo no doy a esa palabra, *seriedad*, ningún sentido anticuado”.¹⁹ Su responsabilidad, su seriedad, afloran en cada uno de los textos que ahora reunimos. Es evidente que su compromiso con la cultura, entendida en ese sentido, nunca fue abandonado.

Hemos organizado en un tercer bloque los textos referidos a literatura y arte –y el binomio está forzado por la inclusión del comentario sobre uno de los episodios de la película *Lucía*²⁰ (Humberto Solás, ICAIC, 1968)- en los cuales se avizora el trazado de una suerte de genealogía propia, que va de Santa Teresa, Sor Juana o Misia Mariquita Sánchez a Gabriela Mistral y Laura Mestre, y que se reconoce en presencias contemporáneas como la de Mirta Aguirre, en quien ve continuada su obra pedagógica. La penetración con que Camila enfrenta cualquier labor de pensamiento, la profundidad de sus juicios literarios y el tremendo volumen de información que su amplia cultura y su dedicación a la investigación le permitían manejar hacen de estos trabajos, incluso los ocasionales que alcanzan apenas una cuartilla, una declaración de

¹⁸ En “Palabras en la Sociedad de Mujeres Americanas” y “La contribución de la mujer a la sociedad del futuro”.

¹⁹ “La mujer y la cultura”.

²⁰ En las protagonistas de la película, Camila ve a “la mujer del mundo moderno en general, en su proceso agónico en busca de sí misma, de la definición y conquista de una personalidad que las condiciones sociales desde tiempo inmemorial le han vedado alcanzar”. He aquí otra muestra de su sensibilidad para entender el problema de la mujer como uno condicionado por la sociedad, cuya transformación influirá sin dudas en la posible mejora de la condición femenina.

principios acerca de la condición de la mujer intelectual, así como de su compromiso con aquellas que pertenecen a otros grupos sociales y con el resto de la humanidad toda. Enseñanza contra las pretensiones elitistas de siempre, su apreciación de que “el verdadero movimiento cultural femenino empieza cuando las excepciones dejan de parecerlo”,²¹ es una idea que merece recordarse a la hora de analizar la situación de las mujeres en la hora actual.

En un cuarto bloque aparecen reunidas las notas tomadas acerca de novelas de autoras hispanoamericanas y los esbozos biobibliográficos de escritoras francesas donde apenas hizo comentarios críticos, pero que hemos decidido incluir como testimonio de su preocupación por conocer a fondo la literatura de las mujeres. Referencias a otras autoras aparecerán entreveradas en otros textos que no están incluidos aquí, como ocurre con los comentarios a *Ifigenia*, de Teresa de la Parra, porque integran estudios que clasifican en otros de los temas en que se ha dividido el plan de estas *Obras*.

De todos modos, sabemos que los trabajos ahora reunidos dan fe suficiente del activismo de Camila Henríquez Ureña a favor del feminismo en todos los terrenos de la cultura, entendida ésta en su sentido más amplio. La trascendencia de su labor docente quizás ha desdibujado un poco su figura en cuanto perteneciente a la tradición feminista, pero no hay que olvidar que esa maestra de varias generaciones fue también una mujer pensante que elaboró uno de los textos más significativos acerca del lugar de este género en la sociedad, tema sobre el cual siguió interrogándose toda su vida en cada tarea que acometía. Aquí están, reunidos, los testimonios de esa inquietud. Aquí dialogan Sor Juana y Silvina Ocampo, al interior de una sensibilidad que las aún en su condición de mujeres escritoras y que pretende, por el estudio de casos disímiles, llegar a pergeñar la posibilidad de un modelo, un modelo de libertad y creación, o, mejor, un modelo de creación en libertad para todas las mujeres. Eso y no otra cosa son los ensayos que presentamos. Esperemos que, también para quienes los lean ahora, unos junto a otros, alcancen a forjar esa imagen ideal que, lejos de obedecer al ideal femenino ya caduco que ha pretendido imponerle a la mujer la ideología patriarcal, recrea el ideal de una mujer que se deja tentar por el mundo, lo explora y trata de pensarlo, e incluso, de crearlo. Esa mujer que, en vista de que su condición de intelectual le hace difícil la vida íntima, opta por plantearse el problema, pero no calla, comparte con las otras sus saberes y experiencias, lo mismo que sus dudas y llega, así, a ser ella misma. Esa es la Camila Henríquez Ureña que está en estas páginas.

²¹ “La mujer y la cultura”, en este volumen.

MUJERES EN LA COLONIA

MUJERES DE LA COLONIA

I

ISABEL. SANTA TERESA.

LA MUJER EN ESPAÑA DURANTE EL PERÍODO COLONIAL. SU FORMACIÓN Y SU PAPEL. “LEYENDA NEGRA” DE LA MUJER ESPAÑOLA. HECHOS PROBADOS QUE LA DESVIRTÚAN.

Tenemos opiniones formadas sobre muchos asuntos que no hemos estudiado. Una de esas opiniones formadas y universalmente aceptada y repetida como si se tratara de un axioma, es la que se refiere a la educación y papel de la mujer hispana durante el período colonial: la mujer hispana en aquella época y hasta casi el presente era mantenida en la ignorancia, el fanatismo y el absoluto sometimiento del varón.

Esta opinión forma parte de la general “leyenda negra” del período colonial, según la cual (en parte de ella) no hubo casi nada que pudiera llamarse cultura ni actividad intelectual durante ese largo período, debido al “oscurantismo” característico del régimen español, y esta miseria intelectual a su vez no era sino un aspecto de la supervivencia de la actitud espiritual, legal y consentudinaria que España conservaba de la “Edad Oscura” edad de retroceso primero y de paralización después, que duró unos mil años y que conocemos, como si fuera sólo una especie de puente cronológico, con el nombre de Edad Media.

El siglo XIX empieza a ser testigo de una reivindicación de la Edad Media, edad que con tanto ahínco trató de evocar el Romanticismo como fuente tradicional, precisamente, de lo moderno como diferente de lo clásico. Uno de los más importantes libros que señalan esa revalorización de la E. Media se escribe en los E.U., acaso sorprendentemente. Es *Mont Saint-Michel y Chartres* de Henry Adams, que lleva por subtítulo: estudio de la unidad en la Edad Media. “La educación de H. Adams”, estudio de la multiplicidad en la época

El siglo XX ha permitido que la obra del tiempo, de la reflexión y el estudio despejen la niebla de apasionamiento, error e ignorancia que envolvían los tiempos coloniales y encauzamos hacia una más justa valoración de esa época. Sabemos que al establecerse los españoles en América trajeron la cultura europea, religión, organización social, sistema jurídico, artes, ciencias, agricultura, crianza de animales domésticos, industrias, comercio, vestimenta y costumbres. Trataron de transmitir esa cultura a los indígenas en mayor o menor medida, pero el empeño no pudo cumplirse de modo sistemático como lo había cumplido Roma en sus conquistas europeas, porque la colosal magnitud del territorio lo impedía y porque los indígenas a veces, o se oponían violentamente, o vivían en zonas donde era muy difícil penetrar de todos modos (cita de Gómara en P. Salas). Es interesante observar que los misioneros españoles después de aprender las lenguas indígenas importantes para catequizar a los nativos, las extendían sobre territorios mayores que aquellos donde antes se hablaban, como ocurrió con el nahuatl, el quechua y el guaraní. Al mismo tiempo, difundían la lengua castellana, la que se enseñaba por arte de gramática a los indios, para cuyo fin se imprimieron y trajeron a América innumerables cartillas. Recordemos que con el descubrimiento coincide la publicación de la 1ra. gramática castellana, que es al mismo tiempo, la primera gramática de una lengua moderna. La reina había comprendido bien el sentido de la frase pronunciada ante ella: “la lengua y el imperio marchan juntos” (o “la lengua es apoyo del imperio”), y dio tanta importancia, a su difusión como a la difusión de la religión católica instrumento de la unificación de España, con motivo de la entrega que Colón le hizo de un grupo de indios cuando regresó de su primer viaje, pronunció ella sentencia memorable: “Esas cabezas no son para vender, sino para aprender la lengua castellana”.

No nos confundamos. No estoy tratando de elaborar aquí una “leyenda blanca” de la conquista y la colonización españolas. Enormes fueron las violencias y crueldades, como conquista armada que fue, y decapitó las culturas nativas haciendo desaparecer sus manifestaciones más elevadas en religión, arte y ciencias. Pero la colonia fue también y sobre todo fundación y ésta,

sobre bases culturales. Los españoles apenas conquistaban una ciudad o la fundaban, establecían en ellas las instituciones europeas: políticas, religiosas y educativas. Para dar a entender a los nativos “que venían a poblar allí de asiento”, construían ciudades sólidas y la enseñanza escolar empezó temprano, tanto para hijos de españoles como para indígenas. No se intentó, naturalmente extender la cultura intelectual a todos los habitantes porque en la Europa del siglo XVI no se había implantado aún la enseñanza obligatoria para todos. Pero se establecieron desde el principio, colegios para niñas tanto como para niños.

Examinemos cuál era la situación de la mujer en España al terminarse el siglo XV, con el fin de ver qué antecedentes pudo tener la educación femenina en las colonias españolas y el papel que en ellas tuvo la mujer.

Creo que no es exageración decir que la Edad Media ha sido, antes del período actual, la época en que mayor auge ha alcanzado la mujer. Sin duda, a causa del advenimiento del cristianismo, que proclama su respeto a la monja, a la esposa y a la madre y que glorifica la feminidad en la divinidad de María, en sus aspectos de virgen y de madre, es decir, en aquellos en que la mujer afirma su ser como ser singular y único, independiente de su relación con el hombre. Sin duda, una gran dualidad caracteriza ese tratamiento de la mujer en la Edad Media, pues por otro lado y en otros aspectos se la considera fuente de pecado, se la abomina y se la desprecia; pero lo que nos interesa es apreciar hasta qué punto alcanzó a destacarse. Es cosa sabida que las familias pudientes enviaban a sus hijas a conventos o escuelas de “amigas” a recibir instrucción primaria, y es proverbial la destreza con que aprendían desde niñas, las finas labores de costura, tejido y bordado. Se puede comprobar que España contaba con planteles especiales para niñas, como el de San Juan de la Penitencia, en Alcalá, fundado por el Cardenal Cisneros; el de Doncellas en Salamanca, el de Doncellas nobles en Toledo; el Colegio de las Vírgenes, en Guadalajara, los de Loreto y Santa Isabel, fundados por Felipe II (1581-1592) el de Niñas de Leganes, el del Refugio, el de las Vírgenes en Zaragoza. Mediante estas escuelas, las mujeres adquirieron algo más que las tradicionales habilidades de tejer, bordar, hacer dulces, etc.... pues muchas llegaron a ser doctas”. (R. Vilches Acuña- España en la Edad de Oro).

Ahora bien, este “ser doctas” era en el siglo XVI algo que resultaba tradicional en la mujer. No en la enseñanza primaria y secundaria, sino en las universidades, durante toda la Edad Media y aun después del Renacimiento, aunque en forma más restringida, las mujeres concurrieron y recibieron enseñanza con gran libertad. No sólo asistían, sino ocupaban cátedras. Cuando el duque normando Roberto Yuricardo, a fines del siglo XI funda en Salerno la

famosa universidad que es la primera de Europa como escuela de medicina aunque no fue nombrada como Universidad regular ni oficial hasta 1231.

Sidelgasta, hermana de Salerno Yisulfo, antes de los normandos, ocupó una de las Cátedras de la Escuela de Medicina y se dice que llegó a tener gran prestigio como especialista en un departamento que supongo que ahora llamaríamos de Toxicología, pero que entonces llevaba el inquietante y descarado título de Departamento de Venenos. No es preciso decir, pues que la U. de Salerno, a mediados del S. XI, admitía mujeres como estudiantes. Otra catedrática en esa misma universidad y época fue Trotula, autora de varios tratados, uno de los cuales, titulado *De Mulierum Passionibus*, fue traducido al inglés en el siglo XIV.

La Universidad de Bolonia, fundada en el siglo V de nuestra era (es la más antigua de Europa) empezó a tener gran reputación a principios del siglo XIII. Los privilegios que le concede el emperador Federico I son de 1158 y desde principios del S. XII tienen preeminencia.

(En el siglo XIV se fundó allí el Colegio de San Clemente de los Españoles, por el Cardenal de Toledo, D. Gil Carrillo de Albornoz, que fue tan brillante, habiendo estudiado en él Nebrija y Luis Vives; fue famoso por los privilegios de que gozó, y pudo reunir en una misma persona el Cargo de Rector de la Universidad y del Colegio. Se mantuvo así hasta fines del Siglo XVIII). Esta U. contó mujeres entre sus estudiantes desde que se abrió; entre ellas figuró una hija de Irnerio el célebre jurisconsulto italiano, (en el siglo XI) que enseñó allí Derecho romano y fue llamado la luz de las leyes. Las hubo en todas las facultades, en especial en la de leyes. “Muchas veces- dice Gaspar Mariano- les acaeció a nuestros mayores tener por profesoras de Leyes a mujeres. Beltina de Calderini, habiendo recibido las borlas del doctorado, reemplazó en la cátedra a su esposo Juan de San Jorge... Novella Calderinis, Battista de Gorzadine y dos hijas de Acurso (S. XIII)” el ídolo de los jurisconsultos, enseñaron también Leyes en esa Universidad con gran aplauso.

En el siglo XIII, en Bolonia, ocupó cátedra de Matemáticas María de Novella. Ni su juventud, ni su belleza, que era extraordinaria impidieron que desempeñara con éxito singular esa Cátedra. Se conocen más de 20 mujeres que desempeñaron cátedras en Salerno y muchas más en Bolonia hasta la época del Renacimiento, ciudad que pertenecía, en esos siglos a los Estados Pontificios.

Recordemos que entre esas mujeres está la famosa Leonor de Aquitania, tres veces casada y siempre reina, y madre de 10 hijos, entre ellos Ricardo Corazón de León. Toda su vida es más asombrosa que las leyendas que creó,

creadora de las Cortes de amor, con su código de cortesía y de refinamiento literario (Fue por 15 años reina de Francia, por 50, de Inglaterra y toda su vida de más de 80 años reinó en Aquitania, su patria. Se erigió en rival de la autoridad de San Bernardo, y se atrevió a divorciarse del rey de Francia y a casarse con el de Inglaterra, por razones políticas sin duda. Y es en extremo divertido el que, en su camino a su territorio de Poitiers, más de un príncipe intentó detenerla y casarse con ella, y ella tuvo que huirles.

Su hija María de Champagne, creó la literatura cortés de amor, después de casarse, a los 20 años con el Conde Enrique. El poeta de su reinado fue Christian de Troyes que afrancesa a Parsipe y a Tristán e Isolda, que murió hacia 1175 dejando un gran volumen de versos que nos dan a conocer la literatura que esas mujeres crearon: colorido y armonía convencional, refinamiento, reserva y una delicadeza de gusto femenino: típica producción del poeta laureado con la flor de oro, de entonces acá. Para esta misma María escribió Walter de Arias su poema *Tracle* y fue objeto de los cantos de los trovadores provenzales y de sus imitadores franceses. Pero; qué más espléndido y conocido ejemplo de esta literatura del amor cortés, que la novela caballerescas, con su concepto del amor casi como religioso y de la dama como segunda sólo a Dios y al Rey, desde Lancelot hasta Don Quijote. Sin duda, un amor apasionado, y en los poetas como Dante y Pretrarca, de una complicación que hoy apenas concebimos. Es a María, su hermana, a quien Ricardo C. de L. escribe su famoso y admirable canto desde la prisión. (Roman de la Rose de J. de Torres. -La Rosa-ideal de belleza femenina -Escena- La Corte de Amor. Más tarde, Villon escribiría aún su lamentosa Balada de las Damas del tiempo que fue -Nieves de Antaño; en dónde está “a rounded and complete civilization”. Devoción a María en muchos poemas).

ISABEL I DE CASTILLA

Fue educada en el retiro, pues apenas contaba tres años de edad, murió su padre D. Juan II y Enrique IV. Su hermano, no hizo mucho caso de ella hasta los 12 años que la trajo a vivir a su lado. Pero ella, a causa del ambiente de disolución que reinaba en la corte, se puso bajo la protección de su hermano Alfonso, y a la muerte de este se retiró al Monasterio de Avila a donde el Arzobispo de Toledo, en nombre de los Confederados, le ofreció el puesto de heredera vacante por la muerte de D. Alfonso.

No acepta y no fomenta la discordia que demuestra desprendimiento y alteza de espíritu. Los nobles y afiliados al bando rebelde la hacen nombrar princesa de Asturias heredera de los Coronas de Castilla y León. Así es declarada en Toros de Guisando, con júbilo de los súbditos. La nación entera lo aprueba en la Corte de Ocaña. Esta voluntad expresa del pueblo es el origen del verdadero derecho de Isabel al trono.

D. Enrique tratando de desvirtuar esa decisión trata de hacer a su hermana contraer matrimonio con Alfonso, Rey de Portugal. Pero la princesa demuestra su firmeza de carácter, y prudente, pero enérgica; mesurada, pero resuelta, da su negativa. Antes se había hablado de casarla con Carlos, y luego con Fernando de Aragón y ella le había dado su preferencia sobre un príncipe francés y otro inglés, por sus dotes, su juventud y su ser español. Con la aprobación del arzobispo de Toledo y de Federico Enriquez, Almirante de Castilla, jefes del partido que la sustentaba, contrae matrimonio con Fernando. Se dice que antes había enviado a observar a los candidatos por su Capellán. Alonso de Coca, y que éste halló al duque de Berry flaco y de vida declinada al paso que le dijo que el príncipe de Aragón era de gesto y proporción de persona muy hermoso. Se dice que ambos quedaron prendados uno de otro.

“Castilla, Castilla, por el rey don Fdo. y la reina doña Isabel, reina propietaria de estos reinos. D. Fernando tiene su momento de debilidad, en que pretende que a él sólo le correspondía la corona de Castilla, como varón inmediato descendiente de la estirpe real, queriendo aplicar a Castilla el Sistema Aragonés de excluir a las hembras de la sucesión. Pero los partidarios de Isabel recordaron haber regido siempre opuesto principio en Castilla. La prudencia de Isabel con el auxilio de sus grandes defensores, hizo que pronto llegaran a un convenio ella y Fdo. y por él, siempre las cartas y provisiones reales y todas las manifestaciones públicas irían los nombres de los dos empezando por el del Rey; pero quedando siempre Isabel como reina única a quien prestaran homenaje los castellanos. Fdo se avino al fin, teniendo no poca parte a ello el sentimiento paternal hábilmente invocado por la reina, pues le hizo ver que si se admitía el principio de la exclusión de las hembras a la corona, perjudicaría a la única hija que entonces tenían, que podría ser llamada a herencia del trono Castellano. Y esta previsión de Isabel fue sabia, pues si bien esa princesa murió, también murió su único hijo varón, y la herencia recayó al fin sobre Juana la infortunada reina que fue madre de Carlos V.

Isabel poseía esa actividad vigilante e incansable, tan necesaria a la misión que le tocó cumplir. En la paz como en la guerra, se mantenía

siempre en movimiento, tan pronto a pie como a caballo, apareciendo con pasmosa presteza y oportunidad en los puntos de mayor compromiso. Fernando la acompañó como incansable campeón, encontrándose a veces en los puestos de mayor peligro. La reina dio muy numerosos ejemplos de grandes dotes de gobierno y de entereza de espíritu. (Incidente de Segovia, sublevada contra el marqués de Moya. Trató de cortar luchas sangrientas y desavenencias, pero hizo justicia).

“No he venido a huir del peligro ni del trabajo, ni entiendo dejar la tierras, dando tal gloria a los cortesanos y tal pena a mis súbditos hasta ver el cabo de la guerra que hacemos o de la paz que tratamos.” (guerra con Portugal).

Logra sumarse las voluntades de todos los cristianos contra los moros, pero no sólo la fuerza, sino la hábil política que explota la debilidad de Boabdil para dividir el reino granadino en dos monarquías rivales, les dan el triunfo.

Isabel y Colón. Isabel y el nuevo mundo. Sus ordenanzas escritas: desaprueba la conducta de Colón al dar cierto número de Indios en calidad de esclavos.

Organización de la Hermandad, para vigilancia de los caminos públicos y persecución de los criminales.

Recta administración de la justicia directamente por los reyes públicamente todos los viernes a quienes la pedían (costumbre de los monarcas y castellanos).

Ordenanzas reales, (código general) bases del sistema judicial y administrativo (Díaz de Montalvo).

Dominación de los señores y reducción de la nobleza a clase mediadora entre el pueblo y el trono. Sus privilegios y les priva de todos los que eran incompatibles con el poder real, anima la industria. Revaloriza la moneda.

Corrige las costumbres del Clero. Visitaba personalmente los conventos de monjas y trabajaba con las monjas dándoles ejemplo y consejo. Era muy religiosa, pero no excusa la mala conducta de los religiosos.

Puso especial esmero en fomentar las ramas principales del saber humano y para predicar con el ejemplo, no contenta con saber varios idiomas vivos, se dedicó al estudio del latín hasta el punto de que su confesor a poco le escribía en latín. Formó biblioteca de libros escogidos. La regeneración

social e intelectual que empieza a fines de S. XV en España es en gran parte debido al impulso que le da Isabel. Varones extranjeros acuden a la península llamados por la Reina a alternar con los profesores de Salamanca, Valladolid, Zaragoza y Alcalá: los Geraldine, P. Martir, Lucio Marineo Sículo fueron maestros que se consagraron en España. Los nobles “descendieron” a las pacíficas lides del saber y en las Universidades desempeñaban cátedras los hijos de los Condes de Haro, de Paredes y del Duque de Alba. Las mujeres esclarecidas, brillaban no solamente en la Corte por la superioridad de sus conocimientos como sucedió a Beatriz Galvido, Da. María Pacheco y la Marquesa de Monteagudo, sino que profesaban en las universidades, resonando en las aulas de Alcalá y Salamanca la palabra de Fca. de Lebrija enseñando retórica, y en Salamanca la de Luisa de Medrano explicando los clásicos.

Creábanse nuevas academias y se engrandecían otras, alcanzando celebridad las escuelas de Valladolid, Sevilla, Toledo, Granada, Cervera y Alcalá. La reina da pragmáticas, ordenanzas y provisiones para el arreglo y organización de las Universidades y en 1480 da una pragmática concediendo la introducción libre de libros extranjeros.

Acogió con avidez el invento de la imprenta y lo protegió con ardor ordenando que entraran sin pagar derecho los artefactos de los impresores, por exponerse estos “a muchos peligros de la mar por traerlos a España y ennoblecer con ellos las librerías”. Difundiéndose con asombrosa rapidez por España y se publican muchos e importantes libros, entre ellos la célebre Biblia Políglota.

La Reina fomentaba los proyectos literarios, disponía que se compusieran libros y admitía gustosa que se los dedicasen: Nebrija le dedicó su gramática latina y sobre todo, la castellana; Encina, su cancionero; Hernando del Pulger su historia de Granada y sus Claros Varones. Alonso de Córdoba sus tablas astronómicas. De igual modo protegió las artes; el famoso Berrugante lleva a cabo la gran transformación de la escultura, y en arquitectura un nuevo estilo recibía el nombre de Isabelino.

La educación de sus hijos incluyó junto a las labores manuales, las sabias lecciones de los hombres más doctos, y ellos alcanzaron renombre. Para la educación del príncipe D. Juan, formó una especie de escuela en que aprenderían al mismo tiempo que el heredero, diez jóvenes de la nobleza. Entre estos se contaron los dos hijos de Colón, bajo Pedro Mártir. Formó un Consejo de Sabios para adiestrar a D. Juan en el difícil arte de gobernar por medio de discusiones agradables.

Su testamento: recomienda a los indios y pide ser enterrada al lado de D. Fdo. Gibraltar y Africa.

SANTA TERESA

Dice “Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar... comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de 6 o 7 años”.

Cuenta que leía con uno de sus hermanos, casi de su edad, Vidas de Santos. Hacía ermitas también, con él, y, con otras niñas, monasterios. Tan aficionada se hizo a los libros, “que era tan extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Entra temprano en el Convento de la Virgen de Gracia, donde se criaban otras doncellas seglares y nobles. Se enfermó y durante la convalecencia, hablando con su hermana María y su tío Pedro, decide entrar en religión.” La lectura de obras piadosas y en especial de las epístolas de San Jerónimo la confirmaron en su propósito. Entró en el monasterio de la Encarnación de Avila, y allí tomó el hábito.

Pasó grandes enfermedades al principio de su vida. Después de 20 años de vida retirada, acometió la reforma de su orden y la fundación de monasterios, así para frailes como para monjas por toda España.

Su papel en el siglo XVI se califica de milagroso por muchos. Fue gran escritora animada por el amor de Dios y sus criaturas que llenó y absorbió toda su alma. Sus obras llenas de piadoso entusiasmo, de talento y pasión, valen más que las obras eruditas “A pesar de no haber ella estudiado ni cursado en las escuelas, sino que más bien era una mujer ignorante de las sagradas letras... por sus libros las almas de los fieles se apartan de los vicios y se excitan a las virtudes y esto de un modo milagroso. Los hombres más ilustres de la iglesia española aprobaron sus pensamientos y su doctrina. Y aun los aprobó, rectificando, el Nuncio Monseñor Lega, que recién llegado a España la había llamado «fémina inquieta y andadora que se metió a escritora”.

Muchos casos se citan de conversiones producidas por la lectura de Santa Teresa.

La lengua, ejemplo de la lengua familiar de Castilla la Vieja en la época en que vivía la santa está lejos del habla culta de los escritores de la época, y también de los defectos con que se afea el lenguaje del pueblo, tiene momentos en que es más hermoso, correcto y conciso, y cuando es corriente en los asuntos que trata es gracioso, alegre y a veces humorístico. Es hábil en el empleo de los refranes.

Escribe sus obras religiosas, su Vida, el Libro de las fundaciones, poesía, cartas y parece que de niña escribió un buen libro de caballería con su hermano Rodrigo; que se perdió, pero que había sido admirado de cuantos lo leyeron.

Gobernadoras - Isabel Clara Eugenia, viuda del Archiduque Alberto, de los Países Bajos (Hija de Felipe II).

María de Hungría, hermana de Carlos V, de los P.B.,

Luego, Margarita de Parma.

MUJERES DE LA COLONIA

II

LA MUJER ESPAÑOLA EN EL NUEVO MUNDO. PRIMERAS MUJERES QUE VINIERON A LAS INDIAS. LA VIRREINA DOÑA MARÍA DE TOLEDO: UNA CORTE RENACENTISTA EN LAS ANTILLAS. DESPUNTAR DE LA CULTURA FEMENINA EN EL NUEVO MUNDO. PRIMERAS MUJERES DE LETRAS.

Decíamos en nuestra lección anterior que si bien la reina Isabel la Católica fomentó bajo su reinado la cultura femenina y le dio extraordinariamente brillantez, no cabe duda de que desde época anterior esa cultura había tenido considerable desarrollo. La reina misma fue discípula de la salmantina Beatriz Galindo, llamada “la Latina”, que comentó a Aristóteles y escribió pulidas composiciones en latín. La habían precedido otras en ese campo, como la infortunada doña Blanca de Navarra, de quien se conserva la sentida carta que dirigió en 1462 a su indigno esposo Enrique IV de Castilla, pidiéndole apoyo para salvar, no ya sus derechos, sino su vida. La carta está escrita en latín y con elegancia, a pesar de haber estado la reina en aquellos momentos prisionera en el sombrío castillo en donde, poco después, murió envenenada por su ambiciosa hermana Leonor. Contemporáneas suyas fueron dos damas de la casa de Gandía, Isabel y Tecla de Borja, cuya erudición y talento celebró el poeta Aussior March; y siglos antes, había salido de Castilla aquella culta, prudente y esforzada princesa, doña Blanca, que, como Regente, viuda de Luis VIII, guió con singular acierto durante 13 años los destinos de Francia y los dejó luego en manos de un príncipe que, formado bajo sus sabios consejos, había de ser

un gran monarca: Luis IX, al que el mundo católico conoce con el nombre de San Luis, Rey de Francia.

El Renacimiento intelectual en que entra España a fines del siglo XV debe mucho al impulso que le dio Isabel la Católica. Doctos varones extranjeros de Italia sobre todo, centro intelectual del movimiento renacentista, acuden a la Península llamados por la reina, a alternar con los profesores de Salamanca, Valladolid, Zaragoza y Alcalá: los Geraldini, Pedro Mártir de Anglería, Lucio Marineo Sículo, se consagraron como notables maestros en España. Los miembros de la nobleza española “descendieron (según expresión de un historiador) a las pacíficas lides del saber” y en las Universidades empezaron a estudiar y aceptar cátedras los hijos de nobles como los condes de Haro y de Paredes y el duque de Alba. Mujeres esclarecidas brillaban no sólo enseñando en las Universidades de Salamanca y Alcalá, como Francisca de Nebrija y Lucía Medrano, sino que en la corte misma aspiraban a distinguirse por la superioridad de sus conocimientos, como lo hicieron Doña María Pacheco y la marquesa de Monteagudo, hijas del Conde de Tendilla y pertenecientes a la ilustre casa de los Mendozas.

Creábase nuevas Academias y se engrandecían otras: alcanzaron celebridad las escuelas de Sevilla, Toledo, Granada y Cervera, además de las ya mencionadas de Valladolid y Alcalá y la primada Universidad del Salamanca. Numerosas pragmáticas, ordenanzas y provisiones sobre arreglo y organización de las universidades prueban el interés de la reina por la instrucción superior. En 1480, por una pragmática, autoriza la introducción, libre de derechos, de libros extranjeros, medida que no parece de aquel tiempo. Fue, ella misma, gran coleccionista de libros. Acogió con beneplácito el invento de la imprenta y lo protegió. Por ejemplo, en una carta orden fechada en Sevilla a 25 de diciembre de 1477, manda que Teodorico Alemán “impresor de libros de molde en estos reynos”, quede “franco de pagar alcabalas, almojarifazgo ni otros derechos, por ser uno de los principales inventores y factores del arte de hacer libros de molde, exponiéndose a muchos peligros de la mar por traerlos a España y ennoblecer con ellos las librerías”. Gracias a estas y otras medidas protectoras, la imprenta se difundió con sorprendente rapidez en todos los dominios españoles.

La reina -dice un historiador- fomentaba con ardor los proyectos literarios, disponía que se compusieran libros y admitía gustosa que se los dedicasen”. Nebrija, le dedicó su *Gramática latina* y, más aún, su *Gramática castellana*, que representaba una innovación tan importante casi como la unificación política de España, pues, como le fue explicado a la reina, “la lengua es compañera del imperio”, y la gramática, la base indispensable de su enseñanza y

propagación. Juan del Encina le dedica a la reina su Cancionero; Hernando del Pulgar, su Historia de Granada y sus Claros Varones de España; Alonso de Córdova, sus Tablas astronómicas.

De igual modo, favoreció Isabel las artes: bajo su reinado se lleva a cabo una gran transformación en la escultura que luego culminará en la obra de Berruguete, y un nuevo estilo aparece en la arquitectura, que recibió el nombre de isabelino.

Si las mujeres, a principios del siglo XVI, ocupaban cátedras universitarias, es de deducir que no debían faltarles escuelas de primeras letras, y aun de enseñanza secundaria. Sabemos que en un principio esa enseñanza se dio exclusivamente en los conventos, pero más tarde se fundaron en España planteles especiales para ese fin, tales como el de San Juan de la Penitencia, fundado en Alcalá de Henares por el Cardenal Jiménez de Cisneros, creador de la Universidad de Alcalá; el de Doncellas en Salamanca y el de Doncellas nobles en Toledo, el Colegio de las Vírgenes en Guadalajara y ya a fines del siglo XVI, los de Loreto y Santa Isabel, fundados en Madrid por Felipe II. En estas escuelas, las jóvenes aprendían letras, además de las labores tradicionales de costura, bordado, tejidos, arte de hacer dulces, etc.

Las mujeres del período tenían, además, la cultura que daba el hogar, cuya vida suponía un intercambio más estrecho que el que puede tenerse hoy, cuando la necesidad arrastra a todo el mundo a una existencia sin reposo y obliga a permanecer largas horas fuera del domicilio, cada miembro de la familia en un lugar e interés diverso, de manera que la compenetración se hace difícil, porque no suele existir punto de contacto entre apartados campos. Aún en las aldeas más modestas existían, además, las pequeñas escuelas vecinales llamadas “amigas”, escuelas para niñas organizadas en las casas de vecinas respetadas y de cierta cultura. Y de esa doble educación de la familia y las “amigas” salieron mujeres, a veces, nada necias. El más conspicuo ejemplo lo podemos encontrar en el mismo siglo XVI, pues España produce en el espacio de menos de cien años a las dos mujeres más notables de Europa en ese período: Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús. El importante papel que representa en su siglo esta santa y grande mujer, es en verdad milagroso. Su influencia sobre la formación espiritual de la mujer española es decisiva. La grandeza de su genio literario y de su santidad llenarán siempre de asombro al mundo. Pero si buscamos cuáles fueron las primeras fuentes de su instrucción, no encontraremos mención de escuela determinada. Sin embargo, no fue autodidacta: esto nos dice de su educación inicial: “Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía en hacernos rezar... comenzó a despertar-

me de edad, a mi parecer, de seis o siete años". A los ocho años sabía escribir; a los doce le ocurre lo que así cuenta: "Parece que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres en no procurar que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras, porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí. ... Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y parecíame no era malo... gastar muchas horas al día en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que esto me embecía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento". El resultado de esta "deplorable" afición a leer libros de caballería no pudo ser más grave: Teresa, en colaboración con su hermano Rodrigo, escribió un libro de caballería y aseguran quienes lo leyeron; que era bueno. ¡Naturalmente, ella luego, no trató de evitar que se perdiera! Más tarde, cuando ya ha decidido entrar en religión, nos cuenta cómo, estando enferma "diome la vida haber quedado ya amiga de los buenos libros: leía las Epístolas de San Jerónimo"., Y más de una vez en su autobiografía insiste la Santa en su afición infatigable a la buena lectura. Sin embargo, esta gran lectora y escritora admirable, estaba siempre consciente de su falta de preparación académica, y, entre modestia y broma, decía: ¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que digo... Que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión... que no soy para escribir ni tengo salud y cabeza para ello".

"Esto decía -dice Furlong- quien escribió la Vida, las Moradas, las Cartas y en todas esas obras hizo modelos de belleza literaria ... y escribía sin secretarías, sin correctores,... aún más, sin volver a leer muchas veces lo que había escrito. "Si faltasen letras, póngalas allá -dice en una carta- que así haré yo acá con las tuyas, que luego se entiende lo que quiero decir, y es tiempo perdido". Para hablar de la influencia directa de Sta. Teresa sobre las mujeres de su tiempo -y también sobre los hombres-, de su labor de formadora y de fundadora, lo único digno de ella son las palabras de Fray Luis de León en su carta a las Religiosas Carmelitas del Monasterio de Madrid; (una de las 30 universidades fundadas por la Santa) "Un milagro es que una mujer y sola, haya reducido a perfección una orden en mujeres y en hombres; y otro, la grande perfección a que los redujo, y otro tercero el grandísimo crecimiento a que ha venido en tan pocos años y de tan pequeños principios... Es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia y eficaz que saliese con ella y robase los corazones que trataba de hacer-

los para Dios y llevase las gentes en pos de sí... Y hablando de ella como escritora continua diciendo Fray Luis: “Sin duda quiso el E. Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo, porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede muchos ingenios; y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale”.

La Opinión de los críticos en el siglo XX, es aún más exaltadora: “Santa Teresa- escribe, por ejemplo F. Rely- es no solamente una santa gloriosa y una brillante figura en los anales del pensamiento religioso; es también un milagro de genio; es quizás la mujer más grande de cuantas han manejado la pluma; la única de su sexo que puede colocarse al lado de los más insignes maestros del mundo.

Sin duda, para que se produjera el milagro de la existencia de una Santa Teresa, España debió dar de sí un gran número de mujeres de letras de menor talla. En efecto, se contaron entre las contemporáneas de la Santa, la esposa repudiada de Enrique VIII e hija de Isabel la Católica, Catalina de Aragón, autora de bellas cartas, de poemas y de un libro de meditaciones; la latinista Ana Cervantón, autora de una Historia de los Sarracenos en España, y de quien nos ha conservado Nicolás Antonio en su Bibliotheca Hispana nova una elegante epístola a Lucio Maríneo Sículo; María de Cazalla, procesada por la Inquisición por hereje y por atrevida, pero admirada -se asegura que por los mismos inquisidores- por la belleza de su estilo literario; Clara Hipólita, traductora de La Eneida; muchas de las religiosas discípulas de Santa Teresa, como Sor María de San José, elegante prosista y poetisa, y Sor María Bautista Ocampo, sobrina de la Santa y autora de una Relación de su vida. Si continuáramos, más de 300 nombres podríamos citar de escritoras españolas en el siglo XVI. En el Madrid de aquella época, la infanta doña Isabel Clara Eugenia fundó, y mantuvo abierta largo tiempo, una Academia Cultural de la que formaron parte muchos literatos. Doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, era ella misma excelente prosista. Hasta hay en el S. XVI una famosa autora anónima: la de la novela caballeresca Palmerín de Oliva:

Quanto sol lunan superat, Nebringue doctos
tanto esta Hispanos Femina docta viros,
“Como el sol a la luna, como Nebrija a los doctos,
supera esta mujer docta a los varones españoles.”

Hagan los versos latinos que preceden a la célebre novela. España, empero el hecho de no haber sido salvada de las llamas en el escrutinio que un

cura y un barbero hicieron de la biblioteca de su vecino Alonso Quijano el Bueno.

Cuando Santa Teresa, en su tierna adolescencia, se entusiasmaba con las aventuras caballerescas, se dice que concibió planes para venir con su hermano predilecto a descubrir tierras en América. Tengo entendido que el hermano vino al fin, aunque sin su hermana. Pero ciertamente cuando ella estaba ideando su plan quijotesco, las primeras mujeres españolas habían cruzado el Atlántico para venir al Nuevo Mundo descubierto bajo el favor y protección de la gran reina fundadora del Imperio español. Porque también el Descubrimiento de América cabe dentro de la obra de Isabel y no de Fernando como es generalmente sabido. Don Fernando el Católico poseyó una de las mentalidades más agudas de su tiempo. Recordemos que Maquiavelo lo consideraba el modelo del perfecto Príncipe. Pero su atención y sus planes tenían por centro el Mediterráneo y la Europa Continental, es decir, la expansión del poder de España hacia Oriente, aunque más tarde, después de la muerte de Isabel y a causa de la desventurada suerte de su heredera Doña Juana, a Don Fernando correspondió llevar las riendas del gobierno de todos los dominios de España, manteniendo su unidad, aún precaria.

No vinieron mujeres al Nuevo Mundo en el siglo XV, es decir, desde 1492 hasta 1500, pero empezaron a venir poco después, cuando a la primera ciudad capital en las Indias, Santo Domingo, en la isla llamada por Cristóbal Colón “La Española”, se envió a gobernar a don Diego Colón, hijo del Almirante descubridor, como Virrey Almirante.

El nuevo gobernante se embarcó en Sanlúcar el 9 de junio de 1509, acompañado de su esposa doña María de Toledo, hija de Don Fernando de Toledo, gran maestre de León y sobrino de don Fadrique de Toledo, duque de Alba, ambos sobrinos de don Fernando el Católico. El duque de Alba era, dice las Casas de los grandes de Castilla el que más en aquellos tiempos con el Rey privaba “Trajeron los nuevos virreyes una numerosa compañía de caballeros con sus mujeres, y de damas solteras de alto rango, “más distinguidas, dice un historiador- por la excelencia de su sangre que por su opulencia”, que venían con propósito de contraer matrimonio en el Nuevo Mundo. Está bien recordar aquí que en el Derecho español de entonces sólo en circunstancias excepcionales se reconocía a la mujer plena capacidad civil. La mujer soltera estaba sometida a la autoridad paternal o a una tutela ejercida por el más próximo de sus parientes varones; la mujer casada estaba sometida a la autoridad del marido. Sólo la viudez otorgaba a la mujer plena capacidad civil. “En nuestra legislación de Indias -describe Ots Capdequí desde el primer momento, no se pone ninguna dificultad a los cabezas de familia que hubieran de partir con rumbo a los territorios de Ultramar para llevar consigo sus hijas,

pupilas o esposas; es más, respecto a las mujeres casadas, no sólo se permite que pasen a Indias acompañando a sus maridos, sino que de una manera reiterada se dispuso... de un modo general, que ningún hombre casado pudiera pasar a aquellos territorios sin ir acompañado de su mujer. En cuanto a las mujeres solteras que quisieran venir solas se dispone por Real Cédula expedida por Fernando el Católico el 18 de mayo de 1511, que “los Oficiales”, vista su condición, provean lo que estimen más provechoso”. Es decir, que “el sexo, por sí, -sigue diciendo Ots Capdequí, -no originaba ninguna incapacidad especial. “Las prohibiciones que en determinados casos se dictaron fueron por razones especiales; por ejemplo, se prohibía pasar a las Indias a las mujeres de vida airada, a las gitanas, a las extranjeras, y ¡cosa extraña! en la segunda mitad del siglo XVI se dictaron disposiciones que prohibían a las hijas y nueras de los Virreyes de Nueva España y el Perú acompañar a sus padres a las Indias.

Como dijimos, en 1509 pasan al Nuevo Mundo muchas damas. Don Diego y Doña María inauguran su gobierno con esplendor hasta entonces desconocido en la Colonia. Era Doña María, la Virreina, según nos cuenta las Casas “una señora prudentísima y muy virtuosa, y que... donde quiera que estuvo fue matrona ejemplo de ilustres mujeres”. Rodeada de los caballeros y señoras principales de su comitiva, estableció una verdadera corte en la isla tan poco tiempo atrás descubierta. Las damas solteras se casaron pronto con los más ricos colonos, y todas contribuyeron a refinar los modales ásperos de una sociedad hasta entonces falta de algún género de cultura. Tal desarrollo alcanzó esta sociedad, que cuando diez años más tarde, llega a ocupar el Obispado de Santo Domingo el doctor Alessandro Geraldini, uno de aquellos humanistas italianos que fueron llamados a España, y que había sido preceptor de los infantes de Castilla, expresa así sus impresiones de la Ciudad de Santo Domingo: “... quedé admirado de ver tan inédita ciudad, fundada hace el breve tiempo de 25 años; porque sus edificios son altos y hermosos como los de Italia, su puerto capaz de contener todos los navíos de Europa, sus mismas calles anchas y rectas que con ellas no sufren comparación las calles de Florencia. ¿Qué diré sino que sus nobles e ilustres caballeros, siempre vestidos de púrpura, de seda con recamaciones de oro son innúmeros? ¿Qué de sus jurisconsultos que dejaron su patria en Europa y con sus óptimas leyes, sus integérrimas costumbres y sus santísimas enseñanzas, han hecho insigne esta ciudad? ¿Qué de los Capitanes de naos? ¿Qué de sus soldados?”. Geraldini dedicó además una oda a su viaje a la Española y otra a la Construcción de la Catedral de Santo Domingo, que fue su máximo empeño. En ella mandó grabar, en recuerdo de su Italia, las armas de los Médicis. En ella reposan sus restos.

Desde la alta Torre del homenaje, construida bajo la dirección del arquitecto Cristóbal de Tapia en 1503, y luego desde el Alcázar, residencia palaciega al estilo del siglo XV, los Virreyes trataron de imponer en su capital indiana una vida de elaborado señorío. Fue don Diego, y no menos doña María, amigo de los libros y obras de arte. Catorce años después de fundada, Santo Domingo era ya toda una ciudad hispana, con su perímetro rectangular de vieja tradición latina revivida por el Renacimiento con conventos, escuelas, sede episcopal y calles de perfecto trazado. En ella se empezó a realizar el ideal de ciudad que se formuló en las Leyes de Indias: “Que cuando los indios las vean les cause admiración, y entiendan que los españoles pueblan allí de asiento y los teman y respeten para desear su amistad y no los ofendes”.

Los primeros maestros en la isla fueron los frailes franciscanos, que hacia 1502, empezaron a dar enseñanza elemental a los niños en su convento de la Capital, llegando luego hasta la enseñanza superior. Les siguieron los frailes dominicos, y luego los de la Orden de la Merced. Antes de 1530 organizó una escuela pública el Obispo Ramírez de Fuenleal.

Los dominicos tuvieron desde temprano alumnos seculares además de los que aspiraban al estado religioso, y procuraron elevar su colegio a la categoría universitaria; con fecha 26 de octubre de 1538, por bula del Papa Paulo III, quedó instituida, así, la primera universidad del Nuevo Mundo, con el nombre de Santo Tomás de Aquino y los privilegios de las de Salamanca y Alcalá de Henares.

Dos años más tarde, en 1540, otro Colegio, el Estudio, que tuvo como base la Escuela pública fundada por el Obispo Ramírez de Fuenleal, obtuvo también la categoría de Universidad que llevó luego el nombre de Santiago de la Paz. Y más tarde se fundió con otras instituciones.

La Universidad de Santo Tomás graduaba en todas las Facultades: Teología, Derecho, Medicina y Artes. A ella acudieron durante tres siglos estudiantes de todas las Antillas y de Tierra Firme, pues su prestigio se mantuvo aún mucho después de desplazarse el interés de los colonizadores hacia el Continente. De esa Universidad de Santo Domingo salieron también maestros para las universidades fundadas posteriormente en la Habana y Caracas; así como los primitivos conventos franciscanos y dominicos de la Española” difundieron la obra evangelizadora hacia México, Tierra Firme y aún el lejano Perú”.

Fluyó sobre Santo Domingo -dice P.H.U. desde los tiempos de Colón y después durante muchos años, toda la inundación de la conquista, los descubridores, los exploradores, los futuros grandes capitanes, Alonso de Hojeda, Juan Ponce de León, Rodrigo de Bastidas, Francisco de Garay, Diego Velázquez, Juan de Grijalba, Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Vasco Núñez de Balboa,

Pánfilo de Narváez, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Francisco Pizarro, Pedro Menéndez de Avilés... Y los evangelizadores, los maestros; bien pronto, los preladados y sus familias, los hombres de ley, los hombres de letras, (Balbuena - Tirso de Molina). Y las damas cultas de la corte de doña María de Toledo, y las religiosas aficionadas a escribir”...

Entre los conventos de monjas, en el siglo XVI, se contaban en la ciudad de Santo Domingo el de Catalina de Siena, de dominicas, con su hermoso templo de Regina Angelorum, y el de Santa Clara, de franciscanas, los que hacia 1568, según el Echagoyan, tenían “ciento ochenta monjas, poco más o menos”.

De Santo Domingo salieron religiosas catalinas a fundar conventos en Tierra Firme. En los conventos recibían las mujeres instrucción superior, y muy pronto aparecieron las primeras escritoras nacidas en el Nuevo Mundo. Las primeras de que tengamos noticias, escriben en la ciudad de Santo Domingo en el siglo XVI. Una fue religiosa, Doña Leonor de D , profesa en el monasterio de Regina de la Española”. El oidor Eugenio de Salazar, poeta también, nos ha conservado en su *Silva de poesía* unos versos blancos y cinco sonetos de esta primera poetisa americana. Son anteriores a 1580, y según Menéndez y Pelayo “son no menos devotos que cortesés”. Cultivó lo que ella misma llama, con acierto “el enfhasis, primor de la scriptura” y una elegancia conceptista.

Dice hablando de Dios:

“que no quiere que quiera cosa alguna
aquel divino esposo de mi alma,
“sino que sola, a él solo sirva y quiera,
que sólo padeció por darme vida,
Y sé que por mí sola padesciera,
Y a mí sola me hubiera redimido
Si sola en este mundo me criara”.

La otra poetista de los primeros tiempos no parece haber sido religiosa. Salazar la llama “la ilustre poeta y señora Doña Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo. Por desgracia, nada conservamos de su obra. Igual oscuridad se tiene sobre la producción que indudablemente debió salir de la pluma de las damas españolas que vinieron a las Indias a principios del siglo XVI, procedentes de la Corte de Fernando e Isabel; aquellas señoras de claro abolengo, del de doña María de Toledo, que en la ciudad de Santo Domingo”, escogiese para sus paseos favoritos, a la hora del crepúsculo vespertino, la calle más cercana al río “Ozama, a cuyas orillas se levantan aún las

majestuosas ruinas del Alcázar. Esa calle “Fue bautizada desde entonces por el pueblo con el nombre de Calle de las Damas”.

En México, en 1525, es decir, a raíz de la conquista, el contador Rodrigo de Albornoz en carta al emperador, después de la necesidad de fundar colegios para niños “donde les muestren leer y gramática y filosofía y otras artes”, agrega: “y otro tanto podría V.M. mandar para un monasterio de mujeres en que se instruyan las hijas de señoras y aprendan a hacer cosas de sus manos y quien las tenga en orden y concierto hasta las casas”. Como vemos se trató desde muy temprano de organizar en las colonias la enseñanza para las mujeres. Este será el tema de nuestra próxima lección.

MUJERES DE LA COLONIA

III

LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES EN EL NUEVO MUNDO. ESCUELAS PARA NIÑAS. EDUCACIÓN DE LAS MUJERES INDÍGENAS. EDUCACIÓN DE LAS CRIOLLAS. LOS CONVENTOS COMO CENTROS DE CULTURA FEMENINA.

Según hemos visto en nuestra lección anterior, las mujeres españolas empiezan a venir a las Indias en 1509, es decir, apenas 17 años después del Descubrimiento, y se establecen en el primer momento en la primera capital de las Indias, Santo Domingo. Vinieron entre esas mujeres damas de ilustre abolengo, casadas que acompañaban a sus maridos y solteras que venían a buscar los que habían de ser suyos, y además venían criadas al servicio de tan nobles damas. Hemos visto que la Virreina doña María de Toledo se rodeó de una corte de tipo europeo renacentista y que sus damas pronto refinaron los modales de la naciente sociedad, y se casaron con los colonos más “honrados”. Entre esas damas recordaremos aquí a doña María de Cuéllar, que contrajo matrimonio con Diego Velázquez gobernador de Cuba y fundador de sus primeras ciudades. Doña María, infortunadamente, falleció a los seis días de su matrimonio, y se asegura que murió de dolor, por amores del también infortunado capitán Juan de Grijalva, con quien circunstancias adversas le impidieron contraer matrimonio. También era dama de la Virreina doña Catalina Suárez, hija del conquistador Juan Suárez y de María Marcaida, por lo que era conocida con el sobrenombre de la Marcaida. Doña Catalina, “doncella noble y recatada; casó con Hernán Cortés, entonces joven gallardo y

discreto “que nunca decía mal de nadie, y que a todos sabía agradar”. Residió también en Cuba con su marido, el cual parece haber sido generoso y amigo de ostentación, y aunque por esa época “sacaba oro de las minas es fama que “todo se lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer”. No mucho le duró esta bienandanza a Doña Catalina. Su marido partió a poco a emprender la Conquista de México, y cuando, después de 17 años, este la llamó a México, murió ella misteriosamente a los tres meses de llegar. Dice Bernal Díaz del Castillo que murió de asma; pero como amaneció muerta en su cama, con los labios amoratados, ciertas señales en la garganta y reventado el hilo de las cuentas de su collar, a algunos le pareció caso extraño. Le preguntaron a Cortes qué eran aquellas marcas en el cuello de su mujer, y contestó: “Asíla por ahí para recordarla cuando se amorteció.” Respuesta que no bastó para aplastar de él la sospecha de que había dado muerte a su mujer, por más que no hubiera motivo aparente.

Estas breves historias que he citado pueden servirnos para ver hasta qué punto se vivía entonces aún en la Edad Media. Las mujeres eran aún esas mujeres fuertes física e intelectualmente, y acostumbradas a un trato, si cortés por un lado, rudo y aun violento por el otro. Desde el punto de vista de la cultura, esas damas, a imagen de las de Europa, debieron tener por ideal la “discreción”, esa maravillosa alianza de inteligencia, gracia, agudeza y sabiduría. Hemos visto que en el siglo XVI nacen ya las primeras mujeres de letras americanas. En el siglo XVII, en las damas del teatro de Juan Ruiz de Alarcón, aparece reiteradamente como cualidad el amor al saber. Elvira, en Los pechos privilegiados, “es muy dada a la lición de libros”. Blanca en La prueba de las promesas, dice a su padre:

“Ya sabes,
señor, que más me divierten
tus libros que mis labores”.

Jacinta, en La Verdad Sospechosa,

“gasta los ratos sobrados,
en las fábulas de Ovidio”.

Y la protagonista del Examen de maridos es culta hasta la impertinencia que expresa claramente el título.

Podría aducirse que esa discreción de las damas en el teatro de Alarcón no es sino un eco de las del teatro de Lope y de Tirso y en nada se relaciona con las mujeres de la Colonia, ya que las comedias del gran mexicano tienen lugar en España. Pero si volvemos los ojos a la escasa producción teatral de la Colonia que elija como escenario a América, podremos encontrar en Los

empeños de una casa de Sor Juana Inés de la Cruz a una protagonista con una verdadera pasión por el conocimiento que no es más que una contrafigura de Sor Juana misma. Y encontramos también un tono de ironía y una leve amargura en relación con esta misma pasión por el conocimiento en la mujer, que es ya una nota de los tiempos nuevos que corrían, pues se han quedado atrás el Renacimiento y las últimas huellas de la Edad Media y no es el mismo el mundo en que se mueve la dama discreta.

Pero más de esto diremos en otro capítulo. Para darnos cuenta de lo que fue la educación de la mujer colonial vamos a dar una ojeada a los documentos.

Lo primero que éstos nos revelan es que no fue descuidada ni dejada al acaso la educación de las mujeres indígenas: se le dio una organización y un propósito.

El propósito docente de la colonización se anuncia desde los primeros pasos del Descubrimiento. Cristóbal Colón llevó a España, de regreso de su primer viaje, un pequeño grupo de indios. Probablemente, Colón pensaba en ellos como simples esclavos. Pero en las disposiciones inmediatamente dictadas por Isabel la Católica se pueden leer estas sorprendentes palabras: “estas cabezas no son para vender, sino para aprender la lengua castellana.” Y la lengua fue enseñada por maestros misioneros por arte de gramática (la nueva gramática) con lo que ganaron muchos indios un conocimiento que no tenían aún muchos españoles. Es importante que recordemos que la enseñanza en los primeros Colegios organizados en Indias se destinaba tanto a los hijos de españoles como a los indígenas lo inician los frailes franciscanos y dominicos en Santo Domingo. El cacique era, dicen las crónicas “gentil lector, buen escribano”. Desde 1513 hay disposiciones de la Corona que mandan enseñar latín a indios “escogidos” de las Antillas. No bien empezó Fray Pedro de Gante su labor educacional entre los indígenas de México, cuando fundó en 1530 el Colegio de San Francisco, se empezó a dar a los indios (no pocos, aunque sin duda, escogidos) instrucción en religión, latín, música, pintura, escultura y oficios diversos. En 1536, el Colegio Imperial de Santa Cruz en la villa de Tlatelolco, hoy barrio de la capital mexicana, “colegio para caciques”, no sólo se enseñaban esas mismas disciplinas, sino se agregó la de Medicina indígena, que siguieron alumnos indígenas y europeos. (Así mismo, las Universidades de Nueva España y el Perú tuvieron cátedras de lenguas indígenas para los estudiantes de teología que se preparaban para enseñar y predicar entre los indios). Aunque de tipo algo diferente al de la de las ciudades, la educación fue establecida también en las aldeas, y hubo experimentos dignos de servir de ejemplo a los que hoy se interesan en la educación de los indios en nuestra América, como

fueron las poblaciones organizadas por el Obispo Vasco de Quiroga en Michoacán, cada una para el cultivo de un oficio diverso. Aún se conservan algunas de esas poblaciones, inspiradas como base en la Utopía de Tomas Moro; y se conserva también el ejemplar de Moro que perteneció al Obispo Zumárraga, colaborador de Quiroga. Las páginas de ese libro están llenas de observaciones y de señales de mano de Zumárraga, como obra que fuera objeto de atentísimo estudio. De tipo semejante fueron las Misiones establecidas por los Jesuitas en el Paraguay y la Argentina, creando una especie de sociedad colectivista que dio a los indios guaraníes reglas de vida, de trabajo y de juego. Esta organización duró desde fines del siglo XVI hasta mediados del XVIII. Todas estas organizaciones, sin dejar de realizar la propagación de la cultura europea cristiana, utilizaban las capacidades naturales y los conocimientos de los indígenas, su lengua (a aquellos jesuitas se ha debido la fijación por escritura y la expansión del idioma guaraní, que es todavía el idioma nacional del Paraguay al mismo tiempo que el español). También, y esto es muy significativo, respetaban la tradición de organización comunal de los pueblos indígenas. Estas fueron las mejores realizaciones del propósito de efectuar una fusión entre la cultura europea transplantada y las formas de cultura indígena popular y doméstica que han subsistido. Porque la Conquista significó desde luego la abolición -y sustitución por las europeas- de las formas superiores de las culturas nativas: religión, organización estatal, las artes y ciencias indígenas en su más alta expresión y las formas de escritura indígenas. Esos son los aspectos de las abolidas culturas americanas que hoy tratamos de exhumar para estudiarlos; pero que ya no podrán volver a tener vigencia. En cambio, subsistieron y subsisten formas mas humildes, pero esenciales de la vida indígena: en la agricultura, en la alimentación, incluso el arte de la cocina, en la vivienda popular, en las industrias como el tejido, la cestería, la alfarería y la orfebrería, cuya extraordinaria riqueza y variedad se ha mantenido, combinándose la tradición nativa con la europea, gracias a la forma inteligente en que se organizó la enseñanza. También se produjo una combinación semejante, aunque con mayor predominio de lo europeo, en las artes plásticas, pintura, escultura y arquitectura, el indígena introdujo pormenores característicos. Nada de esto fue obra del acaso, sino que se realizó bajo la dirección de maestros europeos.

No está demás que recordemos aquí que los indios fueron desde muy temprana época de la Colonización, hombre libres según las leyes, y que su servidumbre y su maltrato de hecho fueron principalmente producto de la ambición y la crueldad individual de un buen número de los conquistadores y colonos, hombres de guerra y hombres de presa que en nada se adelantaban a su tiempo, como se adelantaban, ciertamente, las Leyes de Indias. Y que a

esos individuos les daba rienda suelta, con notorio incumplimiento de las leyes, la anarquía latente en la Conquista y en el régimen colonial. Anarquía nacida del tremendo conflicto entre gentes y formas de vida antagónicas, de la organización todavía feudal que establece el sistema de encomiendas, y de que el Estado español no hizo sino seguir, y no dirigir, los descubrimientos y conquistas posteriores a Colón. Tomaban la iniciativa los buscadores de oro, de fama y de poderío. Los jefes no podían estar seguros de los capitanes a quienes encomendaban las conquistas, porque se alzaban con ellas. El hijo de D. Hernando, don Martín Cortés dirige en México una de las primeras rebeliones sospechosas de separatismo. Gonzalo Pizarro, hermano del Marqués D. Francisco, con los encomenderos peruanos, se rebela contra el Emperador y sus leyes, subversivos del orden que estaban ellos estableciendo. “¿No lo habían ganado por la espada? Pues suyo muy legítimamente era”, decían. Los Cabildos ya asumen una actitud rebelde; la Audiencia es desautorizada y el Virrey Blasco Núñez de Vela es derrotado y degollado. Se necesita la diplomacia habilísima del nuevo enviado del Emperador, la Yasca, para evitar acaso que los encomenderos del naciente imperio ultramarino se uniesen para darse gobierno propio. Y en verdad tan justificado es el sentimiento de independencia y de señorío en aquellos vencedores de la naturaleza y de los hombres a través de tan inaudita lucha e inenarrables peligros, que lo que llega a asombrarnos al leer la historia es que no fuese abierta la rebelión. Da la impresión de que si Pizarro y Cortés, -miembros de una misma familia, pues eran primos-, hubieran hecho alianza para compartirse estos reinos como monarcas independientes, no hubiera sido descabellado intento. Sólo una profunda lealtad a la unidad de España representada por la Corona puede explicar que aquellos héroes de talla épica se sometieran todos al cabo y rindieran obediencia a monarcas que con frecuencia olvidaban lo que correspondían a sus servicios y merecimientos.

De la esmerada educación que recibieron “indios escogidos” y mestizos, especialmente los familiares de caciques, en los primeros siglos de la colonia, nos pueden dar fe los numerosos escritores indígenas que se distinguieron, especialmente en el cultivo de la historia. Aparte del Inca Garcilaso de la Vega, quien, siendo un mestizo es, según Menéndez y Pelayo uno de los clásicos de la prosa española, hubo numerosos indios puros y mestizos que se recuerdan por sus obras, como Hernando Alvarado Tezozómoc y Fernando de Alba Ixtlilxochitl en México, Ruy Díaz de Guzmán, en lo que hoy es el Paraguay, y en el Perú Felipe Huamán Poma de Ayala, Tito Cusi Yupanqui, Juan de Santa Cruz Pachacuti; Juan de Espinosa Medrano, el Lunarejo, gran orador sagrado, de Quito. Y otros fueron artistas, como el pintor Miguel Cabrera, que pintó un retrato de Sor Juana Inés de la Cruz. No quieren decir sus nombres espa-

ñoles, que fuesen mestizos. Muchos eran de pura sangre indígena: H. A. Tezozómoc era hijo de Cuitláhuac, emperador azteca, y Tito Cusi Yupanqui era el heredero del trono de los Incas, aunque llevó también el nombre español de Diego de Castro. Pero los españoles no sólo les dieron derecho a usar los nombres españoles, sino que a los que eran descendientes de la antigua clase gobernante indígena se les daba derecho a un tratamiento de respeto y recibía en los documentos coloniales el título de Don. Estas costumbres se mantuvieron a través del siglo XVII.

Ahora bien, en las escuelas primero fundadas en Indias se daba enseñanza no sólo a los niños, sino a las niñas indígenas. A las escuelas fundadas por Pedro de Gante concurren varones y mujeres. Los maestros, en cambio, fueron todos hombres al principio, lo que dio lugar a chismes y a protestas. Hemos visto que desde 1525 se pidieron *maestras* para las niñas y que Hernán Cortés, en 1528, obtuvo de la Emperatriz Isabel disposiciones para que vinieran a las Indias las primeras maestras en número de 16. En 1537 eran ya relativamente numerosos los colegios para niñas; pero aún no parecían suficientes. El Obispo Zumárraga hacia esa fecha, escribe a Juan de Sámano, Secretario Real:

“Entre todo lo que a S.M. escribimos, la cosa en que mi pensamiento más se ocupa y mi voluntad más se inclina y pelea con mis pocas fuerzas, es en que en esta ciudad y en cada Obispado haya un Colegio de indios muchachos que aprendan gramática a lo menos, y un monasterio grande en que quepan mucho número de niñas, hijas de indios ... para que sean criadas, doctrinadas e industriadas en dicho monasterio... y que llegadas a edad (los doce años) se desposen con los muchachos que se crían en los monasterios... porque -añade el Obispo, como conecedor de la moral indígena, nada semejante a la de la Europa cristiana -según su complexión e inclinación conviene casarlos de pequeña edad, para que Dios no sea ofendido ... (Por lo) que suplicamos a S.M.... se edifique a lo menos un monasterio grande y espacioso, donde tengan sus albercas y sus casas de labor...”

Este plan de internados se realizó con bastante amplitud y, según Motolinía, sus escuelas de tipo elemental se extendieron por muchas provincias de México y duraron unos 10 años. Esos colegios eran dirigidos por beatas, con sólo algunas monjas profesas en el monasterio; por lo que decayeron a medida que alcanzaron desarrollo las comunidades religiosas. En la mayoría de los conventos se daba enseñanza a las niñas. A principios del siglo XV imperan totalmente en la enseñanza en todos los centros de vida ciudadana, y las jóvenes que no residían en las ciudades, si sus padres tenían medios o si tenían protec-

ción de la iglesia, los gobernantes u otras personas influyentes, venían a la ciudad a estudiar como internas en algún convento.

A principios del siglo XVII había en Puebla 8 conventos de mujeres, en México 16, en Michoacán 3 y en Querétaro había sido fundado uno por un cacique llamado don Diego, conocido como varón piadoso y de grandes luces.

En esa misma época se habla de dos conventos “magníficos” en la ciudad de Santiago de Guatemala, a los cuales confiaban “los caballeros de Guatemala la educación de sus hijas”. Pero también había tenido Guatemala, desde el siglo XVI varias escuelas para niñas indias y blancas; la primera fue fundada por el Obispo Marroquín hacia 1550. Se cuenta, por un testigo ocular (el P. Gage) que en el Convento de la Concepción en Guatemala (fundado en 1578) en 1630 había “como 1,000 personas entre monjas, sirvientas y alumnas”. Y que éstas aprendían a leer y escribir y oficios diversos. Lo que parece interesante es que hubiera, frente a ese convento, una escuela particular fundada, con aprobación Real en 1594, por doña Francisca de Santiago, y que ambas instituciones se mantuvieron al mismo tiempo.

En el Perú, desde 1540, Carlos V había indicado a Vaca de Castro que organizara la enseñanza para las niñas, “Y si ubiere aparejos, y que algunas mujeres onestas se quieran aplicar a ello, daréis órdenes que las hijas de los susodichos (indios y otros que vivieran en el interior) vengan a los pueblos a lo mismo. En enero de 1550; a los 15 años de fundada la ciudad de Lima, el Cabildo ya pide al Rey que se funde un monasterio “donde las (huérfanas, desvalidas) se puedan criar y doctrinar y aprender otras cosas de policía y allí estén recogidas con mujeres de buen crédito y antigüedad, hasta que lleguen a edad y puedan tomar estado.”

Entre las mujeres indias que se hicieron célebres en su época por su cultura, y por su riqueza y filantropía podemos citar a las hermanas Catalina y María Huanca que protegieron eficazmente la industria de alfarería, que además cultivaron con distinción y fundaron varios hospitales y a Catalina de Jesús Huamán, fundadora de escuelas para mujeres.

En el siglo XVII la educación femenina se hace cada vez más centrada en los conventos, y en su discurso parece no haber sido frecuente el que hubiese maestras que enseñaran a las niñas. Esto puede deducirse de las quejas que Sor Juana Inés de la Cruz, desde su convento de México, expone al Obispo de Puebla en su carta a Sor Filotea”, sobre la necesidad de emplear maestras para dar enseñanza a las mujeres. Asumimos que Sor Juana se refiere especialmente a la enseñanza privada, generalmente desempeñada por *dómines*, con resultados a veces satirizados en las comedias.

“No más dómines en casa,
que en las hijas predominan
en vez de latinizarlas!”

exclama el padre de Marta la Piadosa en la divertida comedia de Tirso de Molina, después de darse cuenta de que el dómine Berrío no es otra cosa que un disfraz asumido por el novio que él había intentado separar de Marta.

¿No sería mucho mejor y más decente, -se pregunta Sor Juana- si hubiese ancianas doctas que se hiciesen cargo de enseñar a las niñas?

Es evidente, empero, que los Conventos coloniales fueron centros de refinada cultura durante el siglo XVII y el XVIII. En el siglo XVII, -dice Germán Arciniegas- “la mujer pierde el corajudo ímpetu aventurero. Hay penumbra, enredos domésticos, espectadores maliciosos, cronistas que sonríen en la picaresca, libros de travesuras, manuscritos, que circulan de mano en mano, bien forrados en pergamino. Las mujeres de gran vuelo espiritual acuden a la imagen poética”.

Y además, encuentran o tratan de encontrar paz para las actividades del espíritu en el Convento. La vida mundana tiene tales caracteres que, como dice con amargura -Sor Juana, la buena cara de una mujer es página blanca en la que todos parecen querer echar un borrón. Y la mujer del período barroco no es ya una medieval Leonor de Aquitania que pueda encogerse de hombros ante el mundo, retarlo y al parecer, dominarlo. Pero qué clase de vida es la que esa mujer del siglo XVII va a hallar en el convento?

“Hay que tener en cuenta- dice Antonio Sánchez Moguel- que las comunidades religiosas en América disfrutaban siempre excepcionales anchuras, superiores o diversas de las que gozaban en la Península, en términos de causar seglares... extrañeza y asombro a los viajeros españoles, no sólo religiosos, sino seglares.”

Ponemos nosotros en duda, empero, que esas “anchuras” fuesen mayores que las del convento de Portugal en que fue monja Mariana Alcoforado, o aún que las de aquel convento en que un duque francés recuerda haber sido festejado por “religiosas amables, pupilas coquetas y espirituales y un obispo que bailaba admirablemente el fandango”.

La clausura en los conventos de México -nos cuenta Amado Nervo- no era cosa extremada. Si las monjas no sabían, el locutorio en cambio, en determinados días y horas, se convertía en lugar de conversación amena, donde a veces se discutían con sutileza cosas teológicas... “Sor Juana, al iniciar su famosa Crisis sobre un sermón de un orador grande entre los mejores” dice en su

dedicatoria: “De las bachillerías de una conversación, nació en V.M., el deseo de ver por escrito algunos discursos que allí hice de repente...”

“Estas (“bachillerías”) eran cosa corriente en los conventos, en muchos de los cuales -sigue diciendo Nervo-... y entre ellos el de las Jeróminas (donde profesó Sor Juana) se enseñaba y doctrinaba a los párvulos.”

Parece que las monjas solían vivir con gran comodidad, pues tenían crecido número de criadas: se citan hasta 500 para 100 religiosas. Parece también que entre las casas ricas y los conventos “iban y venían no interrumpidas series de regalitos”, entre ellos deliciosas creaciones de repostería.

Las fiestas no eran raras: “romances”, “bailes y tonos” se ofrecían en honor de los Virreyes y otras autoridades. Las monjas que tenían dedicación a la música, solían interpretar piezas para placer de sus amistades.

Además, los conventos tenían larga tradición de ofrecer hospitalidad espléndida a reyes y príncipes, teniendo a veces, en España, anexos palacios enteros para ese fin, lo que, en su escala, no mucho menor. -practicaban los conventos coloniales. En muchas ocasiones ofrecían fiestas de elegancia alambicada, exquisitamente barroca (véase pag. 46-Nervo- Juana de Asbaje) No consta que se bailara en los conventos coloniales, excepto en forma de representación teatral.

Es decir, que en este ambiente culto, pero demasiado en contacto con la vida exterior, no era posible encontrar toda la paz que es necesaria al ejercicio del espíritu, y de ello, aunque muy moderadamente, se queja Sor Juana, así como de que casi todas las obras que había escrito le habían sido pedidas. Es decir, que la religiosa dedicada a las letras se creía forzada a publicar una gran cantidad de obras de ocasión. Vemos, por otro lado, con el mismo ejemplo de Sor Juana, aunque acaso sea un caso demasiado particular para ejemplo que no era enteramente libre, de estudiar la religiosa, pues más de una vez fue prohibido el estudio. Estos datos pueden bastar para darnos la justa impresión de que la mujer en el siglo XVII ha visto aumentar en torno suyo las restricciones en cuanto a posibilidades de desarrollo intelectual. Un detalle más en apoyo es el hecho de no haber accedido los padres de Sor Juana en enviarla a la Universidad. Ella misma al pedir que para enviarla allí la mudasen de traje, vistiéndola de varón, nos da a entender que las mujeres no asistían a las universidades coloniales. Es que también en Europa habían dejado ya de asistir y de ocupar cátedras como lo hicieran durante la E. Media y el Renacimiento. No hemos podido hasta el presente hallar ninguna regla o cláusula prohibitiva de la asistencia de las mujeres a las aulas universitarias de la colonia. Simplemente, no fue nunca la costumbre.

A pesar de estas limitaciones, el siglo XVII fue en las colonias un siglo rico en producción literaria femenina, demostración palpable de que la cultura de la mujer colonial llegó a un alto nivel de distinción. La mayor parte de esa producción, pero ciertamente, no toda, fue creada en el seno de los conventos, que podemos considerar como los más importantes centros de cultura femenina en el Nuevo Mundo.

ANEXOS

DEL ARCHIVO DE INDIAS

L. 156- Sección 5^a) Guatemala

dice: “hágase así sin perjuicio de la capilla mayor y de todo se haga asiento en utilidad de la Iglesia”.

Documento No. 11 Guatemala, 20 de marzo, 1579.- carta de Fray Gómez, obispo de Guatemala, al R sobre el buen resultado que ha dado la fundación de un convento de monjas en la ciudad de Guatemala, por su influencia en mejorar la conducta de las mujeres de la comarca, pide se le concedan o confirmen como ayuda económica, los beneficios, las rentas de una encomienda de indios en Nicaragua.

Documento No. 12.- Guatemala, 10 de febrero de 1603.- Carta de Fray Joannes, Obispo de Guatemala, al Rey. Se refiere al Colegio Seminario fundado por un antecesor (Fray Gómez?). El Rey ha pedido información sobre “qué orden se podrá tener para que el Seminario vaya adelante”. Informa el Obispo que “al presente no ay clérigo ni persona que pueda leer artes ni teología en el seminario”, por grave enfermedad de los dos que antes lo hicieran. Los estudiantes iban a oír artes y Teología al Monasterio de Santo Domingo. “El Seminario se fundó sin renta alguna –añade- y se a sustentado con las limosnas, y de nuestra pobreza después que bien le a dado cerca de tres mil tostones y cada día carga sobre mí/hasta agora no se a señalado

Notas tomadas durante su estancia de trabajo entre 1952 y 1953 en España, con una beca de Vassar College. Se ha respetado la ortografía original.

contribución sobre la mesa capitular ni sobre los beneficios ni está fundado conforme al Seminario tridentino/yo procuraré en todas mis fuerzas que se le (señale) renta, aunque es tanta la pobreza desta tierra y baya todo tan delgado que con mucha dificultad se les podrá señalar renta cierta. Si V.M es servido que más adelante se funde aquí una unibersidad para que se puedan graduar en cánones y teología los que fuesen beneméritos, conbendría que V.M. les diese dos mil ducados de renta cada año y porque estén seguros, que fuesen de los novenos que a V.M bienen del diesmo...”

Documento No. 13- Guatemala, 10 de marzo de 1603.- Carta del Obispo de Guatemala, Fray Joannes a ¿Señor? dando cuenta de las “muchas fuerzas y violencias y agravios que se hacen así a los españoles como a los indios en toda esta provincia.” Las enumera, y la 6ª es “Quanto a las mujeres 6ª “La sexta fuerça y biolencia nunca jamas oyda en las demas naciones y reynos es que son forçadas las mugeres contra su voluntad y las casadas contra la voluntad de sus maridos. Las doncellitas y muchachas de diez a catorce o quinze años contra la voluntad de sus padres y madres por mandamientos de los alcaldes mayores y ordinarios o corregidores las sacan de sus casas y dexan a sus maridos, padres y madres sin regalo alguno privándolos del servicio que de ellas podían recibir y van forçadas a servir en casas ajenas de algunos encomenderos o de otras personas quatro y cinco y ocho leguas y mas/en estancias o obrajes donde muchas se quedan amancebadas con los dueños de las cassas o estancias o obrajes, con mestiços o mulatos o negros, gente desalmada/y acerca desto en la visita que hizo el obispo muchos indios se venían a quejar que algunos españoles les tenían sus mujeres en sus cassas, estancias y obrajes contra su voluntad y no se las querían dar y a poder de mandamientos y censuras fueron algunas mujeres restituydas a sus maridos pero a las doncellitas de diez a catorce o quinze años no ubo remedio/porque los que las avian llevado a sus padres y madres las avian traspuesto y asi no podían parecer ni sabían donde estaban.

7ª de las viudas

A las viudas se hace notabilísima fuerça y violencia y está recibida como costumbre ordinaria que en muriéndose el marido quedando la muger viuda si queda criando algún niño pequeño o recién parida/luego van por ella los alguaciles embiados por los corregidores o ministros de justicia españoles para que vengán a criar hijos ajenos o a servir en cassa de españoles dejando sus propios hijos y casas y hazen dellas pocas desamparadas sin remedio y sin abrigo de sus hijos en lo qual todo reciben notabilisima fuerça y agravio en todos los pueblos de Yndios comarcanos a las ciudades o villas de españoles...”

Documento No. 14.- Carta de Fr. Joannes Obispo de Guatemala al Rey.- Guatemala, 19 de noviembre de 1604.- Cuenta lo sucedido cuando el Dean de esta Santa Iglesia Don Phillippe Ruíz de Corral ha pretendido perturbar e inquietar al dicho Rector (del Colegio Seminario) que se llama Diego de Baçons (o Barsons) clérigo presbytero de muy bien exemplo, discreción y prudencia”, y “le mandó con imperio” que dejase el asiento que el obispo y cabildo le habían asignado en la iglesia durante los oficios del día de finados. Se promovió un grave incidente y disturbios en los cuales los estudiantes rompieron un edicto. Se pide al Rey que provea una cédula y mande que el Rector tenga asiento en el coro, y que estando la sede vacante, el Rector que fuese al tiempo que muriese el Obispo (esto por un breve del Nuncio apostólico) quede en su oficio sin tener sugestión ninguna a la sede vacante, hasta que venga el Obispo sucesor.

El colegio en esa época se había encomendado en gobierno al Obispo se habían reformado las constituciones y se le había asignado una renta, todo por disposición real (Felipe II ya había muerto: el Rey sería Felipe III), “por ser obra de tanta utilidad y provecho para toda esta República.

Nota: Sobre música. Sección 5^a, Guatemala, legajo 156, ACI

Documento 15.- Guatemala, 10 de febrero de 1604.- Carta de Fray Joannes, Obispo de Guatemala, al Rey.- (Párrafos finales)

“En todos los pueblos ay yndios que se llaman tlenpantlacas, que quiere decir hombres de la yglesia porque hacen en ella el oficio que hacen los clérigos y canonicos quanto al cantar la misa y los oficios divinos con grandísima solenidad/tienen flautas, chirimias y otros ynstrumentos musicales/cantan la missa en canto llano y canto de órgano también y mejor que en muchas yglesias catredales y colegiales/el maestro del coro demas del oficio tiene cargo de enseñar a los niños y niñas cada día la doctrina y los demás cantores que son ocho o diez por su orden enseñan la doctrina los domingos y fiestas en su lengua en voz alta/Por todo su trabajo y ministerio y servicio que hacen en la Iglesia no se les paga salario alguno/sino que sirven de balde/Algunos encomenderos tienen reservados a seys o a ocho cantores de tributo/pero estos son muy pocos. Si V. mag. mandase que en todos los pueblos estubiesen reservados de tributo diez o doce yndios y en los mas pequeños seys o siete diportados por el obispo para cantar en la yglesia haria V.mag. una obra digna de un príncipe y rey tan catholico y tan religioso como lo es V.mag. para que el culto divino vaya en aumento y no se acabe y con esto recibirían los yndios grande animo para llebar adelante lo bien comenzado/Suelen los alcaldes majores y corregidores castigarlos y afrentarlos públicamente como a gente vil siendo ellos la luz del pueblo/teniendo por oficio cantar en la yglesia y

enseñar la doctrina/el remedio de todo esto esperan que berna de V.mag. al qual guarde nuestro Señor por mucho y felicissimos años. “Fr. Joannes, Guatemala (Al dorso hay una nota que dice):

“Tráiganse las cédulas que ablan en la libertad de los yndios cantores”. Hay una rúbrica.

“No se dice el Obispo si había mujeres entre estos indios cantores pero si dice en párrafo anterior que “assi los yndios como las yndias son muy dados a la religión cristiana/al oyr las misas y recibir los sacramentos/gente pacífica y quieta/celebran las missas y oficios divinos entre los yndios con mas quietud que entre los españoles. El nombre de Obispo era Fray Juan Ramírez)).

Documento 16- guatemala, 13 de mayo de 1613 ((Yo leo 1603, al dorso anotado dice 1613)). Carta del Obis’po de guatemala al Rey ((Este es Fray-Juan de las Cabezas)). ((Habla de)):

El colessio de las doncellas que aquí halla fundado es el remedio de que?

Y de donde se pueblan los conventos y assi entiendo esta lleno de lo bueno que no saben lengua (que a abido alguna falta en esto⁹ se animan a saberla y los perlados de las religiones acuden conmigo a esta diligencia y los naturales de contentos se buelben locos, y al cabo es la llave de lo que con ellos se pretende, que de no entendelles/certifico a V.mag. a abido muchos des-aciertos de que acabada la visita y no se remediando daré parte a V.mag.

Ay muchas lenguas pero si el sacerdote no tiene otra cosa a que acudir mas de a saber la que le cabe y esta está reducida a arte y no tiene otra cosa a que atender/no se qué le pueda excusar de no saberla.

Yo procuro aprender dos que son las generales, la coinil ((7)) que llaman y la guatemalteca que ay en la tierra y padece necesidad como U.M. pero por la ynformación que yaman a V.mag, se sirva de acudir a esta buena obra...”

Documento 17.- Guatemala, 24 de enero de 1613.- El obispo de Guatemala al Rey.- Informa de su visita de la que ya ha escrito antes al Rey, y escribe aprende dos lenguas y así las entienda ya: “Yo me e buuelto a la primera edad sujetandome como me e subjetado a traer el arte conmigo y humillandome a que dos o tres religiosos por arte me den lección de la lengua y e visto ser de tanta consideración para con los ministros que los que no la saben de corridos la aprenden, y los entendidos por los más del obispado;... yo lo suplico a V.Mag, se sirva de mandar conservar una tan gran grandeza y tan necesaria para la conversión, conservación y mantenencia de los Indios y

es que se administren en sus propios idiomas, que lo demás no es servicio de Dios nuestro señor ni de V.Mag sino opinión de cortos ingenios”..

Documento 18.- Guatemala, 11 de setiembre de 1613.- Carta del Obispo de Guatemala al Rey.

“Se queja de que los padres de la Compañía pretenden leer la cátedra de gramática fuera del seminario y recibir el salario. Expone que por la distancia las frecuentes lluvias, etc, la cátedra debe leerse dentro del seminario.

Documento 19.-Guatemala, 31 de mayo de 1623.- Carta de Obispo de Guatemala (Fray Juan Zapata) al Rey (Los conventos, eran de la concepción y Santa Catalina) (Informa que los conventos de monjas se gobiernan con cuidado de su enserramiento y sanctidad; en que los dos que aquí ay son excelentes. El uno tiene ciento y treinta monjas de velo. He visitado estos días, con cuidado y en el he hallado sanctidad admirable y commun guarda de la Regla, y aunque en esto ha habido algo que reformar se ha hecho con Paz grande, por serlo su obediencia y virtud, padescían necesidad digna de piedad en la comida y vestido, que he remediado con brevedad dando a todas de vestir, por entero,... que ha ssido obra singular, de mucho gasto y de admiración en la República por no averse hecho otra vez desde que se fundaron y proveyoseles de comida y otras cossas neccessarias, con que se hizo una como renovación deste convento en lo espiritual y temporal.

(Se refiere luego a la visita que de su obispado ha hecho, comenzando por la Provincia Sucsitpegnez): “Los clérigos todos que allí ay son lenguas y, algunos, maestros en la que saben”.

Documento 20.- Guatemala, 16 de octubre d 1629.- Carta del Obispo de Guatemala al Rey.

(Trata de la nueva cédula que los de la Compañía de Jesús han traído extendiendo el breve de dar grados para ese cuidado y pide se vean los inconvenientes que esto tiene, teniéndola ya Santo Domingo. Dice: “Tantos daños no se pueden reparar de otra manera que haziendo V.M. merced a este Reyno de la Universidad, en que tantos años ha que instar a que como medio se reduzcan estas dos cabezas que cada día se quiebran a costa de la Paz Pública.”

Nota: en 1612 se fundó el colegio de la C. de Jesús.

Documento No. 21.- Relación de lo sucedido en la ciudad de Santiago de Guatemala el día 10 de Octubre de 1541, hecha por el obispo de Guatemala al Emperador (Es la que se encuentra extractada en C.D.I.) (Patronado 181, Doc. 2) (Extracto adicional).

Dice que la tormenta comenzó por la Casa de Alvarado, que “ha sido la mas abatida por la adversa fortuna”, por estar en la playa, en la parte “onde la mayor parte de la tormenta acudia” antecogiendo dos casas (de Indios ¿) que a las espaldas della estaban, en quien hizo el golpe trayendolas por delante con sus poseores y muebles; a la mal hora dona Beatriz de la Cueva su muger estando acostada y segund dizen sus donzellas rezando, abisada del rujido que benia se levantó yncontinente en camisa con una colcha de la cama se salió de la camara en que estaba/que no debiera, porque solo este retraimiento quedo en pie de toda la casa y se fue al horatorio que thenía en otra camara con la mayor parte de las donzellas que con ella se hallaron/que heran 1(doña Ana Mexia y 2)Francisca de San Martín y 3) María de Molina, todas tres de Ubeda/ e 4)Isabel de Sayabedra de Sevilla. Margarita López, una sancta muger de las yelas/6) María de Coba, hija del Capitán Caba/doña Juana de Alvarado/doña Anica/natural hija del Adelantado/la menor/de cinco años/y envió a llamar a las demás que estaban en otro aposento/con María de Alvarado/una muy honrada dueña por quien la cara hera gobernada/que heran Doña Leonor de Alvarado, hija natural del Adelantado ansi mismo /y la mayor/y doña Francisca de Molina y dos hijas de Jorge de Alvarado su hermano(¿) y una moça española que se llama Maria y una esclaba Blanca (o blanca?) la qual biniendo donde hera llamada con todas las dichas fue arrebatada en este tránsito de la tormenta/de las quales como fuesen dando bozes fueron guarecidas parte dellas por diversas maneras/de las quales fue la una doña Leonor de Alvarado /y “que” como el agua llegase al llano y se extendiese hizo pie y se asio a unas ramas donde la retubo un muchacho que corría en: mismo rumbo con otras personas. A Juana de Alvarado /permitiole mientras/señor)... con el buen ánimo que tubo rasgose las bestiduras con que se hechó y se sustentó algun tanto sobre el agua/donde la saco un herrador por cuya puerta pasaba dando bozes /y desta manera saco un confitero a una de las hijas de Jorge de Alvarado, Las demas hallaron bibas otro dia (¿) a doña Ana Fadrigue de Gallo y Arteaga de Ubeda que yba entre estas señoras que arrebató la corriente a las quales traxeron muertas de la horilla del río al 4º día cansados de buscar a la desdichada de doña Beatriz/calando

Juana de Arteaga?) en su casa en el horatorio della donde como dicho es se abia retraydo/muerta con todas las donzellas que disimos thenia consigo/que fue la cosa que mas dolor causó de las sucedidas...”

(El catálogo de pasajeros a Indias menciona además a doña María de Horozco, doña Isabel de Araya; doña Ana, doña Luisa, doña Juana (que pudiera ser de Arteaga o de Alvarado) además de mencionar de las nombradas por el obispo a Francisca de San Martin, Ana Fadrigue, Ana Mejía, María de

Caba, y tres mozas de cámara: Petronila, Catalina y María, 17 de octubre del 1538.)

((La Isabel de Anaya puede ser la que el obispo llama Isabel de Sayavedra, porque aparece un Rodrigo de Saavedra, hijo de Rodrigo de Saavedra e Isabel de Anaya, que embarca para Indias en la Armada de don Pedro de Alvarado. Inscrito el 9 de octubre.

En esta lista aparecen muchas mujeres solas, sin que se especifique que vayan a reunirse con nadie: V.G. “Isabel Gutierrez, hija de Anton Ruiz de Martos y de Isabel Sánchez natural de Córdoba, en la Armada de don Pedro de Alvarado (Registrada en) 30 de Septiembre. Otras van con hijos, nietos y criados.

Entre las que acompañan a de Soto, viene “Beatriz de San Pedro, mujer de Alonso San Pedro difunto, vecina de Sevilla, a Santo Domingo. Diósele licencia que pasase por ser vecina de las Indias y se vuelve allá a sus granjerías y ha poco que vino (Inscrita en)) 16 Febrero, 1538.

“Isabel López....a la Nueva España con sus hijos Francisco, Juanas y Juanico, hijos de Isabel López y de Antonio Ortiz, su marido que la envía a llamar. 19 Febrero.

Leonor de Volaños, madre de Gonzalo Sánchez Mexia, de doña Isabel Mexia y de Mundo Mexía, va a la Florida con sus hijos”.

21 de Febrero. 1) Pero sus hijos son adultos y 2 aparecen inscriptos aparte. Otras pasan con parientes. Pero todas dan explicaciones de por qué tienen licencia).

(O son loras, aunque libres y presentan testimonio).

Documento 22.- (patronato, 181,

Mejico 2 de noviembre de 1547

-Información que hizo Juan Cano sobre que su muger Isabel Motezuma, fue hija única y legítima del Emperador Motezuma (Son tres documentos).

Dice que: su mujer Da. Isabel Motezuma fue hija legítima y única del Emperador de México Motezuma y de su esposa Fecalco, como también que estos soberanos además de su reyno poseían muchas allajas y propiedades que les pertenecían, de las que nada recibió su hija; por lo que piden al Rey un repartimiento de indios o con qué vivir decentemente.

En 1562, Juan Cano, estando en Sevilla, inválido hace traspaso de los indios que tiene en México a su hijo Pedro Cano, hijo mayor de Isabel Motezuma, residente en Méjico, casado y con hijos.

Explica que fue casado y velado con doña Isabel Motezuma. Presenta testigos que los conocieron. Declara que los pueblos de indios que traspasa le fueron dados en repartimiento por servicios que avia hecho en la conquista de la nueva España. “Tenía cinco hijos legítimos, dos eran mugeres monjas profesas en el monasterio de la Madre de Dios de la ciudad de México. También tenía pueblos de indios por Doña Isabel, la cual había muerto.

Luego hay una petición de Juan Cano Motezuma pidiendo que por cédula real al Virrey de la Nueva España se le sitúe 20 pesos de oro de Renta en vida, según la merced que S.M. le había hecho en uno o dos pueblos donde correctamente los pueda cobrar, y no en tantos pueblos como los tiene situados, porque resulta muy costoso cobrarlos.

Este mismo Juan Cano Motezuma, recordando la ayuda prestada a los conquistadores por Motezuma, pide una recompensa perpetua como descargo de la Real Conciencia. Es él quien remite la petición de su padre, con fecha 23 de marzo de 1560.

La petición del padre es de 1547.

Es un formidable alegato. Adjúntase copia de un documento dado por Hernán Cortés, ordenando se reconozca a Da. Isabel Motezuma como Señora de .

Documento 23. (Patronato 181, (...))México, 1547) Avitos e informaciones a petición de Juan Cano, marido de Da. Isabel Motezuma, hija legítima y heredera universal de Motezuma, señor de Nueva “España”, exigiendo que se le entreguen todas las alhajas y posesiones de la madre de Da. Isabel que llevó en dote y otras cosas pertenecientes a sus padres).

(Extracto)

Vuelve a hacer historia y a insistir en la amistad que brindó Motezuma a los españoles, por lo cual murió a manos de los indios, y sin embargo, se le tomaron sus reinos” y también todos sus bienes: pueblos, casas y rentas, oro, plata y prendas y joyas, y todos los de su muger. Se somete a Juan cano a interrogatorio por la Audiencia en 1548. Presenta testigos: Se discute hasta la legitimidad del matrimonio de Motezuma, por no ser cristiano. Cano explica que Isabel era hija de la mujer legítima de M., no de concubinato. El documento tiene 150 fojas numeradas y otras tantas más o menos, sin numerar (310 hojas, dice al pie, escrito en 1586). En cedula a la Audiencia en 26 de

octubre de 1546, se dispuso que se llevara a cabo la investigación del caso “lo más secreto que pudierdes” para que la Audiencia decidiese que convenía hacer. Se acaba en 9 de noviembre de 1560.

Sec. Guatemala, L41.- Cartas y expediente del Cabildo Secular de Guatemala. (Pasó de .Es copia)

Carta del Cabildo a la princesa Gobernadora Da. Juana. Mayel de 1556.

“Muy alta y serenísima señora-

Vuestro muy caro y amado hermano el príncipe nuestro señor, muy alto y poderoso rrey de inglaterra y de napoles fue servido de nos hazer saber con su letra cómo V. Alteza quedara en lugar de su magestad para gobernar esos rreynos y estos de las yndias/que no fue pequeña merced que se nos hizo de que damos ynfinitas gracias a nuestro señor dios/dexarnos tan esclarecida señora para nos gobernar.

Serenísima señora/entre otras mercedes que esta ciudad enbió a suplicar a la magestad se nos hiziese) fue una ques la mas excelente obra pía que en las Yndias se puede conzeder/y es que como esta tierra es nuevamente poblada de muchos conquistadores que murieron en la guerra y en la conquista della y otros que han muerto después/quedaron muchas donzellas huérfanas pobres desamparadas y otras que despues aca han nascido y cada dia nascen/ y si no se pussiese rremedio en ello resultaria grand desservicio de dios nuestro señor.

Y para proveer un recogimiento y monasterio con la mas rrenta que ser pudiese/donde se recogiesen las pobres huerfanas viniendo para ello algunas monjas de buena vida e doctrina/y ante su magestad se ynformo de parte de esta ciudad suplicandole se proveyese lo susodicho y lo questa proveydo sobre el caso es questa rreal audiencia ynforme si es cosa conviniente fundarse la dicha casa/en cumplimiento de lo qual ynforma la rreal audiencia que no ay cosa que mas convenga al presente para el servycio de dios/parecionos que con el favor de vuestra alteza aurá efecto y se provera muy bastantemente para que aya efecto una tan santa y excelente obra como esta/esecutando el proveymiento dello el cristianismmo zolo de v.alteza que para hazer tan sanctas obras siempre tiene/y que sea fundada esta tan santa obra por vuestra alteza en tierras tan rremotas y estrañas desos rreynos despaña siempre seran obligadas las donzellas que en ella entraren a rrogar a dios por la vida de la serenissima persona de vuestra alteza, quedamos muy confiados que por ser tan santa obra y acepta a dios nuestro señor nos ha de ser concedida por mano de vuestra alteza/nuestro señor guarde y ensalce la vida de la muy poderosa y serenísima persona de vuestra alteza por muchos e bien aventurados tiem-

pos/desta ciudad de guatemala a primero de mayo 56/umildes servidores y leales súbditos que las serenísimas manos de v

(Fdo) Lorenzo de godoy alcalde

Francisco López

Alonso Gutierrez de Monçon

Bernal Díaz del Castillo

Cristóbal Lobo

Alguna hay, empeso, que no da explicaciones, como “Inés García, hija de Inés garcía y de Lila de Casa, vecinos de Sevilla a Nueva España.- 8 de marzo.”

Por mandado del cabido de Guatemala Joan Garza de Madrid

“En el mismo día y fecha,

Bernal Díaz del Castillo dirige una carta personal a la Reyna de Portugal y gobernadora de España y los Indios, haciéndole la petición sobre la que informa favorablemente la audiencia.

19 de marzo de 1574)

(Según una carta de los oidores en que mencionan haber informado al rey por octubre de 1573, la llegada a Guatemala del doctor Pedro de Villalobos, presidente y gobernador de la real audiencia de Guatemala. Pariente de Doña Marcela?).

Palma- Despacho de la Virreina –“nombro de muy buena gana (a un empleado del Tribunal de cuentas)

Su abuelo (dice Palma S. Francisco de Borja?

MONJAS ESCRITORAS

Total: 7 conventos concepcionistas

México- Sor Marina de la Cruz, concepcionista, reformadora del Convento de Jesús María, sobre el que escribe Sigüenza y Góngora su libro Paraiso Occidental (S. XVII) «Sus afectos interiores prorrumpián en versos llenos de amor o en prosa dulce y elegante» (Pag. 69) (Muriel).

Las indias y mestizas (a veces algunas españolas) solían ser donadas, es decir, llevaban vida de religiosas pero sin hacer votos perpetuos y servían a las monjas sin recibir salario (pag. 77).

Petronila de la Concepción era india natural de Xochimilco. Fue donada.

Fca. De San Miguel -india donada. Tenía don de Profecía.

María de San Juan era negra y fue esclava, donada al Convento; pero llegó a hacer votos simples (p. 78-79)

Convento de Santa Inés. Lo funda Don Diego Caballero para un mayor número de mujeres sin dote. Concepcionista 2^a 1/2 del S.XVI. 33 monjas a más de las fundadoras. Penitente. Instrumentos terribles que fueron (modernamente) enterrados.

Monjas:

María Vicenta de la Sangre de Cristo. Tocaba varios instrumentos y poseía vasta cultura musical.

Convento de Balvanera -flores artificiales famosas (pag. 107).

Autobiografía - S. Sebastiana de las Vírgenes (pag. 115)

Orden nueva nacida en México: Esclavas de la Divina Infantita, originada en el Convento Concepcionista de San José de Gracia (¿cuándo? Después) Dedicada a enseñar. Pag. 117

(Pag. 141 y sgs)

La Segunda orden en aparecer en la Nueva España es la franciscana (Santa Clara) en la 2ª mitad del S. XVI, por nacimiento espontáneo. Tres ramas: clarisas de la 1ª regla, urbanistas y capuchinas. La 1ª en México es la de las urbanistas. (2ª mitad del siglo XVI). Tenían niñas para educar en gran escala. En el S. XVIII una de sus profesas, Sor Ma. De la Concepción, escribe un tratado de matemáticas que se conserva manuscrito; parece un excelente tratado de Aritmética Elemental práctica. Fueron educadoras hasta el año 1774. En el siglo XVII fueron acusadas de relajación y tuvieron grandes pleitos (pag. 155) Muchas criadas. Se debían a la amistad de las monjas con la sociedad colonial y el Papa les concedió muchas indulgencias. (Pag. 156 y sgs.)

Leonor de los Angeles, mulata, no profesó, fue donada (pag. 162).

El Convento de Clarisas de Cosamaluapan no es fundación del de Santa Clara de México.

En cambio, de él salieron fundaciones en Guatemala (1699) en la Habana y en Santo D[omin]go. (la isla)

Fundaron el Convento de San Juan de la Penitencia en el barrio indio de Moyolta donde había enseñado Fray P. de Gante (pag. 167 y sgs.,) por colectos. Pero no era para indios sino españoles y criollas; pero educaban.

Monjas

Catalina de S. José tocaba perfección el «bajón» (Pag. 174)

Sebastiana Josefa de la Trinidad (poetisa mística) no tuvo gran instrucción; es del pueblo.

Esta fundación fundó el convento de Corpus Christi de México (p. 189)

Santa Isabel (de la 1ª regla de S. Clara)

Se tornó urbanista. Educó niñas, a pesar de la exigencia de la fundadora de que solo fuesen las que habían de hacerse monjas.

(La existencia de las niñas de 5º y más años prueba lo necesarios que resultaban los conventos).

Convento de San Felipe de Jesús (clarisas capuchinas) Vinieron de España las fundadoras. Para españolas y criollas (p. 201 y sags.) Regla austerísima. No se necesitaba dote. Vivían de limosnas.

Fundaron el Convento de N[uestra] S[eñor]a de la Guadalupe en la Villa en 1787.

En 1726 llegaron capuchinas de España a Guatemala para fundar el convento de N. Sra del Pilar allí,

Convento de Corpues Christi. (Pag. 217 y sgs.)

Existía prohibición de que las indias profesasen en los Conventos por considerarlos incapaces de tal estado. El Virrey Marqués de Valero consideró que esto, aunque tuviera bases, era injusto si se llevaba a lo absoluto. Entonces fundó este convento para indias nobles», con la regla de Santa Clara. La regla fue la más austera, la clausura, estricta.

(Véase sobre la prohibición a las indias, pag. 219 y 220).

Reglas de las Descalzas Reales de Madrid.

Sor Petra de San F[rancis]co. Es la abadesa fundadora Orden mendicante. Las jóvenes podían entrar sin dote. Vida contemplativa. Debían ser indias puras. Algunas profesas (pag. 224)..

Rivalidades e incomprensión (pag. 226 y 27). Son expulsadas las españolas. Esta fundación funda otros conventos medios

MUJER Y SOCIEDAD

EN LA CÁRCEL DE GUANABACOA

Nos reunimos hoy aquí gracias a la iniciativa de un grupo de mujeres conscientes: el que integra la Comisión Protectora del Preso. Es éste un primer paso en el largo camino que se proponen recorrer para realizar una magna labor: mejorar las condiciones de vida de los penados, contribuyendo a su bienestar intelectual y moral por medio de la instrucción y la educación; a su bienestar material, solicitando el aumento de los presupuestos del Estado para establecer las reformas útiles y necesarias en los establecimientos penales y por fin, más allá del límite de las puertas de esos establecimientos, penales, poniendo todo un afán en ayudar al preso a volver al seno de la sociedad en condiciones útiles, prestándole todo el apoyo que hasta ahora le ha faltado. Todo esto y mucho más se propone realizar la Comisión Protectora del Preso, por medio de la actividad de sus secciones de Higiene; de Ayuda Material y Jurídica y de Cultura, integradas todas por personas de capacidad técnica y de responsabilidad moral, colaboradoras, entusiastas en esta importantísima labor.

La donación de esta Biblioteca a la Prisión Nacional de Mujeres, constituye, hemos dicho, un primer paso en ese camino. Es una fundación porque una biblioteca es una ciudad de libros, y confiamos en que ella, ahora de pequeña población, se convertirá con el tiempo en una gran ciudad. Es un placer real para mi, hablar un momento con Uds en el día de hoy; porque él es para esta casa, un día de regocijo. ¿Cómo podría ser de otra manera? Si hoy se celebra aquí la llegada de un grupo de amigos tan útiles como leales, amigos siempre dispuestos a prestar ayuda; y a dar consejo, o a proporcionar placer; amigos incapaces de romper nunca los lazos de la amistad.

Los libros son esos amigos. Recíbanlos con el corazón abierto. Lo que acabo de decir no es nuevo. Todos podemos haber oído alguna vez esas palabras: los libros son amigos. Pero en este día yo deseo recordar aquí brevemente por qué se dice esa frase; examinar algo de su significado; recordar qué pueden hacer por los seres humanos, hombres y mujeres, los libros, sus amigos.

Si yo les dirigiera esto como una pregunta, sé que muchas me contestarían: “Los libros pueden darnos instrucción”. Y otras me dirían: “Los libros pueden hacernos pasar ratos agradables... “Y todas dirían la verdad. Los libros nos instruyen: son maestros. Los libros nos divierten: son compañeros amables. Y es importante para todos adquirir conocimientos, porque el hombre que más sabe es el que puede hacer más; y la vida no es eso, un gran _____. Y también es necesario para todos pasar ratos de diversión, porque necesitamos reposar de la fatiga y las preocupaciones.

Pero ¿todo lo que nos enseñen nuestros amigos los libros será una seca, aunque útil lección de gramática o de aritmética o de geografía? Todo el placer que nos den será movernos a risa o a curiosidad pasajera?. No: esos maestros y compañeros tienen una capacidad más alta: nos enseñan a ser, nos ayudan a vivir.

Porque todo lo que los libros nos proporcionan no viene de afuera; hay mucho que ellos sacan de nosotros, para nosotros mismos. Una buena lectura es como una azada que rompe el suelo de nuestra alma, para que sea labrada y cultivada. El que no ha leído bastante no sabe cuántas cosas puede llevar dentro de sí.

Todos tenemos muchas cosas dentro, que quisiéramos decir. No siempre lo sabemos; pero leemos, y nos encontramos en el libro con muchos pensamientos que nosotros casi habíamos pensado y que allí están expresados claramente. De manera que después de leer sabemos lo que pensamos, y nos sentimos más felices, porque es como si de repente pasáramos de un cuarto oscuro a la claridad.

Otras veces, un libro nos dice cosas muy nuevas; porque un libro es un ser humano; es un hombre o una mujer que nos escribe y nos dice sus pensamientos. Un libro que leemos en una larga conversación con la persona que lo ha escrito. Nosotros, al leer le preguntamos con nuestro pensamiento, y él nos contesta. Y así como a veces decimos: “Eso es así: yo lo he pensado antes, otras veces decimos: “ ¡Qué extraño es esto! No lo he pensado antes, y sin embargo, me parece que es verdad. ¿Cómo no se me había ocurrido? Y así, en conversación con el amigo, aprendemos a pensar.

Como los libros son personas que nos hablan, nos dan a conocer la vida. Por supuesto, todos nos figuramos que conocemos la vida. El que dispone de medios para procurarse los goces aparentes de la existencia y se cree más o menos dichoso porque vive regaladamente, sonrío engreído y dice “!Si conoceré yo la vida! Pero no conoce las luchas, los sufrimientos de la vida miserable, que a veces hacen más fuerte el alma del que la vive; no conoce tampoco la paz limitada de la vida humilde, a veces la más dichosa. En cambio, aquel para quien la existencia ha sido siempre una lucha ruda, que ha sufrido duros golpes, que sabe de miseria, de injusticia, de desesperación, sonrío amarga, despreciativamente: “!Si conoceré yo la vida!” Y sin embargo, todas las cosas lindas del mundo, esas que no se compran, sino que a todos nos rodean, están pasando junto a él sin que las vea.

Una mitad de su ser está muerto. Nadie conoce toda la vida por el solo hecho de vivir. Todos estos hombres y mujeres que nos hablan en los libros nos dan a conocer su experiencia de la vida; nos enseñan a vivir más completamente y quizás pueden traer grandes cambios a nuestra vida, porque esa experiencia que aplaudimos no se quedara escondida en nosotros, sino que la usaremos, la aplicaremos a nuestra existencia de todos los días. Vayan Uds. a ver en los libros cuántas cosas más hay en la tierra y en el cielo y en los hombres, cuántas cosas más de las que Uds sabían que existían!

Los que no conocen los libros, creen a veces que tratan de cosas fuera de la vida, cosa imaginadas, fantásticas; y que la belleza y la poesía sólo existen en las imaginación. Pero no es así: los mejores libros nos enseñan a ver la belleza del mundo que es de todos, a poner atención en las cosas usuales en que nunca nos fijamos, a comprender que todo lo que hacemos significa algo en la vida de todo el mundo a ver todas las cosas que están por hacer y que hay que hacer todas las que podemos hacer. Cuando hemos leído bastante la vida dura y monótona de todos los días, llega a parecernos lo que es: un interesante viaje, una útil labor en la que todos nos toca una parte. No piensen Uds. que sólo se habla en los libros de héroes poderosos y felices. Los libros exponen también los sufrimientos, y las injusticias, y nos animan a buscar el camino para remediarlos, nos anuncian un futuro mejor.

Además la vida de los libros es más larga que nuestra vida. Las cosas que los hombres no quieren que se acaben, porque son buenas y útiles, las ponen en los libros. Y los hombres se mueren; pero lo que ellos escribieron sobrevive. Los libros nos enseñan lo que ha pasado antes, para que nosotros podamos utilizarlo ahora y preparar lo que ha de ser mañana.

Nada en el mundo lo hace un hombre solo. Tenemos que contar con todos los demás. Con todos los hombres que existieron antes, que prepara-

ron lo que es ahora, con los hombres de todos los países del mundo, para mejorar lo que hay ahora, y preparar lo que será. Los libros nos dan a conocer la vida del mundo; en todos los tiempos y en todas partes. Nos descubren el pasado, nos describen el presente y nos anuncian el porvenir, hacia el que mira siempre nuestra esperanza.

Los libros sólo contienen palabras, pero esas palabras representan todas las cosas y los seres. Cada palabra nueva cuyo significado aprendemos nos da a conocer un pedazo de la vida que no sabíamos que existía. Aprender el significado de nuevas palabras es como viajar y conocer nuevos países.

Reciban ustedes con alegría a estos amigos, que amigos son quienes enseñan a ser mejores, a ser más útiles, a comprender mejor lo que tenemos que hacer en el mundo: los que nos ayudan a hacer de nosotros mismos algo nuevo.

Estos son, delante de Uds. horizontes abiertos. En cada libro que se lee y entra por una puerta franca, al dominio de lo desconocido.

LA MUJER ANTE EL PROBLEMA DE LA GUERRA Y LA PAZ

Señores:

El temor me hace llegar hoy en duda ante vosotros. Nos sé si debiera haber aceptado la invitación con que me han honrado las organizadoras de este acto, para hablar en él. En primer lugar, no es a mí, no es a ningún sedentario obrero de la palabra a quien correspondería en dignidad venir a hablar de la tragedia que está viviendo el mundo. Debería hablar alguien a quien una existencia de lucha activa, espiritual y material, por el mejoramiento de las condiciones sociales, diera autoridad y ciencia viva. Yo vengo de otro clima intelectual que no el de la luchas sociales. Las disciplinas que cultivo son mester de arte, situadas más allá del espacio y del tiempo, en el dominio no-dimensional de lo eterno. Al entrar en el terreno caótico de los conflictos materiales, no sé hasta qué punto pueden ser torpes mis ojos para percibir en la oscuridad o mis oídos, ineptos para descifrar discordancias.

No tengo más derecho a hablar del problema de la guerra y la paz, que una criatura humana que siente el dolor de las demás criaturas. “Hijo mío - escribía en la tristísima Rusia de ayer aquel místico amante de la humanidad que se llamó Fedor Dostoyevski- se ha creado entre nosotros en el curso de

Tanto la fecha, 7 de noviembre de 1938 (en que se conmemora la Revolución de Octubre), como su pudor por no provenir de un clima de luchas sociales, sino de uno intelectual, y su autorretrato como “sedentaria obrera de la palabra”, parecen indicar que está dirigiéndose a miembros de organizaciones obreras, como parte del programa de agitación previo al Congreso Nacional Femenino. En “En torno a un problema vital”, texto de una disertación para la emisora Radio Salas, del 8 de noviembre de 1937, aparecen ya algunas de las ideas y frases utilizadas luego por Camila en este trabajo.

los siglos, un tipo superior de civilización desconocido en otras parte, que no se encuentra en todo el universo: el hombre que sufre por el mundo.” Hoy, las condiciones modernas de la vida, al estrechar los lazos de comunicación entre todos los puntos de la tierra, han hecho que, frente a la tragedia universal, algo de ese superhombre aliente en todo ser que pueda albergar en su pecho un ansia de justicia y una inquietud por el destino integral de la humanidad.

En estos momentos en que las voces huecas de los dictadores prometiéndolo en todos los idiomas la paz a las naciones, llevan por acompañamiento negativo el zumbido de los aviones y el estallido de los obuses sobre poblaciones indefensas, y el derrumbamiento -sobre las cabezas que debían protegerse los muros de ciudades que eran orgullo de nuestra ambiciosa civilización, todo espíritu capaz de simpatía humana se sobrecoge de horror, todo ojo capaz de una visión de futuro se siente enturbiado por el llanto. La angustia se ha hecho dueña del corazón de los hombres. No aislado, pero sí por encima del problema político, se plantea un pavoroso conflicto vital: estamos asistiendo a la destrucción de la humanidad. Los procedimientos de guerra actuales son eficaces para producirla. En el extremo oriental y en el occidental del Viejo Mundo arden hogueras que no se extinguirán por ahora. Todos sabemos que, insidiosamente, el fuego se propaga en torno nuestro, y que cubrirá la tierra entera. Todos vemos como una civilización se derrumba.

No sería posible que las mujeres -la mitad de la humanidad- permanecieran indiferentes ante tan pavoroso conflicto. Frente a la amenaza -cada vez más extendida- de una guerra mundial; frente a la sangre que sin cesar se derrama en tantos lugares de la tierra y que nada podrá rescatar; frente a los peligros inimaginables que los nuevos métodos de guerra multiplican cada día para las poblaciones civiles; frente a la indescriptible tortura en que se ha convertido el vivir para incontables adultos y niños; frente al reinado de la violencia sin frenos, las mujeres quieren dejar oír su voz. **Muchas han pensado que una movilización de las fuerzas femeninas, de extensión mundial, debe llevarse a cabo contra la guerra, contra los regímenes de fuerza, contra los diversos atentados que se realizan constantemente para destruir las condiciones morales y materiales necesarias a la existencia humana digna de tal nombre.**

El ser mujer me confiere así derecho a hablar del grave problema. Pero quiero establecer un punto que podría no ser interpretado justamente. Sin discutir el valor de los movimientos feministas que en determinados momentos han asumido caracteres anti-masculinos, en áspera lucha de las mujeres por la conquista de los derechos que le corresponden como ciudadanas y como seres humanos, quiero insistir en que la movilización femenina contra la guerra y la opresión tiene una carácter mucho más amplio.

Por este movimiento las mujeres no intentan reclamar derechos legítimos, pero secundarios en importancia; sino colocarse junto a los hombres en la lucha definitiva contra la injusticia social de que todos por igual son víctimas. Lo que reclamamos en esa lucha es nuestro puesto al lado de nuestros compañeros. “Cada nación requiere para salvarse -escribía José Martí- cierta porción de intelectualidad y elementos femeninos, y así como no se da hijo sin padre y madre, no se da pueblo sin la comunión afortunada de los elementos viriles y los femeniles del espíritu.”

Las mujeres de hoy, en su mayoría, están de vuelta del antiguo concepto del feminismo que significó, (fenómeno natural, pero pasajero) antagonismo hacia el hombre. Si siguen organizando Congresos y Asociaciones privativas de su sexo, es con el fin de organizar las actividades femeninas, aún no encauzadas. Hace poco tiempo que la mujer ha llegado a la vida pública, con fuerzas y capacidades que ella misma ignora todavía. Siente la necesidad de descubrir en cada actividad aquellos aspectos más adecuados a su índole femenina específica. Las asociaciones y congresos femeninos tienen hoy por finalidad principal, poner de relieve los matices de la feminidad y movilizar sus fuerzas en el sentido de mayor cohesión, poniendo en contacto a las mujeres en la vida interior de cada país y en la vida internacional y desarrollando en ellas el sentido de la comunidad, “que no es otra cosa que el concepto de la responsabilidad individual en el bienestar colectivo”. La necesidad en que aún se encuentra la mujer de conocer y valorar sus propias fuerzas y capacidades, aparte de las reclamaciones de derechos que aún tiene que hacer y le corresponden, explica el que no se conforme con tomar parte en los congresos y asociaciones reunidos por el hombre; sino que se crea obligada además a convocar Congresos femeninos, cuando ya los hombres no se les ocurre, al reunir un Congreso, especificar que sea masculino exclusivamente, sino que en ellos toman parte las mujeres. Aún así, los congresos femeninos no lo son tan exclusivamente como su nombre sugiere, pues solicitan la cooperación de los hombres.

Uno de los principales aspectos de la misión de las agrupaciones femeninas es la movilización de la fuerzas de la feminidad en favor de los ideales de justicia social y de paz entre los pueblos. Con esa idea y propósito se reunió en París, en agosto de 1934, el Primer Congreso Femenino Mundial contra la guerra y la opresión. Convocaron a ese Congreso mujeres representativas de todos los países, desde la señora de Sun Yat Sen, el famoso político chino, hasta la afamada novelista de Dinamarca, Karen Michaëles. Mujeres de cuarenta países, en número de 1100, de los más diversos caracteres individuales y tendencias sociales y políticas, corrieron a prestar su adhesión a ese congreso en el que se inició la lucha, organizada internacionalmente, de la mujer contra

la guerra. Allí estuvo presente, por España, Dolores Ibárrurir, la Pasionaria; la América española estuvo representada por una argentina, una uruguaya, y una mexicana. Había allí mujeres universitarias, intelectuales distinguidas, y obreras de diversas ocupaciones; mujeres del pueblo, y descendientes de familias de la más antigua nobleza feudal. Había representantes de todas las razas, y miembros de agrupaciones tan disímiles como el Partido Comunista, el Socialdemócrata, el Partido Republicano Catalán, el Comité Jurídico Internacional, la Liga de Madres y educadoras, sociedades feministas y asociaciones de mujeres cristianas. Había ancianas venerables, madres y abuelas de hombres, y jóvenes y adolescentes, delegadas de las agrupaciones _____.

Y, -en prueba de lo que antes dije- en la presidencia de honor y tomando parte activa, a veces, en las sesiones se encontraron algunos de los más ilustres varones del mundo actual: los escritores franceses Henri Barbusse y Romain Rolland, el Profesor Langevin, famoso en los análisis de la ciencia; el gran educador norteamericano John Dewey, y aquel noble artista y luchador infatigable que fue Máximo Gorki.

En este Congreso se elevaron voces de mujeres ilustradas, conscientes, en defensa de convicciones sólidamente establecidas; voces de mujeres sencillas, guiadas sólo por su corazón y su buen sentido; voces de campesinas, de mujeres revolucionarias, de cristianas que interpretaban las palabras del Evangelio; de pacifistas sinceras que se habían dado cuenta de que la condena moral de la guerra no basta, que el deber de los que quieren la paz es organizar la lucha efectiva, constante, tenaz, contra las causas de la guerra.

El Congreso elaboró una “Carta de los derechos de la Mujer” y un “Manifiesto” a todas las mujeres del mundo y dejó fundadas numerosas agrupaciones que trabajan sin cesar, principalmente el Comité Mundial de Mujeres, en el que entre 40 países, figura Cuba, representada, cuando se fundó el Consejo, por una mujer de inteligencia y de carácter, María Villar Buceta.

La extensión de ambos documentos no nos permite citarlos completos; pero he aquí algunos párrafos que pueden darnos la idea general de su contenido. (Insértese el Manifiesto Adjunto)

Tanto el Comité Mundial de Mujeres como todas sus ramificaciones que son las numerosas Ligas y asociaciones pro-paz, trabajan desde entonces constante y activamente en la organización de las mujeres del mundo entero dentro del movimiento de unificación de las diversas fuerzas políticas y sociales contra la guerra y la injusticia.

No se ha ocultado a los congresos oficiales la importancia poderosa de ese movimiento femenino. En reconocimiento de ella, en 1936, la Conferen-

cia Interamericana de Consolidación de la Paz, reunida en Buenos Aires en el mes de Diciembre, adoptó una resolución favorable a las mujeres de la América española, todavía privadas en ciertos países de derechos elementales, y ansiosas de colaborar en la obra general de la paz. La Conferencia, integrada en su inmensa mayoría por hombres representativos de nuestros 22 países acordó “imponer a las mujeres de América como un deber su colaboración en la labor en pro de la paz.» (Insértese: pag. 56 del libro adjunto)

Como vemos, esta resolución, ya que la Conferencia laboraba especialmente por la consolidación de la paz, se refiere, más que a la lucha de carácter inmediato contra las posibilidades actuales de guerra, a la lucha más lenta, pero de resultados definitivos, que se dirige al futuro, por medio de la educación, de la orientación pública y de la protección humanitaria.

A la mujer corresponde la mayor parte del trabajo de transformación de la sociedad por medio de la educación, por la transformación de las conciencias; sustituyendo el antiguo espíritu de rivalidad y emulación como base de la educación, por el espíritu de cooperación. “Aunque las conferencias del desarrollo consiguieran el milagro del desarme total -Dice R. Llopis- no se habría adelantado gran cosa si subsistiese en cada individuo un soldado dispuesto a guerrear. Hay que desarmar las conciencias. El verdadero desarme es el desarme moral.”

Desde el punto de vista humanitario, de protección a la criatura humana, corresponde a la mujer, especialmente, una labor de urgente necesidad actual: la salvación de la infancia. En este momento la guerra está destruyendo nuestro mundo civilizado. Para que sobre sus ruinas se levante un nuevo mundo, más feliz acaso, una humanidad nueva ha de construirlo. ¿Dónde están los hombres que han de formarla? ¿Qué podemos responder a esa interrogación que surge inevitable ante los campos erizados de millares de cruces blancas, ante los millares de cadáveres perdidos en lodazales y hondonadas, ante los millares y millares de cuerpos hechos átomos por las explosiones, ante la muerte, la muerte ilimitada...? Si ha de brotar mañana ¿dónde podrá guardarse nuestra simiente?

Sin duda en esos que no saben luchar, sino sonreír o llorar, en esos que contemplan estupefactos una catástrofe que no comprenden, en esos que aún no saben andar y se están quedando solos en los caminos. Cuerpecitos trémulos, ojos sorprendidos, mejillas surcadas de lágrimas, bocas que gritan un dolor que no sabrían explicar. Algunos, muchos, caen muertos también alcanzados por la piedra, por el plomo, por el acero (¡oh vergüenza!). Pero otros escapan, navecillas sin norte, alas leves entregadas a un viento de huracán; escapan para seguir viviendo y sufriendo sin saber porqué. Varios trozos de mundo están

siendo asesinados en el curso de su vivir cotidiano. Y ahí está nuestra simiente. Ahí están los niños, como los perros del poema de Rafael Alberti,

“que de improviso surgen de las rotas neblinas,
arrastrando en sus tímidos pasos desorientados
todo el terror creciente de su casa en ruinas.”

Tiene oídos enfermos y ojos aterrados. Tiemblan, piden pan, lloran. Allá van, arrastrándose, pulmones secos, costados abiertos, cuerpos como tallos débiles. Y ellos son todo el futuro, toda la esperanza que podemos tener sobre la tierra. ¿Qué haremos los hombres de hoy si no salvamos a los niños? ¿Para qué servirán todos los esfuerzos por crear un mundo mejor?

Allá en China, allá en España asesinada, mueren los hombres y las mujeres sabiendo que sus hijos quedan a la merced del más incierto destino.

A todos los “hombres que sufren por el mundo”, a las mujeres en especial, toca organizar la ayuda moral y material para restituir y conservar la salud del cuerpo y el alma a millares de niños sufrientes. El futuro próximo es ominoso. La sombra de la guerra se extiende fatalmente sobre la tierra. En todos los continentes, en todos los países, uno tras otro, sonará la hora oscura. Si ha de volver la claridad en un futuro lejano, unamos todos nuestros esfuerzos para salvar la humanidad de mañana en los niños de hoy. Es, quizás, nuestra mayor responsabilidad histórica.

Señores: las mujeres cubanas, conscientes de las graves responsabilidades de la hora presente, han convocado un Congreso femenino nacional que ha de reunirse en breve. Entre los problemas que ese Congreso nos planteará ocupa lugar principal el de la labor en pro de la paz internacional y de la paz civil interior, amenazada siempre, dado nuestro inestable equilibrio social y político. Para esa obra, de importancia trascendente, se ha hecho llamamiento a todas las mujeres del país, con el propósito de que todas contribuyan a considerar la necesidad de la paz y a analizar los medios más eficaces con que la mujer puede contribuir a establecerla. Cuba y el mundo entero esperan que la mujer cubana sabrá cumplir con ese deber.

Yo sé que, después de oír pacientemente mis palabras, estaréis pensando que es candidez excesiva esta de hablar de paz en los momentos en que todo el mundo sabe a conciencia que la guerra avanza a pasos agigantados y que no es probable que nada pueda detenerla ahora. En efecto, si no fuera porque tengo la íntima seguridad de que el mundo del futuro sólo puede derivar su significado de la voluntad de los hombres del presente, no me hubiera permitido abordar este tema. Pero yo creo que es precisamente porque la guerra se aproxima, porque ya se cierne sobre nosotros, por lo que es necesario hablar

de paz. Las formas son transitorias, pero el mundo subsiste a través de sus transformaciones. Es hoy cuando forjamos el mañana y nuestro mañana, si ha de brillar, tendrá que ser de paz. “El destino total de todo lo que los hombres expresan en la palabra cultura -dice André Malraux- está contenido en una sola idea: transformar el destino en conciencia. Por eso el destino, en sus varias formas, debe ser primero concebido para poder ser luego dominado». Concebamos la paz ahora, para que haciéndola brotar del seno mismo de la guerra, podamos al fin llamarla nuestra.

PALABRAS INAUGURALES DEL TERCER CONGRESO NACIONAL FEMENINO

Exaltándome a un puesto que no me corresponde, se me ha designado para declarar abierto, en estas palabras, el Tercer Congreso Nacional Femenino organizado por las mujeres de Cuba. No sé por qué se me ha concedido ese honor, que pertenece por derecho propio a las inteligentes y activas organizadoras que han hecho frente, para llegar a esta realización, a tantas dificultades, a los obstáculos que encuentra siempre todo explorador de tierras vírgenes, todo cultivador de un suelo nunca abierto por el arado. El haber organizado este Congreso, el llevarlo a feliz término, constituye una labor de edificación, casi de creación, cuyo alcance, al medirlo con el pensamiento, nos estremece con la emoción que causan los grandes acontecimientos históricos. Este Congreso es un acontecimiento histórico de importancia; lo es por su significación humana.

Es cierto que la mujer cubana ha tenido siempre, aun en tiempos de la servidumbre que le imponían las antiguas costumbres, una personalidad más vigorosa que la mayoría de las mujeres de nuestra América. En la vida social, en la vida doméstica y aun en la vida cultural, dentro del estrecho campo en que podía moverse, se ha conducido siempre con una altivez, con una dignidad que hicieron difíciles y raros en este país los casos extremos de abuso de autoridad sobre la mujer, que en otros lugares solían ser harto frecuentes. No

La Habana, 18 de abril de 1939. En el ejemplar mecanografiado que se conserva en el archivo del Instituto de Literatura y Lingüística, Camila se refiere al "primer congreso", pero es evidente que se trata del tercero, pues el primer congreso se había celebrado en 1923.

es de extrañar, pues que en el momento en que la mujer llega a la libertad las cubanas tomen su puesto en la vanguardia.

La mujer llega a la libertad. Es decir, llega a la conciencia de la libertad. Este concepto tiene dos aspectos: uno, específicamente femenino, otro, humano. Pero he aquí que los límites ente ambos se me hacen borrosos y los dos aspectos se me confunden. El más humano de ellos es el que aparece como específicamente femenino. **Porque el hecho de que la mujer llegue a la libertad es un suceso humano vastísimo en alcance y en sentido. Significa que la mitad de la humanidad, que se hallaba reducida a singular esclavitud, empieza a disfrutar de derechos.** Quiere decir que la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano pasa del género masculino al género común, aplicable por igual a varón y a mujer. Al otro aspecto, que al principio llamé humano, llegamos a través de este primero.

Al llegar a la libertad, al derecho, la mujer se ha dado cuenta de lo que no existe aún de derecho ni de libertad para los seres humanos en general, y se ha puesto de pie junto al varón para la lucha.

Ambos aspectos sirven de motivo a esta reunión de las mujeres cubanas. Este Congreso es la demostración del grado de desarrollo que entre nosotras ha alcanzado la conciencia de la libertad.

Esa conciencia, en la mujer, toma el carácter de totalidad, de universalismo que la feminidad presta a todo lo que ella siente, o piensa o es. Estas mujeres se reúnen para considerar los problemas de la vida del mundo -en ningún momento más difíciles que ahora- en relación con la mujer y en relación con el niño, en relación con el propio varón. **Este cuando estuvo solo para hacer leyes y adquirir poderes, lo hizo para sí mismo, y a través de él para las mujeres y los niños, que le pertenecían al igual que los esclavos y los animales domésticos.** La mujer aunque, dolorosamente educada en esa escuela de privaciones, no puede ser, por su esencialidad biológica, egoísta. Trata los problemas de todos como los trataría cada uno y aun al niño empieza por reconocerle sus derechos y su personalidad propios. Características de la actuación de la mujer consciente de hoy son la universalidad de la intención y el respeto a la individualidad.

De las características de universalidad es prueba la variedad de aspectos que abarca este Congreso. La mujer quiere sondear el sentir femenino colectivo sobre todos los graves problemas del mundo. El Congreso tratará los problemas de la economía y del derecho, de las relaciones sociales, de la educación, de la higiene, de la cultura, los problemas políticos nacionales y extranjeros y el pavoroso problema actual de la guerra y la paz.

No es posible, ni lo pretende nadie, agotar en un Congreso tan múltiples temas, que dan, cada uno, motivo a numerosos y frecuentes Congresos en el mundo entero. Las mujeres cubanas lo que desean es movilizar su pensamiento y encauzar su acción en varias direcciones; darse cuenta de sus posibilidades de iniciativa; tomar impulso para partir por diferentes rumbos hacia el gran fin total.

Por esa misma universalidad, el Congreso ha querido hacer patente su imparcialidad. Se ha querido que aquí se oigan todas las voces, se exterioricen todas las ideas. No porque toda idea merezca subsistir y propagarse. Eso es una falacia. Hay ideas falsas, hay ideas perversas, hay ideas perjudiciales al bienestar que busca la humanidad. Pero aquí querríamos discutir las todas, para someterlas a la prueba de la verdad. Las ideas de mal pueden imponerse al mundo por la fuerza; pero no resisten al razonamiento. Quienes no osan discutir es porque no tienen confianza en la validez de sus principios; es porque no pueden creer en ellos sino en la oscuridad, en la ceguera.

El Congreso va a tratar problemas de derecho y de economía y de ayuda social, con el criterio de que para todos debe haber justicia y bienestar y no desigualdad injusta, criterio que, ciertamente, no es nuevo debajo del sol como palabra o precepto, pero es aun inexistente como realidad cumplida.

Va a tratar el Congreso temas de higiene, con el criterio de que lo necesario no es que haya muchos seres humanos que sirvan a otros con sufrimiento y muerte, sino seres que puedan vivir razonablemente sanos y felices y servir al bien general con su vida. Va a tratar problemas políticos sin apasionamientos partidistas, porque la mujer consciente sabe que la política como hoy se entiende es el mayor azote de la humanidad, y tendrá que desaparecer si ésta ha de sobrevivir; y hay que meditar la concepción de una nueva política que se base en una total revisión de valores. Va a tratar problemas de la cultura: de su significación y de su propagación no sólo en cantidad, sino en calidad. Va a tratar problemas de las relaciones entre los sexos: de la unión, de la separación y de la procreación; porque el matrimonio medieval que aún subsiste en parte, con sus fenómenos concomitantes de prostitución y de celibato forzoso, estaba fundado sobre la base de la servidumbre de la mujer, y necesita una transformación radical. Las relaciones entre los sexos necesitan transformarse no sólo en la ley, sino en la costumbre, y aún más, en la conciencia moral del varón y de la mujer.

El Congreso tratará, en fin, el problema de la guerra y la paz. Más que otro alguno, ese problema no puede, por ahora, tener solución. Pero hablaremos con sentido de futuro, para que no vuelva a perderse la paz cuando la recobremos; para que pueda haber mañana una humanidad que no quiera la

guerra, que es, como decía Antonio Machado encarnado en Juan de Mairena, la única forma de extinguirla para siempre.

Porque todos los problemas humanos, -todos los que aquí serán discutidos, por lo tanto- parecen empezar en el exterior, pero terminar en el interior del hombre. En realidad, ahí es donde nacen. Lo que sucede es que del árbol vemos las ramas, no la raíz. Vemos conflictos externos: de política, de economía, de prejuicios sociales, de leyes, matrimonio, prostitución. Pero la fuente de donde todo brota es la mentalidad humana, el sentimiento humano, la miseria, la moral de la humanidad, el máximo mal que, si pudiera remediarse, permitiese al fin, el bienestar estable de los hombres.

La mujer, la mitad de esa humanidad problemática, está buscando su conciencia. Se asoma -¡en gravísimo momento de la historia del mundo!- a la profundidad aún confusa de lo que llamamos *libertad*; libertad económica, libertad política, libertad cultural, libertad sexual, libertad moral: causa y efecto a la vez de todas las demás formas, esencia íntima de la libertad. Este madurar de la conciencia femenina es un paso gigantesco que da la humanidad hacia su equilibrio interno y externo.

Que lo sienten las mujeres de América, que se dan cuenta de la seriedad del momento en que viven, y de la responsabilidad que vivir hoy implica para el mañana lo prueba el gesto, de afirmación e indagación al par, que este Congreso representa. (Las mujeres cubanas, las mujeres hispanoamericanas que han venido a prestarnos su cooperación valiosa, estamos dispuestas a luchar por que se transforme en destino cumplido nuestra conciencia de la libertad.

FEMINISMO

Señores:

Las mujeres decidieron un día tomar las riendas del gobierno de los Estados y desposeer de él a los hombres, en vista de su fracaso completo en esa gestión. “Es necesario apoderarnos del gobierno para bien de la República, dijeron; porque tal como están las cosas no pueden continuar: ni a vela ni a remo se mueve la nave del Estado. ¡Esto no marcha!” De tal suceso nos da fidedigno testimonio Aristófanes, en su comedia *La asamblea de las mujeres*, producida unos 400 años antes de la era cristiana. Y si no tenemos testimonio de que en época más remota las mujeres plantearan ese problema, es porque no había nacido aún la comedia, regocijado espejo de las costumbres del presente y burlesco vaticinio de las del porvenir. Porque el problema es tan viejo como la pareja humana. Se planteó desde el día en que ésta se constituyó emergiendo de la horda primitiva; pero como en la vida del Universo los días que el hombre mide son fracciones infinitamente pequeñas del tiempo ilimitado, el problema se halla todavía palpitante, sin solución. La pugna entre las dos mitades de la humanidad obedece a motivos de tal complejidad, comprende tan múltiples y varios aspectos, que no existe manifestación vital en la cual no se deje sentir, y tratar de interpretarla y de exponer su desenvolvimiento en breves palabras, es intentar, al par, el análisis y la síntesis de toda la existencia de la humanidad.

Conferencia pronunciada en la Institución Hispano-Cubana de Cultura. La Habana, 25 de julio de 1939. Publicada en la *Revista Bimestre Cubana* ese mismo año e incluida en *Estudios y conferencias*. (Letras Cubanas, La Habana, 1982, prólogo de Mirta Aguirre) y *Ensayo Cubano del siglo XX* (Fondo de Cultura Económica, México, 2002, selección y prólogo de Rafael Hernández y Rafael Rojas).

La historia del feminismo no es sino el lado femenino de esa cuestión eterna, y por lo tanto es la historia de una lucha entre partes muy desiguales, porque, como quiera que consideremos el problema, tenemos que partir del hecho incontrovertible de que la mitad femenina del mundo se ha encontrado siempre en condiciones de inferioridad respecto de la mitad masculina. El problema vital de la mujer es doble. Toda la historia de la humanidad es historia de luchas: el hombre ha batallado siempre por mejorar las condiciones de su existencia y la mujer, fatal aunque no siempre conscientemente, ha tomado parte en esa lucha general, contra la enfermedad, la guerra, el hambre, la esclavitud, la miseria y la muerte, lote común de todos los seres humanos; pero al mismo tiempo se ha enfrentado con el varón por los problemas específicos de su sexo: problemas biológicos y problemas que le ha creado la condición social que le ha sido impuesta.

Si, dando una ojeada histórica, examinamos la situación de la mujer a través de las edades, la hallamos, en las formas de vida social más primitivas que podemos observar directamente, considerada por el varón como un ser que ocupa (quizás) el primer rango entre los animales domésticos, y que es además instrumento necesario para la satisfacción del instinto sexual. En esta forma de vida salvaje la unión de los sexos es puramente bestial, y el concepto de amor en cualquiera de las acepciones que tiene entre los grupos más civilizados es totalmente desconocido. Ni siquiera suele existir en el vocabulario palabra alguna que denote afecto. Los varones estiman a sus mujeres como a sus perros, por los servicios que prestan. En cuanto envejecen o se inutilizan, se les da muerte. Con frecuencia se las devora, de modo que sirven también para satisfacer el hambre de la tribu en tiempos de penuria. De otro modo, ni siquiera se les da sepultura. El viajero Oldfield declara no haber hallado, en la Australia salvaje, ni una sola tumba de mujer. La unión monogámica o poligámica no es la regla. Se practica la promiscuidad y la mujer obedece a la fuerza. Los hijos interesan como nuevos brazos para la tribu. Su número se reduce por el infanticidio, que se practica como cosa natural, sobre todo en las niñas, porque pueden convertirse en carga. Según las necesidades de la tribu, las mujeres son bestias encargadas de labores más o menos rudas, aún en los momentos en que sus amos se reposan de las fatigas de la guerra o de la caza. Observó el explorador Fitzroy que entre los habitantes de la Tierra del Fuego, cuando el invierno era rudo y escaseaba el alimento, se asaba y devoraba primero a las mujeres más viejas. Preguntó a uno de los salvajes por qué no se comían primero a los perros. “Porque los perros sirven para cazar la nutria”, contestó. Las mujeres eran consideradas, pues, como animales de utilidad relativa. Por supuesto, en ese estado social la familia no existe. El hombre no tiene mujer; la tribu tiene esclavas hembras. La idea de paternidad está en

ciernes todavía. En muchas tribus se ignora cuál es el papel del varón en la generación de los hijos, a los que se cree producto de misteriosas fuerzas externas que actúan sobre la mujer. La condición de ésta no admite más que una descripción: bestia de carga.

En pueblos de una etapa de civilización más avanzada, predomina ya la idea de la prole, base de la familia. Sin duda apareció primero como sentimiento en la mujer, puesto que su amor a los hijos es instintivo. En el varón el sentimiento de la paternidad es un producto de la civilización. Señala un progreso material y moral, y a juzgar por la facilidad extrema con que los varones de los pueblos más civilizados suelen abandonar y desconocer a sus hijos, aún en nuestros días, estamos autorizados a pensar que dicho sentimiento no ha alcanzado todavía su más alto grado de desarrollo. La idea de la prole se desarrolló en el hombre primitivo con la noción de la propiedad individual. Sacó entonces el varón a la mujer del estado de promiscuidad y la hizo su esclava personal. El varón de esa etapa de la civilización posee una o más mujeres, que trabajan para él y sirven para su placer exclusivamente. Si de esas uniones nacen hijos, son nuevos servidores del padre. Sólo él puede disponer de ellos y ejercer sobre la madre e hijos el derecho de vida o muerte. Este varón estima a su mujer y a sus hijos como a su hacha, a su arpón, a la fuerza de sus músculos, o a los animales domésticos que aran la tierra que lo nutre: son los signos y el fundamento de su poderío. El egoísmo del hombre impera en absoluto. No hay amor en él. Se desembaraza de sus familiares sin vacilación ni remordimiento, desde que le estorban. La base de la familia original es, pues, el naciente concepto de la propiedad individual. La condición de la mujer dentro de ese estado social es la esclavitud. Esclava de un amo individual. Esa familia rudimentaria representa, empero, un progreso en la situación de la mujer, que pasa, de la pertenencia de la tribu a la de un solo defensor que, por guardar su propiedad, la protegerá contra los otros. A su vez, el varón empieza a imponer a la mujer un deber nuevo: la fidelidad sexual. Es exclusivamente suya. No debe pertenecer a otro excepto cuando él la regale, la venda o la preste, como puede hacer con sus armas. Pero desde el momento en que el hombre posee exclusivamente a una o varias mujeres y a los hijos de éstas, empieza a formarse por el contacto, el hábito, los mutuos servicios. -puesto que el varón, al defenderlos, empieza a darles algo en cambio de lo que ellos se dan, -empieza a desarrollarse, digo, una nueva fuerza moral. Lo suyo le parece a cada hombre preferible a lo del resto de la tribu. Nace el afecto familiar. El hombre que ya posee algo, busca lugar donde fijarse con su familia. Se organiza la sociedad patriarcal.

Por raro caso, en algunas razas en que las mujeres eran excepcionalmente vigorosas y escasas en número, la familia se organizó en torno a la mujer. Por ella se estableció la genealogía y los hijos le pertenecieron, quedando el padre desconocido o sin autoridad. Es la organización social llamada matriarcado.

La existencia de ese estado de cosas, nos indica que en la mujer no ha dejado de existir nunca el deseo de libertad y predominio y que donde ha podido conseguirlo, lo ha realizado. Por lo tanto, su sumisión no ha sido obra de su voluntad natural, como algunos pretenden, sino de la fuerza. La mujer está sometida porque es físicamente más débil. En los pueblos de este período de civilización, si las mujeres son fuertes y están en número escaso, se establece a veces la poliandria: la mujer puede tener varios maridos a la vez. Esto puede suceder en pueblos de civilización de un grado bastante avanzado. Así vemos, en el gran poema épico de la antigua India, el Mahabarata, a la bella Drapaudí, de ojos color de loto azul, esposa de los cinco hermanos Pandava, guerreros favorecidos por los dioses.

Con la fundación de la familia primitiva, la unión del hombre y la mujer queda sujeta a limitaciones. Empieza el matrimonio. Este se hace por raptó o por compra de la mujer por el varón, y lo que se compra es, principalmente, su fecundidad, los hijos que ha de producir. A tal punto, que si el marido no satisface el precio estipulado, en algunas tribus no es dueño de los hijos que nacen de la unión. La mujer se convierte en la progenitora: la que da muchos hijos, da riqueza, poder. La religión interviene para hacer del matrimonio una ceremonia del Culto, algo sagrado. La compra de la esposa se transforma en carácter.

El estado y la religión rigen la familia, que ya no es asunto personal del padre y de la madre ni del grupo humano. La poligamia se restringe. Empieza a no permitirle al hombre, en muchos pueblos, más que una esposa legítima, que tiene autoridad sobre los hijos de todas las demás, cuyo rango es de concubinas. Esto obedece a que, con la de la mujer, se promueve la cuestión de la herencia de la propiedad. Hubiera traído complicaciones dar los mismos derechos a todas las mujeres y a todos los hijos de un hombre. Por eso se señalaba a una entre todas, a veces dos. Así aparece el matrimonio monogámico, que después se ha cimentado sobre nuevas bases materiales y morales. Pero el matrimonio monogámico no ha significado nunca la monogamia perfecta. Considerándola en su constitución general, la sociedad humana ha sido siempre poligámica, varias causas y muy complejas; entre ellas el número de mujeres excede, en mucho, al de varones.

La mujer, pues, continuando su evolución histórica, es ya una esclava a la que su más alta función, la maternidad, suele liberar de otras cargas onerosas,

y confiere cierto rango. Su misión es dar hijos al hombre. Y “por un hijo -dice Manú- gana el hombre el reino de los cielos. “Pero la mujer en este que podemos llamar su tercer estado social, de progenitora, sigue sometida. Todo varón es superior a ella. Su hijo es su amo y señor, después del padre y del marido. Telémaco en presencia de los pretendientes, ordena a la noble reina Penélope, su madre, que se retire y ella obedece con humildad. Ya los trabajos más duros de los campos han sido dejados a los esclavos. La mujer libre se dedica, empero, a muchas labores dentro de la casa: hila, teje, cose, prepara los medicamentos, cuida a los enfermos, a los niños, mantiene la limpieza, el orden... Su trabajo, del cual puede ser símbolo la tela de Penélope, no se termina jamás; pero lo único eso vale es el derecho a ser mantenida por el hombre mientras éste quiera. Así desde los tiempos más remotos la mujer ha trabajado duramente, ha reposado poco; pero nadie pensó nunca en que ese trabajo mereciese otra retribución. No se retribuía el trabajo de los esclavos, entre los cuales ocupaba ella el lugar más elevado.

Moralmente, la situación de la mujer ha mejorado; materialmente, ha superado a la bestia de carga; pero legalmente su estado permanece idéntico: es una propiedad del varón.

Así la encontramos en la antigua Roma. Moralmente, la matrona ocupa un alto lugar. No se niegan a la mujer libre romana los beneficios de una buena educación; pero la familia persiste en su constitución primitivamente patriarcal.

En Atenas, en cambio, la mujer tiene alguna protección legal. Puede poseer bienes; su marido es castigado si no cumple con el deber de mantenerla así como a sus hijos. Pero no sucede porque la democracia ateniense se preocupe de la persona de la mujer sino porque la tiene a su servicio: debe darle ciudadanos, que representan fuerza y riqueza. No se le tiene ninguna otra consideración. Se le niega toda instrucción que no sea sobre trabajo doméstico. Se la relega al gineceo, y no debe apenas salir de la casa. Sus hijos, pequeños aún, le son separados de ella para ser educados por el Estado. El varón vive la vida pública y no suele conversar con su esposa. Pero el riesgo era demasiado sutil en cosas del espíritu para privarse del intercambio con la mentalidad femenina. La cultivaba y la apreciaba en la hetaira que podía instruirse, filosofar y gozar de los placeres del mundo. Para la cortesana guardaba el griego su admiración; a veces, su amor; pero no su respeto. El precio de su relativa libertad era el desprecio moral del hombre.

Así en la Roma republicana, donde la ley hacía de la mujer una esclava, ella gozaba de la estimación moral; en Atenas, donde la ley le daba protección en bien del Estado, se veía moralmente rebajada.

Podemos decir que la estimación de la mujer como ser humano comienza en Roma. La matrona era honrada y venerada por parientes y clientes. Su voz era oída en los Consejos de Familia. Influyó en el gobierno del Estado a través de su marido y de sus hijos. No estaba relegada al hogar; podía salir y ser vista en público. En los festejos públicos se le daba el primer puesto. Los hombres se inclinaban ante ella. Tenía importancia en la vida nacional, y si las leyes la olvidaban, la costumbre hacía por ella más que la ley para las mujeres de otros pueblos. Es Cornelia, que aconseja a sus hijos los Gracos, no cejar en la lucha por el bien del pueblo, aunque expongan la vida. Es Veturia, que desarma a Coriolano para salvar a Roma. Hecho que mueve a reflexión profunda es éste; porque nos hace ver cuán varios son los aspectos que tiene que considerar la mujer en el problema de su mejoramiento. Ese predominio moral es quizás, lo único en que la mujer ha logrado en el pasado superar al varón. Constituye su fuerza indiscutible y sería de desear que no la perdiera, ni aún al precio de conseguir otros progresos. Esa fuerza de la matrona romana le era conferida en parte por la maternidad; pero era mucho más; era la calidad moral, la excelencia en el consejo, la nobleza del espíritu, la dignidad en la acción, la serenidad, lo que el varón encontraba en ella para prestarle inspiración y ánimo. Era virtud, *virtus*, que significa energía en la antigua lengua de Roma.

Pero esa grandeza duró sólo lo que la República Romana. Solamente podía producirse donde hubiera hombres capaces de respetarla. Desapareció con la corrupción de los Césares. Cosa que parece extraña: en ese período de decadencia, se crearon leyes protectoras para la mujer romana, sin que perdiera la libertad que le daban las costumbres. Se la hizo dueña de sus bienes, se abolió el derecho de vida y muerte, se la protegió contra el maltrato del padre o del marido. Pero semejantes ventajas en una época de desmoralización sólo dieron por resultado que las mujeres se entregaran, al igual que los hombres, al más desenfrenado libertinaje. La ley pudo prohibir que la mujer entregase su dinero al marido; pero nada pudo impedir que diera su fortuna a sus amantes. Esas mujeres alcanzaron poder inmenso: destruyeron tronos, hicieron y deshicieron emperadores, llevaron sus pasiones sexuales a la política, haciendo senadores y ministros a sus amantes más groseros, abyectos e imbéciles. Histriones, payasos, libertos, bribones de la peor calaña fueron elevados a lo más altos cargos del Estado por influencia femenina. La mujer llega casi a una igualdad con el hombre; pero igualdad en el vicio, en el crimen, dentro de una sociedad podrida, en vías de desaparición. Sin embargo esa sociedad lega al futuro, tras los cataclismos en que naufraga, los fundamentos legales de un progreso notable en la condición de la mujer.

II.- En Oriente, todo toma la forma mística. Las prédicas de Jesucristo y la tentativa de revolución social que las empeñó, llegaron a Europa como reforma religiosa únicamente. Pablo de Tarso, el primero que predicó en Europa el Cristianismo, propugnó una reforma moral y una religión espiritualista, imbuído como estaba en las teorías de la metafísica griega. Una idea noble y fecunda había tomado de las prédicas de Cristo: la idea de igualdad. Pablo afirmó, el primero, la igualdad entre el hombre y la mujer: aunque sólo los equiparó ante Dios. Ambos sexos tenían los mismos deberes y derechos místicos. “No hay ya -dice el Apóstol- ni judío, ni griego, ni esclavo ni hombre libre, ni hombre ni mujer: todos somos unos en Jesucristo”. Las luchas iniciales del cristianismo confirmaron esa equiparación: la mujer igualó al hombre en la fé, en el heroísmo, en el martirio. Fue admirada, ejemplarizada, santificada. Y como esa igualdad no era más que en Jesucristo, los primeros cristianos no la rechazaron. Pero la ola igualitaria invadió el matrimonio, donde ambos esposos quedaban sometidos a la misma ley moral: “Lo que la ley divina prescribe a uno de los esposos, lo impone a los dos”, -escribía San Jerónimo. Y esa igualdad moral, al adoptar el Estado la religión cristiana, pasaba a las leyes y al terreno económico: la donación del esposo debía igualar la dote de la mujer; las ganancias durante el matrimonio debías seguir igual distribución Naturalmente, al llegar ahí, la equiparación no fue respetada. Fue necesario hacer algunas leyes para proteger la fortuna de la mujer contra el marido. El cristianismo paulino de los sexos subsistió ante Dios únicamente. Los Padres de la Iglesia, que empieza a ser una organización poderosa tenían opiniones muy particulares sobre la mujer. En primer lugar, sentían hacia ella un desprecio tan profundo, que discutieron si tendría un alma, discusión que era una herencia del paganismo; pero que resulta una incongruencia en el cristianismo, No sólo la mujer era impura, sino su contacto creaba impurezas; por lo tanto, el matrimonio era un estado de impureza, que cayó en descrédito. Los sacerdotes impusieron a las relaciones conyugales severas restricciones. El propio pater familias quedó sometido a las leyes tiránicas. Sólo se dio protección legal al hijo, como heredero. Mientras el matrimonio pierde su crédito y hombres ambiciosos especulan con las cosas divinas, los más libertinos o sensuales practican desenfrenadamente el concubinato. Constantino, para combatir esa situación y reglamentar las riquezas en provecho del Estado, concede todos los derechos a los hijos legítimos y priva de todos los derechos a los hijos bastardos estableciendo la trágica desigualdad que aún perdura. La Iglesia, alejándose cada vez más de la naturaleza, niega al cuerpo sus derechos. No puede proscribir la unión de los sexos; pero la restringe. Glorifica el celibato, hace eterna la viudez, considerando el segundo matrimonio como un adulterio; reemplaza el divorcio, que la Edad Antigua aceptaba, por separación de cuer-

pos, otra disposición esterilizadora; prohíbe el matrimonio de los clérigos. Todas las relaciones entre hombre y mujer, con sus consecuencias económicas y sociales, quedan bajo el dominio de la Iglesia. Las leyes canónicas son especialmente humillantes para la mujer, y la colocan muy atrás en su condición tradicional de inferioridad. El Clero con una mano la acaricia recordando a la madre de Jesús y con la otra la flagela, en nombre de la tentación en el Paraíso. Ella es la gran culpable. Se la maldice, se la declara diabólica y obscena. San Juan Crisóstomo la acusa de manchar al hombre por la unión sexual. A no ser por su culpa en el Paraíso y el pecado original, Dios habría encontrado otra manera menos vergonzosa de perpetuar la especie. “Mujer -dice Tertuliano- deberías ir siempre vestida de duelo y en harapos, para redimirte del pecado de haber perdido al género humano. ¡Eres la puerta del Infierno! ¡”Por tu causa murió Jesucristo!”.

Y como San Pablo había dicho que el celibato era un estado más perfecto que el de matrimonio, esta es la afirmación suya en que todos se apoyan, olvidando las demás; tal desprecio se graba en el Código Católico. Para el derecho canónico, sólo el varón ha sido creado a la imagen de Dios; la mujer, no. En consecuencia, debe estar sometida al varón. No se le permite servir de testigo ante la justicia, porque su testimonio no es digno de fe. Todas las leyes protectoras de la mujer dictadas por los emperadores, todas las inspiradas por el cristianismo primitivo, desaparecen en las leyes canónicas. El cristianismo organizado, poderoso en toda Europa, considera a la mujer como un ser impuro, que sólo reclusándose en el monasterio puede hacer olvidar su pecado por la plegaria, la humillación y la abstinencia. Si permanece en el siglo, su vida debe ser casi igualmente restricta, y persistiendo en esas prácticas puede quizás elevarse, a pesar de todo, hasta la Santidad, porque la igualdad última, ante Dios, subsiste.

Hemos visto como el hombre ha establecido el matrimonio monogámico, mientras la tolerancia del concubinato ha permitido en realidad la poligamia extra legal. La Iglesia, aunque impone la monogamia legal, no puede tampoco conseguir más. En los últimos días del Imperio Romano surgió en la vida histórica un pueblo de costumbres sencillas y severas, el pueblo germano. Practicaba la monogamia y Tácico asegura que el adulterio del hombre era castigado al igual que el de la mujer. Probablemente Tácico exagera; pero la mujer germana parece haber disfrutado de muchos derechos. Podía gobernar su familia en ausencia del varón, podía poseer bienes y tenía no sólo dote sino donativo del marido. Era protegida físicamente por ser menos fuerte, por el hombre, pero asistía con éste a las asambleas, su voz se oía en las deliberaciones y su inteligencia era muy estimada. Las leyes germanas cambiaron pronto

al ponerse en contacto con las leyes canónicas. En el Norte de Europa se conservaron por más tiempo; en el sur se perdieron antes. Con Carlomagno, una era de nueva esclavitud comenzó para la mujer. Este emperador la puso bajo la tutela del gobierno, y a la muerte del monarca, esa tutela pasó a manos de los innumerables señorzuolos de horca y cuchillo. Empieza una época particularmente repugnante de la historia femenina. La mujer noble que no tiene hermano varón no podía ser heredera del feudo sino bajo un tutor masculino, que era quien en realidad lo disfrutaba, y esa tutela se vendía al mejor postor. Para facilitar la transición se vendía también a la dama en matrimonio, en igual forma. La mujer del pueblo pertenecía en trabajo y en cuerpo al Señor bajo cuya tutela estaba y aun cuando contrajera matrimonio con algún varón de su clase social, su cuerpo pertenecía en primer termino al Señor. Las revoluciones populares que se produjeron con motivo de los abusos de los señores, mejoraron momentáneamente la suerte de la mujer restableciendo antiguas leyes romanas y germanas, pero cuando nuevos códigos se redactaron en el siglo XVI, la mujer quedó en la misma situación de inferioridad que antes, declarada impura, maléfica, incapaz en las cosas del espíritu, y por lo tanto, en perpetua minoría de edad y relegada a la rueca o a la aguja en el interior del hogar.

Sin embargo, el periodo de la Edad Media, a que nos hemos referido, es el de los trovadores, el de las Cortes de Amor; hubo en él mujeres nobles que pudieron consolarse de la opresión por medio del estudio y que pusieron de moda el sentimentalismo más espiritual, sin duda como reacción frente a la grosera realidad. Hubo caballeros y pajes que las galantearan y sirvieran. El Renacimiento luego produjo mujeres sabias, humanistas y poetisas; pero estas son excepciones y aquellas, espuma engañosa. El fondo de la brillante copa era negro y amargo.

La monarquía absoluta no ayudó a la emancipación de la mujer. Excluida de la vida pública, aniquilada su fuerza en la familia, apartada de los dominios de la inteligencia, tenía dos caminos principales: ir a poblar los conventos o sacar partido de la sensualidad del varón. Es el triunfo de las mujeres galantes. La favorita se sienta junto al Rey, se pasea con el caballero, come en manteles con el dignatario eclesiástico. La favorita puede salir del seno de la nobleza Gywnne.

En el siglo XVII y el XVIII permítase a la mujer algunas tentativas por obtener la importancia intelectual, como lo prueban el Hotel de Rambouillet y los salones de Mme. Necker. Pero las leyes no cambian fundamentalmente. No cambia el criterio de estimación de la mujer. Se sigue pensando, como lo expresa Moliere, que no está suficientemente preparada.

“Quand la capacité de son esprit se hausse
A connaître un pourpoint d’avec un haut-de-Chausses.

Sólo cuando la monarquía absoluta naufraga en el océano enfurecido de la Revolución de 1879, se establecen nuevos derechos para la mujer. Las leyes del 15 y el 18 de Abril de 1791 establecen la igualdad civil del hombre y de la mujer en la familia y en la sociedad. Esa igualdad se falseó enseguida por la codificación en relación con el matrimonio; pero representa el punto de partida de una legislación nueva.

Ahora bien, ¿cuál es la situación general de la mujer en este momento en que entra en la Edad Contemporánea, como parte de la sociedad burguesa en formación? ¿Con qué condición la han dejado moral y económicamente los abusos de la Edad Media continuados a través de la Moderna? Se encuentran separadas en grupos de acuerdo con su forma de vida sexual, división que no se identifica con la división de la sociedad en clases. Es cosa aparte. Depende de que la mujer en la Edad Media y la Moderna sólo tuvo importancia sexual, y su única virtud o al menos su virtud fundamental era la castidad. La Edad Media había proclamado el celibato y la abstinencia sexual como una ventaja y un mérito. Al hacerlo, convirtió a las mujeres de esclavas, en víctimas. Podemos considerarlas como formando cuatro grupos: a) las monjas o religiosas; b) las solteras; c) las prostitutas; d) las casadas y las viudas. Seguiré hablando en tiempo pasado, pero esta situación es la que se prolonga hasta nuestros días, modificándose lentamente. Las religiosas representaban el celibato santificado. Las mujeres reunidas en una orden religiosa, adquirían por la unión, bajo la protección de la Iglesia, por el alejamiento del mundo, por la misión sagrada y el ambiente místico que las rodeaba, una importancia que solas y en el siglo no hubieran alcanzado. Entraban en el convento por causas diversas. En primer término por vocación, verdadera en el caso de temperamentos genuinamente místicos o ilusoria, en el caso de temperamentos sentimentales y exaltados. Los casos de vocación son los menos frecuentes. Abundaron quizás en la Edad Media cuyo estilo de vida estaba impregnado de misticismo; pero cada día han sido más raros. Entraban, en segundo término, en busca de protección, porque se sentían solas, sin fuerzas ni preparación para luchar contra la vida. O por desengaños, especialmente por decepciones amorosas. O por vanidad, pues, no resignándose a contraer matrimonio desventajoso ni a quedarse solteras en el siglo, preferían el convento. O por fuerza, pues muchas eran obligadas, moral y aun materialmente, por las personas bajo cuya tutela estaban. Aunque el número de las religiosas ha disminuido hoy, es crecidísimo todavía. Los Conventos del Buen Pastor solamente, encierran, si hemos de creer lo que leímos, cerca de cien mil religiosas. Antiguamen-

te, la mayoría de las reclusas no realizaban a favor de la humanidad más labor que la plegaria. Ahora tienen contacto con el exterior casi todas, por la práctica de la enseñanza y de la enfermería. Este grupo o clase de mujeres aisladas de la sociedad, sufre privación física y espiritual de contactos humanos, una limitación de la vida, que ha dado origen entre ellas, a través de los siglos, a grandes trastornos mentales y a numerosos males individuales y colectivos.

La solterona constituye un tipo creado por las leyes y las costumbres de la Edad Media. En la antigüedad pagana no tenemos noticia de que existiera*. Se formó por la obligación impuesta a la mujer de vivir en castidad hasta contraer matrimonio legal, sumada a la dependencia económica. El número de mujeres entonces excedía al de hombres aún más que ahora; además, no todos los hombres se casaban, pues la castidad no tenía que ser virtud de soltero; muchos ingresaban en órdenes religiosas, y no podían contraer matrimonio. Las mujeres más atractivas y especialmente las mujeres que poseían una buena dote, se casaban; pero quedaba un número crecido de solteras; en las clases inferiores, la prostitución y el concubinato no permitían que el problema se plantease; pero en las clases acomodadas, particularmente en la burguesía, quedaban obligadas a vivir parasitariamente. También limitada por fuerza en su vida física y espiritual, la solterona solía enfermar de mente y de cuerpo si no le era dable alcanzar una actividad interesante a que consagrar su energía, lo que no era fácil. Este tipo, a causa de las múltiples actividades en que hoy puede tomar parte la mujer, está desapareciendo con gran velocidad; pero aún puede encontrarse con relativa frecuencia en pequeñas comunidades donde todo progreso es lento.

La prostituta es el tipo de víctima social femenina reverso de los anteriores. Además de la poligamia que se realiza por el concubinato, el hombre ha practicado generalmente la promiscuidad sexual con ciertas limitaciones. Estableciendo por una parte una restricción sexual forzosa para las mujeres que considera virtuosas, pero no obligándose él a practicar igual virtud, necesariamente ha conducido a otra porción de la humanidad femenina a vivir en la promiscuidad. A causa de la miseria, del escaso salario, de la dificultad para encontrar trabajo retribuido, que por mucho tiempo fue para la mujer imposibilidad; y también a causa de su debilidad moral y física y de la explotación a que esta situación da origen, esas mujeres han hecho de promiscuidad un comercio. La prostitución ha existido desde que la civilización ha merecido ese nombre. Ha sido reglamentada y explotada por las religiones, los Estados y los individuos; pero en ninguna época han sido esa reglamentación y esa explotación más repugnante, más lesiva de la dignidad humana que en la Edad Media y la Moderna, bajo el influjo de la hipocresía y la codicia. Es todavía

uno de nuestros más pavorosos problemas, que sólo se resolverá con la completa reorganización económica y social del mundo. Mientras tanto, las prostitutas lo único que hacen para la humanidad es propagar las más espantosas, por sus consecuencias, de todas las enfermedades. Son otro grupo femenino estéril y antisocial, al igual que los dos anteriores. Es decir, que tres divisiones importantes de la humanidad femenina, desde hace siglos, han estado absolutamente anulados, incapacitados de llevar una vida útil ni a la humanidad ni a sí mismas, en nombre de la costumbre y con la complicidad de las leyes. Lo extraño y sorprendente es que los mismos individuos que han vivido en un estado social que impone la esterilidad a una porción tan numerosa del sexo femenino, se espanten con el fantasma del control de la natalidad según el concepto actual. Parece que sería más racional evolucionar hacia una organización en que las condiciones económicas y las costumbres permitieran a toda mujer sana y capaz tener un número limitado de hijos y criarlos con la mayor eficacia posible. Sería mucho más racional que lo que hasta ahora se ha venido haciendo: descargar la obligación de la maternidad sobre un solo grupo de mujeres: las casadas, víctimas también de la organización social. El matrimonio tal como lo entiende la sociedad burguesa es otro legado de la Edad Media, que ha sufrido lentas modificaciones. Es, idealmente considerado, una unión fundada en el amor espiritual y físico mutuo, que se continúa luego con la responsabilidades de la paternidad. Amor tan perfecto es sin duda una novedad introducida en el matrimonio. La misma Edad Media, a pesar de preconizarlo la Iglesia, no creía en él. “*Pas d’amour dans le mariage,*” fue una de las decisiones de las Cortes de Amor. Pero la sociedad burguesa no admitía discusiones sobre la materia. Amor perfecto tenía que ser, y como perfecto, constante y fiel, lo que, lógicamente, hacía la unión permanente e indisoluble. El divorcio es como sabemos una institución que hemos revivido recientemente desde la época pagana.

Para la mujer, el matrimonio era la única vía de alcanzar una vida asegurada, al par que la maternidad protegida y respetada. Nadie puede decir que ese ideal de amor carezca de belleza ni que esas seguridades no sean extremadamente deseables. Pero examinemos la realidad. El matrimonio constituía legalmente la absoluta anulación de la personalidad de la mujer: debía obediencia al marido, no podía disponer de los bienes que poseía ni de los que ganaba, (si tal llegaba a hacer) sin permiso del marido. No podía defenderse legalmente contra él ni contra otros sin su autorización. Sus derechos personales quedaban absorbidos por los del marido. Sus hijos no estaban bajo su autoridad, sino bajo la paterna.

La mujer soltera, a pesar de la autoridad de los padres, a pesar de la vergüenza y de las persecuciones que le hacían casi imposible la vida si se arriesgaba a la maternidad ilegal, tenía más derechos que la casada, que permanecía eternamente bajo tutela. Pero ¿para qué necesitaba derechos la casada?. Unida al esposo por un amor que no podía tener imperfección ni tacha, le bastaría la buena voluntad de ese hombre para gozar de felicidad sin sombras. Así hubiera sido; pero el amor perfecto es un pájaro azul imposible de hallar. Ni siquiera su aproximación era fácil de encontrar, ni lo es ahora. El matrimonio abría la puerta a una serie de injusticias y de abusos tiránicos de los cuales no podía libertarse la mujer más que, cuando lo conseguía, por la separación de cuerpos, otra injusticia que la colocaba en la misma situación de sus congéneres de los grupos antes mencionados, privándola en vida del derecho a vivir. El matrimonio solía ser una especulación o una explotación. Los ricos, los hombres de mundo, se casaban con una dote, con una posición social. Los pobres, con una sirvienta. Las mujeres, con frecuencia, convertían el matrimonio en una forma de prostitución, casándose por el dinero, por la posición, por tener quien las mantuviera. Solían tener muchos hijos, porque era su deber ineludible. Los que sobrevivían, ya que solían morir muchos, le servían para consolarse del abandono del marido, que hallaba distracción en otra parte. Si su posición se lo permitía, la mujer se consolaba haciendo “vida de sociedad”; a veces, por la infidelidad, más o menos disimulada. Si era pobre, el trabajo doméstico la absorbía hasta el punto de minar su salud, pero nadie daba importancia a esa labor, aunque se juzgaba necesaria: era su deber.

La viudas tenían, como las solteras, algunos derechos; pero a menos de haber heredado fortuna, estaban perseguidas por el fantasma de la miseria y de la muerte lo mismo que sus hijos, y sin más alternativa a veces que la prostitución, aunque la practicasen en forma vergonzante. La madre soltera no solía tener tampoco otra alternativa. Los hijos ilegítimos proporcionaban el mayor número de muertes infantiles acaecidas poco después del nacimiento o en la primera infancia, por falta de cuidados, o iban a engrosar la población de los asilos. La madre soltera tenía derecho a su hijo, pero no a buscar al padre, que se desembarazaba de toda responsabilidad con la complicidad de la ley. Y todavía hoy, como esta situación perdura, en la mayoría de los casos, las puertas del trabajo honrado se cierran para la madre soltera, y si es de posición social relativamente elevada, no sólo pierde la posibilidad de trabajar de acuerdo con sus capacidades, sino la de seguirse moviendo en su círculo habitual.

En esa situación entró la mujer a formar parte de la nueva sociedad burguesa. Su educación, salvo excepciones de la clase acomodada, era rudi-

mentaria. El varón apenas comenzó entonces a extender a todas las clases sociales los beneficios de la educación, y en el lento proceso que ese mejoramiento ha seguido, la mujer ha marchado siempre a la zaga. Sus derechos políticos eran no existentes y ella aún no pensaba reclamarlos. Sus posibilidades de trabajo, fuera del doméstico, eran muy escasas, por lo tanto, no pensaba lograr su independencia económica.

Es decir, que al llegar al siglo XIX, vemos que no se ha producido nunca en el mundo una situación que haya permitido a la mujer el desenvolvimiento libre de su personalidad humana. Se me recordará que eso apenas ha sucedido para el varón tampoco. Pero hubo hombres libres que vivieron el milagro griego; hubo hombres del Renacimiento que se entregaron a la creación sin limitaciones.

El varón ha logrado muchas realizaciones. La mujer no ha conocido más que restricciones. Individualmente escapó a veces al anonadamiento de la personalidad y fue filósofa, poetisa, gobernante, santa; pero esas excepciones no influyeron en el progreso colectivo. El hecho es que la mujer, por ser débil, ha estado siempre sometida económicamente; no ha sido nunca la productora, la fomentadora de la riqueza, su dueña o su distribuidora. Y no se rebeló conscientemente a pesar de los vaticinios de Aristófanes, que no eran sino burla de las utopías de Platón, mientras no vislumbró la posibilidad de ser económicamente independiente. Hasta ese momento, fue siempre arrastrada por circunstancias en las que no influyó directamente. Desde hace siglos la oímos exaltar a causa de la maternidad; los elogios a la madre no cesan en boca de los hombres de todos los tiempos. Pero hasta esa misión fundamental la mujer la ha cumplido al acaso. La idea de la maternidad como una realización de su personalidad, es una idea nueva. La mujer aceptaba la maternidad como un impulso intuitivo, como un deber, como la maldición bíblica, insuperable, como un consuelo a sus muchas humillaciones; o la tenía como un pecado y como una vergüenza, porque no es verdad que la maternidad haya sido nunca respetada y protegida por sí misma: lo ha sido bajo el contrato matrimonial; no es verdad que el niño haya sido nunca protegido: lo ha sido, por razones económicas, el hijo legítimo. Jamás ha tenido la mujer derecho a ser madre libre y conscientemente. Esa es una de las conquistas a que se encaminan sus esfuerzos.

El movimiento iniciado consecuentemente por la mujer para mejorar su condición integral, y que hoy se encuentra en vías de desenvolvimiento, es lo que se ha llamado **feminismo**. Tuvo su inicio en el siglo XIX, después que la Revolución francesa hubo declarado a la mujer, pomposamente, en igualdad de derechos civiles con el varón. Pero el mayor error sería creer que el movi-

miento fue obra de unas cuantas mujeres superiores que, imbuidas de ideas revolucionarias, enardecieron a sus congéneres y las impulsaron a la conquista de una meta determinada. Esa etapa vino después. El movimiento feminista ha sido consecuencia de procesos sociales que se están desarrollando implacable, fatalmente. Lo que ha hecho la mujer es adquirir conciencia de esos procesos y cooperar a ellos. El feminismo es, él mismo, un proceso natural; no se podría haber evitado sin destruir o paralizar la evolución social; no se le puede hacer retroceder ni detenerse definitivamente. Seguirá su curso, como todo proceso histórico. Según hemos visto, se enlaza con toda la evolución de la humanidad; pero ahora determinadas circunstancias han impulsado a la mujer a tomar parte activa en la realización de su propio destino histórico. Por eso son tan inútiles las discusiones sobre si debe haber o no debe haber feminismo. Tanto daría discutir si debía o no debía haber ocurrido la transformación industrial de nuestra civilización.

La mujer, que no suele ser, por naturaleza, agresiva, no buscó la lucha: se vio lanzada a ella por las circunstancias, a veces a pesar suyo y mirando ella hacia atrás con nostalgia, porque

“a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor”.

El hecho determinante fue la transformación del trabajo femenino. No el hecho de que la mujer trabaje. La mujer, lo hemos visto, ha sido uno de los seres que más han trabajado en el mundo. Lo que se llamaba “las labores propias de su sexo” ha comprendido toda clase de obligaciones, desde arar la tierra hasta educar a los niños. El ama de casa de la época anterior a las máquinas fabricaba con sus propias manos desde la tela con que se vestía su familia hasta el jabón con que se lavaba y el pan que comía. El desarrollo de la industria llevó fuera del centro doméstico la fabricación de los artículos de primera necesidad, la escuela pública quitó a la madre una buena parte del trabajo de educación de los hijos, y a medida que esa transformación se iba operando, se extendía a la mujer burguesa rica el privilegio que antes sólo perteneció a algunas mujeres de la nobleza ociosa: el de vivir como planta parasitaria, sin trabajar ni hilar, como el lirio de los campos.

Seguramente la mujer de la burguesía rica se encontraba bastante cómoda así, mientras tenía quien la mantuviera; su psicología de sometida no la hubiera llevado a rebelarse contra ese ocio forzoso. Según sus inclinaciones, puede dedicarlo a la lectura de novelas, a las prácticas de alguna religión, o a jugar al bridge. Pero es el caso que en las clases menos acomodadas, el trabajo de la mujer sigue siendo necesario. Al destruirse por la manufactura en gran

escala, la industria doméstica, que constituía el trabajo femenino, el costo de la vida se encareció, y el salario del hombre no aumentó, de manera que ya no bastó para la manutención de la familia obrera ni de la pequeña burguesía.

Al mismo tiempo, la invención de la máquina hizo desaparecer lo que podía imposibilitar el empleo de la mujer en el trabajo exterior: la necesidad de la fuerza muscular. De esa manera, la mujer pudo igualarse al hombre en capacidad para ciertos trabajos. La mujer obrera fue a trabajar a la fábrica y aumentó así los ingresos de la familia. Los fabricantes no se negaron, porque vieron la posibilidad de contratar el trabajo de la mujer a menor precio. Así el progreso científico e industrial que ha colmado el mundo de inventos maravillosos, desde el motor hasta el radio, ha causado los trastornos económicos que han dado impulso al movimiento obrero y al movimiento feminista. Son convergentes: sus causas son complejas; sus orígenes, remotos; pero ambos han sido lanzados a la acción por las leyes del determinismo económico.

La mujer al empezar a trabajar en la fábrica y en el taller se dio cuenta de que para tal empresa no tenía preparación ni contaba con amparo jurídico. Podía ser explotada por el patrono en condiciones peores que el varón y podía ser despojada por su padre o su marido de cuanto ganara.

Por otra parte, la mujer de la pequeña burguesía, para remediar las necesidades de la familia tuvo que salir a trabajar en las oficinas, se dio cuenta además de su inferioridad legal, de su inferioridad cultural. Necesitaba abrirse paso en el comercio, en la industria, en la burocracia, en las carreras liberales, y no tenía conocimiento.

La polémica en torno a la preparación intelectual y práctica de la mujer, que empezó entonces, levantó una polvareda que aún no se ha extinguido. Libros, discursos y tratados se escribieron para probar que la mujer era incapaz de cultivarse, por ser mentalmente inferior al hombre. Algunos, como el famoso libro de Moebius, dedicaban páginas a probar su inferioridad moral. Los gobiernos y los consejos de dirección de los centros docentes intervinieron en la cuestión para otorgar o negar las posibilidades de estudio, y todo condujo a probar suficientemente la inferioridad mental y moral de algunos hombres, así como la amplitud espiritual de otros. Ahora bien, como no se trataba de averiguar si la mujer es o no es capaz de genio creador, cuestión que no hacía al caso, pues el genio es también excepcional entre los varones; sino de permitirle prepararse para luchar por la vida en la calle, poniendo fin a una inferioridad muy real, pero remediable: escasa instrucción e incapacidad legal, el movimiento continuó, contra viento y marea. Lo impulsaba la necesidad. El más áspero ha sido el problema legal. Al dejar de ser el hombre el proveedor único de la familia, no era posible que continuara teniendo la autoridad legal omnímota. Entonces

comenzó un aspecto acerbo de la lucha, porque era directamente por el poder. Se mezclaron en ella pasiones y sentimientos. Hombres y mujeres militaron indistintamente en uno y otro campo, pues algunos de los más violentos opositores al progreso de la mujer se han reclutado en el propio sexo femenino. Ese hecho parece un contrasentido; pero no lo es. Muchas mujeres de los tipos considerados por el hombre como virtuosos se han educado en la creencia de que las mujeres de otros tipos no merecen ni protección ni miramiento. Cualquiera ley o costumbre que pudiera favorecer a las otras, la interpretan como una medida en contra de los derechos adquiridos por ellas al precio de mantener la virtud. Leyes que puedan hacer menos rígido el matrimonio, que protejan al hijo ilegítimo, que den a las mujeres sin virtud el derecho a vivir, le parecen un atentado contra su seguridad. Otras muchas mujeres, por la educación que han recibido, no se preocupan y miran con absoluta indiferencia los problemas femeninos de orden social. Cuando el reciente Congreso Nacional Femenino reunido en la Habana promovió discusiones en torno a todos los problemas que interesan a la humanidad, y entre ellos, problemas especiales de la mujer, una dama de familia acomodada y de instrucción poco común, me dijo. “No he asistido a ese Congreso, porque no me interesa. Ninguno de esos problemas atañe a las mujeres de mi clase. No tenemos esos problemas. Si algunas han concurrido será por altruismo”. Cuando aquella señora me dejó, yo me quedé pensando en un drama de aquel gran defensor de la mujer, el escritor noruego Bjórnstjerne Bjórnsen. Es una tragedia intensísima a consecuencia de un conflicto económico, de esos que son frecuentes en nuestra organización social, la ruina de una familia es inminente. Acarreará consigo el deshonor y la muerte. A través de las escenas vivimos momentos de angustias, en un ambiente ominoso. Sobre la cabeza del padre, de los hijos, de la mujer por lo tanto, se cierne la catástrofe. Y en tanto ella la esposa del protagonista, la madre de la familia, entra y sale murmurando con aire de quien tiene que resolver el más arduo de los problemas ¡Que haré!, ¿que menú dispondré para la comida de esta noche?!”. No cambiará, no puede cambiar en pocos años la mentalidad que ha llegado a tal grado de invalidismo.

Pero aquellas mujeres que habían tenido que enfrentarse con otros aspectos de la vida, y que intervinieron en la agria lucha, adquirieron pronto la conciencia de que para modificar los Códigos era importante tener parte en el poder legislativo. Y el feminismo alcanzó proyección política. A fines del siglo XIX y principios del XX, tomó el aspecto de lucha por el sufragio femenino. La guerra de 1914, que dio a las mujeres ocasión de probar su capacidad en labores de toda índole, las colocó, al terminarse en 1918, en condiciones de obtener el reconocimiento de su derecho a elegir y ser elegida. Inglaterra, los E. U., la República Alemana anterior al nazismo, Checoslovaquia y Austria

antes de ser absorbidas, Polonia, la España Republicana, Cuba, lo han reconocido. Finlandia y los Países Escandinavos lo habían hecho antes de 1914. No es necesario mencionar a las Repúblicas Socialistas del Soviet, que no solo han dado ese derecho a la mujer, sino la han equiparado al hombre en derechos y deberes más que ningún otro pueblo en la historia del mundo. Otros países le han concedido derechos de sufragio limitados. La cima del movimiento feminista se alcanza en los países más fabriles o los que están bajo el dominio de estos. En las regiones donde el estado social no exige gran uso de la maquinaria, el movimiento es lento o se halla en ciernes. Tal es el caso de algunos países de las América Española. Esta victoria se ha logrado tras una larga lucha, según vemos, en que la mujer se ha enfrentado a veces con el varón en términos que han tocado el límite de la incomprensión y de la violencia; lucha que ha tenido sus aspectos dignos de la sátira aristofánica, con las furias de ciertas sufragistas y la ridícula imitación del porte y la indumentaria masculina. Se ha llegado gradualmente a cierto grado de comprensión mutua, a medida que el problema femenino se identifica con los problemas vitales de la humanidad actual. Lo que ha empezado por ser lucha por la conquista de derechos para un grupo social, se desarrolla en la cooperación de ese grupo a la solución de los problemas generales de la sociedad actual. La lucha está muy lejos de vislumbrar siquiera una terminación; pero lo importante es que la mujer puede trabajar y lo hace, por lograr que la ley y la costumbre se modifiquen y permitan su avance por la ruta que se propone seguir, cuyos jalones son los siguientes puntos fundamentales:

- a) la emancipación económica, que implica la reforma de las condiciones sociales que limitan el desarrollo de su capacidad para trabajar y producir,
- b) la capacidad jurídica completa por la reforma de todas las leyes que la mantienen en condiciones de inferioridad en relación con el hombre, y el establecimiento de leyes especiales favorables a la maternidad,
- c) la obtención de todos los derechos políticos;
- d) el derecho y las posibilidades para obtener la educación integral;
- e) la revisión de los fundamentos en que descansa la moral sexual.

E igualmente importante es que la mujer se da cuenta de que esas conquistas no puede obtenerlas solo ni a ella solo la beneficiaria; que está consciente de ser una parte del engranaje social.

En todos los puntos que acabamos de señalar, la mujer ha conquistado terreno; pero como se encuentra en un momento de transición, tales conquistas hasta ahora le proporcionan sólo ventajas relativas. Ha adquirido las cargas de la vida exterior sin librarse del todo de las domésticas, por lo que, en las clases pobres, su vida es una labor doble agotadora. Con frecuencia no puede atender a sus hijos o no puede tenerlos, porque está obligada a salir a trabajar. El

salario del marido, si existe, no bastaría para sostener, ni siquiera temporalmente, a la familia. La entrada de la mujer en el trabajo obrero y en el burocrático ha dado lugar a nueva y vergonzosa explotación, que la degrada moral y materialmente. Las leyes que se dictan a favor de ella y del niño son ineficaces. Además, muchas de las más necesarias están todavía por dictar en la mayoría de los países. La mujer tiene derecho a educarse; pero las condiciones económicas lo permiten en algunas solamente. Tiene derecho a trabajar; pero la escasez de trabajo la obliga a prostituirse. Muchos de sus problemas se encuentran, así, ligados a los de la clase trabajadora y su solución vendría por el mismo camino. En algunos países, hoy, la condición de la mujer experimenta un retroceso hacia la inferioridad tradicional. No faltan ni hombres ni mujeres que lo aplaudan. Con todo, se trata de un fenómeno transitorio, porque la evolución social considerada en su sentido total, no puede detenerse ni retroceder.

El propósito que se refiere a la revisión de la moral sexual, se enfrenta con un obstáculo más resistente que la ley, que es la costumbre. La evolución realizada en ese aspecto se puede observar bastante bien en la clase media culta. La mujer se presenta ante el varón con una personalidad propia, de que antes carecía, desde que ella no se ve en la necesidad de ser mantenida por él. Deja de pertenecerle como una propiedad. El matrimonio pierde su carácter de perpetuidad obligatoria. Es un contrato legal que puede deshacerse. Pierde su carácter de ceremonia del culto sagrado, quedando su celebración religiosa como cuestión de creencias personales, en todos los países donde el Estado se ha libertado del dominio de la Iglesia. Los primitivos han tenido que reducirse en número a causa de las condiciones económicas y sociales, con lo que la mujer se ve menos abrumada por su misión biológica. Puede la mujer tener una vida aparte de la del hombre, exterior al hogar: estudio, trabajo, política. No se consagra como antes enteramente al hogar, cuyas labores no se lo exigen. No puede consagrarse a toda hora a los hijos, que desde bien corta edad pasan gran parte de su vida en la escuela. No se puede consagrar tampoco a toda hora al marido y de esa manera va cesando su dependencia moral respecto del varón, su esclavitud interior aquel “el amor es todo en la vida de la mujer y sólo un episodio en la vida del hombre”, que era una expresión más de su inferioridad. No que el amor no pueda ser lo más grande en una vida, sino que el concepto del amor que a la mujer le era inculcado era un concepto servil. El amor es lo único; el matrimonio es lo único. Resultado: una larguísima lista de vidas fracasadas, abortadas, porque la mujer tenía una sola razón de vivir y esa estaba situada fuera de su ser, absolutamente ajena al dominio de su voluntad. La curación de la mujer de esa hipertrofia del sentimiento será uno de sus grandes progresos; pero la revisión de toda la moral sexual, a que aspira, no es problema que pueda solucionarse a corto plazo.

La mujer reclama libertad para organizar su vida, derecho para su personalidad humana. Es decir, pide a la vez que una reforma de las leyes, una transformación en las costumbres; y pide algo más: un cambio de actitud mental. Aquí viene a mi memoria aquel ministro protestante que, con estupefacción de sus feligreses, solía rogar públicamente a Dios para que concediera a las mujeres el valor y a los hombres el pudor. Sí: que el hombre se despoje de la actitud, psicológica del amo, cada vez más anacrónica; de la actitud deshonesto del seductor; de la actitud cínica del infamador. Y que la mujer renuncie a los gajes de su fragilidad, a sus virtudes al revés: la astucia, la hipocresía, la ligereza, la explotación de la sensualidad del varón. Ambos sexos quedarían entonces en condición de establecer sus relaciones sobre bases de comprensión mutua.

Cuando la mujer, haya logrado su emancipación económica verdadera, cuando haya desaparecido por completo la situación que la obliga a prostituirse en el matrimonio de interés o en la venta pública de sus favores, cuando los prejuicios que pesan sobre su conducta sexual hayan sido destruidos por la decisión de cada mujer de manejar su vida; cuando las mujeres se hayan acostumbrado al ejercicio de la libertad y los varones hayan mejorado su detestable educación sexual; cuando vivan días de nueva libertad y de paz, y a través de muchos tanteos se halle manera de fijar las nuevas bases de unión entre el hombre y la mujer, entonces se dirán palabras decisivas sobre esta compleja cuestión. Pero nosotros nos oiremos esas palabras. La época que nos toca vivir es la de derribar barreras, de franquear obstáculos, de demoler para que se construya luego, en todo los aspectos de la vida de relación entre los seres humanos. Esto es muy difícil.

Era mucho más sencillo permanecer entre limitaciones y prestar obediencia, aunque en ello se ignorara la dignidad. Pero esa etapa terminó, y aunque lo lamenten los que lo temen, hemos de seguir adelante. Ahora resulta fácil también seguir la ruta del varón moralmente laxo y como él extraviarse en el vicio y el libertinaje, como hizo la mujer romana con su libertad a deshora lograda.

Mujeres hay hoy que se quejan de que ya el hombre no respeta a la mujer. Ni con las caducas virtudes de ayer ni con los vicios de hoy obtendremos el respecto del varón, ni el propio. Yo no sé cuál ha de ser en último término la contribución máxima de la mujer a la nueva vida de la humanidad, pero su actuación pública a lo largo del tiempo tendrá que afectar las raíces espirituales de la organización social. Quizás contribuya a moderar las peores características masculinas de la organización actual, de predominio de la violencia y de la fuerza bruta, de egoísmo y de sensualidad, con la mezcla de las mejores características femeninas de sensualidad, de paz, de espiritualidad, de altruismo

maternal. Quizás el recuerdo de una inferioridad secular la impulse a ayudar a la construcción de un orden social donde no exista la inferioridad. Pero si hemos de crear algo, crezcamos desde ahora en ciencia y conciencia; lleguemos a ser lo que podrían haber sido las matronas romanas, si habiendo obtenido el goce de sus derechos en los tiempos severos de la República se hubieran presentado a luchar en la vida exterior llevando la divisa estoica:

“Constientia propugnas pro virtute” Como conciencias que combaten por el bien.

DISCURSO EN LA ASOCIACIÓN DE MUJERES UNIVERSITARIAS

De nuevo me encuentro entre mujeres argentinas, en ambiente generoso y cordial. Hace apenas tres días -al expresar mi gratitud, como ahora lo hago a todas las presentes, y en particular a la mujer de claro talento que me acaba de presentar tan cordialmente- decía yo de la honda impresión que el gesto de estas manos de mujer que se me extienden deja en mi espíritu moviéndolo a meditación y esperanza. Pienso, sin temores en la gran objeción que han puesto el entendimiento masculino y el pesimismo femenino al anhelo de la mujer moderna de “hacer” algo, anhelo que se traduce hoy en el propósito de colaborar en la construcción del mundo nuevo que habrá de levantarse sobre el derrumbamiento presente. Se nos ha dicho desde siempre: “¿Con qué dotes de genio se atreve la mujer a altos intentos? ¿Cuántos entre los genios transformadores del mundo han sido mujeres? ¿En cuál de las ciencias ha sentado un principio fundamental? Admitimos el caso excepcional de una Safo o una María Curie, excepciones que confirman la regla. Pero ahora la mujer no intenta laborar aisladamente como figura de excepción, sino en masa. Son las mujeres las que entran en la vida total de la humanidad, como antes lo hicieron en la doméstica, a marcar rumbos, a tomar parte en la dirección de todos los asuntos. Avanzan a ello las mujeres, con buena voluntad, pero padeciendo antiquísimas insuficiencias: frivolidad, ignorancia, debilidad física, y sobre todo esa innegable inferioridad mental, que no les impide el desenvolvimiento mediocre, pero las mantiene a gran distancia de las cimas. Así las mujeres en la vida pública no serán otra cosa que un lastre. Su opinión formará parte del

peso muerto de la opinión general. No harán otra cosa que aumentar la masa, sin mejorar su calidad. ¿Qué ventaja puede haber en esto? Ni para ellas, que abandonando una existencia más limitada y por lo mismo más protegida complican su vida con enormes responsabilidades, ni para la humanidad en general, que sólo verá acentuarse por el aumento numérico el problema de las masas sociales amorfas, grave de por sí.

La objeción es seria, y nos afecta en difícil momento. **Nada hay tan complicado como la vida de una mujer moderna.** No puede, sin tornarse monstruo, abandonar muchos de sus deberes tradicionales que son, hasta ahora, atribuciones inseparables de la feminidad. No sabe, porque le faltan siglos de preparación, asumir con dignidad serena sus nuevas libertades; y acepta, no siempre a conciencia, nuevas responsabilidades en la vida personal y en la pública, de alcance espantable. Si unimos a esto como realidad su escaso vigor físico e intelectual, podemos sentirnos tentados de aconsejarle que se vuelva atrás, abandonando la lucha.

Pero no lo haremos. En primer término, no es posible abandonar la lucha. En el desenvolvimiento histórico, la vida ha marcado a la mujer este camino. Ella no hace sino seguirlo valerosamente. En segundo término, creo que no se estima en lo justo la capacidad femenina. No me refiero ya al problema de adaptación y de preparación que en el tiempo y las circunstancias se resolverá, grado a grado. Pienso en su fuerza espiritual que ha sido mal medida, como su fuerza física.

Físicamente el organismo femenino, el más completo y armonioso, está adaptado a funciones complejas y difíciles que exigen una suma de energía mayor, aunque menos notorio que el esfuerzo de un bíceps poderoso. En el aspecto espiritual pienso que ocurre otro tanto.

Recuerdo haber leído en Montesquieu la opinión de que era un error (escribía en francés bajo la ley sálica) negar a la mujer el derecho a gobernar las naciones, para lo que -pensaba el filósofo- posee mejores dotes que para gobernar los hogares, porque es propio de la mujer -decía- apreciar las cosas en general y organizar los conjuntos.

De la aptitud de la mujer para el gobierno de las naciones, no es necesario que cite yo aquí ilustres ejemplos que ya estarán en la mente de todos; de su capacidad para organizar y dirigir, para ser animadora de movimientos de trascendencia social, no necesito tampoco recordar desde las Santas fundadoras en la Edad Media a las directoras de salones franceses en el siglo XVII, por no citar más ejemplos antiguos y modernos. Ejemplos proporcionalmente numerosos, de manera que no permite hablar de excepciones en este caso.

No es exagerado decir que la mujer da su tono a la sociedad en que vive. Donde el genio femenino se desarrolla insuperablemente es en el trato con el elemento humano.

Esa capacidad no ha tenido nunca para desarrollarse un campo tan vasto, ni ha podido jamás alcanzar tanta importancia, como hoy fortalecida por la agrupación. El sentido de cooperación que las mujeres están desarrollando en el mundo entero -gocen o no de los derechos políticos, lo que hace más patente su desinterés personal- significa para mí que la mujer está adquiriendo conciencia de esa poderosa facultad suya para aunar y encauzar el movimiento social, que el genio femenino está encontrándose a sí mismo, en el que Dostoyevski creía camino de la perfección espiritual, el del ser humano que sufre por la humanidad y trabaja por su bien. Y esta idea, que apenas esbozo aquí, me conmueve como la misteriosa anunciación de algo grande que ha de nacer, porque es augurio de unión, de compenetración humana. Que es por lo único que nos salvaremos, si hemos de salvarnos.

LA CONTRIBUCIÓN DE LA MUJER A LA SOCIEDAD DEL FUTURO

Difícil hablar del papel esencial de la mujer en un momento de guerra porque la guerra es antagónica con la mujer. La guerra corresponde al desarrollo de instintos y tendencias viriles: el hombre es el luchador: lucha en la caza contra los otros animales, por conseguir el alimento cárnico, lucha en la guerra contra los otros hombres, por conseguir el poder, el dominio sobre los demás. Mientras tanto la mujer organiza la familia, cría a los hijos, cultiva la tierra, inventa la medicina, cuida a los enfermos y organiza las relaciones sociales, es más, donde tiene suficiente predominio adquiere el derecho de consejo, es prudente, es profunda, es profética, posee el don de adivinación intuitiva que la acerca al poeta. La esencia de la vida comunal, agrícola, pacífica, es la esencia femenina, y está bajo el signo de la fertilidad.

La esencia de la vida competitiva, cinegética, nómada, agresiva, es la esencia masculina, y está bajo el signo de la destructividad. Pero como todo principio lleva en sí el germen de un contrario, el principio de fertilidad femenino trae en sí el de una monotonía estática, no sin cambios, que no sería oída. Pero sí de un cambio regular y cíclico como el de la naturaleza a través de las estaciones: un eterno volver al punto de partida, un constante nacer, desarrollarse y morir, en la placidez de una vida demasiado adherida a la esencia telúrica, demasiado quieta, conservadora y constante. Y el principio de destructividad trae en sí el germen vital de las grandes transformaciones, de las grandes creaciones que surgen del seno de la destrucción es, por lo tanto, la

esencia del progreso, de la eterna renovación del punto de partida, de todo cuanto puede dar al ser humano la sensación de que lleva en sí a un dios.

El principio de fertilidad limitado en su extensión no ha bastado a dominar el mundo. No ha podido satisfacer las ansias del hombre de superarse a sí mismo. Si muchas sociedades primitivas fueron matriarcales y agrícolas pronto esa fase quedó sustituida, por el ansia de progreso y de dominio del varón, en la sociedad patriarcal, expansiva, guerrera, basada en la rivalidad, en la sujeción del más débil por el más fuerte. Y la primera en sufrir las consecuencias de esa sujeción fue la mujer, representante de los aspectos centrípetos de la existencia, de los aspectos de cooperación y de limitaciones.

No es otra cosa que una ley natural. Para progresar, la humanidad necesitaba el impulso expansivo y creador cuyo máximo desarrollo hemos alcanzado sin duda en esta civilización occidental dominadora, competitiva y soberbia, en que la dominación del varón ha alcanzado la máxima manifestación del impulso hacia la conquista de la riqueza, en que se sublima la conquista de la nutrición, y del impulso de predominio que ha llevado a sus últimas consecuencias el fenómeno de la guerra.

La humanidad ha creado, en el arte y en la ciencia, ha descubierto y colonizado la tierra, ha subyugado al animal, ha construido una ambiciosa civilización, gracias al predominio masculino, y la misión de la mujer en general ha sido reducida al mínimo de imprescindible contribución que ha aportado a la conservación de la especie y a los aspectos amables de la vida, aparte de la labor rutinaria del trabajo doméstico. Su influencia espiritual, ejercida por el consejo y la inspiración ha sido muy restricta. Colocada en la opinión del varón en un plano secundario, por estar forzosamente apartada de las realidades de una existencia que no corresponde a su esencia biológica. Las realidades de la áspera lucha por el predominio en la riqueza o el poder, formas de la guerra, han permanecido extrañas a la mujer, no han sido nunca sus realidades. Sólo la han podido mover a través de la esencia ética, cuando se le presentan como un mal necesario para la conquista de un bien superior. Ha prestado al hombre su cooperación por deber y por necesidad, pero sin comprender, cuando ha podido, otra cosa que la motivación ética.

Los adelantos que la mujer ha alcanzado en los últimos tiempos, a través de la mayor cultura y de un principio de independencia social traído por las transformaciones económicas, se han realizado en un sentido masculino. La mujer ha comenzado a entrar en la lucha competitiva con el hombre invadiendo su campo, mientras sus esenciales misiones de continuadora de la especie, de organizadora de la familia y mantenedora de las relaciones sociales, están sufriendo una transformación tal, que es cosa de detenerse a meditar larga-

mente sobre lo que ha de traernos el futuro. Porque, como resultado de la civilización patriarcal llevada a sus últimas consecuencias puede ser que veamos desaparecer totalmente el aspecto femenino de la vida. Si cada día menos mujeres tienen menos hijos, puede ser que a través de algunos adelantos científicos, dejemos de ser necesarias a la continuación de la especie; la familia se halla, evidentemente en un proceso de disgregación; las relaciones sociales se transforman, no teniendo ya como base las relaciones familiares; la mujer lleva pantalones, construye aeroplanos de guerra y destrucción, parece al igual que el hombre bajo las armas, se gana la vida como el varón, en competencia, y llega a la igualdad en la libertad sexual al liberarse de las limitaciones impuestas por la misión maternal. Y todo esto indica, no la liberación de la mujer, no, señores, sino la creación de un tercer sexo, muy semejante al de las obreras, en el seno de las abejas (sólo que no, hasta ahora, con la superioridad sobre un mundo de zánganos), un tercer sexo cada vez más neutro, porque hasta ahora no demostramos estar adquiriendo la capacidad creadora, expansiva, características del varón y sí demostramos estar perdiendo, bajo la presión de circunstancias ajenas a nuestra determinación, las capacidades esenciales de la feminidad.

Por esto, señores, cuando se me ha preguntado qué pienso del papel de la mujer h.a. en la futura paz, se me ha planteado un problema mucho más vasto de lo que mis fuerzas mentales pueden atacar. No sé cual tendrá que ser en general, el papel de la mujer en la post-guerra. Demasiada parte de la vida de mujeres y de hombres está, ahora como nunca, pendiente de fuerzas externas a la voluntad individual, para que podamos hablar de auto-determinación. Pero si las mujeres pudiéramos tener facultad para señalar nuestra ruta e influir en la ruta de la humanidad conscientemente después de esta guerra, yo diría que nuestro empeño debería ejercerse en el sentido de definir nuestra misión como mujeres; de apartarnos de la neutricación a la que parecen conducirnos las circunstancias. No estoy advocando el retorno al pasado. El mundo no camina hacia atrás. Los tiempos y las cosas que parecen volver están siempre totalmente cambiados por sutiles, pero hondas transformaciones. Pero yo quisiera que en el mundo por venir la civilización que ha llevado el masculinismo a sus últimas consecuencias, se reorganizara bajo la influencia moderadora del elemento femenino: que donde reina la agitación, un poco de reposo la aplacara, que el impulso a la riqueza se moderara con un sentido ético; que a la base competitiva la sustituyera la base de cooperación, que el principio de fertilidad moderara al de destrucción en el sentido de que el varón dejara de usar sus impulsos destructores sobre los seres humanos y los animales y los convirtiera a destruir la enfermedad, la miseria, la desigualdad económica y la guerra, hija de la ambición y la injusticia, que por encima del

valor mecánico, se imponga el valor humano, cada vez más desconocido; que, usando del derecho de inspiración y de consejo, ayudemos a reconstruir una civilización que resolviendo los problemas materiales básicos de manera que suprima las injusticias y desigualdades que hoy estorban la vida de los que las sufren como la de los que las explotan en aparente beneficio, el mundo se organice al fin sobre una base ética, basada si no en el amor, al menos en el respeto de la dignidad humana.

Si esto pudiéramos hacer, si gradualmente pudiéramos influir en ese sentido, podríamos sentirnos satisfechos de las consecuencias de conquista de las mujeres del derecho a instruirse, a ganarse la vida, a levantarse junto al hombre, a asumir la dirección de la vida de los pueblos. Porque entonces las mujeres habríamos al fin aportado nuestra verdadera contribución al bienestar humano, ayudando a establecer una civilización equilibrada.

LA MUJER INTELECTUAL Y EL PROBLEMA SEXUAL

Las mujeres que hemos escogido ser o nos ha escogido la suerte para compañeras intelectuales o iguales intelectuales de los hombres, nos quedamos, como clase, en una vida sexual incompleta. Somos en Grecia la hetaira, en la Edad Media la monja, la cortesana de la Edad Moderna, hoy en día la intelectual. Algo mutilado nos caracteriza (miro un cojo que atraviesa la calle apoyado en las muletas. En lugar de dos piernas tiene tres, pero no anda más aprisa, ni mejor, ha trocado una parte de su estructura biológica por una superestructura, pero esto no lo hace sentirse más feliz, porque no está completo en su ser natural) Nos caracteriza la infertilidad biológica: o no tenemos hijos o los tenemos un poco, mostrando como con esfuerzo, un deseo más o menos artificialmente cumplido, de manera que no es fruto de una madurez en pleno proceso natural, sino un consciente esfuerzo por cumplir. Cuando no una casualidad malhadada o una vergüenza que esconder, en ciertos casos. Pero mi pensamiento se mueve más allá de esta mutación biológica, a investigar si alcanzamos por eso mayor plenitud espiritual, o si en este aspecto también nos desnaturalizamos.

Las mujeres biológicamente realizadas, las madres en su sentido más completo puede ser que alguna se haya quejado de ignorancia y de falta de cooperación espiritual masculina. De esa protesta y de la necesidad de liberación económica hemos surgido nosotras: hetairas, monjas, cortesanas, intelectuales, somos la mujer liberada, la mujer célibe de Alexandra Kollontay. Nos

3 de mayo de 1942. En los Archivos del Instituto de Literatura y Lingüística aparece como "Sobre la mujer".

hemos atrevido a conquistar el saber, el intercambio intelectual con el hombre, la independencia económica, y, en una forma u otra, por negociación, por renunciamiento, por sublimación, por algo que hemos llamado libertad, o por un compromiso que trata de unir el pasado convencional con el presente amoral, hemos tratado de solucionar el problema sexual que sigue siendo básico. Pero es un hecho que no hemos solucionado nada: hemos hallado paliativos. De acuerdo con sus naturales inclinaciones, algunas mujeres pueden haber hallado una paz relativa en la venta de sus favores a hombres de calidad y cantidad, en el renunciamiento total a la vida sexual física, en su suplantación por actividades espirituales, en la promiscuidad más o menos disimulada, o en una unión legal que se parece, pero no es, el matrimonio de antes, porque le faltan las cualidades de estabilidad, de fertilidad en un amplio sentido y de división del trabajo y del concepto de la existencia en doméstico y público. Pero el hecho incontestable es que seguimos, en general, insatisfechas, a veces compensadas, pero rara vez realizadas.

Nuestro problema es digno de atención y de estudio. No podemos pretender seguir a través de la vida con fórmulas de sustitución. Tenemos que hallar nuestra fórmula de realización. Nuestro primer error ha sido buscarla en la fórmula masculina. El hombre se realiza cuando hace o crea en una carrera, arte, profesión, etc. Ese es el centro de su vida, se completa, en el terreno afectivo y familiar, con el amor y la paternidad. Es decir, parte de lo más amplio: de lo que lo relaciona con el universo, con el mundo, con la humanidad; parte de más amplio horizonte mientras mejor sea su capacidad espiritual, y viene hacia lo para él más personal y estricto, al círculo familiar.

Las mujeres estamos tratando de hacer otro tanto en busca de soluciones: de poner nuestro punto de partida en lo más amplio y venir hacia lo personal y restringido. Hasta ahora se había considerado que este era nuestro centro, y que, partiendo de él, podíamos ir a los más amplios horizontes, que cuando no en otra forma, se nos ofreciese en el culto de la religión y de la caridad, que entendida como ha de ser, es el encendido amor a todos los seres, y en el culto de la belleza, que se nos enseñaba partiendo también de nuestro propio ser. Ser hermosas, ser buenas, administrar y ordenar y embellecer la pequeña república doméstica para bien de todos, ampliar esa influencia en torno nuestro al radio social, obra sobre todo nuestra, amar a los nuestros, amar a todos los seres y como último ideal elevar ese amor a su perfección metafísica, que es Dios. (Y no importa aquí, como decía el ruso del cuento, “a quien hayamos puesto en su lugar”)

Creo que valdría la pena para nosotras las mujeres estudiar este proceso y tratar de hallar la verdad esencial que haya en esto. Naturalezas de excepción

habrá siempre que se realicen plenamente en el último y más amplio sentido del amor sin preocuparse del doméstico, y serán Juana de Arco, Catalina de Sena o Florence Nightingale. Naturalezas de excepción habrá que puedan seguir el proceso masculino, de la periferia al centro. Pero en general es posible que la mujer como clase no encuentre su satisfacción y su razón de ser sino partiendo de ese centro de su yo: amor y belleza que se ofrendan, y afirmando en la vida ese *íntimo sentido*, yendo de la pareja a la familia, a la sociedad, a la nación, al mundo, al Universo.

PALABRAS EN LA SOCIEDAD DE MUJERES AMERICANAS

Confieso que al hacerme el honor de pedirme que diga esta noche algunas palabras sobre el papel de la mujer hispanoamericana en la crisis actual, la gentilísima dama que preside esta asociación me ha enfrentado con un problema muy superior a mis capacidades. No he de explicar lo que todos ven, el enorme esfuerzo que está haciendo y que para la mujer de América entera para secundar al hombre en la obtención de la victoria, y su importante labor, que servirá para intensificar la unión espiritual entre las naciones de nuestro hemisferio. Yo entiendo que la pregunta va más hondo, y que se refiere a la contribución específicamente femenina que podemos aportar. Y definir una actuación social específicamente femenina en época de guerra es muy difícil, porque **la guerra y la feminidad son términos irreductiblemente contradictorios**. Para considerar el papel de la mujer hispano americana -que es el de la mujer de nuestro continente y de las naciones de otros continentes que consideramos unidas en un mismo propósito político, es preciso especular sobre el período que ha de seguir a la guerra actual, y preguntarnos si ese habrá de ser realmente, un período de **no guerra**, porque el espíritu de la guerra no actúa solamente en la lucha armada, sino que penetra y se difunde en casi todas las actividades de nuestra civilización. La guerra, nos dicen los hombres de ciencia, corresponde al desarrollo de las características viriles: el hombre es el **luchador**: en el principio de las sociedades luchaba en la caza, contra los animales pero para librarse del peligro; contra los inofensivos, para procurarse su carne como alimento, y en la guerra, contra los otros hombres, por conseguir

el poder sobre ellos. Mientras tanto la mujer organizaba la familia, criaba a los niños, cultivaba la tierra inmediata a la habitación humana, inventaba la medicina e iniciaba las relaciones sociales. Es más, donde alcanzaba suficiente predominio, asumía el derecho del consejo, previsor, vital y profético, con ese don de adivinación intuitiva que la acerca al poeta. La esencia de la vida comunal, agrícola y pacífica, prolífica, es la esencia femenina: está bajo el signo de la fertilidad. La esencia de la vida individualista, dinámica, competitiva, guerrera, es la esencia masculina, está bajo el signo de combatividad. Pero todo principio lleva en sí el germen de su contrario, el principio femenino de fertilidad implica una monotonía semiestática: no la ausencia de cambio, que no sería vida, -pero sí la noción de un cambio regular, cíclico, como el de la naturaleza a través de las estaciones, un eterno volver al punto de partida, un constante nacer, desarrollarse y pasar, una placidez de existencia totalmente absorbida por las fuerzas telúricas, y por ellas limitada.

El principio masculino de combatividad lleva en sí el germen de las grandes transformaciones, de las creaciones que surgen del seno de la destrucción (puesto que la vida del mundo continúa), es la esencia del progreso, de la eterna renovación del punto de partida, de cuanto pueda dar al ser humano la sensación de llevar a Dios dentro de sí.

El principio de fertilidad por limitado, no bastaría para engendrar ni para colmar el ansia humana de superación. Si muchas sociedades primitivas fueron matriarcales, esa fase quedó pronto sustituida por la sociedad patriarcal, expansiva, basada en la rivalidad, en la sujeción del más débil por el más fuerte. Y la primera en sufrir las consecuencias de esa sujeción fue la mujer, representante de las fuerzas centrípetas de la existencia. Era ley natural. La humanidad ha progresado por el impulso expansivo y creador cuyo máximo desarrollo hemos alcanzado hasta ahora, en esta civilización occidental dominadora, codiciosa y soberbia. La combatividad del varón ha alcanzado su máxima expresión en la conquista de la riqueza y del poder por los más fuertes, y está llevando a sus últimas consecuencias el impulso de la guerra. El hombre ha creado, en el arte y en la ciencia, (lo que podría darnos la belleza y el bien), ha descubierto y colonizado la tierra, ha subyugado muchas fuerzas naturales lo que podría darnos la prosperidad para el género humano. La misión de la mujer en general, aparte de la rutinaria labor doméstica y de la intervención femenina en los aspectos amables, pero no esenciales de la vida, ha quedado reducida al mínimo de su imprescindible contribución a la conservación de la especie. Su influencia espiritual, ejercida por el consejo y la inspiración, ha sido muy restricta. La opinión del varón la ha colocado en un plano secundario, apartado de la realidad de las ásperas luchas por el predo-

minio en las riquezas o el poder, formas de la guerra, que han permanecido extrañas a la mujer, que no han sido nunca sus realidades, excepto en el hecho de tener que sufrir sus consecuencias, en el de sacudir su emotividad, a veces hasta la exaltación del sacrificio, cuando su cooperación ha sido solicitada por medio de una motivación ética.

Luego la situación ha variado. La mujer ha alcanzado, a través de las recientes transformaciones económicas, innegables adelantos; mayor cultura, un principio con su correspondiente responsabilidad social y económica. Pero esos progresos se han realizado en un sentido masculino. La mujer ha entrado en la lucha competitiva con el hombre, ha presentado en su campo; aunque en esfera de inferioridad, en la que están también un crecido número de hombres. Mientras tanto, la esencial misión de la mujer en la familia y en la sociedad está sufriendo una transformación de tal tipo, que es cosa de meditar largamente antes de opinar sobre el futuro. Porque, como consecuencia de esta civilización varonil llevada a sus últimas consecuencias, puede ser que veamos desaparecer totalmente el matiz femenino de la vida. La familia se halla evidentemente en proceso de descomposición; las relaciones sociales, no teniendo ya como base las relaciones familiares, se transforman rápidamente. Si cada día menos mujeres tienen menos hijos y pueden ocuparse menos de los que tienen, tal vez, a través de unos adelantos científicos más, pueden dejar de ser absolutamente imprescindibles a la continuación de la especie.

La mujer lleva el traje del hombre, construye máquinas de destrucción, parece igual que el hombre bajo ellas, gana su vida como puede, en competencia con el varón y alcanza una nueva libertad rompiendo las limitaciones físicas y espirituales impuestas por la misión maternal. Todo esto, señores, no señala hacia la emancipación de la mujer, tanto como a la creación de un tercer sexo, un sexo neutro semejante al de las obreras abejas, pero sin aparentes probabilidades de predominio porque los hombres no son zánganos. Esta es la parte suplementaria de aquella otra horrible desfiguración que consiste en hacer de la madre una máquina productora de soldados. Bajo un régimen de guerra, aún en los momentos en que se disfrace de paz, el hombre sufre miseria y dolor, que su valor sabe transformar en heroísmo; pero la mujer, además, se ve sometida, por circunstancias ajenas a su voluntad, a terribles deformaciones de su carácter y de su papel social.

Por esto, señores, cuando me he preguntado qué pienso del papel que ha de corresponder a la mujer en el futuro, me he sentido abrumada. No sé cuál tendrá que ser el papel de la mujer en la post-guerra. La mayor parte de la vida de mujeres y de hombres está, hoy como nunca, pendiente de tantas fuerzas ajenas a la voluntad individual, que no es hora de hablar de auto-

determinación, es preciso cumplir deberes inmediatos y nuestras mujeres sabrán aceptar su parte. Pero si tal pudiera suceder, si mañana las mujeres pudiéramos tener facultades para señalar nuestra meta e influir conscientemente en la ruta que hayan de seguir nuestros pueblos, yo diría que debíamos definir nuestra misión en un sentido de feminidad esencial. No estoy invocando un retorno al pasado. Ni es deseable ni es posible. No se vuelve al pasado. Los tiempos y los hechos que parecen repetirse siempre difieren de los anteriores por sutiles, pero hondas alteraciones. Ni el pasado de la mujer ha sido mejor que su presente. Pero si en el mundo por venir la civilización que está llevando el masculinismo a sus últimas consecuencias pudiera reorganizarse con la contribución moderadora del elemento femenino, la agitación podría aplacarse por la serenidad, la ambición de riqueza, contenerse por el freno ético, la rivalidad sustituirse por la cooperación, y los impulsos destructores en lugar de ejercitarse sobre los seres, se emplearían en combatir a los mil enemigos incorpóreos que aún amenazan la existencia humana, los engendros inagotables del sufrimiento, la degeneración y de la muerte. Pero eso tendría que ser en una civilización que se propusiera realmente resolver los problemas creadores de la guerra, hija de la ambición y de la injusticia, que se propusiera suprimir las injusticias que hoy envenenan la vida de los que las explotan en aparente beneficio; una civilización que se hiciera reposar sobre una base de valores humanos, que para la mujer han de ser siempre los más altos, de respeto a su dignidad humana. Si pudiéramos ayudar a construir una civilización con ese carácter, podríamos las mujeres enorgullecernos de las consecuencias de haber conquistado el derecho a instruirnos, a ganar nuestro sustento, a asumir junto al hombre la dirección de los asuntos públicos, porque habríamos aportado nuestra contribución legítima, positiva, al bienestar de la humanidad, colaborando al establecimiento de una sociedad equilibrada.

LA MUJER EN CUBA

La mujer en Cuba -uno de los países hispanoamericanos más próximos a los E.U.- ha tenido siempre un puesto destacado en la vida social, intelectual y política del país. Tal vez haya sido por tradición porque, poco después de haber sido descubierta por Colón, la isla tuvo por Gobernadora a una mujer, Isabel, la esposa de Hernando de Soto, explorador de la Florida y del Río Mississippi. Durante el período en que fue colonia española, Cuba produjo, entre otras mujeres notables; a la mayor poetisa de la lengua castellana, en Gertrudis Gómez de Avellaneda, autora de dramas notables además de su poesía lírica. El teatro nacional de la Habana ahora lleva su nombre.

El carácter de la cubana es enérgico, decidido y emprendedor. Un gran escritor español decía, refiriéndose a la Avellaneda: “¡Es mucho hombre esta mujer!” Durante las guerras de independencia, que abarcaron un espacio de treinta años, las cubanas tomaron parte en la lucha libertadora junto a sus padres, esposos e hijos. Viven aún mujeres cubanas que tienen rango militar del Ejército Libertador.

Después de la independencia, al empezar en Cuba la vida republicana, la mujer obtuvo desde el principio muchos de los derechos sociales que tenían los hombres. Desde el principio tuvo derecho a trabajar y ganarse la vida. Desde el principio fue admitida en paridad con el hombre en muchos empleos, y en la enseñanza, en las escuelas primarias y secundarias y en la Universidad. Todas las profesiones están abiertas a la mujer en Cuba y ejercen todas sus ramas: medicina, farmacia, leyes, arquitectura, ingeniería... La enseñanza

primaria está por supuesto, principalmente a cargo de las mujeres. El profesorado de las escuelas secundarias lo está en un 50 %. En las universidades las profesoras son numerosas. De las instituciones culturales de tipo privado las más importantes por sus actividades y su alcance, el Lyceum, de actividad general, y Pro-Arte Musical, en el campo exclusivo de la música, han sido organizadas y están dirigidas y constituidas por mujeres exclusivamente, aunque los hombres toman parte en las actividades. Son -quiero insistir en esto- instituciones de gran altura y seriedad, visitadas constantemente por eruditos, escritores, artistas y músicos del mundo entero, que vienen a ofrecer conferencias, congresos, exposiciones y conciertos. Tienen su sede en la Habana, pero tienen instituciones filiales en todo el país.

Desde 1936, las cubanas obtuvieron también los mismos derechos políticos que el hombre: a elegir y a ser elegidas. Desde esa fecha, las mujeres ocupan cargos en todas las ramas de la administración pública: representantes, senadoras, jueces y fiscales, miembros del Cuerpo Diplomático en diversos países y en la ONU, y Ministros del Ejecutivo. En este momento, dos cargos importantes: la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación y el Ministerio de Bienestar Social, están desempeñados por mujeres.

Uno de los mayores empeños del Ministerio de Bienestar Social es el de mejorar la situación de los niños de Cuba. En Cuba los niños tienen educación primaria gratuita y obligatoria. La educación secundaria y la universitaria en las instituciones nacionales pueden también obtenerse gratuitamente. Pero Cuba confronta -como todos los países hispanoamericanos- un grave problema económico. Debido a defectos de organización económica que datan del período colonial -hace sólo sesenta años- y no se han podido subsanar aún, hay gran disparidad entre la situación de la clase rica o por lo menos pudiente, y la clase pobre que carece de los elementos necesarios para vivir dignamente. Por falta de medios económicos, la clase pobre que reside principalmente en el campo y en los pueblos pequeños, pero también existe en las ciudades mayores, no puede llegar a disfrutar de los derechos y beneficios que le ofrece un país hermoso y potencialmente con bastante riqueza para todos sus hijos. Por falta de medios económicos, hay millares de niños que no llegan a recibir los cuidados y la educación que les corresponde por derecho.

Uno de los grandes esfuerzos del gobierno actual es el de tratar de elevar el nivel de vida de la clase pobre, dándole tierra suya que cultivar, casa suya en que vivir, trabajo remunerado, atención a su salud, y muy especialmente a los niños, de manera que puedan ser vestidos, alimentados, curados de sus enfermedades, y puedan asistir a la escuela por todo el tiempo que la ley prescribe.

Esta es una de las más importante finalidades que se propone el Gobierno actual de Cuba, y el cumplimiento de ella está bajo la dirección de mujeres. El lema de la mujer cubana es “¡Trabajo y fe, y adelante!”

**LA MUJER EN LA LITERATURA
Y EN EL ARTE**

LA MUJER Y LA CULTURA

HACE POCOS DÍAS SOSTENÍA YO CONVERSACIÓN CON un ilustre educador cubano. La nuestra, como casi toda conversación en esta época, tocó en un momento dado los problemas de la mujer, y mi distinguido interlocutor expresó una idea que al llegar a mi mente sirvió de punto de partida a una serie de reflexiones que hoy traigo ante vosotros, en un intento de síntesis:

Antes de que la mujer cubana [dijo] pisara con frecuencia habitual las aulas universitarias, subiera a las cátedras y desempeñara los más altos ministerios en todos los órdenes profesionales, Cuba produjo varias extraordinarias capacidades femeninas, como –por no citar más que dos– Gertrudis Gómez de Avellaneda en el campo de las letras y María Luisa Dolz en el campo del magisterio. Realizaron esas mujeres, por sí solas, obra sólida, de valor permanente. Hoy, las mujeres cubanas en general, sin diferencia de clases sociales, estudian, se preparan para el oficio o la carrera, forman asociaciones culturales, intervienen en los problemas políticos, tratan de influir en todos los órdenes de la cultura. Pero ¿dónde están, entre ellas, las personalidades extraordinarias? ¿Cuál está realizando la concienzuda, la fuerte labor literaria que pueda alcanzar un alto renombre, extensivo a todos los países de habla castellana, como la Avellaneda? ¿Cuál se entrega a la obra educacional con la consagración creadora, con la devoción exaltada de María Luisa Dolz? La obra cultural de nuestras mujeres se ha atomizado al extenderse, ha descendido en nivel. Es preciso que algunas de ustedes, mujeres jóvenes o en plena

Conferencia leída en la sede del Lyceum, con motivo de la próxima celebración del III Congreso Nacional Femenino (La Habana, 1939). *Revista Lyceum*, La Habana, vol. IV, no. 13, pp. 27-35, enero-marzo de 1939.

madurez, se consagren a una labor de verdadera trascendencia en un campo determinado, se esfuercen por alcanzar la excelencia individual en una actividad señalada. A la labor de animación e impulso general hay que sobreponer una labor de especialización cultural. Necesitamos un Lyceum de especialistas.

Esta opinión, cargada de graves reparos, fue como un doble centro en torno al cual giró en espiral mi pensamiento. Doble, a causa de su aspecto positivo y de su aspecto negativo. ¿Por qué –me pregunté en primer término– la cultura femenina en Cuba da a este hombre sabio la impresión de haberse hecho cuantitativa, al evolucionar del siglo XIX acá? ¿Seremos capaces, las mujeres, de alcanzar un nivel medio de cultura, pero incapaces de llevar a ésta una contribución nueva: invención, descubrimiento, creación artística de valor imperecedero, labor sólida de investigación erudita, fecunda gesta de magisterio ejemplar? ¿Tantos afanes nos conducirán, apenas, a reforzar pobremente, con fútiles imitaciones, el trabajo que los hombres pueden realizar por sí solos con suficiente perfección? ¿Los prejuicios contra la capacidad intelectual femenina se comprobará que descansan sobre una sólida base? Salvo alguna rarísima excepción, de rasgos mentales vigorosamente masculinos (“ ¡es mucho hombre esta mujer!”), la mitad femenina del mundo ¿no tiene ningún elemento esencial que aportar a la cultura universal? Aun en ese caso, ¿por qué esos tipos de excepción desaparecen –según mi interlocutor– (al menos en nuestro país), para ceder el puesto a una masa femenina más o menos culta y activa, pero en la que no se destacan ejemplos de suprema capacidad intelectual? **¿Será que hoy se producen con mayor frecuencia tipos femeninos superiores, constituyen por lo tanto excepciones menos raras, como sucede entre los varones?**

Estas y otras muchas interrogaciones empezaron a girar en mi mente, e impulsándome a buscarles respuesta, me indujeron a entrar en terreno oscuro y resbaladizo, donde apenas se traza camino que no se borre enseguida, como en la superficie del mar; en ese campo de constante controversia entre la mujer y el hombre, que no han logrado aún (¿lo conseguirán algún día?) establecer sobre bases de comprensión sus relaciones espirituales.

Si estamos de acuerdo en que **la cultura es el esfuerzo consciente mediante el cual la naturaleza moral e intelectual del ser humano se refina e ilustra con un propósito de mejoramiento colectivo, no es posible decir que existiera antes de fines del siglo XIX una cultura femenina.** Lo que se cultivaba en la mujer por medio de las *artes de adorno* y de las faenas caseras, y sobre todo, por el cuidadoso desarrollo en ella del espíritu de sumisión, era un ser cuya existencia se concebía sólo en función correlativa cuyo término era el varón o era el hijo. No importa cuál fuese la situación de la mujer –obreroa obligada a ganarse el

pan, dama (exquisita flor parasitaria), honesta ama de casa burguesa, monja, criatura caída en el deshonor y por ello privada del derecho a la luz del sol de acuerdo con leyes injustas y costumbres absurdas-, ella no podía desarrollar su propia personalidad. **Era hija, esposa, madre, hermana, esposa del Señor recluida en un convento que representaba a veces, relativamente, una liberación; pero no podía ser ella misma, una individualidad humana.** Su condición era análoga a la del esclavo, que existe sólo en función de un amo. Se la esclavizaba en nombre de su misión biológica. Quien estaba en la obligación de dar anualmente al mundo un nuevo ser y, al mismo tiempo, de realizar una complicada labor casera, no tenía posibilidades para mucho más. Era preciso que se dejara alimentar y cobijar como útil bestia doméstica. Y las que, a través del mundo, el demonio y la carne, se liberaban de esas cargas, tenían la de servir de instrumento de placer venal, pues no poseían ni preparación para otra actividad ni campo en que se desenvolverse. Por eso el convento era una liberación relativa. Valga el recuerdo de Sor Juana Inés: al menos llevar a la celda sus libros, su ciencia y su poesía, por un tiempo, antes de que aun allí, la organización social la persiguiera hasta arrancarle la vida.

Como esa situación, modificándose muy lentamente, se prolongó hasta los albores de nuestro siglo, era de esperar que hasta ese momento sólo mujeres de capacidad intelectual extraordinaria y de carácter sumamente vigoroso pudieran destacarse. **En tiempos de mis abuelas, en el seno de la sociedad hispanoamericana a que pertenecieron, todavía se enseñaba a las señoritas a leer, pero no a escribir, para que no produjeran cartas peligrosas.** (A menos que no se las escribiera al Señor Cura, como en Campoamor). En tiempos de mi madre, cuando ésta fundó la primera escuela secundaria para mujeres en su país, en colaboración con el sabio maestro Eugenio María de Hostos, fue duramente censurada por querer “sacar a la mujer del seno protector del hogar”... y de la ignorancia que le era impuesta como una virtud inherente a su sexo.

Gertrudis Gómez de Avellaneda fue una gran rebelde, emancipada de muchos prejuicios, una de las primeras *feministas* del mundo en el orden del tiempo. María Luisa Dolz, que llegó más tarde y encontró la ruta más abierta, consagró la vida a su obra, suprimiendo de la suya ciertos aspectos de la existencia femenina para hacer total esa consagración. Otras mujeres, en Cuba y en el resto de la América Española, podríamos citar como representantes de un gigantesco esfuerzo individual hacia la cultura; **pero seguiría siendo imposible hablar de *cultura femenina* porque se pudieran citar una o dos decenas de nombres de excepción, por regla general, nombres de damas de posición económica desahogada.**

El verdadero movimiento cultural femenino empieza cuando las excepciones dejan de parecerlo. En los últimos cincuenta años la cultura femenina ha realizado un enorme progreso, que corre parejo con el de la liberación económica, la de ciertos trabajos domésticos, y de las cargas excesivas adscritas a la misión biológica de la mujer. El progreso científico ha hecho que las labores domésticas se reduzcan notablemente, aun en las clases pobres; de ese modo, la mujer ha podido salir a la vida pública a realizar trabajos que el hombre desempeñaba antes exclusivamente. Esos trabajos, retribuidos, le han dado, le están dando, progresivamente, la independencia económica. El mismo proceso económico la obliga a reducir en número la familia que es preciso mantener, y el avance científico que le permite lograr ese equilibrio le da la seguridad, que antes no tenía, de que la mayoría de sus hijos vivirá. A medida que va consiguiendo la liberación económica, la mujer va adquiriendo la libertad moral e intelectual que consiste esencialmente en la posibilidad de realizar su personalidad, su ser individual, con existencia posible independientemente del varón y del hijo. El ser humano femenino empieza a existir ahora.

Al llegar aquí, el problema se me escinde en dos parte. La primera no se refiere al grado de capacidad intelectual que pueda tener la mujer, ni a si traerá o no una contribución original a la cultura mundial. Se refiere al hecho en sí de que *la mujer llega a la cultura*: ése es el hecho esencial. La mujer es, como el esclavo que llegó a hombre libre, como el plebeyo que obtuvo la igualdad social y política, un ser que ha reclamado y está obteniendo sus derechos naturales. La mujer llega a la cultura cuando empieza a ser un hombre (*no digo varón*); cuando puede repetir las palabras de Terencio: “Hombre soy, y nada humano puede ser ajeno a mí”. La llegada de la mujer, de la mitad de la humanidad, a la libertad y a la cultura es una de las mayores revoluciones de nuestra época de revoluciones. Y es un hecho histórico indiscutible e indestructible.

Las mujeres de excepción de los pasados siglos representaron, aisladamente, un progreso en sentido vertical. Fueron precursoras a veces, sembraron ejemplo fructífero. Pero un movimiento cultural importante es siempre de conjunto, y necesita propagarse en sentido horizontal. La mujer necesita desarrollar su carácter, en el aspecto colectivo, para llevar a término una lucha que está ahora en sus comienzos. Necesita hacer labor de propagación de la cultura que ha podido alcanzar para seguir progresando. Y siempre que la cultura tiene que extenderse, da la impresión de bajar de nivel. Se trata de una ilusión óptica. Igual impresión se tuvo cuando empezó a aplicarse a la educación la teoría democrática. Porque aprendían los más y el mejor número siempre es mediocre, hubo quien tuvo la impresión de que el nivel cultural del

mundo descendía. Impresión falsa. ¿Quién podría comparar al hombre bestia que tiraba del carro del Faraón, bajo el látigo, capaz de sufrir sólo físicamente, con el obrero europeo hoy, que reclama derechos a ciencia y conciencia? ¿Quién podría comparar a la mujer medieval, golpeada, encerrada, y con frecuencia asesinada por su padre o por su dueño, vendida al burdel o entregada como oblata al convento sin que ni ella ni otro osaran levantar una protesta que, por otra parte, nadie hubiera escuchado, con la joven de hoy que conoce y discute los problemas de su vida, les hace frente para resolverlos y se da cuenta de todo el camino que le queda por recorrer? Pero aquello no ha impedido que el siglo nuestro produjera a Einstein, a Picasso, a Claudel. Esto no impide que entre las mujeres de hoy existan una Virginia Woolf, una Irene Joliot-Curie, una Gabriela Mistral.

Hoy es esencial seguir propagando la cultura femenina, y la mujer cubana, que en esa obra marcha a la vanguardia de las mujeres hispanoamericanas, tiene en ello una misión grave que cumplir. La mujer tiene todavía grandes luchas que librar para lograr la paridad con el hombre ante la ley y ante la vida. Es preciso llegar, como lo ha expresado enérgicamente una escritora cubana, “a una equilibrada concepción del sentido de la responsabilidad social que eleve los valores esenciales de la feminidad a categoría superior”. Quizás las mujeres cubanas, por dedicarse con todo entusiasmo a esa labor de propagación, no tengan ahora tiempo para la de concentración en el aislamiento que implica la creación de una gran obra personal en el arte o en la ciencia; pero están realizando una obra colectiva de inmensa trascendencia, en la que se suman sus esfuerzos a los de todas las mujeres americanas, como los esfuerzos de arquitectos, escultores y pintores sin nombre ni número conocido se sumaban en la magnífica realización de la catedral gótica, expresión viva de una época del espíritu humano. Esa labor de la mujer cubana será perdurable y su radio de influencia sobrepasará los límites del país. Si más de una capacidad personal superior palidece o queda escondida en el esfuerzo de conjunto, no lo lamentemos demasiado, porque nos ha tocado establecer los cimientos de un edificio indestructible.

En su carácter de grupo humano recién admitido a la libertad, la mujer tiene aún necesidad imperiosa de reclamar derechos imprescindibles, de romper definitivamente trabas absurdas que mantiene la costumbre, de llevar a las compañeras de campos y aldeas los beneficios de la ciencia moderna, de hacer comprender a todas y cada una de las mujeres lo que significa su dignidad como seres humanos, de capacitarlas, dentro de sus posibilidades, para la apreciación de la belleza. Pero tiene la mujer otras razones urgentes para trabajar por la cultura. No se trata ya de terminar con la situación de esclavitud

que le es particular, sino de hacer frente a los problemas generales que se presentan hoy al hombre. Vivimos una crisis, en la que fuerzas agresivas amenazan con destruir los valores sustanciales de la cultura, con el afán de detener la evolución natural de la sociedad. En un momento de crisis no es fácil determinar la ruta de la verdad; pero a la mujer corresponde aceptar en esta lucha su responsabilidad. A quien siempre ha correspondido la misión de proteger y guardar, le tocará llevar a cabo un gran esfuerzo por la defensa de los valores culturales.

Y el problema se me presenta, al decir esto, en su segundo aspecto. Aceptado ya el hecho incontestable del acceso de la mujer a la cultura, es lícito preguntarnos: ¿cuál será el aporte específicamente femenino que la cultura ha de recibir? Es demasiado pronto para que la mujer pueda determinar la esencia de su misión espiritual; pero en nuestra época que, como dice Jung, “padece de insuficiencia de nutrición psicológica”, creemos cierto que la mujer tiene ante sí una formidable tarea cultural, que tal vez signifique, espiritualmente, el comienzo de una nueva época. La mujer busca una conciencia más alta, un sentido y designación de su fin, una clara determinación de la relación anímica entre los sexos. No sólo ha de hacer entrar en la cultura el sentido maternal de la existencia, que es ya su contribución visible. Ahora que ha abandonado la actitud de animosidad contra el varón (y de imitación de éste, a la vez), que pasajeramente adoptó en los inicios de la lucha, podrá llevar a sus realizaciones y a sus creaciones el sello de su espiritualidad, no menos fuerte que la masculina, sino de intensidad y profundamente vinculada a la vida. La mujer es mucho más psicológica que el varón. Su psicología es más inmediata y más rica. Se mueve fácilmente, con clara visión, en el mundo de la intuición, en que el varón se extravía. Tiene un sentido vital de las relaciones anímicas, de donde está surgiendo un nuevo mundo psicológico, y puede crearse mañana, por un último conocimiento de las leyes del espíritu, la base de una nueva moral.

Será cuando hayan resuelto una gran parte de tan complejos problemas –seguía yo pensando– cuando se conviertan las mujeres en grandes especialistas; será entonces cuando, espontáneamente, lleguen con mayor frecuencia al genio creador. No antes. En el seno de la esclavitud no se produjeron hombres de genio, salvo un fenómeno aislado como Epicteto, y aun ese varón excepcional sólo consiguió dar a la luz una filosofía de prisionero valeroso, que predica la conformidad con lo inevitable.

La inferioridad mental de la mujer ha sido principalmente falta de libertad. Y la libertad no se conquista de pronto; es obra prolongada, conquista cotidiana. Y pasarán siglos antes de que el goce de la libertad moral y del trabajo gustoso y el desarrollo del hábito de la labor mental seria, creen el

clima dentro del cual pueda producirse, en la mitad femenina del mundo, un genio universal: Shakespeare, Goethe o Dante, Leonardo, Beethoven o Martí.

Pero ese día no llegará nunca sin esta preparación penosa, sin este afán nuestro, sin nuestra inmovible decisión de que llegue. Y creo que en esta lucha en que hoy parecen dispersarse nuestras fuerzas, estamos haciendo verdadera obra de concentración, de creación, que dará mañana cosecha cuya magnitud no puede medirse.

La acción colectiva es, hoy por hoy, la mayor necesidad que sienten los humanos. Las mujeres cubanas convocan ahora un congreso específicamente femenino, conscientes de los muchos problemas que tiene que resolver la mujer, yo no diría únicamente como sexo, yo diría como clase social. Somos, hemos sido, una forma de proletariado. Ese congreso abogará –entre los numerosos asuntos que ha de abarcar– por el abaratamiento de los medios de enseñanza, por el planteo y resolución de los problemas que confrontan en su trabajo la mujer profesional y la artista; y sobre todo, por la popularización de la cultura en Cuba.

Las mujeres conscientes saben que en el momento en que los hombres vuelven a ser con mujeres tiene que ser tratar de la salvación de la cultura para los hombres del futuro. Para ello, necesitan unirse:

Y lo necesitan también como grupo social. Su no-existencia, su nulidad como seres humanos las había hecho hasta ahora poco desconocerse y odiarse. La mujer era siempre para la otra mujer *la rival* en esencia o en potencia, puesto que ella sólo existía como correlativa del varón. Pero hoy cada mujer está llegando a ser para las otras, con exclusión de su papel en las relaciones entre los sexos, una hermana en sufrimiento, en propósito, en deber; un miembro de la humanidad con análogos problemas vitales.

La mujer que adquiere conciencia de la responsabilidad colectiva, sabe que la unión es necesaria para lograr altos fines de interés humano. Por eso resulta particularmente doloroso que pueda haber aquí entre las cubanas –que tan conscientemente están contribuyendo a la liberación progresiva del espíritu y a la unificación de la voluntad de las mujeres– algunas que, aduciendo como razón sus creencias religiosas, se presten a mantenerse fuera de esta reunión en que el elemento femenino se organiza para luchar por causas justas. Esas mujeres no comprenden que no son los sentimientos religiosos los que las desunen de sus compañeras; porque la religiosidad tiene su morada inviolable en el recinto de la conciencia personal; sino que las apartan fuerzas de reacción que, al servicio de propósitos políticos, se empeñan en mantener

aquel antiguo régimen, agonizante hoy, bajo el cual la mujer se hallaba en estado de paridad con el siervo cuando no con el esclavo.

Esas mujeres son ejemplo del elemento que se aferra a la servidumbre tradicional por ignorancia. Pero también padecen ignorancia de la esencia misma del movimiento de liberación femenina esas otras mujeres que, creyéndose nuevas y avanzadas, se complacen en ser miserables remedadoras del vicio masculino, y al abusar del deporte, de la bebida, del tabaco y del sexo, creen que se han libertado de una esclavitud porque han caído en otra, o se juzgan profundas en experiencia porque han trasladado a otro campo la frivolidad. La primera prueba de capacidad cultural que puede dar una mujer es la seriedad en el trabajo y ante la vida. Y yo no doy a esa palabra, *seriedad*, ningún sentido anticuado.

Para instruir a esas que ignoran necesitamos la difusión de la cultura, para difundirla necesitamos que la escuela y la cátedra y la tribuna, y las exposiciones, y la prensa y la radio y el teatro y el cine, nos sirvan para fines más ennoblecedores que facilitar la aprobación de algunos exámenes o corromper definitivamente el gusto literario y artístico. Se impone una campaña de propagación cultural cuidadosamente organizada con un criterio de selección. Cuando decimos que es indispensable propagar la cultura, no debemos dejar que el verbo haga olvidar el complemento sustantivo. Es *la cultura* lo que tenemos que propagar. Y la cultura es cosa fuerte y profunda. Si lo olvidamos, corremos riesgo de agitarnos en vano, cuando no perjudicialmente.

El Congreso Femenino planteará para resolución estos y otros graves problemas de la mujer en relación con la cultura. No pretende agotarlos, pues son, por su esencia, inagotables; pero esperamos todas que las ponencias que se presenten arrojarán luz en el camino y nos permitirán avanzar con mayor seguridad. La mujer cubana que sabe cuál es su deber, acudirá a cumplirlo.

LA MUJER EN LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS

Ante todo, quiero contribuir a deshacer una leyenda que aún puede tener entre las personas que me escuchan algunos creyentes. Es la leyenda de la no intelectualidad de la mujer hispánica, y de su limitada personalidad. La española clásica es, para muchos, la mujer a quien no están permitidos más goces espirituales que los hallados en el trato con Dios por medio de la oración y la asistencia al santo sacrificio de la misa, o en los dulces afectos de la restringida vida familiar. En su interpretación literaria la española perfecta sería la protagonista de “El Curioso Impertinente”, antes de la infidelidad forzosa a que la condena su neurótico marido: “Buena es tu esposa Camila... su pensamiento no sale de las paredes de su casa.”

Religiosa y casera la española, no por eso dejó de perseguir como ideal, -desde que tenemos noticias de su educación, (lo que no sucede, desde luego, antes del Renacimiento)- el poseer esa agudeza de ingenio y esa prudencia en la opinión que la lengua castellana, muy significativamente expresa en una sola palabra: discreción. La dama discreta es personaje característico de la literatura castellana. La primera heroína amorosa de España, la precursora de Julieta, Melibea, hace pausa antes del suicidio para explicar a sus padres filosóficamente su decisión de dejar este mundo.

En la literatura del Siglo de Oro, a pesar de todas las declaraciones hechas en contra de la mujer, es bien conocida la discreción de las heroínas de Lope de Vega, que aun a veces la encubren con apariencias de bobería, pues exige la prudencia en algunos casos que la mujer oculte la capacidad de su

mente y muestre en cambio la de su emoción. ¿Quién ha glorificado mejor que Tirso de Molina “La Prudencia en la Mujer”, o su ingenio y audacia en la heroína de “El Vergonzoso en Palacio”? Afirmamos que en toda la literatura europea antes del Siglo XVIII no existen heroínas más influyentes por su talento y su cultura que las españolas. La Porcia de Shakespeare tiene que disfrazarse de hombre para hacer valer su elocuencia. Y si la comparamos a la sencilla Henriette, que Moliere nos presenta como ideal en Las Mujeres Sabias, con La dama boba de Lope de Vega, podemos ver cómo la una triunfa por la sensatez, y la segunda por el ingenio y el saber. ¡Si hasta aprende a hacer versos para asegurar su victoria amorosa!

La realidad, empero, superó a la ficción. En los inicios de la Edad Moderna, españolas eran María Francisca de Nebrija, que sustituirá a su erudito padre en sus clases en la Universidad de Salamanca; María Isidra de Guzmán, que tenía allí Cátedra de Filosofía; Beatriz Galindo, que enseñaba Lengua Latina en el Palacio Real donde la gran reina Isabel era su mejor discípula. Ni eran estas raras excepciones dentro de la excepción general que representaba en aquella época la educación superior femenina en cualquier parte del mundo. Varias mujeres en la España renacentista acunaron cátedras en España, fueron especialistas en lengua latina, árabe y hebrea, y aun en lengua griega, y en cuestiones de ciencias y medicina, que eran entonces poco conocidas de los hombres.

Si es verdad que a mujeres como a hombres solía entonces ser atractiva o necesaria la vida conventual, dentro de ella las mujeres conservaron encendido el hogar de la cultura aun en las épocas de mayor decadencia. Ya estará de seguro en la mente de los que me escuchan el recuerdo de la extraordinaria que entre todas, ha sido llamada Doctora por la Iglesia Católica, Santa Teresa de Jesús, grande por su espíritu, por la acción y sobre todo por la pasión con que ardió “la llama de amor vivo”, alma de la poesía. Pero no es ella sola. Hasta fines del siglo XVII y más allá, a lo largo del XVIII, a pesar de la decadencia de las letras y del celo religioso, cultivaron en los conventos la delicada expresión de la poesía erótica a lo divino las continuadoras de Santa Teresa. Ahí están los versos de Sor Gregoria de Santa Teresa, en Sevilla; de Sor Ana de San Jerónimo, en Granada, de Sor María de Ceo, en Portugal, para nombrar sólo a algunas. Y con el descubrimiento y colonización la América española hereda esa tradición cultural.

La mujer española no vino a América inmediatamente. Al principio sólo se dejó embarcar a algunas casadas en compañía de sus maridos. Pero enseñada alcanzan importancia social y hasta política. El primer grupo de sociedad culta –casi una corte– tiene como centro a Doña María de Toledo, esposa de Diego Colón, Gobernador de la Española. Años después Doña Isabel de

Bobadilla, mujer de Hernando de Soto, actúa en Cuba como Gobernadora, mientras el noble aventurero abre nuevas rutas en tierras de la América del Norte.

La ciudad de Santo Domingo, en la Española, fue por muchos años la capital de los dominios. “Fluyó sobre Santo Domingo, desde los tiempos de Colón, toda la inundación de la Conquista: los descubridores, los exploradores, los futuros grandes capitanes: Alonso de Hojeda, Juan Ponce de León, Rodrigo de Bastidas, Francisco de Garay, Diego Velásquez, Juan de Grijalva, Hernán Cortés, Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro... y los evangelizadores, los maestros; bien pronto los prelados y sus familiares, los hombres de ley, hombres de letras, Y las damas cultas de la Corte de Doña María de Toledo, y las religiosas aficionadas a escribir.” (1)

Pronto hubo religiosas nacidas en América. En 1568 el Convento de Santa Catalina de Siena, de dominicas, y el de Santa Clara, de franciscanas, en la ciudad de Santo Domingo, tenían “180 monjas poco más o menos”, según el Oídor Echegoyen. En el convento de dominicas estuvo profesora Doña Leonor de Ovando, la primera poetisa que escribe en tierra americana. Eugenio de Salazar, su contemporáneo, la llama “ingeniosa poeta y muy religiosa observante”. Salazar menciona también a “la ilustre poeta y Señora Doña Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo”. Así pues, a los pocos años de la conquista (Siglo XVI) aparecen nuestras primeras mujeres de letras. Nada conocemos de la Mendoza. De la madre Ovando nos quedan algunos sonetos y unos versos blancos con que respondió a las composiciones que le fueron dedicadas por Eugenio de Salazar. Son versos faltos de soltura, pero con cierta delicadeza de imágenes y de sentimiento, muy femenina.

Cuando el centro de la vida colonial se traslada a la capital del Virreinato de Nueva España, encontramos en una mujer, en otra monja, la más alta representación de la poesía hispanoamericana: Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) llamada por sus contemporáneos “la décima musa”. Todos conocéis sin duda la leyenda de su precocidad, de su afán en el estudio; la fama de su claro talento, de su sabiduría y de su belleza. Pero no todos habréis visto el retrato que de ella, ya en religión, hizo el pintor mexicano Cabrera. Quiero evocar aquí, en la transposición literaria de Gabriela Mistral ese retrato, más expresivo que todas las biografías.

“La luz de la meseta, le hizo aquellos sus grandes ojos rasgados para recoger el ancho ancho horizonte. Y para ir en la atmósfera sutil, le fue dada esa esbeltez suya, que, al caminar, era como una reverberación fina de luz, solamente.”

¹ P. Henríquez Ureña. La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo.

El deseo de mantenerse a un tiempo libre para el estudio y limitada para lo que de él pudiera apartarla, la llevó a la vida conventual. Al poco tiempo de haber entrado en el Convento, había reunido una biblioteca de 4 000 volúmenes. Ni el arte ni la ciencia parecían tener secretos para ella, y su fama corría pareja con su sabiduría. Pero órdenes superiores le impusieron que abandonara esas actividades del intelecto, por ser demasiado mundanas. Sor Juana terminó sus días en el sacrificio y el martirio: murió contagiada del terrible mal que en otros asistía, durante una epidemia.

Parte de su poesía sigue el formalismo en boga dentro de su época y su medio; pero la expresión genuina de su feminidad hay que buscarla en los claros versos de sus villancicos, en la fina ironía de sus redondillas, y sobre todo en sus versos de amor profano. No solamente son “los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer”, sino los primeros en nuestro idioma, los que abren el camino a la expresión del amor humano en nuestra poesía femenina.

Tal vez no eran los únicos, empero. En época próxima a aquella en que Sor Juana escribía sus apasionados y delicados versos de amor en un convento mexicano, una poetisa desconocida había enviado, desde un remoto rincón de Huánuco, en el Perú, una confesión de amor a Lope de Vega. La poetisa se firmaba Amarilis y su epístola, junto con la respuesta de Lope, “de Belardo a Amarilis”, aparece impresa al final de la Filomena.

Muchos críticos discuten la existencia real de esta poetisa, porque su nombre literario es el mismo que Lope designaba a la infortunada Marta de Nevares, su adorada de esos días. Pudiera ser una farsa. Pero Lope no era poeta ni hombre de una sola Amarilis. Preferimos creer que existió la poetisa peruana. Preferimos identificarla, con Menéndez y Pelayo, como Doña María de Alvarado (o sería acaso de Almagro?) descendiente de conquistadores. Porque su poema es deliciosamente femenino, de fino gusto, sencillo, discreto y grave, tembloroso de emoción contenida, como si viéramos teñirse de rubor al escribirlo el rostro de la autora.

Este poema y algunos de Sor Juana, señalan la aparición en nuestras letras del platonismo, o más bien el petrarquismo femenino. Habíamos oído ya a Salicio llorar desdenes de Galatea, y a Fernando de Herrera entregarse, dulcemente resignado, al dolor de amar a distancia a su divina Estrella. Aplaudían las sombras no muy lejanas de Dante y Petrarca. Pero ahora es una mujer la que escribe:

“Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,

bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo”.

.....

“Poco importa burlar brazos y pecho
si le labra prisión mi fantasía”.

Es la mujer la que dice al hombre:

“El sustentarse amor sin esperanza
es fineza tan rara, que quisiera
saber si en algún pecho se ha hallado”.

“I voi che per la vía d’ amor passate,
attendete e guardati
s’elli e dolore alcun quianto el mio grave.”

Sí, Beatriz había oído estas palabras; pero nunca las había pronunciado. Quizás tenían que ser dichas primero por mujer en lengua española, porque es ésta la lengua de Don Juan.

Muchos nombres sueltos y algunos versos apenas recordados nos hacen saber que la literatura colonial femenina fue abundante: otra Amarilis bogotana, una poetisa peruana, autora de un Discurso en verso sobre la Poesía, la quiteña Jerónima de Velasco, cuya belleza y talento ensalza Lope desde España; la Madre Castillo, prosista neo-granadina, “la limeña musa” Josefa de Carrillo y Sotomayor⁽⁹⁾... Una verdad se nos hace palpable: la literatura femenina es más abundante en América que en España. Este es un aspecto del fenómeno general de extensión de las letras en la América colonial. Todo el mundo escribía, todo el que tenía letras. Dice Altamira que la literatura en la España de entonces era un fenómeno colectivo en el que participaba la mayoría de la nación. Esa tendencia se intensifica en América. Además, adquiere un nuevo matiz con el elemento de libertad, producido por la distancia de los centros culturales de la metrópoli, y por las nuevas condiciones de vida surgidas en un mundo nuevo, en el que las diferencias sociales se basaban en diferente escala de valores. Viejos soldados como Bernal Díaz del Castillo despuntan como grandes escritores al escribir la epopeya de las rudas tropas de la Conquista, y las mujeres empiezan a ensayar la expresión abierta de sus sentimientos personales.

Con el cambio que en la vida y en el pensamiento americanos produjo la Revolución de Independencia, las actividades de la mujer hispano-americana se transforman totalmente. La Revolución no fue específicamente un período de actividad literaria, sino de acción social. La mujer aparece en nuevos aspectos de carácter social y político. Es parte del pueblo de América y

acepta el sacrificio. Policarpa Salavarrieta en Colombia, Socorro Sánchez en Santo Domingo, Andrea Bellido en el Perú, dan la vida por la causa de la libertad.

Las mujeres de la clase aristocrática tramaban conspiraciones: la Marquesa de Tagle, la de Yslas, las Iturregui, las urden en sus salones frecuentados por los patriotas.

Las actividades femeninas en simpatía con la causa de la Independencia se extienden tanto, que alcanzan la poesía popular. Cuando el General San Martín pasaba por Chile, circulaban impresas copla como éstas, dirigidas por “las limeñas a las santiaguinas”:

“Hermosas hijas de Chile
que de San Martín gozáis,
tened lástima de nos:
decidle que venga acá.

Si avaras de tanto bien
solas lo queréis gozar,
mirad que somos hermanas,
decidle que venga acá”.

Y ciertamente las limeñas fueron fervorosas partidarias de San Martín, tan eficaces en su ayuda, que una de las primeras alocuciones del General fue dirigida a las mujeres peruanas. Y en 1825 el Congreso del Perú decretó la creación de una medalla cívica como premio a la mujer por su patriotismo.

No menos devoción consagraron las mujeres a Bolívar, a quien más de una vez salvaron la vida. Y Martí, en el orden del tiempo el último de los libertadores americanos, se vio circundado de admiración y apoyo femeninos.

Apenas terminada la Revolución de Independencia en el difícil período de organización que la siguió, las mujeres hispano-americanas representaron importante misión cultural que tuvo cuatro aspectos esenciales: 1º la animadora, dama de la alta sociedad, cuyos salones, a semejanza de los franceses de los siglos XVII y XVIII, se convirtieron en centros de renovación intelectual y social; 2º la educadora, que consagró su vida a la ardua labor de desarrollar la conciencia social de su pueblo por la propagación de la cultura, la labor de “educar al soberano”, como lo expresaba Sarmiento; 3º la literata propiamente dicha, mujer de letras que a veces se iguala en talento a los mayores escritores de su tiempo; 4º la reformadora o agitadora social, que aparece temprano en el terreno propicio de Hispano-América.

Muchas mujeres pueden incluirse en cada uno de esos grupos, de modo que nos limitaremos a presentar una figura representativa de cada uno.

Como ejemplo del primer grupo escogeremos a Misia Mariquita Sánchez, (María Sánchez de Mendeville, 1786-1868) que fue en su tiempo la dama más famosa de Buenos Aires. Porteña, hija de familia muy rica casó en primeras nupcias con el militar Martín Thompson. Desde el mismo año de 1810 fue partidaria decidida de la Independencia. Su salón se convirtió en un centro literario y científico y al mismo tiempo de agitación política. Lo frecuentaban San Martín, Rivadavia, Alvear, Larrea, Monteagudo, Lafinur, Cruz Varela; los nombres más brillantes de la Revolución argentina. Viuda en 1817, se casó de nuevo en 1820 con el francés Jean Baptista de Mendeville. En la recién nacida República Argentina, su salón fue centro de innovaciones literarias y de debates políticos. La doctrina del Americanismo literario se propagó en él. La dama contrajo amistad duradera con Echevarría, Alberdi, Gutiérrez, y más tarde Sarmiento. Su correspondencia con ellos es una interesante fuente de información sobre la vida de aquellos agitados momentos.

Misia Mariquita fue Presidenta de la Junta de Beneficencia aunque nunca ejerció la enseñanza, trabajó activamente en la fundación de las primeras escuelas para mujeres en el campo y en la ciudad. Fue la inspiradora de un grupo de porteñas que se empeñaron en ilustrarse por sí misma e intervinieron de modo eficaz en la vida del país. Bajo la dictadura de Rosas, Misia Mariquita tuvo que emigrar a Montevideo; pero al cesar ese gobierno, regresó a Buenos Aires y aunque su basta fortuna había sufrido merma considerable, su salón continuó siendo, hasta su muerte, uno de los centros de actividad social e intelectual más importante de la capital argentina.

Aunque Misia Mariquita no fue nunca escritora profesional, sus cartas revelan una singular personalidad y son un valioso documento para el estudio del desarrollo de la nación argentina en sus inicios, y de la colaboración que en él prestaron las mujeres.

“Es preciso empezar por las mujeres –decía- si se quiere civilizar un país, y más entre nosotros, que los hombres no son bastantes y que tienen las armas en la mano para destruirse constantemente .”

Y sus opiniones sobre las mujeres no eran muy conservadoras en más de un aspecto:

“Las únicas mujeres que valen algo –escribe a su hija- son las que tienen pasiones. Las que se precian de ser tan virtuosas que jamás podrían pecar, les tiemblo: generalmente son perversas. Pero no repitas estas palabras, hija mía, o me juzgarán perversa a mí”.

Entre las mujeres que trabajaron activamente en el desarrollo del espíritu nacional a través de la educación, se cuenta la dominicana Salomé Ureña de Henríquez. Colaboró con el ilustre educador Eugenio M. de Hostos en la organización de la enseñanza en Santo Domingo. Salomé Ureña era escritora y su país la considera su poeta nacional, a causa de la inspiración patriótica de sus versos. Desde su primera juventud, trabajó en propagar doctrinas de paz y de progreso que eran vitalmente necesarias al país para la restauración de su cultura después de un siglo de guerra contra los invasores seguida por incesante contienda civil. La larga lucha de Santo Domingo para salvar su carácter de pueblo de lengua y civilización hispánica es una de las páginas más conmovedora en la historia hispano americana. Salomé Ureña inspiró un fuerte movimiento de la juventud dominicana hacia un alto ideal de cultura:

“Fue un contagio sublime! Muchedumbre
de almas adolescentes la seguía
al viaje inaccesible de la cumbre
que su palabra ardiente prometía”.

Así describe el poeta dominicano Gastón Deligüe el entusiasmo provocado por la palabra y la acción de Salomé Ureña. La última parte de su vida la consagró a la formación intelectual y moral de las mujeres de su país. La primera Escuela Normal para Maestras se fundó bajo su dirección en Santo Dgo. (1881) “Gracias a la sinceridad de su enseñanza y al cariño realmente maternal con que trataba a sus discípulas –escribe Hostos- formó un discipulado tan adicto a ella y a sus doctrinas, que bien puede asegurarse que nunca en parte alguna y en tan poco tiempo se ha logrado reaccionar de una manera tan eficaz contra la mala educación tradicional y formar un grupo de mujeres más inteligentes, mejor instruidas y más dueñas de si mismas, a la par que mejor conocedoras del destino de la mujer en la sociedad”. Sus discípulas y continuadoras han generalizado la instrucción de la mujer en la República y siguen hoy laborando. Salomé Ureña de Henríquez es un ejemplo de la contribución prestada por la mujer hispano americana a la magna labor que han consagrado sus mayores esfuerzos todos los grandes hombres de nuestra América: la formación de la conciencia nacional.

Entre las literatas profesionales de este período del siglo XIX en la América española, escogeremos como representativa a una poetisa cubana ; porque este período es especialmente brillante en el desarrollo de la literatura femenina en Cuba, y porque esta mujer es la más ilustre poetisa en lengua hispánica desde los tiempos de Sor Juana Inés de la Cruz hasta el Modernismo: Gertrudis Gómez de Avellaneda.

En la vida cultural de Cuba las mujeres se han distinguido especialmente en el cultivo de la poesía. Cerca de la Avellaneda están Luisa Pérez de Zambrana, que cantó la vida sencilla con nuevo ritmo y sentimiento; Mercedes Matamoros, cuyos vibrantes versos reflejan finísimos matices de emoción; Nieves Xenes, de vida profunda y secreta; Juana Borrero “pura y encendida” como la rosa roja del clásico español; sin mencionar a las muchas mujeres que después de la independencia, es decir, en el siglo XX, han enriquecido el coro con sus líricas voces. Es un grupo que en cantidad y en calidad, sorprende aún en esa tierra de poetas que es la América española.

La primera en la fama y en el orden del tiempo, la iniciadora de la poesía femenina en Cuba, es Gertudris Gómez de Avellaneda. Nació en Camagüey, hija de un oficial de la Marina española:

“Yo a un marino le debo la vida
y por patria le debo al azar
una perla en un golfo nacida
al bramar
sin cesar
de la mar...”

Pero muy joven tuvo que abandonar el país natal, y no volvió a verlo hasta mucho después, cuando era ya poetisa de nombre. Cuba le ofreció en esa ocasión, en ceremonia pública, la corona de laurel, que le fue ceñida por una poetisa joven, que empezaba a despuntar: Luisa Pérez de Zambrana. La Avellaneda vivió en España la mayor parte de su vida. En España se casó, dos veces, con españoles, murió en España y allí descansan sus restos. Sin embargo, es cubana, del mismo modo que Juan Ruíz de Alarcón es mexicano. Ciertos caracteres de su poesía revelan la influencia de su tierra nativa, cuyo amor sintió tan profundamente que le aplicó las palabras de Delavigne: “El cielo de otros países no es cielo para mí”.

La Avellaneda se formó bajo la influencia del primer gran poeta cubano, Heredia, romántico en espíritu, pero aún sujeto a ciertas normas clásicas. Recibió también la influencia del nuevo clasicismo español: su vocabulario, su pureza de lenguaje, su energía de expresión y su entonación enfática. Pero esa característica formal transparenta un lirismo profundamente personal, que se nutre en los conflictos de su vida íntima. Fue un alma impetuosa, presa de grandes pasiones, abrasada en fuegos de un amor y de un dolor que van desde lo humano hasta lo divino. Y su poesía es la voz de esa pasión, valientemente exteriorizada, no ya llevada sobre alas angelicales o enmascarada con la impersonalidad o el “platonismo”: es la voz de las más violentas tempestades que pueden azotar y destruir un alma de mujer.

Su temperamento apasionado la condujo al misticismo, un misticismo romántico que representa en su época un nuevo valor estético: la indefinible aspiración a un bien ideal, “sin nombre en la terrestre vida”, fue seguida por la amarga certidumbre de no poder hallar ese ideal encarnado en ningún hombre de carne ávida y alma indiferente, y luego por la soledad espiritual, en la que el amor que no podía hallar realización terrenal se volvió hacia Dios, la Perfección Suprema, en un deseo de completa absorción:

“Soy una inquieta esperanza
que en ti alcanza
su completo final”.

Su poesía, como su vida, terminaron en la soledad y la oración.

A pesar de su empleo frecuente de las formas clásicas, la Avellaneda hizo ensayo de nuevos ritmos y metros a la manera romántica. Fue la primera en usar ciertos metros en Castellano. Sobre todo, fue, por sus sentimientos y su manera de expresarlos, la primera poetisa moderna en lengua castellana.

La reformadora o agitadora social aparece en la América Española desde los primeros tiempos después de la Independencia. La representaremos en la característica figura de la peruana Flora Tristán. Era hija de peruano y francesa. Cuando pequeña vivió en España y recordaba que allí la conoció Bolívar y la tuvo en sus brazos. Se casó en Francia y el matrimonio fue desdichado; pero la ley de la época (1827) no le permitía disolverlo. Separada de su marido, con dos hijos niños, víctima de los prejuicios sociales, ella misma se dio el nombre de la Paria, la descastada, que emplea en el título de la primera obra que escribió como fruto de sus viajes incesantes en busca de una solución para su vida: *Peregrinaciones de una Paria*.

Ya en esa obra protesta “de esta organización social, que en oposición a la Providencia, convierte en forzosa cadena el lazo de amor” y –añade– divide la sociedad en siervos y patronos”. Para venir al Perú, tuvo Flora que dejar a sus hijos y embarcarse clandestinamente como soltera. Venía a reclamar la herencia paterna, pero se vio desposeída de ella. En su viaje por América, observa la explotación de las supersticiones populares por el clero, la venta de la justicia, los sufrimientos de los siervos; percibe la sombra alargada del coloniaje, de la esclavitud, sobre las tierras independizadas recientemente. Vuelve a Europa y desde allí dedica su obra “a los peruanos”. En ella pone de relieve la corrupción de la clase dominadora, en el Perú, y la desesperación de las clases oprimidas, formadas por diversas razas.

Pide que se creen escuelas públicas en el Perú, que a ese empeño se consagren los bienes de los conventos. Pide que se dé a todos los hombres

capacidad para ejercer un oficio libremente. Llega más lejos: a afirmar la necesidad de reorganizar la sociedad, de elevar la condición moral de los pueblos, de los parias todos, de la mujer, el más triste de los parias, porque la oprimen todos los prejuicios. Proclama la urgencia de establecer el divorcio a petición de una sola de las partes. Va luego a Inglaterra y publica algún tiempo después un libro de crítica de la sociedad inglesa. Un paso más y se lanza a la propaganda socialista. En 1843 publica un folleto sobre “La Unión Obrera”, en el que sugiere una organización internacional. Defiende la organización sindical, el derecho al trabajo, la libertad de la mujer. Actúa en reuniones públicas, en huelgas, en motines. Viaja en prédica de rebeldía. Cuando murió, en Francia, a los 37 años, a su entierro acudió la masa del pueblo. Su tumba fue construida por suscripción popular. Un capítulo de la reciente obra de Lewis L. Leo _____ “Historia del Internacionalismo Obrero”, lleva este título “De Flora Tristán a Carlos Marx”, destacando la importancia de esta mujer hispanoamericana en la preparación del movimiento socialista universal. Hasta su descendencia fue rebelde. Su nieto fue el pintor Paul Gauguin.

A fines del siglo XIX sobreviene en las letras americanas la revolución modernista, que representa la confirmación de la personalidad literaria de la América Española y su incorporación a la literatura universal. En los inicios de ese movimiento no figura ninguna mujer. Las mujeres se quedaron rezagadas en la revolución literaria. (Esto va de acuerdo con la genialidad femenina, que no es innovadora). Una vez fijado el modernismo, señaladas sus normas, aparece la poesía femenina correspondiente, y presenta, en relación con la masculina, características que la diferencian profundamente. Su tono general es de intimidad lírica. En los hombres, cuando aparece, esa nota tiene poca intensidad. En la mujer es afirmativa e intensa.

El florecimiento de esta literatura femenina corresponde, en el tiempo, al post-modernismo, pero por el acento es modernista. Es decir, que en el momento en que la poesía modernista masculina se debilita, la femenina adquiere toda su fuerza.

Recibe del modernismo sus formas literarias y la característica de expresar lo subjetivo con libertad. Cada poetisa expresa su individualidad; pero hay entre ellas menos variedad que entre los hombres; porque poseen un fondo común de inspiración y cierta limitación en los temas: son exclusivamente subjetivas, líricas, sólo se expresan a sí mismas. El amor es su nota dominante y junto a él, a veces, la maternidad. La naturaleza y el elemento hogareño aparecen como escenario de su drama íntimo. Pero dentro de esas limitaciones han producido gran poesía. Se libertaron de la timidez, del pudor que en literatura era un obstáculo para la expresión lírica. No son, por otra parte, poetisas feministas, su conquista es espiritual, no política.

Las figuras más destacadas de este movimiento han sido Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni. Dos de ellas viven; dos han muerto sin llegar a la vejez. Las figuras secundarias pueden llegar a quince o veinte más, de indiscutible, aunque menor mérito, lo que es mucho para el breve plazo en que se desarrollan. Entre esas figuras secundarias están las que pueden considerarse como precursoras del movimiento, en la transición entre la expresión romántica y la modernista: la mexicana María Enriqueta y la uruguaya María Eugenia Vaz Ferreira.

Pero la que inicia francamente el movimiento es Delmira Agustini, uruguaya. Su originalidad es fuerte; su temperamento, extraordinario. Fue trágica en la vida y en la muerte; porque existía una profunda contradicción entre su vida externa y su vida interior. Su espíritu estaba colmado de irrealidades superiores: vivía entre sus creaciones mentales, y dejó expresado en sus versos el mundo subconsciente que late en el fondo del sentimiento amoroso. Intensamente sensual; su sensualidad alcanza la espiritualidad por una profundidad metafísica. Eleva lo sexual a trascendente, con un hondo sentido de identificación de la vida y de la muerte con el amor. Tuvo el sentimiento de lo imposible en la vida real y vivió otra de experiencias soñadas. Se adelantó a los poetas del surrealismo en la creación de un mundo de imágenes, un mundo onírico, freudiano. En la forma también su verso es más libre aún que el de algunas de sus sucesoras. Su influencia sobre otras poetisas se ejerció por desgracia muchas veces en los aspectos superficiales, porque su profundidad no era susceptible de imitación, dado su carácter misterioso y personal. Por eso muchas imitadoras sin talento han descendido a la expresión de una sensualidad vulgar. Ella era casta por profunda, por su visión mística del Destino a través de la pasión.

Cuando murió a los 27 años –asesinada por su esposo, que también se privó de la vida– dejó abierto el camino hacia una más franca expresión de la individualidad femenina. Las poetisas que la han sucedido pueden considerarla como su “libertadora”.

Otro acento es el de Juana de Ibarbourou, de clara vida. Su modalidad es la sana alegría. No hay en sus versos tragedia. Canta el amor también, el amor sexual, pero con un concepto vital. Amor límpido, sencillo, natural, idílico. Estilo también límpido, puro, vibrante. No hay nada de morboso en ella. Cuando aparecen en sus versos las ideas que para otras son dolorosas, como la muerte o el olvido, parecen amenazas lejanas, temores que su vida no absorbe del todo. “Carpe diem”. ¡Si hay que morir un día, gocemos hoy de la vida!.

Pero ella no siente la posibilidad de la muerte; siente que seguirá existiendo “a flor de tierra”, que no morirá del todo, ni aún en lo material: “Yo subiré a mirarte en los lirios morados”, dice al amante. Porque esta poetisa se sitúa siempre en relación con el hombre, en actitud esencialmente femenina. Le habla, piensa en él y en torno de él se mueve: nunca está sola. Siempre “exige” algo del amante, con un género de imposición muy femenino también.

Es el acento del capricho femenino sincera e ingenuamente expresado. Las mujeres habían estado calladas sobre su propio ser. Era el hombre quien les había dado una expresión. El poeta en sus cantos describía a la amada. Pero he aquí que cuando ella habla se describe a sí misma. El varón existe ahora en función de la mujer. Ella le dice “mi amante”, no “mi amado”. El es el que la quiere, el que la desea; ella la que posee a través de la entrega. Ni siguiera vemos alguna vez al amante; no lo describe; es una entidad más o menos abstracta. Y sin embargo, ella es sensual hasta más allá de la muerte: subirá por los tallos a la tierra para ver, oír y tocar. Hay en ella una rotunda afirmación de la vida; pero no hay ternura, porque en ese sentimiento entra un germen de abnegación: está en el umbral del sacrificio, que es negación de la existencia individual. En Delmira Agustini la naturaleza no aparece. Ella vive en un mundo interior. En la idílica Juana, la naturaleza es el terreno de donde brota su vitalidad intensa. La absorbe por todos los sentidos. Nos da el caliente calor del trigo, el olor de las rosas silvestres, el sabor de las manzanas, el ruido del viento; y ella pasa a través del paisaje resplandeciente y sonoro, arrebatada por el éxtasis de vivir,

“entre el oro alocado del trigo
y el temblor de los tallos de avena”.

Juana es monótona. Todas estas poetisas lo son. Quizás lo sean, en general, las mujeres que escriben. La mujer parece ser espiritualmente menos extensa que el hombre, aunque pueda ser muy intensa. Por eso suele expresar una sola emoción profunda, que halla en sí misma su justificación y define su lirismo exclusivo.

El leit-motiv de Juana de Ibarbourou ha sido repetido hasta la saciedad por poetisas menores.

Hacemos notar que no aparece en las dos poetisas mencionadas el motivo religioso. En nuestra literatura femenina actual no tiene la religiosidad el aspecto que en el siglo XIX tuvo, por ejemplo, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. Pero a veces encontramos un hondo sentimiento religioso, más libre, diríamos, como en Gabriela Mistral. Esta es no sólo una escritora, sino una figura representativa entre las mujeres hispano-americanas. Maestra y

luchadora, su vida ha sido intensa y generosa. Ha escrito mucho en prosa, ha pensado y trabajado en los problemas sociales y educacionales de la América Española, aunque nunca haya sido feminista en un sentido político. Si no es extraordinaria por su cultura o por su ideología, lo es por su temperamento y por su expresión literaria.

Como Delmira Agustini, Gabriela Mistral identifica sus pasiones profundas con el mundo en que vive; pero su concepto del amor es otro. En Delmira era sensual y abstracto; en Gabriela es concreto y doloroso. Gabriela es honda, pero clara. Su mundo no es onírico, sino real. Porque aunque ha sentido a veces atracción por las vagas filosofías de la India, Gabriela posee en el fondo un alma recia, española y chilena –pues Chile es el país de América que menos ha suavizado la herencia española, tal vez por su robusto elemento indígena. El realismo de Gabriela tiene fuertes rasgos españoles; pinta las cosas con caracteres precisos y colorido intenso, como solían los pintores de la España clásica tratar aun los asuntos religiosos.

Los motivos esenciales en la poesía de Gabriela son el amor, que se hizo dolor al perderse, y la maternidad jamás lograda materialmente.

Su concepto del amor es la absorción en el ser amado y del ser amado: amor perpetuo, unívoco, indisoluble, ansia de posesión total, celos terribles, gran intensidad de expresión. En ella el amor es exigencia y es deber: ni sensualidad ni placer. Y es siempre insatisfacción por no poder llegar a expresar cuanto lleva dentro. Nada es completo: ni la muerte.

Su sentimiento maternal es sereno, clásico, profundo, de infinita ternura.

Su actitud ante la muerte es de espera natural, ni horror ni esperanza. Su actitud ante Dios es de comprensión mutua, en la que no hacen falta las palabras: “tú sabes, Señor, tu comprendes”.

La obra de Gabriela es breve, pero de alta calidad. Su estilo es original combinación de elementos clásicos y atormentados giros modernos, expresión de serenidad y de angustia. Angustia y serenidad alientan en oposición, en su vida y en su palabra:

“La senda es dura, la cuesta es aviesa
pero en un lirio se enreda el mirar”

Pero amor y paz dan el sentido último:

Es breve el odio e inmenso el amor”

Alfonsina Storni es una escritora más del tipo profesional, con propósito consciente. Por eso mismo hay en ella mayores desigualdades, pues ha seguido los movimientos literarios en boga. Sin tiempo para más, queremos solo señalar aquí que ella es, de este grupo de poetisas mayores, la única que toca el tema de la rebelión femenina contra el hombre, en algunos de los más bellos y más amargos poemas de nuestra literatura. En el fondo, sin embargo, es más bien tradicionalista. Del ansia de un amor ideal frustrado ha nacido su poesía. Expresa, pues, una dualidad de sentimientos, en lucha entre el ansia de liberación y el ansia de sumisión tradicional al hombre.

Después de este desarrollo de la poesía post-modernista, en el que las mujeres han dado una nota nueva y única, las escritoras se han multiplicado, pero siguiendo las mismas líneas generales, ya de las poetisas que hemos nombrado, ya de los poetas. Así las cultivadoras de la poesía regional, o las que se han interesado en la poesía social relacionada con el movimiento proletario, entre las que hay algunas de fama continental como Magda Portal y Norah Lange.

En el cambio hacia el vanguardismo, los hombres han sido los iniciadores, y las poetisas que los han seguido no le han añadido ningún específico matiz femenino. No es ya posible distinguir fácilmente entre la literatura femenina y la masculina. Y empero, nunca han escrito las mujeres con más abundancia y variedad. Parece que la diferencia espiritual entre los sexos tal como se muestra en la expresión literaria, va haciéndose cada día más vaga, mientras la vida para ambos se va haciendo idéntica.

Nos acercamos quizás a un momento en el que ya no se podrá hablar de la producción literaria femenina con carácter distintivo; en el que, como otras diferencias van desvaneciéndose también: de raza, de clase, quizás de nacionalidad, no sólo se destacarán con claridad más las diferencias señaladas por la capacidad personal, dentro de una producción literaria universal.

LA CARTA COMO FORMA DE EXPRESIÓN LITERARIA FEMENINA

Una gran parte de la literatura del presente tiene sabor de revelación íntima. No ya en los géneros subjetivos por definición como la poesía lírica, sino en aquellos más objetivos, como la novela, los escritores contemporáneos parecen esforzarse por hacernos percibir que nos están tomando como confidentes. Cada día se va haciendo más difícil determinar si una obra de nuestro tiempo es novela, ensayo o autobiografía. El novelista de hoy aspira a moverse libremente en el interior de las almas, a pensar con el cerebro de sus personajes y a cenir las formas de expresión a un íntimo ritmo orgánico. La prosa de Joyce, de Faulkner, de Gertrude Stein o de Virginia Woolf fluye con la corriente secreta del pensamiento. Cada día más el hombre se adentra en el mundo oscuro del espíritu, con un ansia infinita de descubrimiento. Se ha dicho que en el futuro los libros llegarán a ser puras efusiones líricas, colecciones de cartas, ensayos y observaciones psicológicas.

Colecciones de cartas. Acaso ninguna expresión literaria puede satisfacer mejor el interés en hurgar la intimidad del espíritu. Como forma literaria, la carta puede emplear todas las de la elocución: diálogo, exposición, narración, descripción; puede tener por vehículo la prosa o el verso; pero su carácter propio reside en el tono de comunicación individual que nos presenta directamente la personalidad del que escribe, como si estuviera hablando a solas y sin temor a ser interrumpido, consciente, empero, de que, a la distancia, alguien escucha. Una carta es “un monólogo que aspira a ser diálogo”.

Las cartas suelen aparecer en todos los géneros literarios: epístolas en verso, líricas, filosóficas, didácticas; cartas leídas en escena y que a veces constituyen el punto central de la intriga dramática; cartas en las novelas y novelas en forma de cartas, tan clásicas como la Grecia antigua y tan modernas como la América Española en el siglo XX; cartas públicas de polémica política, filosófica.

Pero la carta privada es la que constituye la forma más directa de expresión escrita. Suele ser la menos objetiva y la más desinteresada, porque el autor no se inhibe por la preocupación del gran público, que le impondría pulimento en la forma y discreción en el fondo. La carta privada se escribe para un lector determinado que deberá apreciar sobre todo el fondo, que va a leer en las líneas y entre las líneas en busca de significado.

Una carta privada es un estado de ánimo. Todo estado de ánimo es pasajero y quien escribe juzga que su carta será pasajera también. Rara vez piensa que sea conservada y mucho menos que sea publicada. Es más, muchas veces se teme que sea leída por otras personas, a quienes no va dirigida y suele pedirse que una carta íntima sea destruida después de leerla. O la persona que recibe la carta decide destruirla para mantener su carácter de lazo de unión entre dos personas exclusivamente; tal, por ejemplo, en el pasaje de Sor Juana Inés de la Cruz en el que la destinataria después de recibir y leer la carta, la hace pedazos y se los traga para borrar toda huella:

“que secretos que venero,
aun en pedazos, no quiero
que fuera del pecho estén.”

Esta clase de cartas suele publicarse muchos años después de haber sido escritas, cuando el nombre de su autor atrae sobre ellas la indiscreta curiosidad del público.

Tales características crearán en torno a la literatura epistolar una atmósfera sui generis. Nos interesa sobre todo la personalidad del que escribe, y al leer sentimos su íntima presencia. Le conocemos entonces, más que como escritor, como simple ser humano, como fue conocido por sus familiares, por sus amigos, por sus amantes; acaso como le conoció solamente una persona; acaso como solo él mismo se conoció con sorpresa, al desnudar su alma en el papel de cartas. Pero como la carta aspira a ser diálogo, el que escribe puede y suele darnos a conocer a otra persona: aquella a quien escribe. Contribuye a crear para nosotros un personaje que debemos tener presente constantemente al leer. Debemos pensar en que esa persona habrá leído la carta, en cuál habrá sido su reacción ante ella, y por lo tanto, en cuáles serán sus modos de pensar

y sentir, su temperamento y su carácter, el ambiente de su vida. De ese modo lo que no era más que un mensaje se nos transforma en escena de un drama en el que actúan principalmente dos actores; pero ellos a su vez se relacionan con otros y se mueven en una atmósfera, un medio social. El monólogo nos permite desenvolver el argumento del drama completo.

En la novela, donde el autor tiene que dar a sus personajes de ficción una realidad superior a la pasajera realidad cotidiana, la carta suele ser un instrumento sutil de creación, que rompe, al mismo tiempo, la monotonía de una larga narración. El mejor ejemplo podemos tomarlo del Quijote. Cuando ya Cervantes nos ha presentado la creación de un personaje por sí mismo: la del Caballero de la Triste Figura por Alonso Quijano, se encuentra frente al problema de representarnos con igual claridad a la dama del Caballero, a Dulcinea. Esto es más difícil, porque Dulcinea es la ficción de una ficción: Don Quijote la ha concebido para acabar de crearse, pues cómo podría existir un caballero andante sin su dama? Para darse a sí mismo prueba de la existencia de su dama, juzga preciso comunicarse con ella. Cómo puede comunicarse con un personaje que no existe en la realidad exterior, cómo él lo sabe en su fuero interno? Decide comunicarse por medio de una carta. No le han escrito a sus damas todos los caballeros andantes? Don Quijote decide escribirle a Dulcinea. En una hoja de un libro de memorias que ha encontrado en su aventurado camino, escribe la carta. Encarga a Sancho que la lleve y la haga copiar en buen papel antes de entregarla a Dulcinea. Sin embargo -le dice incidentalmente a Sancho-, no importa esto mucho, porque Dulcinea no sabe ni leer ni escribir. Sancho sale a cumplir el mandato de su señor; pero cuando llega al pueblo y quiere dar a copiar la carta, se da cuenta de que, casualmente, se ha olvidado de traerla. Nos encontramos con la extraña situación de un mensajero sin mensaje, que debe entregarlo a una destinataria que no existe; pero lo más asombroso de tan asombrosa situación es el desenlace. Sancho trata de reconstruir la carta de memoria y fracasa. Entonces decide volver al lugar donde ha quedado Don Quijote y mentir, diciéndole que ha entregado la carta. Cuando Don Quijote -mintiéndose a sí mismo, dice Salinas comentando el pasaje- le pregunta si Dulcinea leyó la carta, Sancho, que no ha olvidado el detalle de que Dulcinea no sabía leer, le contesta que ella no había leído la carta, porque dijo que no sabía leer, pero que la había roto en pedazos para que nadie más pudiese leerla. Don Quijote declara, en conclusión, que de ese modo Dulcinea ha probado su fe en el amor de su caballero y en su propio amor, sin necesidad de palabras, y ha atado definitivamente los lazos de unión entre los dos. Aunque la carta no fue enviada, ni entregada, ni recibida ni leída, Don Quijote obtiene así una respuesta decisiva y Dulcinea se convierte en un personaje tan real como Don Quijote mismo.

Como las cartas constituyen la forma literaria más subjetiva e íntima, han sido por mucho tiempo el vehículo favorito de expresión femenina. Antes de nuestro siglo, en épocas en las cuales se consideraba indecoroso para una mujer dedicarse al cultivo del arte, la carta disimulaba bajo la apariencia de simple comunicación interpersonal la producción literaria, y como no se escribía para ser publicada, no tenía necesidad de ser escondida en el cesto de costura, como los manuscritos de las novelas de Jane Austen lo fueron alguna vez, ni de encubrirse bajo seudónimo masculino, como las obras de George Sand, George Eliot y Charlotte Brontë.

Por educación y probablemente por temperamento, la mujer gusta de la intimidad espiritual, se interesa en las manifestaciones del alma y posee penetración intuitiva y dotes naturales para la observación psicológica, tan numerosas y potentes como las del hombre, pero que se manifiestan en formas o con matices diferentes. Por educación y probablemente por temperamento, tiene la mujer una fuerte inclinación introspectiva y es, en ese sentido, egocéntrica: se analiza, explora y desea expresar su ser íntimo, y tiende a hacer de sus sentimientos el centro del universo. Por eso ha alcanzado su expresión más reveladora, desde el punto de vista artístico, en la poesía lírica, en los diarios y memorias y en el género epistolar.

En la novela se le deben algunas de las más finas páginas de interpretación psicológica, como las que se encuentran en las obras de Mme. de Lafayette, Emily Brontë, George Sand, Virginia Woolf y María Luisa Bombal. ¿No es significativo que la mujer, cuando ha empezado a cantar libremente el amor, en nuestro siglo, se haya cantado, se haya descrito y exaltado a sí misma? Recordemos los bellos y espontáneos poemas de la primera época de Juana de Ibarbourou, en los que la Amada se interpreta, se retrata y ensalza constantemente su hermosura, su ardor y su sed de vivir, y el Amante, en cambio, aparece como una entidad indeterminada que sólo existe en función de la Amada, para amarla, acompañarla, acaso contrariarla; pero jamás se menciona su personalidad. Y pensemos que este tipo de poesía ha representado durante un cuarto de siglo uno de los aspectos característicos de la literatura femenina.

La mujer ha tenido también, hasta la época actual, que pasar mucho tiempo en soledad y aislamiento. La carta es la forma de expresión natural a aquellos que están solos y no desean sentirse solos. Intimidad, secreto, subjetividad, soledad, apartamiento, son factores que han inclinado a la mujer a expresarse en forma epistolar. Creo poder señalar dos elementos más que han influido en esa inclinación: el elemento afectivo, pues con extrema frecuencia la carta privada es la expresión de un afecto y no es necesario insistir

sobre la importancia que en la vida femenina ha tenido siempre la efectividad, y el deseo de enseñar, de guiar, de dar dirección espiritual y normas de vida, pues la mujer es por naturaleza la maestra de la vida, y aunque nominalmente sus funciones de mentora y formadora se limiten al período de la infancia y la adolescencia de los educandos, es un hecho que la mujer no deja nunca de tratar de dirigir, de organizar y de inspirar con sus consejos. Esta función, cuya importancia ha sido reconocida y respetada en momentos históricos, es la gran función que la mujer trata de cumplir, consciente o inconscientemente. Cuando se trata de mujeres de gran poder espiritual, esa misión se ha cumplido siempre a conciencia y las cartas han sido uno de sus medios más frecuentes de expresión directa.

Al pensar en el tema de este breve curso, las primeras figuras femeninas que he evocado han sido aquellas figuras dominadoras de la Edad Media y parte de la Edad Moderna, a las que la Iglesia Católica, en las páginas de su historia, da el nombre de Fundadoras. ¡Nombre hermoso y profundo! Fundadoras de centros de vida espiritual en conventos y escuelas; pero también fundadoras de espíritus, porque en cada uno de los que cayeron bajo su influjo, ellas sembraron virtud y la cosecha desbordó las eras. En cada espíritu descubrieron y desarrollaron potencias de bien, destruyeron y rectificaron debilidades y tendencias viciosas y su consejo, que por la fuerza que lo animaba se hacía imposible de desobedecer, se dirigió, según lo indicara su penetración divinamente inspirada, lo mismo a la humilde sierva en el convento que al monarca, o al Pontífice infalible, que en su alta sede de Roma lo recibía y escuchaba con respeto y admiración.

Entre esas mujeres excelsas he elegido, para hablar de ella hoy, una a quien la Iglesia y el siglo han consagrado veneración por santa y admiración por sabia, y cuya gloria se refleja sobre todas las mujeres de raza hispana: Santa Teresa de Jesús. Por hispana la escogí entre varias grandes fundadoras, y porque su Epistolario es ejemplo insuperable de lo que las cartas pueden llegar a ser, por sencillas y cotidianas que puedan parecer, cuando las anima el motivo inefable del Amor divino, del Buen Amor, como lo llama en su famoso libro aquel jovial Arcipreste que tantas veces se desvió de él por tentaciones del amor mundano.

Es lamentable tener que hablar rápidamente sobre Santa Teresa. Sería un deleite superior poder estudiar con algún detalle su personalidad asombrosa. Trataremos al menos de presentar algunos rasgos de su persona y su carácter a través de su epistolario. Nos interesa, creo, imaginarla como mujer. Era “de mediana estatura, antes grande que pequeña, -dice su discípula Sor María de San José-. Tuvo en su mocedad fama de muy hermosa y hasta su última edad

mostraba serlo. Era su rostro no nada común, sino extraordinario y de suerte que no se puede decir redondo ni aguileño... la frente ancha e igual y muy hermosa; las cejas de color rubio oscuro,... anchas y algo arqueadas; los ojos negros, vivos y redondos, no muy grandes, más muy bien puestos. La nariz redondeada y para arriba disminuida hasta igualar con las cejas, formando un muy apacible entrecejo... Era gruesa más que flaca y en todo bien proporcionada. Tenía muy lindas manos aunque pequeñas. En el rostro, al lado izquierdo (tenía) tres lunares en derecho uno de otros. Era en todo perfecta”.

Cuando muchacha, nos dice ella misma en el libro de su *Vida*, gustaba de tener galas, de parecer bien, de cuidarse manos y cabello y usar perfumes. Más tarde se le atribuyen estas palabras: “Tres cosas han dicho de mí en el discurso de mi vida: que era, cuando moza, de buen parecer; que era discreta y ahora dicen algunos que soy santa. Las dos primeras en algún tiempo las creí y me ha confesado por haber dado crédito a esta vanidad; pero la tercera nunca me he engañado tanto que haya jamás venido a creerla”.

A más de esas gracias físicas, tuvo la futura santa toda clase de habilidades y talentos caseros: su destreza manual le permitía ejecutar labores de aguja que tuvieron fama de maravillosas en aquella época de expertas bordadoras y tejedoras. Era perita en el arte de la cocina, lo que supo poner a buen empleo en sus fundaciones. Sobre caballo o mula sabía tenerse tan bien como si fuera en coche. En su conversación usual encantaba por su gracia e ingenio al punto que según dice uno de sus contemporáneos, “aunque se estuviese hablando con ellas tres o cuatro horas, que sucedía ser necesario por estar con ella en negocios..., tenía tan suave conversación, tan altas palabras y la boca tan llena de alegría, que nunca cansaba y no había quien pudiese despedirse de ella”.

Estas finas cualidades mundanas no dejan de mostrarse en sus cartas, donde a veces se complace en graciosas familiaridades; por ejemplo, en la aplicación de mote y sobrenombres. Sabemos que a su venerado amigo el Padre Pablo Hernández, solía llamarlo “Padre eterno”, por su gravedad y postura, y al que hoy conocemos como San Juan de la Cruz lo llamaba “Séneca” y a veces le decía cariñosamente “mi Senequita”, aludiendo a la pequeña estatura de aquel su gran amigo. A veces muestra en sus mote gran agudeza, como cuando llama “ángeles” a los inquisidores y “Patillas” al diablo.

De sí misma habla en términos sencillos; al referirse a su intervención en los negocios, dice: “No hice yo poco por entender estos negocios, y estoy tan baratona y negociadora, que ya sé de todo con estas cosas de Dios y de la orden”. Hace resaltar sin timidez su capacidad femenina en lo que tiene de insustituible. Escribe, por ejemplo, al Padre Jerónimo Gracián: “Vuestra paternidad, Padre mío, advierta en esto y crea que entiendo mejor los reveses de

las mujeres que Vuestra Paternidad”. Y en otra ocasión: “Mire que para muchas cosas conviene que quizás no las entienda Vuestra Señoría allá como yo que estoy acá, y aunque las mujeres no seamos buenas para consejo, que alguna vez acertamos”. Como entendía de reveses de mujeres, era muy previsora en la organización y manejo de los treinta conventos que fundó. Así escribe otra vez al Padre Gracián, hablando de sus monjas: “Todas son mozas y créame, padre mío, que lo más seguro es que no traten con frailes.” Y luego, rechazando la idea de poner muchas monjas reunidas en un mismo convento: “Cuanto al ser tantas...siempre me descontento; porque entiendo es tan diferente enseñar mujeres e imponerles a muchas juntas, a enseñar mancebos, como de lo negro a lo blanco. Y hay tantos inconvenientes en ser muchas para no se hacer cosa buena, que yo no los puedo ahora decir, sino que conviene que haya número señalado, y cuando pasare de cuarenta es muy mucho y todo baratería; porque tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas. Dios nos libre!”

Su mismo gran sentido práctico la lleva a tratar de poner gracia no sólo en el espíritu, sino en el cuerpo de sus discípulas. No quiere que sean de fealdad chocante. Escribe a la priora de Sevilla en una ocasión: “Esta monja me han dicho que es muy buena...mas si es fealdad no sé que señal que dicen tiene en el rostro, que no se tome.” Y de una llamada Sor Isabel de Jesús, dice: “Sólo tengo un trabajo: que no sé como le poner la boca, porque se ríe muy fríamente y siempre se anda riendo. Una vez hago que la abra, otra que la cierre, otra que no se ría... Ella dice que no tiene la culpa, sino la boca, y dice verdad.”

Aun más cuidadosa es en materia de inteligencia. Escribe a una Priora: “En lo que dice de las hermanas del Padre Bartolomé, me cae en gracia la falta que les halla; porque aunque acabaran la casa con ellas era intolerable. En ninguna manera, si no son avisadas, tome ninguna, que es contra constitución y mal incurable”. Estima el verdadero saber; pero da poca importancia o desdeña la mera instrucción superficial, insistiendo en que lo verdaderamente necesario para la vida superior es la grandeza de alma; “dios libre a todas mis hijas de presumir de latines... Hasta más quiero presuman de ser simples... que no tan retóricas”. En una ocasión, el Padre Gracián le escribe oponiéndose al nombramiento de Sor Catalina de Cristo para priora, porque “tiene pocas letras y poco sabe de gobierno”. La santa le contesta: “Calle, mi padre, que Catalina de Cristo sabe amar mucho a Dios y tiene un espíritu muy alto y no ha menester saber más para gobierno. Ella será tan buena priora como cuantas hay”. Y se asegura que así resultó y se comprobó con el tiempo. Esto pedía ella de sus discípulas: fuerza y buena proporción de cuerpo y de espíritu

más que devoción o saber, al menos para empezar; pues, como escribe al Padre Gracian: “Padre, la devoción se la dará Nuestro Señor y la oración acá se la enseñará. Pero si no tiene buen entendimiento, no le darán acá”.

Muy equivocados andan los que han tratado de presentar a Santa Teresa como una mujer desequilibrada e histérica. No es fácil encontrar en la historia ejemplo de mayor equilibrio y sentido de la realidad, y jamás hubo en ella tolerancia hacia el histerismo y el falso misticismo. Tampoco fue nunca partidaria de los excesos de severidad en la regla del convento: “No anden hambrientas”, les escribe. “A la una ni a la otra no aprieten con perfecciones”. “Haya limpieza en camas y pañizuelos”. Dándose cuenta de que no es cosa al alcance de todos el éxtasis místico, estima discreto detener el ímpetu ficticio de algunas y encaminarlas por sendas de trabajo y de sosiego espiritual. No era tampoco amiga de gente triste; ni lo era ella ni quería que lo fuesen los que iban en su compañía: “Dios me libre de santos encapotados!” –decía. Exhortaba a sus discípulas a pensar en Dios como presencia constante en todos los instantes de una vida cotidiana virtuosa, y se recuerda su frase tantas veces citada en referencia a los trabajos de la cocina, que “entre los cacharros andaría el Señor”.

A través de sus cartas tenemos la impresión de que en Santa Teresa la emoción ante la naturaleza no se podía separar de la religiosa, viendo en ella una manifestación de la grandeza de su Creador; pero también sabía apreciarla como fuente de paz y saludable energía: “Procure Vuestra Señoría –escribe a Don Teutonio de Braganza- algunas veces... irse adonde vea el cielo y andarse paseando, que no se le quitará la oración por eso y es menester llevar esta nuestra flaqueza de arte que no se apriete el natural”. Prueba es, esta actitud, de su infalible buen sentido y de su capacidad de apreciar esta vida terrenal, aun reconociendo sus limitaciones. A una monja que censuraba que las religiosas compusiesen versos y cantares (como lo hacía Santa Teresa), le contesta muy suavemente: “De todo es menester para pasar esta vida”.

La naturalidad y la sencillez, tanto como la constante actividad de Santa Teresa, eran seguro estímulo para las discípulas, que podían ver la posibilidad de parecerse a ella, esforzándose, en esas maneras y acciones. “Bendito sea Dios –decían las monjas de Pastrana- que nos ha dejado ver una santa a quien todas podemos imitar”. Cuentan que un día Santa Teresa preguntó a una cándida novicia en un convento cuya priora se distinguía por sus penitencias, ayunos y rigurosa devoción: “Hermana, diga la verdad. Cuál le parece mas santa, la Madre Priora o yo?” –“La Madre Priora-, contestó la cándida novicia. –Así es, hija- contestó Teresa-; ella es santa y yo tengo la fama”.

Pero no nos engañemos nosotros como la novicia, creyendo que podemos seguir, ni siquiera de lejos, a Santa Teresa cuando se va solitaria por el sendero místico, a través de la noche oscura del alma, hacia la Luz eterna. Esta es la parte de su ser que ella no podía comunicar al común de los mortales. “Lo que no entendáis, no os canséis –nos dice. No es para mujeres, ni para hombres, muchas cosas”.

En sus obras mayores: su *Vida*, *Las Moradas*, *Camino de Perfección*, donde Santa Teresa trata de narrar la Divina Comedia de su alma. No son estas experiencias para relatar en cartas privadas. Todos sabemos del divino amor de Teresa, que encontró su realización en una asombrosa intimidad entre Dios y su alma; intimidad ardiente y dulce que reviste múltiples aspectos, desde la tierna familiaridad hasta el éxtasis místico. Todos la hemos visto en la conocida escultura de Bernini, con el corazón atravesado por el encendido dardo celestial. A veces, un relámpago de esa luz sobrehumana pasa por sus cartas. Escribe a su hermano Lorenzo de Cepeda: “Cuando de veras está tocada el alma de este amor de Dios, sin pena ninguna se quita el que se tiene a las criaturas; digo, de arte que esté el alma atada a ningún amor, lo que no se hace estando sin este amor de Dios; que cualquier cosa de las criaturas, si mucho se aman, da pena; y apartarse de ellas, muy mayor. Como se apodera Dios del alma, vala dando señorío sobre todo lo creado y aunque se quita de aquella presencia y gusto, no se quita de ella ni deja de quedar muy rica en mercedes, como se ve después, andando el tiempo, en los afectos”. Después de haber experimentado el éxtasis, le dice, a veces “queda el alma que no puede tornar en sí en muchos días, sino que parece como el sol, que los rayos dan calor y no se ve el sol; así parece que el alma tiene su asiento en otro cabo y anima el cuerpo no estando en él, porque está de alguna potencia suspendida”. Pero la mayoría de las cartas de Santa Teresa, si bien están inspiradas todas en la misma Luz y consagradas al servicio del Buen Amor, tratan de la vida de acción, de la realización de obras que glorifiquen a Dios, haciendo el bien sobre la tierra y contribuyendo a la purificación de las almas de los hombres. “En estas cosas interiores del espíritu –escribe la santa al Padre Gracián-, la que más acepta y acertada es, es la que deja mejores dejos... confirmados en obras, y que los deseos de la honra de Dios se parezcan en mirar por ella muy de veras y emplear memoria y entendimiento en cómo le ha de agradar y en mostrar el amor que le tiene. Oh, que ésta es la verdadera oración y no unos gustos para nuestro gusto nomás... Yo no desearía otra oración, sino la que me hiciese crecer las virtudes”.

Ha dicho Taine que de 1500 a 1700 España fue el país más interesante de la Tierra. Es el periodo en que España se desarrolla en una serie de brillantes

empresas prácticas, sí, pero inspiradas en ideales tan audaces que parecían impracticables. Ningún ideal pareció demasiado alto para aspirar a él y en la lucha entre la realidad y el ideal inasequible el hombre hispánico llegó a ser presa de la angustia y del desengaño implacable. Todo esto se fundió en el intrincado complejo social a que aplicamos el nombre de “Barroco.”

Santa Teresa es una encarnación femenina de aquella voluntad desmesurada que inició e impulsó esas vastas empresas hispanas; una encarnación masculina de esa voluntad son los conquistadores. De “femenina inquieta y andariega” fue tratada esta monja creadora y combativa. El mundo pudiera haber sido mayor para su empeño de ofrendarlo a la divinidad. Para ella “sólo Dios bastaba”. Quiso exaltar en España, y a través de ella en el mundo entero, la doctrina en que puso su fe absoluta, e hizo de la propagación y afirmación de esa fe la pasión de su vida.

La pasión, ese primum mobile de la existencia de la mujer, es la fuerza que ha inspirado los cuatro epistolarios femeninos que vamos a comentar en el curso de estas lecciones; cuatro epistolarios escritos precisamente en el transcurso de los dos siglos que ha señalado Taine, un periodo cuyo interés no se limitó a España, por supuesto.

En Santa Teresa la pasión fue divina. En un convento de Beja, en Portugal vivió en el siglo XVII otra mujer cuyo epistolario privado ha merecido fama al publicarse. En esta mujer la pasión fue humana. Descendamos hasta el amor mundano para hablar de Mariana Alcoforado.

CARTAS DE AMOR MUNDANO: MARIANA ALCOFORADO.

En su Ética, el filósofo Espinosa tiene un capítulo titulado: De la esclavitud humana. Ese título se ha hecho aún más famoso y se ha popularizado en nuestros días por haberlo, adoptado Somerset Maugham como título de su conocida novela Of Human Bondage. Ese capítulo trata de las pasiones, que son, nos dice Espinosa, la pesada cadena que ata el espíritu del hombre y lo limita. El capítulo siguiente de la Ética se titula: De la libertad humana, y explica como el hombre puede libertarse de las pasiones con el arma victoriosa de la razón.

En el mismo siglo XVII escribe Pascal su Discurso sobre las pasiones del amor, el que, después de pintar el retrato de un enamorado enloquecido de pasión, nos dice: “Un amante en tal estado ¿no es digno de compasión?”. En fecha no muy distante, había escrito ya Descartes su vigoroso Tratado de

las pasiones. Los tres grandes filósofos están de acuerdo en considerar las pasiones como una enfermedad del espíritu, y a la razón como única esperanza de salud. Al menos uno de ellos, Espinosa, parece haber logrado regir su vida armoniosa y tan limitada en el aspecto material como amplia en el espiritual, siguiendo tanto como es posible a un simple mortal los dictados de la razón. Los tres hubieran estado de acuerdo con el hispanoamericano Hostos en considerar la educación, en cuanto a sus fines, como “la eternidad de esfuerzos por hacer racional al único ser viviente que está dotado de razón”.

Quién podría esperar que en ese siglo XVII, defensor de la razón y casi en los umbrales del racionalista siglo XVIII se escribieran las más apasionadas cartas de amor que conserva la literatura europea? Su autora es la portuguesa Mariana Alcoforado, cuya vida abarcó la mayor parte del siglo XVII, ya que nació en él y murió a los ochenta y tres años de edad. Lo que prueba –dice Émile Henriot en su prólogo a las cartas de la portuguesa- que “a mediados del siglo XVII ya no se moría nadie de amor”. Me parece que Henriot se equivoca fundamentalmente. Debía decir que en el siglo XVII todavía no se moría nadie de amor. La muerte por el sentimiento es característico del período romántico y por lo tanto cuadra al siglo XIX. Antes no es posible encontrarla fuera de algunas leyendas, particularmente las historias de amor célticas, que en el siglo XVII yacían olvidadas hasta de las mujeres.

La pasión de Mariana Alcoforado no fue, en efecto, una pasión “a la moda”, sino un caso genuino, producto de un temperamento de amoureuse que vino a descubrirse a sí misma por una circunstancia fortuita; y en opinión mía, la solución que al sobrevenir el conflicto se propone encontrar la coloca a gran distancia del concepto romántico del desenlace de un problema amoroso.

Lo más difícil y al mismo tiempo lo más interesante en el caso de Mariana Alcoforado es que sabemos poco de ella en lo que respecta a datos de su vida fuera de su historia amorosa o que esos datos no añaden mucho de interés psicológico; y esto es interesante, porque nos deja en libertad de elaborar la psicología de la autora casi enteramente a través de sus cartas. Apuntemos sin embargo algunos detalles complementarios. Sabemos que pertenecía a noble familia portuguesa, entre cuyos miembros se cuenta el descubridor de las islas Maderas. Sabemos también que un Alcoforado, en el siglo XVI, fue protagonista de otra tragedia amorosa: era paje del Duque de Braganza Jaime IV, y este le hizo matar por celos de su esposa doña Leonor de Mendoza. Poco nos revela este hecho respecto al temperamento de la familia Alcoforado, porque se asegura que el Duque estaba loco: apuñaleó luego a su infeliz esposa y sus celos, a lo que parece, eran infundados.

Mariana Alcoforado entró muy joven en un convento de Beja, en la provincia de Alentejo. Beja se halla situada en la cima de una colina, cuyas laderas estaban cubiertas de olivos y de viñas. Era sede de un obispado y allí estaba establecido el rico convento de religiosas franciscanas en que entró Mariana. En él se educaban las hijas de los principales hidalgos de la provincia y con frecuencia tomaban allí el velo. De la terraza del convento se divisaba el sur de la provincia de Alentejo y se veían las Puertas de Mertola, que señalaban el camino hacia esa villa. Los conventos en aquella época eran centros de gran actividad social. Las religiosas portuguesas tenían libertad para recibir visitantes, celebrar reuniones de esparcimiento, representar comedias. El rey mismo asistió a veces a sus reuniones y el convento, fundado y favorecido por la devoción real, llegó a ser una de las instituciones más importantes de Portugal.

Para darnos una idea de la vida social de muchos conventos portugueses del período, basta referir que en 1782, es decir, un siglo después del episodio amoroso de Mariana Alcoforado, el Duque de Lauzun, hablando del convento de las Azores en que se hospedó de paso para América, menciona la “buena comida, amable acogida, un anfitrión alegre y generoso, damas vivaces y bellas, religiosas complacientes, pupilas coquetas y dulces y un obispo que baila admirablemente el fandango”.

Las versiones sobre la entrada de Mariana al convento son varias. Una versión la presenta como la joven viuda de un Infante de Portugal, retirada a la vida conventual sin haber profesado ni emitido votos solemnes de ninguna clase: otra versión nos dice que tanto ella como sus hermanas Peregrina María (que llegó a ser abadesa del convento) y Catalina, entraron en el convento de Beja en la infancia y ocuparon todo el resto de su vida su casa o habitaciones particulares dentro del convento. Era usual entonces que las familias construyeran tal alojamiento para sus miembros. Añade esta versión que Mariana, lo mismo que sus hermanas, profesó en edad muy temprana.

Es difícil explicarse, si la segunda versión es cierta, que no se aplicara a Mariana, aunque sus amores eran conocidos de todos en el convento y de muchos fuera de él. Por otra parte, nos consta que entró en el convento desde muy tierna edad, pues en sus cartas lo dice: “Yo era muy joven y crédula. – dice refiriéndose al momento en que conoció a Chamilly.- Había estado encerrada en este convento desde la niñez. Había visto sólo personas que me eran indiferentes. Nunca había oído elogios como los que constantemente me prodigabais”. Y en otro pasaje se refiere a su reclusión: “Si yo pudiera salir de este claustro no esperarí en Portugal a que cumplierais vuestras promesas. Me iría, sin mirar las consecuencias, por el mundo a buscaros, a seguivos, a amaros”.

También se refiere en otro pasaje a haberse expuesto por su amor a “la ira de mis parientes y a la severidad de las leyes que rigen a las monjas”.

Hacia 1666, un destacamento del ejército francés al mando de M. de Briquemaut acampó en las inmediaciones de Beja. Formaba parte de las fuerzas enviadas por Luis XIV, aunque en forma indirecta, para defender los derechos de Portugal contra España y confirmar en el trono a la casa de Braganza. Las damas de Beja hicieron lo posible por hacer grata la temporada que allí pasaron a sus aliados los franceses. La temporada duró varios meses.

Entre los jóvenes oficiales del ejército de Luis XIV vino a Beja el Conde de Saint-Lêger, Noel Bouton de Chamilly, más tarde Marqués de Chamilly. Tenía una brillante historia militar, habiendo tomado parte en muchas batallas y desarrollado una ejecutoria digna de elogio, a pesar de contar sólo unos treinta años. Pero aparte de esto, para gran sorpresa nuestra, los datos que podemos obtener sobre este caballero, que fue el objeto de la gran pasión de Mariana Alcoforado, no corresponden a la idea que podríamos hacernos de un Romeo, de un Don Juan ni tampoco de un Casanova. No fue un amante apasionado, ni un seductor profesional, ni un libertino audaz. He aquí el retrato que de él nos hace Saint-Simon: “Era un hombre grande y grueso, muy buena persona, valiente y honrado, pero tan torpe y tan pesado que es inconcebible que tuviera capacidad para hacer la guerra... Al verle y oírle no era posible llegar a creer que hubiera inspirado esas famosas cartas portuguesas ni que hubiera podido contestarlas... La edad y los sufrimientos acaso le había hecho volverse medio imbécil.” Es verdad que Saint-Simon conoció a Chamilly a los cuarenta y seis años, mientras Mariana lo conoció a los treinta; pero los datos que tenemos de su juventud no revelan ni una personalidad interesante, ni nobleza, ni otros méritos que el valor militar. Saint-Simon y otros lo presentan, en cambio, como “un buen hombre”, lo que nos inclinamos a creer que no era tampoco.

La historia nos dice muy sucintamente que Mariana vio por primera vez a Chamilly desde las ventanas de su casa en el convento. Correiro dice que el balcón o miradouro desde el cual la religiosa vio a su futuro amante estaba situado en el extremo sur del convento y miraba directamente hacia las Puertas de Mertola. Efectivamente, ella recuerda con emoción en sus cartas el nombre de esa villa. Tenía entonces Mariana veinticinco años. Detrás de las rejas de su ventana, estaba observando las evoluciones de los soldados en la plaza. Escribe: “Yo estaba en el balcón el día fatal en que comencé a sentir los primeros efectos de mi desdichada pasión. Os he visto pasar por esos lugares con un aire que me sedujo. Me parecía que tratabais de agradarme, aunque no me conocíais. Estaba persuadida de que me habíais notado entre todas las que

me rodeaban; me imaginaba que cuando os deteníais era para que yo os viese mejor; admiraba vuestra destreza sobre el caballo; me llenaba de temor cuando lo hacíais pasar sobre un obstáculo difícil; en fin, me interesaba secretamente en todas vuestras acciones, sentía que no me erais indiferente y tomaba como cosa mía todo cuanto hacíais. Bien sabéis cuál fue la continuación de este principio”.

No sabemos si Chamilly se había fijado en Mariana, pero es evidente que se dio cuenta de que ella se había fijado en él. Se las arregló para entrar en el convento a visitarla con frecuencia. Por lo menos mientras duraron sus visitas parece haberse conducido como un amante rendido y leal. Pero un año más tarde el regimiento fue trasladado a Francia, pues la paz se había firmado. Francia preparaba una nueva campaña, contra Austria esta vez. Chamilly tuvo que partir. Mariana nos cuenta que hubo lágrimas de ambas partes y que él prometió volver; pero no sólo no volvió, sino que adujo una serie de razones más o menos rebuscadas para alejarse definitivamente. Esas razones no engañaron a Mariana. “¿Que perderíais un barco? –escribe- ¿Y qué importa eso? ¿Qué vuestra familia os escribe haciéndonos reconvencciones? ¿No sabéis acaso todas las persecuciones que yo he sufrido por parte de la mía? (Esta referencia que hace Mariana a los graves disgustos que debe hacerle costado su ilícita pasión, a pesar de que el convento le permitió permanecer en su seno). ¿Qué vuestro honor os obligó a dejarme? ¿Y qué cuidado ha tenido yo del mío? ¿Qué tenéis que ir a servir al rey? Si es verdad lo que de él se dice, no tiene necesidad de vos y os hubiera excusado”.

A lo que parece, Chamilly no había pensado nunca que su aventura durara más que su permanencia en Beja. Con ligereza y frialdad, dejó de amar tan pronto como se ausentó. No fue cansancio ni agotamiento de una pasión, pues, a juzgar por su conducta y por sus cartas, no sintió nunca nada que pueda merecer ese nombre, nada que pueda aproximarse al ardiente transporte de que era capaz el alma noble de Mariana Alcoforado. El alma de Chamilly era vulgar. “No hay en sus cartas – dice Henriot- ni cinismo, ni sincera indiferencia, ni el cansancio de un amor que pesa. No hay más que vacuidades”.

Pero además, el alma de Chamilly era mezquina. El conde siguió con buen éxito su carrera en el ejército: tomó parte en sitios y batallas importantes. Contrajo matrimonio con una señorita Du Bouchet. La esposa de Chamilly no era bella, pero era bondadosa, inteligente.....y muy rica. “Sus maneras y su conversación –dice Saint Simon- hacían olvidar su fealdad singular”. Era mujer de talento y de gran sentido práctico, extremadamente amable y educada para el gran mundo y la vida social. Representó gran papel en el destino de su

marido. “Chamilly era indudablemente un hombre afotunado en amores, pero con méritos de su parte, y fue lo bastante mezquino para vanagloriarse de ello. Fue él quien dio a conocer las cartas de Mariana Alcoforado, cuando, de regreso en Francia en 1668, las enseñaba como un trofeo y se las daba a leer a todo el mundo. Esto le valió el desprecio de las personas dotadas de sensibilidad o delicadeza, pero satisfizo su vanidad ridícula. Luego se abandonó completamente a la protección de su esposa, la cual, dice Saint-Simon, “tuvo el arte de hacerlo todo, aun en las funciones que correspondían a la carrera de su marido, dejándole creer que era él quien lo hacía todo. Ella le sacó a flote, le hizo comandante de La Rochelle y provincias vecinas.... Y consiguió finalmente para él el bastón de Mariscal, lo que se facilitó porque el rey tenía por él estimación y amistad.

“Murió –sigue diciendo- en París el 7 de diciembre de 1715, después de larga enfermedad, a los 69 años. Era hombre bueno y honrado, pero de tan poco entendimiento de dejaba a la gente sorprendida, y su mujer que, en cambio, tenía mucho, a menudo pasaba malos ratos con esto”.

Fue la falta de delicadeza de Chamilly la que puso en circulación estas famosas cartas de amor, como hemos dicho, y el público se apoderó de ellas. Despertaron gran entusiasmo, porque al calor de una pasión sincera unían la claridad diáfana de la expresión. El presidente de la Audiencia de Burdeos, Pierre de Gilleragues, amigo de Scarron y de Boileau, obtuvo una copia de la traducción francesa y la hizo imprimir por Barbin en 1669, con el título de Cartas Portuguesas. La edición fue pronto seguida de otras en Francia y en Holanda, en Inglaterra luego. En Portugal no se publicaron hasta años más tarde y, habiéndose perdido las originales, fue necesario traducirlas de nuevo a la lengua nativa de su autora. Además, se escribieron muchas imitaciones y continuaciones y respuestas apócrifas. En realidad, se constituyó un nuevo “género” que gozó de gran popularidad: las portuguesas. El nombre de la religiosa portuguesa no se dio a conocer, empero, y acaso lo ignoraríamos si el investigador M. Boissonade, en 1810, no hubiera publicado en el Journal de L'Empire la nota siguiente: “En el ejemplar que poseo de la edición de 1669 de las Cartas Portuguesas, aparece, escrito por una mano desconocida: la religiosa que ha escrito estas cartas se llama Mariana Alcoforado, religiosa de Beja, entre Extremadura y Andalucía. El caballero a quien fueron escritas estas cartas es el Conde de Chamilly, llamado entonces Conde de Saint-Lêger.

El siglo XVIII imitó las Cartas Portuguesas e hizo de ellas una de sus lecturas favoritas. Fueron puestas en verso por Berquin. Algunos críticos creen hallar en ella el origen de la novela en forma epistolar de aquel período, como La Nouvelle Héloïse y Les Liaisons Dangereuses. Cuando Stendhal escribe, ya

en el siglo XIX, su tratado sobre el amor, toma el de la religiosa portuguesa como ejemplo típico del amor-pasión.

Stendhal escribe: “Un hombre no puede decir casi nada que tenga sentido sobre lo que sucede en el corazón de una mujer enamorada”. Al decirlo podría haber estado pensando en Rousseau, quien, después de hablar bastante mal de las mujeres en su carta a D’Alembert sobre los espectáculos, expone la siguiente opinión sobre las Cartas Portuguesas: “Ese fuego celeste que enardece y abrasa el alma, ese genio que consume y devora, esa elocuencia ardiente, esos sublimes transportes que proyectan su encanto hasta el fondo de los corazones, faltarán siempre en los escritos de las mujeres. Estos son todos bonitos y fríos como ellas. Quizás tendrán ingenio, tanto como queráis, pero nunca tendrán alma; serán cien veces más sensatos que apasionados. Las mujeres no saben ni describir ni sentir amor... Yo apostaré.....que las Cartas Portuguesas han sido escritas por un hombre”. Estas cartas revelan tal conocimiento del alma y los sentimientos, tal claridad y agudeza en el análisis psicológico y tal belleza en forma literaria, que a Rousseau le hicieron el efecto de una obra compuesta con fines puramente artísticos, como puedo componerse una novela. De ahí su opinión en apariencia extravagante, que no han confirmado ni la historia ni la crítica en tiempos posteriores.

Las Cartas Portuguesas son cinco. En el orden en que aparecen en la edición francesa original, parece que la cuarta carta debe ser la primera escrita, como lo señaló Edmund Gosse a fines del siglo XIX porque la autora escribe en ella: “La primera no será tan larga ni importuna; podéis abrirla y leerla con esta seguridad que os doy”.

Interesa poner estas cartas en el orden que fueron escritas porque tienen cronología, son una historia: la historia crítica de una pasión. En ninguna parte hemos encontrado un análisis, una crítica más aguda del proceso de una pasión y de la negación de ella en el alma de quien podía haberla correspondido. En la novela –por ejemplo, en la novela de Somerset Maugham, Of Human Bondage, a la que ya hemos hecho referencia- el análisis puede ser profundo, pero la crítica se deja a discreción del lector: ésa es la parte que le corresponde. Aquí el análisis y la crítica marchan paralelamente y se llevan a cabo en forma directa, como una auto-vivisección.

En la verdadera primera carta, Mariana acaba de recibir noticias de Chamilly a través de su lugarteniente, quien la ha informado que el Marqués a causa de una tempestad; ha tenido que tomar puerto en Algarbe, en la costa sur de Portugal. El Marqués no ha escrito a Mariana después de su partida. La amante se pregunta y sobre todo pregunta por qué. Con la rápida intuición que agudiza la pasión exaltada, se responde enseguida que el Marqués no la

ama, y fijemos en que no dice: “No me amáis ya”, sino simplemente “No me amáis”. Interpretemos esto como una expresión de que Mariana debe haber tenido siempre, inconscientemente, la impresión, de que el Marqués no la amaba en el sentido que ella daba a la palabra Amar. Sin duda él le había hecho la corte: “Me habéis consumido con vuestra asiduidad –dice ella-, inflamado con vuestros transportes, encantado con vuestra complacencia, asegurado con vuestros juramentos, y mi inclinación violenta me ha seducido”. Las demostraciones pueden haber sido grandes de ambas partes, pero Mariana sabe que la pasión ha sido de ella sola y que se debe a su temperamento intenso. De qué puede, pues, acusar al Marqués?, De haberse aprovechado de las circunstancias, con ligereza y frialdad. “No estabais ciego como yo, le dice, por qué habéis consentido que yo llegara al estado en que me encuentro?. Por qué me habéis escogido para hacerme desdichada?. Sin duda podríais haber encontrado en este país otra mujer que os hubiese dado igual placer y que os hubiese amado fielmente por el tiempo exacto que hubierais querido, pero que se hubiese consolado pronto de vuestra ausencia y así hubierais podido abandonarla sin perfidia ni crueldad”. Pero ella misma contesta a sus preguntas nuevamente, penetrando sin vacilación en el motivo sádico de esa actitud del amante: “Vuestro procedimiento, le dice, es más bien el de un tirano que se propone torturar que el de un enamorado, que no pensaría sino en complacer”. Ese rasgo psicológico del rudo soldado que era Chamilly, ¿no es el que lo lleva más tarde a mostrar en público las cartas de Mariana, con mezcla de vanidad y de crueldad? Bien lo comprende Mariana, puesto que le escribe: “Seríais bastante cruel para serviros de mi desesperación para haceros el interesante y hacer ver que me habéis inspirado la pasión más grande del mundo?”

¡La pasión más grande del mundo! Esta frase nos da la clave del espíritu de Mariana Alcoforado. Era un espíritu de elección, un temperamento vigoroso que no hubiera podido hacer nada a medias. Si Dios la hubiese tocado, hubiera sido una gran mística; si la sabiduría la hubiera atormentado con su sed, hubiera sido capaz de escalar sus cumbres; pero ella no era más que una joven modestamente instruida y recluida en un convento al que llegaban, empero, las frivolidades del mundo. El único camino que se abrió a su intensidad fue el amor mundano y ella lo siguió con tal ardor y tenacidad que hizo algo grande y noble como su alma lo que hubiera podido ser un amorío vulgar.

Se da cuenta ahora, conscientemente, de que el Marqués no la ama ¿Qué actitud tomará? Intenta tomar la actitud del amor mal llamado platónico: la constancia con un amor imposible. Al principio se resiste, dice, a aceptar las apariencias que deben persuadirla de que él no la ama; se siente desesperada y

todo cuanto la rodea le causa disgusto; pero encuentra consuelo en su propia pasión, no es acaso la más grande del mundo? Quiere preservarla, porque es su vida misma. “Sé que mi amor es locura; pero no lamento la violencia de los movimientos de mi corazón, me acostumbro al sufrimiento y no podría vivir sin el placer que encuentro y disfruto al amaros entre mil tormentos. Soy celosa de mi pasión, me parece que todos mis deberes se relacionan con vos... Si no empleo todos los momentos de mi vida en vos, que haré, ay de mí, sin todo el amor y el odio que llenan mi corazón? ¿Podría yo sobrevivir a lo que me ocupa incesantemente, para llevar una vida tranquila y lánguida? A ese vacío y esa insensibilidad no me avengo”. Mariana ha encontrado en su pasión un centro a su vida y no puede resignarse a perderlo, aun dándose cuenta de la ambivalencia de sus sentimientos hacia el Marqués, en los que ahora se mezclaban el amor y el odio. Analizándose con inaudita sinceridad, se da cuenta de que hay algo de egoísmo en su empeño de no renunciar a amar al Marqués: “Yo escribo más para mí misma que para vos”, le dice.

Desde luego, las cartas están llenas de todos los indicios de la pasión desencadenada: celos, quejas, reproches, perdones, graciosas coqueterías, contrastes, contradicciones, todo tan bien expresado y tan sincero que sería difícil encontrarle paralelo. El pobre Marqués, que no estaba dotado de las gracias del espíritu, no parece haber entendido de las cartas más que una cosa: que Mariana estaba muy enamorada de él y que eso, naturalmente, era prueba de que él era un personaje muy interesante. Contestó poco y mal, como dice ella, “en cartas frías, llenas de lugares comunes, la mitad del papel sin llenar, que parece groseramente que os morís de ganas de acabar de escribirlas”.

Pasan los meses, a lo que parece más de seis, sin que Mariana reciba carta alguna. Ella sigue escribiendo. Se da cuenta de que si pudiera dejar de amar al Marqués sería libre de nuevo. Así como Santa Teresa sentía compasión por el diablo porque no ama, Mariana siente compasión por el Marqués, porque es incapaz de corresponder a una gran pasión. “Soy más dichosa que vos –le dice- puesto que amo.” Aún se reprocha no haber amado bastante, pues “si os amara tanto como os he dicho mil veces, no me habría muerto hace tiempo ya?” Al decir esto, señala la gran diferencia que hay entre su amor y el que más tarde ha de exaltar como ideal el romanticismo. La amante romántica muere, efectivamente, de amor o de sus resultados. El romanticismo nos ha acostumbrado a aquellas famosas cartas casi siempre en verso, que las amantes románticas escribían a sus infieles seductores, anunciándoles su inminente fallecimiento.

“Voy a morir. Perdona si mi acento
vuela importuno a molestar tu oído.

El es, don Félix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido”.

Así habla la Elvira de Espronceda, prototipo de la amante romántica. Ella, al morir, alcanzaba la paz, recobraba su pureza y acumulaba sobre el alma del seductor demoníaco un crimen más.

La solución de la crisis pasional de Mariana Alcoforado, mujer de otra época, es muy diversa. La alcanza, desde luego, lentamente; pero la expresa en forma definida en su quinta carta.

“Esta es –dice- la última vez que os escribo. Ya que me habéis persuadido de que no me amáis, yo no debo amaros más: os devolveré todo lo que me queda de vos y ni siquiera escribiré yo misma sobre el paquete. Tenía deseos de romperlo y de quemarlo todo: pero os he mostrado tanta debilidad que no quiero que me creáis capaz de llegar a tal extremo... No he conocido bien el exceso de mi amor sino ahora que estoy tratando de curarme de él... Me doy cuenta de que vos me sois menos caro que mi propia pasión, ya que vuestra conducta injuriosa me ha hecho vuestra persona repulsiva”.

Desgraciada o afortunadamente, el Marqués había escrito. Su carta fue el acero que cortó definitivamente el lazo. “Vuestras impertinentes protestas de amistad y las cortesías ridículas de la última carta me han probado que habéis recibido todas las mías y que no han provocado ni un solo movimiento de vuestro corazón... Detesto vuestra franqueza. Os he pedido acaso que me digáis la verdad? Porque no me habéis dejado mi pasión? Hubiera bastado con no escribirme. Yo no quería aclaraciones”.

Cual era “la verdad”? Mariana no tenía ya el escape de conservar viva aquella pasión que estimó en un tiempo más que la vida; porque por fuerte que sea, la pasión necesita un objeto en torno al cual construir siquiera una ilusión. La estupidez del Marqués había destruido esa última posibilidad, y Mariana, con visión enteramente clara, se da cuenta de que su esfuerzo por mantener viva aquella pasión ha fracasado. “Me doy cuenta de que sois indigno de mis sentimientos, y conozco todas vuestras malas cualidades... No me escribáis más y no os mezcléis en mi conducta... ni en lo que voy a hacer”, escribe. Ella podía haber perdonado el olvido, la indiferencia y aún la incapacidad de amar. No pudo perdonar el pecado mayor: la vulgaridad, la absoluta incomprensión.

¿Qué es lo que “va a hacer” Mariana? ¿Qué se propone?. A diferencia de la amante romántica que encuentra la solución en la muerte, o de la amante que *platoniza* su pasión imposible, Mariana, mujer del siglo XVII, llama en su

auxilio a la razón. “Espero –dice- alcanzar alguna tranquilidad. Os prometo no odiaros; desconfío demasiado de los sentimientos violentos para permitirme. Quizás podría encontrar otro amante más fiel; pero quien podría devolverme mi sentimiento amoroso? La pasión que otro sintiera no me satisfaría. ¿Acaso pudo la mía satisfaceros a vos?” Y se plantea el gran enigma psicológico: porque, con tanta frecuencia, la inclinación ciega o el destino cruel nos determinan a amar a seres que no tienen la sensibilidad necesaria para correspondernos? Ella no querría fingir correspondencia a un hombre a quien no amara, aunque no fuera más que porque no se perdonaría el llevar a nadie al estado en que ella se había visto reducida. Además, prosiguiendo su análisis, declara que si hubiera podido estar cerca del Marqués toda su vida, hubiera sido siempre desdichada, pues su desdicha provenía de la exaltación de su propia pasión, que había hecho sufrir mucho durante todo el tiempo que dudaron sus relaciones. Todavía en esta carta vemos que está en lucha contra su exaltación. Todavía reprocha al Marqués y aún muestra a veces señales de odiarlo, justa reacción de un gran amor sofocado. En un momento insinúa que cuando este tranquila le escribiera otra carta para hacérselo saber; pero enseguida se da cuenta de estarse tendiendo un lazo a sí misma, y la razón vence: no volverá a escribir. Alcanzará por todos los medios la paz que se propone, pues de lo contrario llegaría a tomar contra sí propia una resolución extrema: esta es la única vez que Mariana insinúa en sus cartas la idea del suicidio. Como sabemos, Mariana logró conquistar la paz que se proponía, aunque no la alegría. Vivió en penitencia y apartamiento hasta el fin de su larga existencia.

Los que quieren estudiar el mecanismo secreto de la pasión amorosa en un corazón femenino, saben que en ninguna obra escrita pueden hacerlo mejor que en estas cartas. Tan grande es su espontaneidad que ha podido parecer artificio, escritas como están sin asomo de erudición o de retórica. Lo que ellas nos dan es la expresión de una sensibilidad exquisita, convertida en arte bajo la presión del dolor. Así suele suceder en materia de sensibilidad y de arte:

“Poëte, c’ est ainsi que font les grands poëtes.
Les plus desesperés sont les chants les plus beaux
Et j’ en connais plusieurs que sont des purs sanglots».

Puros sollozos convertidos en arte puro: ese es el secreto encanto de las Cartas Portuguesas.

Si la pasión del amor divino y del amor humano ha inspirado las más bellas cartas de mujer, es caso insólito el de hallar en cartas femeninas la expre-

sión de la pasión por el conocimiento. Esta es la pasión de Fausto. Esta fue la pasión de la vida de Sor Juana Inés de la Cruz.

LA CARTA DE POLÉMICA SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Un aguijón bajo las tocas
Gabriela Mistral

México es un país privilegiado por la belleza y variedad de sus paisajes. Como dijo nuestro Heredia “en su seno se ven todas las zonas que hay desde el polo al ecuador”. Pero el mundo extranjero se ha acostumbrado a identificar a México con el incomparable paisaje de la meseta de Anáhuac, región maravillosa donde

“todo el año aquí es mayo y abril,
cielo sereno y suave, aires sutiles,”

como lo cantó Balbuena en su “Grandeza mexicana”, y a manera de corona asombrosa se levantan, en torno al valle perpetuamente florido, las crestas de los volcanes eternamente revestidos de nieve. En esa meseta hay un sitio especialmente favorecido, en el cual, a la falda misma de los volcanes, se pueden admirar albas y ocasos de inexpresable hermosura. El ambiente es sereno. El aire, fresco y fino. Allí, cerca de la villa de Amecameca, está la alquería de San Miguel de Nepantla, donde nació Sor Juana Inés de la Cruz. En el siglo, ella se llamó Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana. Ella adoptó el apellido de la madre, y usó el nombre de Juana Ramírez, en lo que no hay razón para fundar, como algunos han hecho, la aserción de que era hija ilegítima. Era práctica usual en las familias españolas hasta el siglo XVIII el que los hijos adoptaran otro apellido familiar que no fuera el del padre. Pero la madre de Sor Juana era criolla, y corren varias versiones sobre el nacimiento de la poetisa, aparentemente sin fundamento.

Todos los presentes conocen la reputación de niña prodigio que tuvo Sor Juana en la infancia y la de talento y sabiduría que la rodeó en la edad adulta. Algunos acaso no han visto su retrato y no saben que era muy hermosa. Me parece interesante evocarla aquí, a través de la descripción perfecta que ha hecho Gabriela Mistral del retrato pintado por Miguel Cabrera, en la que establece una sutil correspondencia entre los rasgos físicos y los espirituales.

Mujer bella, graciosa y fina, no podemos fácilmente comprender por qué uno de sus críticos de hoy pretende encontrarle rasgos masculinos. El origen de esta idea está en ese predominio que parece tener en Sor Juana la razón sobre la pasión, suponiéndose que en una mujer la emoción y por lo tanto la pasión debe predominar.

Pero en mi opinión la historia de Sor Juana es la historia de una pasión y una pasión que tuvo un largo Via Crucis bajo una Cruz pesada y terminó en sacrificio y muerte.

El motivo central de esa pasión fue el conocimiento, el primer móvil fáustico: “Filosofía ¡Ay! Jurisprudencia, Medicina, Teología, todo lo escudriñé con ansia viva”, exclama Fausto. Sor Juana nos cuenta una historia semejante, y esa historia nunca la hubiéramos conocido en lo que tuvo de intensidad y de tragedia si Sor Juana hubiera escrito sólo sus refinadas poesías y sus regocijadas Comedias manifestando sólo su ingenio y erudición. Nunca la hubiéramos conocido si ella no hubiera escrito sus cartas. Sor Juana escribió castas de amor mundano en verso. Una de ellas, las “Liras que expresan sentimientos de ausente”, puede contarse entre las más bellas cartas amorosas en lenguas castellana. Pero esas, aunque probablemente expresan sentimientos que en realidad experimentó la autora, están disimuladas bajo un velo de impersonalidad voluntariamente impuesto.

Es en sus cartas en prosa donde Sor Juana nos descubre la tragedia de su vida; porque esas cartas corresponden a un momento de crisis que fue definitivo en la vida. Son dos cartas, y la primera es causa de la segunda e instrumento provocador de la crisis. La primera es una carta de polémica teológica y está dirigida a un personaje que creemos no ha sido posible identificar. Fue publicada con el barroco título de *Carta Atenagórica*, por disposición del Obispo de Puebla, D. Manuel Fernández de Santa Cruz, en 1690. La segunda es la respuesta a una carta del mismo Obispo, escrita en 1691; y es también una carta de polémica, aunque hábilmente disimulada. Es en ella donde Sor Juana nos cuenta la historia íntima de su vida, el secreto de su pasión.

¿Qué había sucedido hasta ese momento en la vida de Sor Juana? Todos sabemos que la fama de su saber y hermosura fue temprana; que a los trece años había sido recibida en la corte como dama de la Virreina; que en la corte fue “desgraciada por discreta y perseguida por hermosa y que a los diecisiete años sufrió examen público de todas las facultades ante cuarenta profesores de la Universidad, teólogos, matemáticos, humanistas, y a todos llenó de asombro.

Sabemos que a los dieciocho años entró en el convento y como es muy probable que dejara amores en la corte, lo que hacen patente muchas de sus composiciones poéticas, cabría suponer que un desengaño amoroso influyera en su retirada del mundo. Sor Juana no estuvo sola en el convento. Su celda del convento de San Jerónimo estaba llena de libros, que llegaron a contarse por miles, y de instrumentos matemáticos y musicales. De acuerdo con las costumbres de la época, desde el convento se mantuvo siempre en el centro de la vida literaria, comunicándose por escrito con sabios y poetas de España y de América. Su poesía, en particular la que ostentaba refinamiento culteranos, era aplaudida generalmente, con beneplácito de su propio confesor, y no había fiesta o ceremonia importante en el Virreinato para la cual no se solicitara su colaboración. Esto parece el cuadro perfecto de una vida de esplendor y casi de adulación. No era excepcional que una religiosa cultivara las letras y podemos recordar a varias contemporáneas de Sor Juana que se distinguieron en ese campo, como Sor Gregoria de Santa Teresa y Sor María de Ceo. No parece, pues, que debió existir motivo de conflicto trágico en la existencia de Sor Juana.

Acaso ese conflicto no se hubiera hecho del dominio público si Sor Juana no hubiera escrito su primera carta en prosa. La autora nos dice que esa carta tuvo su origen “en las bachillerías de una conversación” y que la escribió a instancias de su interlocutor, que debe haber sido personaje de gran autoridad, ya que ella habla de que “le obedecía en lo más difícil”. El tema de esta carta polémica es, en verdad, tan difícil que el abordarlo suponía desmedido atrevimiento. Es una réplica al Sermón del mandato del ilustre orador religioso Padre Antonio B. Vieira, de la Compañía de Jesús, una de las lumbreras del saber en aquel tiempo. El sermón de Vieira versa sobre las Finezas de Cristo en la parte final de su vida en la tierra, proponiéndose determinar cuales fueron las mayores. Sor Juana sentía predilección por este tema y lo había tocado en varias ocasiones en sus autos, loas y villancicos y en la introducción a sus Ejercicios devotos para la Concepción. Se cree además que dejó escritos unos Discursos sobre las Finezas de Cristo que nunca se publicaron y se han perdido. El sermón de Vieira vino a provocarla a discutir con el propósito de mantener aquellos puntos de su criterio que estaban en desacuerdo con los del ilustre creador. Vieira en su sermón toma ciertos puntos de vista de San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo sobre las finezas de Cristo y los rebate con sutil ingenio y brillantez. Sor Juana se atreve a tomar la defensa de los puntos de vista de los Padres de la Iglesia, con ingenio no menos sutil y con mayor audacia. Ella no esperaba que su carta llegara al dominio del público; pero el Obispo de Puebla la publicó con el título de Carta Atenagórica y al ser conocida produjo sensación. Algunos la consideran “corona de todas las

obras” de Sor Juana: el propio censor, Padre Navarro Vélez, lo expresa así en el tomo II de las obras completas de la poetisa publicadas en 1692. Otros, en cambio, censuraron el atrevimiento de Sor Juana: su confesor, Padre Núñez de Miranda, le retiró su confianza y protección y la amistad que la unía a varios religiosos de nota, entre ellos el Arzobispo Aguiar y Seijas, se quebrantó.

Por la segunda carta de Sor Juana, la respuesta a Sor Filotea de la Cruz, sabemos que la Carta Atenagórica había provocado el disgusto de las autoridades eclesiásticas y que se había dicho que era “herética”, pues la autora dice: “Si es herética, como dice el censor, ¿por qué no la delata?” Sabemos que se juzgó que ofendía a los jesuitas, porque ella se defiende diciendo que “a la Compañía no le tocó ni un pelo de la ropa”. Ahora bien, la compañía de Jesús tenía gran poder y lugar preponderante en el Santo Oficio. La situación de Sor Juana era arriesgada.

Al leer la Carta Atenagórica, dejando aparte el problema teológico, interesan ciertos detalles reveladores de la personalidad de Sor Juana. En primer lugar, vemos que lo que le disgusta en Vieira es sobre todo su soberbia. Vieira dice en un sermón que, si bien él había refutado las opiniones de los Padres de la Iglesia, sus propias opiniones nadie podría refutarlas. Esto irrita a Sor Juana, para quien la libertad de pensamiento es derecho sagrado.

Sobre el mismo punto rebate en la respuesta a Sor Filotea: “Llevar una opinión contraria de Vieira fue en mí atrevimiento ¿y no lo fue en Su Paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento tal cual ¿no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar? ¿Es alguno de los principios de la Santa Fe revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados?” Y al hablar de que el censor había llamado la famosa carta “herética” y “bárbara”, dice: “Si está bárbara, que en eso dice bien, ríase, aunque sea con la risa que dicen del conejo, que yo no le digo que me aplauda, pues como yo fui libre para disentir de Vieira, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen”.

Sor Juana es aguda y sabe dar en el blanco a que tira. Es lo que Gabriela Mistral ha llamado “un agujijón bajo las tocas” pero el agujijón se clava en respuesta a una irritación. Irrita a Sor Juana la vanidad de Vieira; aún más la irrita verse rebajada o desdeñada por ser mujer.

Impulsada por esa irritación, ella también, al terminar la Carta Atenagórica, peca de vanidad, pues sabe que su refutación de las proposiciones de Vieira está bien hecha y, con aire de modestia, se enorgullece en realidad y recuerda que a veces las mujeres pueden superar las limitaciones que les son impuestas.

Es evidente que el hecho de haber sido una mujer quien refutara a Vieira fue factor importante en el desagrado de los efectos al “Fénix lusitano”, porque buscaron otra mujer, Sor Margarita Ignacia, religiosa de San Agustín en el convento de Santa Mónica en Lisboa que escribiera una defensa del Sermón del Mandato en contra de Sor Juana.

Dada la agitación que provocó la Carta Atenagórica, no podía dejar de traer graves consecuencias en la vida de Sor Juana. El Obispo de Puebla, quien tanta responsabilidad llevaba en esto, pues fue el que la publicó, se creyó en el deber de escribir a Sor Juana una carta bajo el pseudónimo de Sor Filotea de la Cruz... El Obispo había sido amigo de Sor Juana desde la juventud de ella. Su bella carta, que contiene los mayores elogios y el más tierno afecto para Sor Juana, es al mismo tiempo el más grave castigo y la mayor censura que ella podía recibir. Con esta carta se asesta la herida incurable que precipita la crisis de su existencia y le abre el camino de la muerte.

El choque moral de esta carta, con las discusiones y disgustos que levantó en torno suyo, una _____ de tempestad, postró a Sor Juana en el lecho, y cuatro meses pasaron antes de que pudiera tomar la pluma para contestar a Sor Filotea, en la famosa respuesta que constituye su segunda y última carta; respuesta que parece dirigida, más que al Obispo de Puebla, a sus censores, a todos los que habían sembrado de obstáculos la senda de su vida, y aun más, a la vida misma, al destino y a Dios. Aquí nos revela su pasión: “desde que me cayó la primera luz de la razón fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas represiones (que he tenido muchas) ni propias reflejas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí: su Majestad sabrá por qué y para qué: y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra (según algunos) en una mujer: y aun hay quien diga que daña. Sabe también su Majestad que no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento y sacrificárselo sólo a quien me lo dio, y que no otro motivo me entró en la Religión, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad; y después de ello, sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien sólo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación, y si sería”. Y añade: “Esto... no ha salido de mi boca jamás... pero quiero... haberos franqueado de par en par las puertas de mi corazón, haciéndoos patentes sus más sellados secretos” ¿No es este el lenguaje en que habla la pasión que apenas puede expresar la intensidad de sus sentimientos? ¿No son también reveladoras de esa intensidad las descripciones que hace de

su sed de conocimiento, atormentadora desde la infancia mas temprana, de cómo esa vocación no pudo ser vencida por las trabas y censuras que se le opusieron, de su aprender sin maestros y aun sin libros, en ansiedad casi desesperada? Y de pronto, franca y audazmente, se atreve a poner el dedo en la llaga: es por ser mujer que se le ha vedado satisfacer lo que era para ella necesidad vital. No sucede cosa parecida a los hombres: “Si estos, señora, fueran méritos (como los veo por tales celebrar en los hombres) no lo hubieran sido en mí, porque obro necesariamente. Si son culpa, por la misma razón creo que no la he tenido.” Recuerda, empero, que han existido mujeres doctas, las enumera, en referencias que van desde la antigüedad hasta su tiempo, y desarrolla a seguidas la más audaz defensa de la educación de la mujer que se hiciera en su tiempo y en país hispánico. Deben educarse, dice, las mujeres aptas y “esto es, justo, que no sólo a las mujeres (que por tan ineptas están tenidas), sino a los hombres (que con sólo serlo piensan que son sabios), se había de prohibir la interpretación de las sagradas letras en no siendo muy doctos y virtuosos y de ingenios dóciles y bien inclinados”. Plantea el problema de la educación según las capacidades –problema no resuelto aún en nuestros días-, porque dice, “al estúpido, más daño le hace creer saber que ignorar”. Oh, si todos (y yo la primera, que soy una ignorante) nos tomáramos la medida del talento antes de estudiar (y lo que es peor, de escribir) con ambiciosa codicia de igualar y aun de exceder a otros, qué poco ánimo nos quedara y de cuántos errores nos excusaremos, y cuántas torcidas inteligencias que andan por ahí no anduvieran”: Señala también la importancia de educar a las madres y otras mujeres para que en su mayor edad eduquen a las jóvenes, ya que se hallaba inconveniente que recibieran instrucción de los hombres.

En cuanto a sí misma, declara Sor Juana que nunca había escrito con idea de publicar, excepto las obras que le habían sido pedidas u ordenadas, y que jamás estudió para escribir y enseñar, sino sólo, dice conmovedoramente, “para ver si ignoro menos”. La misma Carta Atenagórica, ¿no se había publicado por disposición del Obispo? Con la mayor incongruencia, el Obispo le aconseja que abandone el saber humano y se ocupe en el estudio de las cosas divinas, pero esa carta de reconvención viene precisamente con motivo de una carta de polémica teológica.

Esto lleva de nuevo nuestro pensamiento al tan discutido problema de los motivos que tuvo Sor Juana para entrar en religión. Hace tiempo se ha descartado la idea de que a esa decisión la llevara un desengaño amoroso. Muchos han sostenido después que lo hizo para conseguir la tranquilidad y retiro necesarios para el estudio intenso. No interpretamos así sus propias declaraciones: “Entréme religiosa, dice, porque aunque conocía que tenía el

estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, con la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir, en materia de seguridad, que deseaba, de mi salvación”. ¿Cuáles eran las cosas de su genio que Sor Juana hallaba opuestas a la vida conventual? Precisamente: “no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mis estudios –dice- ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros”. Es decir, justamente lo que se oponía a la realización de su vocación de estudiosa, a la gran pasión de su vida, porque por esa vocación –¿no se lo decían todos?- Podía perderse su alma y ella deseaba “su salvación”. Sor Juana había deseado que su entrada en el convento significara un renunciamiento, un sacrificio y una redención. Pero dice: “Pensé que huía de mí misma; miserable de mí: trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación que no sé determinar si por prenda o castigo me dio el cielo, pues en lugar de apagarse o embargarse con tanto ejercicio que la Religión tiene, reventaba como pólvora y se verificaba en mi el *priuatio est causa appetitus* ... Volví (mal dije pues nunca cesé), proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación)”.

Después de la carta del Obispo, Sor Juana ya no se permitirá seguir la ruta por donde la impelía su gran pasión. Un gran temor invade su alma: ella se ha equivocado de camino, ha persistido en el error: “Con todo vivo siempre tan desconfiada de mí, que ni en esto ni en otra cosa me fío de mi juicio, y así, remito la decisión a ese soberano talento, sometiéndome luego a lo que sentenciare, sin contradicción ni repugnancia”.

La decisión del Obispo estaba explícita en su carta. La presión del medio ambiente, de la que era parte la angustiada agitación social que en aquellos momentos atravesaba México, influye sobre la determinación de Sor Juana; pero ante todo, obedece a una gran crisis de su espíritu. Se despoja de todos sus caros tesoros: sus libros e instrumentos; sus manuscritos, para desdicha nuestra, son, en su mayoría perdidos y destruidos. Ella pone desde entonces todo el ardor de su fuerte temperamento en la penitencia y el sacrificio; “Se castigaba tan duramente, que su Confesor –que vuelve a aconsejarla- tuvo que indicarle moderación. Sabemos como muere Sor Juana, víctima de la epidemia durante la cual había asistido con dedicación a muchas de sus hermanas. Sabemos que cuando otros rezaban alrededor de su lecho, ella trataba de entonar himnos de gracias por la llegada de la muerte.

No son esos, sin embargo, los únicos dolores que atravesaron el corazón de Sor Juana. Pensamos que en su propia pasión por el saber llevaba dentro otro dolor más agudo. En su respuesta a Sor Filotea, menciona que solamente tenía una obra que había escrito por impulso propio: un poema titulado *Primer Sueño*. Lo escribió poco antes del momento crítico de su existencia. En este sueño, la poetisa se cree próxima a colmar su ansiedad suprema: llegar a conocerlo todo, a penetrar el enigma del universo. En un recorrido tan audaz como el de Dante, pero por el camino, muy diferente, del entendimiento, ella va subiendo escalinatas y pirámides, moviéndose de astro en astro, tratando de alcanzar el sol; pero fracasa en todo punto: no puede entender ni la más leve maniobra de la naturaleza, el entendimiento queda burlado, no ya por las grandes, sino por las pequeñas manifestaciones de la creación, y la autora despierta de nuevo a la vida terrenal con un inmenso cansancio y una angustiada sensación de vacío.

El motivo fundamental del poema es el asombro ante el misterio cósmico del hombre, del mundo y del universo; es la lucha con el enigma infinito, frente al cual el hombre termina siempre sucumbiendo. De acuerdo con su época el esfuerzo de Sor Juana tiene atisbos científicos, pero es esencialmente poético, expresión de una ansiedad sin límites que, sin lograr satisfacerse, tampoco se calma ni por la actitud crítica, ni por la resignación, ni puede alcanzar el abandono místico: sólo la apaga el agotamiento del desengaño. “Asombrarse y asombrar era el programa consciente de la poesía barroca –dice Vossler-, pero aquí ha llegado a ser un estado de ánimo real ...Lo que poetas europeos de aquella época se proponían con intención glacial y efectista, como Marino, ... o con afán estetizante, como Góngora, ...aquí viene de una necesidad psíquica...Hasta se advierten las primeras sugerencias leves de ambientes prometeicos y fáusticos”.

Sí: en Sor Juana se agitó un espíritu fáustico que intentó desarrollarse a favor de la desmesura barroca y encontró el desengaño como complemento inevitable. En exterior serenamente intelectual encubrió una historia íntima de pasión y de conflicto. Para Sor Juana, como para Fausto, la realización solo podía llegar junto con la muerte.

No ha sido nuestra intención presentar la literatura epistolar femenina como producto de la vida conventual. Si las tres primeras escritoras que hemos presentado han sido religiosas de profesión, se debe a una coincidencia, pero, como la mayor parte de las coincidencias, no es fortuita. Entre sus causas está la época en que las mujeres discretas solían encontrar libertades relativas en las limitaciones de la vida monástica. Esto no es paradoja: la religiosa tenía en esa época posibilidades para el estudio, para la producción literaria y aun para la acción social, mayores a las ofrecidas a las mujeres que vivían en el siglo. Aun el apartamiento y disciplina de la vida religiosa favorecían la tendencia al estudio y a la producción literaria en lugar de contrariarla, como lo comprobó Sor Juana.

Ninguna de las tres escritoras mencionadas escribió sus cartas con propósitos de publicación; ni siquiera Sor Juana, a pesar de haber entrado, en la *Carta Atenagórica*, en una polémica teológica. Sor Juana escribió para el público poesías de ocasión y obras teatrales. Santa Teresa escribió para ser publicadas sus grandes obras espirituales, *Las Moradas* y *Camino de Perfección* y, por mandato superior, su *Vida*. La fama de Mariana Alcoforado se debe a la indiscreción de un amante vanidoso. Ninguna de las tres trató de hacer literatura en sus cartas.

Hoy nos encontramos ante un caso diferente. Mujer también del siglo XVII, Madame de Sevigné no se vio obligada –casi milagrosamente– a entrar en la vida conventual, ni tampoco la eligió por vocación. María de Rabutin-Chantal, que fue más tarde la Marquesa de Sevigné, estuvo a punto de ser internada en un convento desde la infancia. Su abuela paterna fue una santa: Juana de Chantal, discípula de San Francisco de Sales y fundadora de la Orden de la Visitación. Como María quedó huérfana de padre y madre en edad temprana, su santa abuela, con los más altos propósitos, pensó que debía ofrecérsela a Dios “como un bello presente”. Por motivos menos elevados, otros miembros de la familia pensaban que la idea era feliz, ya que así una parte de la cuantiosa fortuna de María pasaría a manos de ellos. La suerte quiso que María quedara bajo la tutela de otros parientes más comprensivos, quienes se dieron cuenta de que la niña no tenía inclinaciones monásticas y así lo expresaron a la santa Chantal. La santa debió ser mujer de espíritu muy amplio, pues en el consejo de familia que se reunió para decidir sobre la cuestión puso el enorme peso de su opinión en contra de la reclusión de María en el convento.

La joven fue educada con gran respeto y al mismo tiempo, libertad de acción, y recibió la mejor educación que podía darse en su época. Nos interesa apreciar en que consistió esa educación. La instrucción de la futura marquesa, en manos de retóricos como Chapelain y Menage, fue cuidadosa en cuanto a lenguas, literatura y filosofía se refiere; sus maestros hoy nos parecen más pedantes que sabios, aunque eran lo que demandaba el espíritu de aquellos tiempos. Pero como no hay nada más lejano de la pedantería que el espíritu de Mme. de Sevigné, parece evidente que fue una de esas criaturas de excepción que encuentran por sí solas la manera de educarse a perfección de acuerdo consigo mismas.

Esta capacidad para encontrar sin vacilación su propio cauce se nos muestra como característica de Mme. de Sevigné en otros aspectos de su vida. Observémosla en el difícil caso de su matrimonio. A los dieciocho años se casó con el joven Marqués Enrique de Sevigné.

El Marqués era hombre de ingenio y de fortuna. Su mujer lo amaba sinceramente. Por desgracia, las cualidades morales del marido eran escasas: era pródigo, jugador, pendenciero y libertino. “Amó por dondequiera –dice uno de sus contemporáneos- y nunca amó nada tan digno de amor como su mujer”. Sin embargo, ella no amó a nadie más que a él, aunque mil hombres más dignos la cortejaron”. “Sólo hizo una cosa meritoria –dice otro historiador- y fue morir a tiempo”. Dejó viuda, en plena juventud, a su esposa, con dos hijos: un varón, Carlos, y una niña, Francisca Margarita.

Mme. de Sevigné poseía el raro don de una personalidad bien integrada, que no consentía ni necesitaba desviaciones. Su camino siempre lo vio claramente. Amó a su esposo y cumplió sus deberes para con él. Amó a sus hijos, y al quedar viuda consagró su vida a ellos, sobre todo a su hija que, por ser mujer, estaba aún más necesitada de su amor y sus cuidados. Esta hija fue “toda la felicidad y toda la desdicha de su vida”.

Hemos dicho que cada uno de los epistolarios femeninos que sirven de tema a estas lecciones tiene por motivo central una pasión: el amor divino en Santa Teresa, el amor mundano en Mariana Alcoforado, el amor al saber en Sor Juana. En Mme de Sevigné esa pasión es el amor maternal, y nos presenta un caso psicológico tan interesante y excepcional como los anteriores.

Imaginemos a esta mujer hermosa, refinada y amable, que reunía en su persona encantos suficientes para hacer atractivas a varias mujeres, si se hubieran podido repartir. Sus contemporáneos, y lo que es más extraordinario, sus contemporáneas, como Mlle. de Scudery y Mme. de Lafayette la describen como una Venus francesa, rubia, blanca y sonrosada y tan llena de gracia, que

el oír la hablar o cantar, el verla bailar o tomar parte en los juegos galantes de los salones y jardines de la aristocracia, era un placer digno de dioses. Sabemos que era prudente ama de casa y hábil administradora, gran dama en la corte y preciosa en los salones, erudita al estilo de la época, aunque sin afectación.

“Gusta –dice Mlle. de Scudery- de todas las cosas bellas y de todos los placeres inocentes, y es tanta su prudencia que ha encontrado el modo, sin ser severa, ni huraña, ni solitaria, de conservar la mejor reputación del mundo, y de conservarla en una gran corte, donde recibe en su casa a lo más granado de la sociedad y corresponde al afecto de quienes son capaces de sentir sinceramente. Su gracia y su alegría, que tan bien le sientan y que la hacen gozar en ver gozar a los demás, la ayudan a tratar como buenos amigos a muchos que si se atrevieran querrían pasar por amantes suyos. En fin, se conduce de tal manera, que la maledicencia ha respetado su reputación y no se la ha acusado de ningún amorío, aunque es la persona más amable del mundo. “...Nadie ha poseído a tan alto grado el arte de la gracia sin afectación, la diversión sin locura, la corrección sin rigidez, la fama sin orgullo y la virtud sin severidad”.

Esta era la mujer que, viuda antes de los treinta años, cerró las puertas al amor, que no cesó de importunarla. Muchos de sus pretendientes llevaron nombres ilustres: Rohan, Tonquedec, Fouquet... Todavía a los sesenta años un duque pidió su mano en matrimonio. Parece que tuviéramos en ella el temperamento opuesto al de Mariana Alcoforado, quien encerrada en un convento cayó sin embargo en el amor mundano. Pero estas son sólo apariencias: en el fondo se parecen las dos: la fidelidad en el amor está en la esencia del ser de ambas. Mme. de Sevigné era mujer de un solo amor. Al perder el del esposo, el amor maternal llenó toda la enorme capacidad de su alma. Por él sufrió todas las inquietudes, los celos, las injusticias y también los éxtasis. En él puso el temblor de pasión que no podía faltar a su rica naturaleza para ser completa, aunque pone en ella una nota de exceso y por lo tanto, de desequilibrio.

En apoyo de nuestra teoría de que Mme de Sevigné tenía necesidad de absorberse en un solo amor, está el hecho de que el objeto de su pasión fue solamente su hija. El hijo, Carlos, le mereció un cariño normal, perfectamente correspondido de parte de él. En cambio, su amor a la hija tuvo intensidad inusitada, y como suele suceder, el objeto de esa pasión ni la correspondía ni la justificaba. Mlle. de Sevigné era muy bella –alguien la llamó “la muchacha más bella de Francia”-, tenía talento y era culta; pero le faltaba el don característico de su madre: la gracia. Era afectada, orgullosa y un tanto pedante, y sobre todo, no era sensible. El amor de su madre le molestaba en lugar de halagarla. Por temperamento no era capaz de corresponder a él. Contrajo

matrimonio con el Conde de Grignan, Teniente General del Languedoc, y le llevó una dote cuantiosa. La Marquesa de Sevigné tenía esperanzas de que el Conde se estableciera con su esposa en la Corte; pero no lo quiso el destino. Pocos meses después de la boda, el Conde de Grignan fue nombrado Teniente General de Provenza y por razones especiales tuvo que trasladar su residencia a esa región. Mme. de Grignan permaneció al lado de su madre hasta el nacimiento de su primer vástago—una niña que llamó María Blanca—y luego se fue a reunir con su marido en Provenza. Desde ese momento hasta la muerte de Mme de Sevigne veinticinco años más tarde, la madre y la hija se vieron pocas veces y por corto tiempo y la Marquesa no gozó nunca más de una felicidad estable. Desde entonces, dice, “he sentido durar mi vida”. Entonces comienza su famosa correspondencia, pues de las cartas que conservamos de Mme. de Sevigné, las nueve décimas partes están escritas a su hija, y de las restantes, una buena parte se refiere a su hija.

Ahora bien; de esta correspondencia no se puede hablar como de una simple colección de cartas: hace tiempo que está consagrada como una obra clásica del siglo XVII y algunos de sus pasajes, como el del matrimonio de Mademoiselle y la muerte del famoso maestro cocinero Vatel, figuran en los textos de estudio de la lengua y la literatura de Francia. Se nos plantea una interrogación: ¿nos encontramos ante una obra escrita conscientemente para el público? ¿La autora está tratando de hacer literatura? No es fácil hacer concordar una respuesta afirmativa a esas preguntas con la idea del amor desbordante de la madre hacia su hija, que debía dar a las cartas un carácter de intimidad singular. Tampoco concuerda con la reputación de ligereza o nimiedad que algunos críticos han dado a una parte de este epistolario.

La realidad es que las cartas que conservamos de Mme. de Sevigné forman varios volúmenes y no pueden ser juzgadas todas con el mismo criterio. En vida de la Marquesa ninguna de sus cartas se publicó; pero muchas circularon entre sus familiares y amistades y le crearon desde entonces cierta reputación. Escribe en una ocasión a su hija: “Bonita gracia, señora Condesa, la de mostrar mis cartas... Si pensáis engatusarme con elogios y seguirme tratando como la Gaceta de Holanda, me vengaré”. Lo que suena más a disimulada complacencia que a ira o disgusto. Sabiendo que sus cartas eran leídas por varias personas, es evidente que Mme. de Sevigné escribía a veces con artificio retórico y propósito artístico; sobre todo cuando la carta no estaba destinada a su hija especialmente, y podía ser leída por preciosas y gente letrada. Este es el caso de la ya mencionada carta sobre el matrimonio de Mademoiselle, que está dirigida a un pariente, Coulanges, con quien siempre mantuvo Mme. de Sevigné gran amistad. Coulanges era hombre amable, frígido y regocijado y

Mme. de Sevigné en la carta bromea con él. Este tono de broma un sí es no es afectado es el que ha dado origen a la acusación de ligereza que ha recaído sobre las cartas de la Marquesa. Es preciso colocarse en el espíritu de la época. Bajo el acento de la broma, en esta y algunas otras cartas se nota la afectación preciosista; porque Mme. de Sevigné fue una *precieuse*. En el *Grand Dictionnaire des Precieuses* (1661) aparece en un artículo de Somaize, con el nombre, tan adecuado a su manera de ser, de Sofronia. Se elogia allí su “ingenio que encanta los oídos y que atrae a todos los que la escuchan o leen lo que ella escribe”. Y se declara que “los más capaces se envanecen si obtienen su aprobación”. Mme. de Sevigné ocupa en la Corte lugar señalado. Príncipes reales vienen a hablar con ella sobre su hija, para complacerla. La reina misma se informa detalladamente sobre la salud de Mme. de Grignan. El rey, durante una representación de *Esther*, la busca para hacer comentarios y ambos están de acuerdo en elogiar “el gran ingenio de Racine”.

En la vida de la Corte, el interés de la guerra alterna con el de las ceremonias de la realeza, y las cartas de la Marquesa son a veces a manera de boletines de campaña, o reflejan la emoción de las oraciones fúnebres con que Francia entera acompaña a la tumba a su gran Mariscal Turena. También le sirve esa ocasión para hacer algunas reflexiones, finas y sobrias, como solían ser las suyas: “no habéis visto la muerte de Turena, ni ese cañonazo disparado al azar que le eligió entre diez o doce. Para mí, que veo en todo la Providencia, ese cañón habría estado cargado por toda la eternidad; veo que todo encaminaba a Turena hacia allí, y en ello no encuentro nada de funesto para él..... Qué le faltó?. Ha muerto en plena gloria. Su reputación ya no podía alcanzar más alto: en ese mismo momento experimentaba la alegría de ver retirarse al enemigo y recoger el fruto de sus acciones de tres meses. A veces, a fuerza de vivir, la estrella del destino palidece. Es más seguro cortar por lo sano, sobre todo cuando se trata de un héroe....”

La vida diaria de la Corte ha quedado minuciosamente registrada en esos casi innumerables pliegos de papel de cartas. Los vientos de la Fronda las agitan, todos los *affaires* de la vida política se reseñan, todas las victorias de la monarquía francesa se celebran en ellas, y también se escribe en ellas la crónica de un alma: a través de su prolongada lectura vamos recibiendo la impresión de la decadencia gradual que va haciendo presa del ser humano a medida que ve caer en torno suyo, uno tras otro, a sus familiares, amigos y asociados, y así va poco a poco muriendo en espíritu, mientras el cuerpo envejece. Son también largos años de vida privada los que aparecen en estas cartas desmenuzados, casi día por día; hasta los más pequeños incidentes, hasta las mínimas anécdotas personales le dan asunto para escribir a la hija en quien está fijo el

norte de su pensamiento: “Nuestra correspondencia –le dice- es el único placer de mi vida”.

De tiempo en tiempo, Mme. de Sevigné se apartaba de la Corte para ir a buscar reposo en el contacto con la naturaleza, en su castillo de Roches o en Ivry. Tenía un fino sentimiento de la naturaleza y gustaba de encontrarse en ella a solas, o de evocar, en esas moradas familiares, los recuerdos de la infancia y la adolescencia de su hija. Se entregaba, también a detenidas lecturas, sobre las que hace en sus cartas frecuentes comentarios. Por esos comentarios podemos ver cuales fueron sus gustos literarios y las influencias que sobre ella ejercieron otros autores. Aquí, como en otros aspectos de su existencia, Mme. de Sevigné parece haber encontrado la senda hacia el desarrollo de un estilo personal de un modo casi intuitivo; pues sus gustos en materia literaria son muy variados y muestran ciertas limitaciones. Ciertamente, elogia a Corneille, a Racine y sobre todo a La Fontaine; tiene suficiente formación clásica para leer y releer a Tácito y a Virgilio; pero también se apasiona por la *Moral* de Nicole, hoy apenas recordada –hemos visto en cita anterior su tendencia al fatalismo providencial, que Nicole defendía-, y confiesa que lee con gusto las obras de La Calprenede, escritor popular entonces, pero que carece de mérito literario. Ella misma declara que el estilo de La Calprenede es detestable, pero dice que la atraen la viveza de la acción y la fuerza de los caracteres en sus obras. Es decir, el gusto de Mme. de Sevigné tiene limitaciones determinadas por las tendencias de la moda de su época.

Otra limitación determinada por la época se ha señalado en Mme. de Sevigné: pertenecía a la nobleza y se le reprocha su falta de sensibilidad al referirse a las clases no privilegiadas. La crítica más acerba es la de Saint-Beuve cuando le echa en cara la falta de compasión con que describe los horrores de la represión de los motines de los campesinos bretones. En esto, nuestra opinión difiere. Es probable que no siempre se elevara Mme. de Sevigné por encima de los prejuicios de su tiempo y de su clase; pero tenemos la impresión de que su tono ligero y burlón encubre una censura de muchas costumbres y actitudes generalmente aceptadas en el ambiente en que ella se movía. Por ejemplo, léase su descripción de los Estados Generales reunidos en Bretaña en 1671. Después de describir el esplendor de los primeros banquetes, en los que el adorno de las mesas, consistente en enormes pirámides de frutas, ocultaba a los comensales de un lado de la mesa el rostro de los que estaban al otro lado –“y eso no era lo que había que lamentar; al contrario, era un descanso no tener que ver lo que ocultaban”-, se refiere a la reunión de los Estados en esta forma: “Ha sido una gran alegría para mi verme en los Estados, que no había visto en mi vida.... Los Estados no deben ser muy largos:

no hay más que pedirlo que quiera el rey, nadie dice una palabra, y ya está hecho. En cuanto al gobernador, se encuentra con que saca de ellos, yo no sé como, más de cuarenta mil escudos. Una infinidad de otros presentes, pensiones, reparaciones de caminos, quince o veinte grandes mesas, un juego continuo, bailes eternos, comedias tres veces por semanas, un gran lujo de trajes: he ahí lo que son los Estados, me olvido de las cuatrocientas pipas de vino que se han bebido; pero si yo puedo olvidarme de ese pequeño detalle, los otros no lo olvidarán, sino lo colocarán primero.” La burla de Mme. de Sevigné es fina, pero por lo mismo, es penetrante. Por lo demás, ella muestra los más generosos sentimientos cuando escribe sobre la muerte o la desdicha de algunos de sus numerosos amigos o compañeros en la vida de la Corte, entre los que se cuentan los más brillantes nombres de la Francia de su siglo: De Guiche, De Longueville, La Rochefoucauld.

En cuanto al estilo, que ha colocado las cartas de la Marquesa en el rango de las obras clásicas, es en realidad muy vario. En las páginas generalmente citadas en los textos de estudio de la lengua y la literatura se presenta, como hemos dicho, un estilo pulido, con cierto artificio retórico, en el que se nota esfuerzo, aunque bien logrado. En otros pasajes, Mme. de Sevigné escribe con toda espontaneidad cartas de tono familiar, en las que su estilo “trotadice ella- con la rienda suelta.” Creemos que es en esas páginas en las que su espíritu y sus sentimientos se manifiestan libremente y sobrepasa las convenciones de la moda, donde ella alcanza la calidad creadora, dando a la lengua francesa una flexibilidad y una gracia singulares.

Esas cartas son, en toda la intensidad de la palabra, cartas de amor. En una de ellas, le dice a su hija que desde Niobe, nadie ha expresado como ella el amor maternal; y no es una hipérbole en su caso. No se trata del dolor temporal de una separación que empieza, sino de una constancia sin vacilaciones que se prolonga a través de varias décadas: “Os juro –escribe- y protesto que nunca os he mirado con indiferencia ni, con la calma que da a veces la costumbre, y que jamás os he mirado sin alegría y sin ternura: si ha habido momentos en que no lo he demostrado, ha sido cuando más vivamente lo he sentido”. Porque era bastante sensata para darse cuenta de que debía moderar sus demostraciones: “Hay que dejar pasar muchos pensamientos sin que se vea que lo hemos notado”. Nada mejor podía hacer para adaptarse lo mejor posible al temperamento de su hija: “Teneis –le dice- una virtud severa, que no entra en absoluto en las debilidades humanas... Yo soy débil y no me precio de no serlo”. Las pocas veces que volvió a ver a su hija parecen haber servido para abrir más honda la herida a cada nueva separación. Mme. de Grignan parece haberla reconvenido por no poder reprimir sus sentimientos.

Es cierto que en aquella época tal amor podía jugarse impío, pues sólo a Dios debe amarse así. Mme. de Sevigné cuenta a su hija una anécdota a ese respecto, con motivo de una visita a uno de los solitarios de Port Royal: “Le encontré en un crecimiento de santidad que me asombró: mientras más se acerca a la muerte, más se purifica. Me respondió muy seriamente y, transportado de celo y amistad por mí, me dijo que estaba loca en no pensar en convertirme; que era una buena pagana; que hacía de vos el ídolo de mi corazón; que esa especie de idolatría era tan peligrosa como cualquier otra, aunque me pareciera menos criminal...”.

El tiempo y las reflexiones que se le hacían modificaron en parte la expresión de ese cariño inmortal, pero sin disminuir el sentimiento. No sólo amor, sino admirables consejos y la ayuda de su gran fortuna dio a manos llenas la Marquesa a su hija y a su yerno, con quien siempre se mantuvo en los mejores términos, así como a sus nietos. Mme. de Grignan fue en extremo severa con sus hijos y las cartas de su madre demuestran excelentes capacidades de pedagoga en los consejos que da para la educación de sus nietos, consejos que, empero, no fueron escuchados frecuentemente. Mme. de Grignan debe haber padecido de cierto desequilibrio psíquico, que en los últimos años de la vida de su madre tomó la forma de un estado melancólico acompañado de astenia. El hecho es que, aunque su madre murió en su casa de Provenza, durante una de sus visitas, Mme. de Grignan no se acercó a su lecho de muerte.

“Si se intenta resumir en una palabra la riqueza de la naturaleza de Mme. de Sevigné –dice Marguerite Clement– es la palabra gracia la que acude a la mente. Gracia leve y fina, desdeñosa del exceso y de la ficción. Siempre dijo que su hija la superaba en conocimientos filosóficos; pero ella leía a Pascal, se deleitaba en Nicole, se apasionaba por la historia antigua y se inspiraba en Corneille, sin que eso le impidiera administrar sus bienes o cuidar de su jardín”. Se ha dicho que hay en sus escritos la pasión de Racine, la reverencia de Bassuet y la sonrisa de La Fontaine. Sainte-Beuve sugiere que a veces se disimula en ellos la carcajada de Rabelais. Pero sobre todo en esos escritos está ella misma, una personalidad inimitable, la que hace de sus cartas una obra única, imposible de copiar o de reducir a reglas. Es su espíritu el que se apodera del nuestro; un espíritu, un alma de mujer que conquistó y sigue conquistando admiración y afecto, acaso todos los afectos menos aquellos que ansió poseer.

Hemos considerado en estas lecciones cuatro epistolarios de mujer: ninguno de ellos, ni siquiera el de Mme. de Sevigné en su conjunto, ha sido escrito con propósito deliberado de crear una obra literaria destinada al público. Sin

embargo, cada uno de los cuatro constituye una obra maestra: las cartas de Santa Teresa, aparte de su altísimo espíritu, son ejemplos de su estilo castizo, directo, vibrante y a veces exaltado hasta el vuelo poético; las cartas de Mariana Alcoforado se consideran la mejor obra de la literatura portuguesa en el siglo XVII; de las cartas de Sor Juana, hemos visto que han sido llamadas “corona de su obra”; las cartas de Mme. de Sevigné son un valor clásico, mina cuya riqueza no han agotado los siglos.

En general, las mujeres han escrito relativamente pocas obras maestras, hasta ahora. Nos parece significativo que en las literatura epistolar hayan logrado producirlas sin proponérselo. Creemos ver en esto una indicación de que lo que suele faltar a la expresión del genio femenino es la franqueza y la confianza para manifestarse sin inhibiciones, con espontaneidad y vigor natural. Por eso ha logrado realizar una creación artística en las cartas, donde se ha autorizado libremente, como sin darse cuenta, pudiendo la autora decir, a la manera de Fray Luis de León: “Se me cayeron de las manos estas obrillas...”.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (ESTUDIO BIOGRÁFICO)

A corta distancia de la ciudad capital de México, se extiende, el Valle de Amecameca. Dos montes de cima nevada y de florida falda lo dominan: el Popocatepetl y el Ixtacihuatl. Al venir el alba, las cumbres se iluminan de luces irisadas, antes de que el valle salga de su sueño de sombras. Al irse la tarde, cuando ya se duerme la tierra baja, las cimas deslumbrantes brillan aún largo tiempo, encendidas por el sol en fuga con tonos de oro, con reflejos de sangre, con vagos tintes de plata que al fin se deslíen en la azul negrura de la noche, mientras el aire delgado va tornándose cada vez más sutil.

No creo que en otra región de la tierra los rayos del sol alcancen mayor multiplicidad de aspectos, y den mejor la sensación de algo vivo y creador. Bajo esos rayos nació y floreció la infancia de la “niña divina” que se llamó Juana Inés de Asbaje:

“Nací
donde los rayos solares
me miraban de hito en hito,”

nos dice ella. Fue en la alquería de S.M. de Nepantla, el 12 de noviembre de 1651.

Como suele hacerse en torno de todo gran ingenio, los biógrafos han recogido en este caso detalles de una niñez prodigiosa, con más aroma de leyenda que veracidad histórica, para demostrar que la genialidad asomó en

los ojos de la criatura desde que los abrió. La niña aprende a leer a los tres años, y aprende por decisión propia, a hurtadillas de la madre, persuadiendo a la maestra que por juego empieza a enseñarla y con asombro acaba, en corto tiempo. Y desde entonces, ni un instante decae en Juana Inés la inquietud de saber. Espíritu ávido, quiere aprenderlo, escudriñar todo... A los ocho años, oye decir que en México hay Universidad y que allí se estudian ciencias “Y apenas lo oí –dice-, cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos, sobre que, mudándome el traje, me enviase a México, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad”. A semejanza de lo que, siglos más tarde, había de hacer en España Concepción Arenal, la enérgica niña pretendía que la vistieran de hombre, pues con tal, de estudiar, insignificante cosa le parecía un simple “cambio” de vestido. No lo quiso hacer mi madre, -continúa diciendo- pero yo despiqué el deseo de leer en muchos libros, varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo”.

Felizmente, poco después se traslada con sus padres a la capital de la entonces Nueva España. Allí hace que se admiren todos “no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía, en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar”.

Esto, a los ocho o nueve años, es lo que nos cuenta ¿Dónde está, pues, lo que sabemos de la niñez de esta niña? Se nos ocurre preguntar: ¿tuvo una niñez? Dónde están los gritos, los juegos, los animales favoritos, los cuentos, los balbuceos, las deliciosas imaginaciones descosidas y Peter Pan y Alice in Wonderland? Nada semejante parece haber existido en la vida de este ser extraordinario. Hay en cambio, las clases de latín que recibe del Bachiller Martín de Oliva. Bástanle veinte para aprender el idioma, mejor dicho, bástanle esas veinte lecciones como muestra de enseñanza para seguir sola el camino, ninguna más le hizo falta para aprender algo de todas las cosas entonces conocidas en el mundo. Ya en aquella tierna edad, Juana Inés se hace autodidacta. El caudal de su ilustración, en todas las ciencias, es obra de su único esfuerzo. Es el caso de una voluntad que se ejercita encarnizada, obstinadamente, sobre la propia personalidad para formarla. Conocí yo una niña de viva imaginación y amante del estudio que tenía como Jorge Sand, la manía de rumiar historias inventadas, que se contaba a sí misma. En esas historias, a veces imaginaba una niña alocada bajo la dirección de una vieja inexorable, encerrada en una mansión encantada donde sólo había libros e instrumentos para el estudio. La niña era obligada por la vieja, no solo a estudiar casi sin reposo todo cuanto fuese posible aprender, sino además se la obligaba a realizar todos los trabajos domésticos, a barrer, a coser a cocinar a valerse en todo

por sí misma, hasta que, ya llegada a la juventud, la venía a sacar de la prisión un príncipe (siempre había un príncipe en los cuentos de hadas) y entonces la vieja inexorable se revelaba como el hada madrina que había de entregar al héroe a su princesa perfecta, pero que había logrado la perfección a través de sufrimientos, duros trabajos y sacrificios.

Juan Inés de Asbaje me hace pensar en esa niña. No sé si rumió historias, pero más dada a la acción, se que se erigió desde temprano en inexorable maestra y verdugo de sí misma. “Desde que me rayó la primera luz de la razón, -nos cuenta con candorosa gracia-, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas represiones, que he tenido muchas, ni propios reflejos, que he hecho no pocos, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que puso Dios en mí... Y era tan intenso el cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome la ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal o cual cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así, que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto, lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese adornada de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno”. De igual manera, se privaba la niña de comer cosas que le agradaban, si de acuerdo con las supersticiones de la época no eran favorables al desarrollo del entendimiento.

La primera luz que rayó de su ingenio -dice su biógrafo Calleja-, fue hacia los versos españoles, y era muy racional admiración de cuantos la trataron en aquella edad tierna, ver la facilidad con que salían a su boca o a su pluma los consonantes y los números; así los producía, como si no los buscara en su cuidado, sino que los hallase de balde en su memoria.

La habilidad de hacer versos le era más natural que el escribir en prosa. Pronto cundió en la ciudad de México la fama de saber e ingenio de esta doncellita apenas venida de un modesto pueblo, que en mujer de entonces cosa en extremo rara era un ingenio cultivado. Juana Inés echa de menos a las maestras que según ella debían haber sido *ancianas ilustres* y no que solo había hombres para enseñar a mujeres, por lo cual, dada las costumbres de la época, muchas quedaban en la ignorancia.

“Oh, cuantos daños se excusaran en nuestra república si las ancianas fueran doctas... y que supieran enseñar como manda San Pablo y mi Padre San Jerónimo. Y no que por defecto de esto y la suma flojedad en que han dado en dejar a las pobres mujeres, si algunos padres desean doctrinar más de

lo ordinario a sus hijas, les fuerza la necesidad y falta de ancianas sabias a llevar maestros hombres a enseñar a leer, escribir y contar, a tocar y otras habilidades de que no pocos daños resultan. Tal era el sentir de la época:

“No más dómynes en casa,
que a las hijas
en vez de latinizarlas!

Dice, en la comedia de Tirso, el Padre de Marta la Piadosa.

Y mucho era si aprendía una dama de aquel tiempo, especialmente en la Colonia, a leer, y sobre todo, a escribir, pues tal conocimiento se juzgaba en extremo peligroso, ya que lo emplearían, de seguro, en redactar cartas de amores, tristes tentaciones y grave error del que piadosamente había que salvarlas.

Tenía Juana Inés 13 años cuando se hizo cargo del Virreinato D. Antonio Sebastián de Toledo, Molina y Salazar, Marqués de Mancera, vigésimo quinto gobernante de la Nueva España.

Era el Marqués hombre de ilustración nada común, porque había leído y viajado extensamente. A sus oídos llegó enseguida la creciente fama de Juana. Y no sabemos si movido por la admiración la hizo venir a Palacio, o si fue Juana conducida allí por acuerdo de su familia, que era distinguida, aunque no rica, el hecho es que ella entró en palacio y allí vivió algunos años asombrando a todos con la riqueza de sus conocimientos y con la agudeza de su ingenio, encadenando a muchos por la dulzura de su carácter y despertando impulsos sentimentales con el encanto de su hermosura.

Porque Juana Inés era hermosa, con una belleza espiritual y honda, que jamás se olvida cuando se ha visto el retrato que de ella, ya en religión, nos legó el pintor Cabrera, y que recoge en forma de colorido fino y firme, Gabriela Mistral: “La luz de la meseta le hizo aquellos sus grandes ojos rasgados para recoger el ancho horizonte. Y para ir en la atmósfera sutil, le fue dada esa esbeltez suya que, al caminar, era como una reverberación fina de luz, solamente.”

No tiene su pueblo (natal) la vaguedad de las nieblas vagabundas; (tan frecuente en México) asimismo, no hay vaguedad de ensueño en las pupilas de sus retratos. Ni eso, ni la anegadura de la emoción. Son ojos que han visto en la claridad de su meseta, destacarse las criaturas y las cosas en contornos netos. El pensamiento, detrás de esos ojos, tendrá también una línea demasiado acusada.

Muy delicada la nariz y sin sensualidad. La boca, ni triste, ni dichosa: segura; la emoción no la turba en las comisuras ni en el centro.

Blanco, agudo y perfecto el óvalo del rostro, como la almendra desnuda; sobre su palidez debió ser muy rico el negro de los ojos y el de los cabellos.

El cuello delgado, parecido al largo jazmín, por él no subía una sangre espesa; la respiración se sentía muy delicada a su través.

Los hombros finos también, y la mano sencillamente milagrosa. Podría haber quedado de ella sólo eso, y conoceríamos el cuerpo y el alma por la mano, gongorina como el verso... Es muy bella, caída sobre la oscura mesa de caoba. Los mamotretos sabios en que estudiaba, acostumbrados a tener sobre sí la diestra amarilla y rugosa de los viejos eruditos, debían sorprenderse con la frescura de agua de esta mano...

Debió ser un gozo verla caminar. Era alta, hasta parece que demasiado, y se recuerda el verso de Marquina:

“... la luz descansa largamente en ella”

Las costumbres galantes y afectadas del reinado de Felipe IV se reflejaban en la Corte del Virrey de Nueva España, en la cual llegan al espíritu de Juana Inés los halagos de la vida mundana. La conversación donosa de los salones, completaba el cuadro animador de la vida Colonial: Inquisición, teatro religioso, galanteo. Juana demostraba su vario ingenio debatiendo con los retóricos, contestando cartas culteranas, y “pasar, en las recepciones del Virrey, del recitado de una ágil letrilla al zarandeo de la danza”.

Fue dama de honor de la Virreina D^a Leonor que le profesó vivo afecto. El Marques de Mancera tuvo hasta la curiosa idea de juntar un día en su palacio a cuantos hombres profesaban letras en la Universidad y ciudad de México: teólogos, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas y humanistas, y someter a Juana, que entonces contaba 16 años, a un examen de omni re scibili, en el cual triunfaron sin pena su desenvuelto ingenio y su saber.

No parece raro que un espíritu profundo y delicado se sintiera fatigado de tanto brillo formal, y buscara en el apartamiento más anchos espacios al espíritu, cerrando la puerta al deleite de los sentidos a trueque de abrir las ventanas del alma. Esto podría bastar para explicar por qué un día, cuando apenas contaba diez y siete años de edad, se abrieron para Juana Inés las puertas del claustro.

De sus propias palabras se infiere que la llevó al convento el deseo de apartarse de la multitud para entregarse al estudio entre “el sosegado silencio de sus libros”. Esa tranquila seguridad no podía hallarse en aquel tiempo fuera de una celda conventual, y menos para una mujer, y era esto el lógico proceso de un espíritu que desde la infancia lo sacrificó todo al ansia superior de conocimiento, a esa curiosidad científica universal y avasalladora que le hizo atropellar y vencer cuantos obstáculos le puso delante la preocupación y la costumbre y que constituye, como observó ya hace largo tiempo Menéndez y Pelayo, un “rarísimo fenómeno psicológico”.

Porque en esa curiosidad no hay un mero afán abstracto de saber por saber, sino un plan severo y consciente de disciplina espiritual. Sor Juana Inés es un espíritu que busca su realización en una perfección ideal que concibe como alcanzable a través del conocimiento. Por eso la pasión, el exceso se manifiestan en ella principalmente como un encarnizado amor al estudio, lo cual le da una apariencia de “cerebralidad” menos real de lo que se puede creer.

De todos modos, la actitud de Juana Inés al entrar en religión es intelectual o moral o filosófica, pero no mística. Sor Juan no es originalmente un temperamento místico, porque para el místico la intuición es el camino de la verdad y de la perfección. El hombre de análisis y de conocimiento intelectual es el reverso del misticismo.

Entró Juana Inés primeramente en el convento de San José de Carmelitas Descalzas, el 14 de agosto de 1667; pero como la austeridad de la regla la hizo caer enferma, por consejo médico, abandonó el noviciado tres meses después de haber entrado en él. Volvió a alejarse del siglo, definitivamente, quince meses más tarde, cuando tomó el velo en el Convento de San Jerónimo. Dotó a la doncella, que sabemos no era rica, un hombre de fortuna y distinción, D. Pedro Velázquez de la Cadena.

Así entra Sor Juana en la soledad estudiosa de su celda. Allí, sin más maestros que los libros, de los cuales llegó a reunir hasta 4 000, penetró en los mundos de las ciencias profanas para elevarse luego a las divinas. Conocimientos vastos para su época llegó a poseer en física, en matemáticas, en filosofía y en historia, en literatura y en música, que le parecían escalones necesarios para subir hasta la cumbre de la teología. Su fama traspuso los límites de su país y resonó en España, y la cosecha de alabanzas no cabía ya en el campo. Cartas en prosa y en verso llovían sobre ella. Los virreyes se mostraban dadivosos con ella, que debía agradecer sus afectos con versos hiperbólicos.

De todo ello se desprende que Sor Juana no halló en el convento sino una paz relativa. Su saber y su talento, de todos modos, se desperdiciaban en gran parte en exhibiciones mundanas. Además no solo palmas de gloria le obtuvo su talento, sino también de martirio: “¿Quién no creerá -dice ella- viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así; porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré cantar”. Le amargaron la vida “los unos con su odio, los otros con su amor”.

En primer lugar el choque inevitable con el mar de ignorancia femenina que la rodeaba. Espantoso había de ser tener que vivir un ave Fénix entre gansos.

En cierta ocasión tuvo Sor Juana un incidente con la priora del Convento, que era mujer de muy cortos alcances, y molesta, la monja dijo a la superiora: “¡Calle, madre, que es una tonta!” La priora, ofendida, recurrió en demanda de justicia al Arzobispo, Fray Payo Enríquez de Rivera, hombre ilustrado, el cual, donosamente, puso por toda respuesta, al pie de la solicitud: “Pruebe la Madre Superiora lo contrario, y se administrará justicia”.

Además, se atormentaba a Sor Juana con el cariñoso consejo de que abandonara los libros de ciencia profana, porque solo servían para apagar en el corazón la luz de la gracia divina. “Me han perseguido, -dice ella- no por saber, sino por amar la sabiduría”. “Cabeza que es erario de sabiduría, no espere otra corona que la de espinas”. “Los que más nocivos y sensibles me han sido no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien, me han atormentado y mortificado más que los otros”. Llegaron hasta prohibirle el estudio, una superiora fanática, porque “era cosa de Inquisición”. Y como Sor Juana no podía vivir si no vivía su espíritu, enfermó de tanto cuidado, que “la hubieron los superiores de dar licencia para que de fatigarse viviese”. Volvió a los libros con mayor sed después de la prohibición, imponiéndose el riguroso precepto de no entrar a celda ninguna, porque no podía entrar sin perder tiempo en conversaciones. Con las visitas le fue necesario tener más paciencia y más tiempo, porque la visitaban personajes con los cuales no podía excusarse y que no la dejaban pronto. “Solo para responder a las cartas que en versos y en prosa, de las dos Españas recibía, aun dictados al oídos los pensamientos, tuviera el amanuense más despejado bien en que trabajar. No se rendían a tanto peso los hombros de esta robustísima alma; siempre estudiaba y siempre componía”

Una conversación con uno de estos visitantes fue el punto de partida de un incidente que tuvo en la vida de Sor Juana, una influencia capital.

Un sacerdote portugués llamado Antonio de Vieyra, lanzó desde el púlpito afirmaciones infladas, diciendo “que ninguna fuerza de amor de Cristo dirían los Santos, que él no diera otra mayor que ella”. Sor Juana habló de esto, y luego puso por escrito algunos de sus discursos, muy discretamente, en carta privada dirigida al Obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, saliendo en defensa de San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo y derribando la suficiencia del predicador portugués con la firmeza y riqueza de sus argumentos. Y sucedió que el Obispo de Puebla, al contestar esa carta con el... [inconcluso]

HOMENAJE A SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

Mucho agradezco a los miembros del Departamento de Español de la Universidad de Columbia, a esta Casa Hispana de Europa y de América, el haberme designado para decir las palabras finales en el acto de generoso homenaje rendido a una memoria para mí sagrada. Pero acaso la elección que de mí se ha hecho no haya sido la más acertada, porque de los cuatro hijos de Salomé Ureña de Henríquez yo soy la menos favorecida de la fortuna. La menos afortunada; porque eran mis días tan cortos cuando murió mi madre que no me ha sido dado conservar de ella ni un solo recuerdo personal. Y el vacío que así ha quedado en mi vida, vacío imposible de colmar, se me presenta en esta noche de recuerdos como un extraño abismo original, como si a mi existencia le faltara comienzo. Yo he tenido que conocer a mi madre a través de la memoria ajena, he tenido que preguntar, como lo preguntaba, Browning a los que habían visto a Shelley, como era el vuelo del águila, y tratan de recoger siquiera una pluma caída de sus alas. Al menos, no me faltó ayuda, tan alta en número como en mérito, para lograr este empeño. La recibí en el seno de mi familia, donde se rendía a su memoria culto constante, a través de mi padre y de mis hermanos mayores, los que tuvieron la dicha de ser sus discípulos la recibí de sus discípulos, las primeras Maestras Normales de la República Dominicana, a través de las cuales me llegó indirectamente su enseñanza, en el Instituto que llevaba su nombre: Salomé Ureña. Visitaba yo casi a diario la casa en que ella vivió en sus años juveniles, situada en la calle que hoy lleva su nombre también; en aquella casa mantenían vivo su recuerdo las dos personas que en el mundo estuvieron más tiempo junto a ella: su madre y

su única hermana. Recuerdo que mi tía copió para mí de su puño y letra todas las composiciones inéditas de mi madre y yo desde que tuve las primeras letras, que fue a los cuatro años de edad, leí y aprendí de memoria esas poesías por espontáneo y ávido deseo. Y recuerdo también que al entrar en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, de noble tradición colonial, leía siempre el nombre de Salomé Ureña de Henríquez en la lápida de una tumba perennemente cubierta de flores. Fue así como lo que no pudo ser conocimiento directo se convirtió para mí en medio vital. Salomé Ureña es un ambiente en el que yo me formé. Ella me ha rodeado, me ha circundado siempre como atmósfera vivificadora.

Podría aplicarme las palabras que escribió el poeta Rafael Deligne al saber que la poetisa había pasado, sin verla él, cerca del lugar en que él residía:

“No vi su marcha, ni cruzó mi puerta;
mas es su vuelo tal, que el alma mía
se estremeció, despierta a la armonía,
de tanta gloria al esplendor despierta.

Que el genio, aunque se oculte y viaje solo,
astro inmortal o puro ser divino,
deja de luz un rastro peregrino
más que la aurora. . .”

Para mí, que he tenido que apreciar la vida de Salomé Ureña después de terminada, como libro que se lee de principio a fin y se juzga en su conjunto, lo más asombroso que hay en ella es su perfecta integración. Fue una vida breve si se la mide por el número de años; pero hay pocas vidas que puedan dar ejemplo semejante de plenitud y de armonía. En su corto espacio, ella supo reunir en acorde perfecto elementos que en una naturaleza menos armoniosa hubieran parecido dispares. Se apartó de los moldes trillados de la limitada existencia de las mujeres de su época; se elevó por encima de las pasiones políticas, que dominaban la sociedad en que vivía, entró por caminos inexplorados y señaló nuevos horizontes. Su acción fue innovadora; su actitud podría considerarse revolucionaria; pero en cuanto dijo e hizo no hubo jamás señal de violencia o discordancia; no resonó jamás una nota estridente. No hubo mezquindades. No parece que haya habido en su espíritu contradicciones o dudas. Su existencia se unificó en un propósito que la abrazaba entera. Su hijo Pedro Henríquez Ureña escribe: “Servir fue para ella, como para el poeta griego, la aspiración única.” Servir a su patria, por la que sintió devoción infinita, y servir a la humanidad. En su concepto, la misión del hombre sobre la tierra debe ser “disipar del error la sombra densa—y a la ignorancia que en la sombra gime – llevar la luz de la verdad que piensa.” Como el gran antilla-

no Hostos, con quien colaboró en la reforma de la educación en la República Dominicana, ella podía decir “dadme la verdad y os doy el mundo”. El camino de la verdad es el camino de la salvación del hombre por el espíritu, y esa salvación es la misión esencial de la estirpe humana. La verdad no está en la ciencia sola, que puede ir descaminada a servir de instrumento a la crueldad para la destrucción del hombre. Para Salomé Ureña la verdad sólo puede existir unida a la libertad y guiada por la virtud, que es la elevación del carácter. Así concibe ella la educación:

“Formas conciencias en el molde austero
de la virtud que en la razón se inspira”.

La base del progreso de la paz y libertad de las naciones no puede ser otra que el desarrollo de las virtudes ciudadanas:

“¡Alzad el estandarte a las naciones!
¡Abrid a las virtudes el camino!

Los únicos que pueden abrir a la humanidad ese camino de progreso verdadero son aquellos que, como dijo Hostos, “puedan presentarse en el combate de la vida con la armadura y divisa del:

“Constientia propugnans pro virtute,” como conciencias que combaten por el bien”.

Esa convicción llevó a Salomé Ureña al magisterio. Pensando en las capacidades más latas del espíritu femenino: la capacidad de amor y abnegación y el don del consejo, previendo la que podría esperarse de su desarrollo, se consagró a la formación de la mujer dominicana, a darle conciencia de sí misma y de su posible influencia en los destinos del país:

“Hágase luz en la tiniebla oscura
que al feminil espíritu rodea
y en sus alas de amor irá segura
del porvenir la salvadora idea.”

Así la obra de Salomé Ureña en pro de la elevación del nivel cultural y social de la mujer –labor que hoy puede considerarse feminista, aunque ella jamás usara esa expresión– se enlaza en unión perfecta con su propósito de servir a la patria y al mundo. Hacia ese propósito marchó ella por todos los caminos que tomó su existencia. No se presentó nunca a su espíritu el conflicto –tan marcado en la existencia de tantas mujeres de épocas posteriores– entre la vida profesional y la vida doméstica. Así como para Santa Teresa el Señor andaba entre los cacharros de la cocina, para Salomé Ureña de Henríquez a la patria y al mundo se los servía en la cotidiana vida hogareña. Muy hábil

fue y muy diligente en “las labores propias de su sexo”. Era, entre otras cosas, competentes modista. Supo elegir por esposo a un hombre que se identificó con ella en aspiraciones y propósito, y sus hijos fueron para ambos no sólo factores de dicha personal, sino espíritus que formar:

“Y así a la Patria, al mundo
 como prenda de paz y de amor santo,
 en acciones magnánimas fecundo
 un miembro digno regalar en tanto.”

Por eso la madre contemplaba con visión profética los juegos “serios” de su hijo Pedro:

“Todo lo grande le merece culto;
 entre el ruido del mundo irá sereno,
 que lleva de virtud germen oculto”.

La poesía de Salomé Ureña, nutrida en la savia de sus lecturas de los clásicos castellanos, corresponde por la elevación y la pureza del estilo a la grandeza de su inspiración. Pero no fue nunca su poesía creación concebida en “torre de marfil”. Su obra literaria estuvo también subordinada a la misión patriótica y humana que se proponía realizar, y su deseo fue “hacer llegar su prédica a la conciencia de la nación”.

“Paso abridles: La lira del poeta
 tiene tonos enérgicos y extraños
 que vibran con acentos de profeta
 y almas conmueven y conjuran daños.

Paso abridles: La risa del sarcasmo
 Huya del labio que entreabrió la duda.
 Yo vengo con la fe del entusiasmo,
 Con esa fe que las montañas muda!”

El espíritu de Salomé Ureña fue rico en las virtudes de entusiasmo, las virtudes ardientes de la fe, la esperanza y el amor. Si su propósito hizo de su vida un deber, su entusiasmo hizo de ella una pasión en la que ardió tan vivamente el espíritu que el cuerpo se consumió antes de tiempo. No fue tranquila ni plácida su existencia, porque fue una lucha constante contra la guerra, siempre fraticida, contra la ignorancia, contra el vicio, contra la opresión. Muchas presiones impuso el mundo a su espíritu fuerte; pero ella lo dijo y lo cumplió:

“que jamás bajo el peso que me oprime
 mientras un rayo de virtud me anime
 la frente inclinaré.”

Como el personaje de Shaw pudo haberse expresado ella: “Si concibo algo superior a lo existe, tengo que luchar por realizarlo.”

No fue sólo el saber y el amor al bien lo que ella supo difundir en torno suyo, sino que transmitió a quienes la rodeaban el fuego de su entusiasmo. Los jóvenes, sin distinción de sexos repetían sus máximas, recitaban sus versos y hasta los escribían en las paredes de sus viviendas. El poeta gastón Deligne escribe:

“Fue un contagio sublime muchedumbre
de almas adolescentes la seguía
al viaje inaccesible de la cumbre
que su palabra ardiente prometía.

Las discípulas que ella formó no han dejado apagar la antorcha de sus enseñanzas. Los han dado continuación no interrumpido hasta ahora. La patria misma, aunque depauperada y devastada por las guerras civiles, producto de un proceso histórico ineludible, supo apreciar los esfuerzos de la animadora de ideales y la rodeó en vida de una aureola de honor y de respeto: Dice la poetisa:

“Alguna vez la patria bendecida
benévola me escucha sonreída
y aplaude mi canción.”

A su muerte, los dominicanos todos demostraron tan hondo dolor, que Hostos lo comentó diciendo: “Casi vale hacer soportado la vida con tal de morir entre corazones tan amigos.”

Hoy, al cumplirse el primer centenario de su natalicio, la patria dominicana ha probado que es perdurable su fervor celebrando la fecha con manifestaciones de delicado sentimiento. Viven aún algunas de las seis primeras Maestra Normales dominicanas que recibieron su investidura ante Salomé Ureña en 1887. El día 27 de octubre de este año de 1950, esas maestras han podido recordar aquella fecha memorable, mientras miraban desfilar frente la casa donde vivió en su juventud la educadora; a las 600 alumnas que hoy cuenta la Escuela Normal Salomé Ureña. Cada una de las alumnas al pasar dejó una flor ante la puerta de la sencilla morada y la entrada quedó cubierta con la ofrenda fragante. Ese fue el homenaje de seiscientos almas juveniles a la Fundadora que sigue inspirándolas con su espíritu animado. Para esas adolescentes también es Salomé Ureña un ambiente, es aire que respiran sus almas y en el que cobran vida su anhelo de perfección y sus esperanzas de un porvenir siempre mejor.

DOS POETISAS CUBANAS

Un hecho señalado en la vida cultural de Cuba es el papel preponderante que en ella representa la mujer, especialmente en el aspecto literario, y en particular, en su manifestación poética. Muchos de los mejores líricos cubanos han pertenecido al sexo femenino: Gertrudis Gómez de Avellaneda, que algunos consideran la más grande entre las poetisas de lengua castellana anteriores al siglo XX; Luisa Pérez de Zambrana, que cantó la vida sencilla con una nota personal de ritmo y sentimiento; Mercedes Matamoros, que tuvo acentos para expresar tanto el amor bravío como la emoción ingenua; Nieves Xenes, ardiente y secreta; Juana Borrero, pura y encendida como la rosa roja del clásico andaluz... Y luego, después de la guerra de independencia, una serie sin término de inspiradas que han dado a la poesía nuevos matices, desde el rico lirismo de Dulce María Borrero, hasta el trémulo misterio de Dulce María Loynaz o el tono intenso, palpitante, de la poesía social de Mirta Aguirre. Una serie de poetisas cuyo número y calidad asombra, aun en esta tierra de poesía que es la América Española.

Primeras en el tiempo, las que inician ese desarrollo de la poesía femenina en Cuba son dos mujeres opuestas por el temperamento y por la vida, porque opuestas fueron las circunstancias externas y las reacciones interiores que determinaron sus destinos: Gertrudis Gómez de Avellaneda y Luisa Pérez de Zambrana: grande la una, altanera y majestuosa; tímida, tierna y delicada la segunda. La estrella y la paloma.

La Habana, 5 de febrero de 1938. Impresa en disco en la Star Radio Corporation para la Sesión de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, Estados Unidos. Véase su vínculo con la mujer en las letras hispanoamericanas, reproducido aquí.

Nacieron ambas en la parte oriental de Cuba. La Avellaneda en Camagüey, en 1814; Luisa Pérez 23 años más tarde, en los alrededores de Santiago de Cuba.

La Avellaneda era hija de un oficial de marina español:

“Yo a un marino le debo la vida,
y por patria le debo al azar
una perla en un golfo nacida
al bramar
sin cesar
de la mar”

Desde muy joven, la suerte la alejó de esa patria, y la partida le arrancó acentos de amor y de dolor:

“¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela
tu dulce nombre halagará mi oído!”

Nunca más volvió a residir en Cuba y sólo la visitó una vez. Ya la fama pregonaba su nombre y Cuba quiso que le fuese ceñida, en acto público, la corona del poeta. La colocó sobre sus sienes una joven que empezaba a despuntar como poetisa: era Luisa Pérez de Zambrana.

La Avellaneda residió en España la mayor parte de su vida; allí produjo casi todas sus obras; dos veces contrajo matrimonio y ambas con españoles prominentes; en España murió y allí yacen sus restos. Por eso la crítica la ha considerado como española y sus obras figuran en la literatura de España, aunque cuando abandonó a Cuba, ya su genio había encontrado expresión adecuada. La Avellaneda figura en la literatura española con el mismo título que el mejicano Juan Ruiz de Alarcón, presenta en su obra rasgos reveladores del influjo, del suelo natal, de la tierra que amó hasta el punto de repetir, pensando en ella, las palabras de Delavigne: “El cielo de otros países no es cielo para mi”.

La Avellaneda se formó bajo la influencia de Heredia, el primer gran poeta cubano, clásico por la forma, romántico por el espíritu y bajo la influencia de los poetas españoles Quintana y Gallego. Así, tuvo las cualidades formales del clasicismo español del siglo XIX: noción clara del lenguaje poético, estilo depurado, energía en la expresión, énfasis que alcanza la grandilocuencia.

Pero esta influencia formal sirve sólo de envoltura a un lirismo muy personal, cuya nota esencial tiene sus raíces en la vida misma de la poetisa, vida

de conflictos. La Avellaneda fue un alma tumultuosa, sacudida por fuertes pasiones, abrasada por amores y sufrimientos que abarcaron lo humano y lo divino. Su existencia tuvo exaltaciones y depresiones de oleaje embravecido. Plural fue la histórica de su corazón, y su poesía es voz de una pasión avasalladora e ilimitada que por primera vez en lengua castellana suena en labios de mujer, valiente, abiertamente, no vestida de túnica angélica, como en Teresa de Jesús, ni disfrazada de petrarquismo e impersonalidad, como en la gran monja de México; sino franca, impetuosa expresión de las agitaciones más hondas que puede sentir un espíritu femenino:

“¡Salga del pecho, requemando el labio,
el caro nombre, de mi orgullo agravio,
de mi dolor sustento!...

¿Escrito no lo ves en las estrellas
y en la luna apacible que con ellas
alumbra el firmamento?

.....

De aquella fuente entre las claras linfas,
¿no le articulan invisibles ninfas
con eco lisonjero?

¿Por qué callar el nombre que te inflama,
si hasta el silencio tiene voz, que aclama
ese nombre que quiero?...

.....

Error ha sido acusar a la Avellaneda de frialdad. Solo el dominio clásico de la forma da a la arquitectura de sus mejores versos un equilibrio que el fondo desmiente.

“En devorante sed mi alma encendida
pide grandes pasiones”,

dice. Y porque es una gran apasionada, arde en ella el fuego místico, de un misticismo romántico que representa un nuevo valor estético en la literatura de la época. Es primero esa sed devoradora de amor, aspiración indefinible a un bien ideal, “sin nombre en la terrestre vida”, inasequible:

“Mi pensamiento en temerario vuelo
ardiente osaba demandar al cielo
objeto de mis amores “.

Viene luego el vano intento de encarnar esa aspiración ideal en hombre de carne ávida y de flaco espíritu. Viene el desengaño. Viene el dolor de per-

der una y otra vez la amistad y el apoyo de quienes supieron amarla mejor. Y viene la resignación, el acatamiento de la voluntad divina:

“Rompes mis lazos cual estambres leves,
cuanto encumbra mi amor, tu mano aterra
tu haces, Señor, exhalaciones leves
las esperanzas que fundé en la tierra”

... ..

Al fin viene la soledad, y en ella el gran amor que no pudo realizar en lo terreno se vuelve a lo divino, expresión ideal de lo perfecto y de lo eterno. Alcanza la depuración por el dolor y la exaltación lírica se sublima en el deseo del alma de unirse a Dios, de perderse en su profundo océano de amor:

“Soy una inquieta esperanza
que en ti alcanza
su complemento final”

La mujer hermosa, la poetisa admirada y celebrada, triunfadora en salones cortesanos y en tertulias intelectuales; la que fue amada por muchos y a muchos amó, acaba por aislarse de todos, en una vida de silencio y oración, a tal punto apartada, que a su muerte muy pocas personas acudieron al entierro. Cuba no conserva sus restos, como tampoco, por extraño destino, guarda los de Heredia. Como la tierra florentina, la cubana no ha de guardar las cenizas de sus más grandes cantores.

Por su energía y altivez, esta mujer extraordinaria, esta criatura de pasión y arrebató, ha parecido a algunos una figura de rudeza masculina. Hasta tal punto la idea de femineidad parece contraria a la de fuerza. Martí la considera “más alta y potente que el dolor humano”. “Su pesar –dice- era una roca”. El de Luisa Pérez, dice, en cambio “-era una flor”.

Luis Pérez también fue arrancada a sus montañas nativas, cuando era muy joven, y lo lloró también en sentidos versos:

“Cuando sobre el espacio cristalino
desplegó, como un pájaro marino,
sus alas mi bajel,
cuando vi en lontananza ya perdidas
las montañas, las cumbres tan queridas
que me vieron nacer;
Cuando abatida vi, del mar salobre,
la sierras melancólicas del Cobre

sus frentes ocultar,
 con aflicción profunda y penetrante
 me cubrí con las manos el semblante
 y prorrumpí a llorar.

... ..

Pero no salió nunca de Cuba. Casada con un cubano ilustre, Don Ramón Zambrana, pasó a residir a la capital. Ese matrimonio “fue el suceso romántico de su vida”; una unión física y espiritual de rara, exquisita armonía. Cinco hijos nacieron de él. La vida de la poetisa se deslizaba como suave corriente, levemente teñida de la melancolía de su lejana sierra natal. Cantaba el amor sereno y la vida sencilla, con idílica voz.

Pensando en el esposo, pide al rayo de la estrella: dile

“que le amo tierna, con serena calma,
 y que este dulce amor arde en mi alma
 como un vaso de luz”

Es hermosa y gentil. “Es Luisa Pérez, -dice Martí- pura criatura a toda pena sensible y habituada a toda delicadeza y generosidad. Cubre el pelo negro en ondas sus abiertas sienes; hay en sus ojos grandes una inagotable fuerza de pasión delicada y de ternura, pudor perpetuo vela sus facciones puras... Cautiva con hablar y con mirar inclina al cariño y al respeto”. Como la Beatriz de Dante va benignamente vestida de humildad.

Es , -ella misma se pinta- trigueña y modesta “y un traje de muselina blanca” sienta mejor que otro alguno a su tranquila sencillez.

Súbitamente, un huracán del destino turba el idilio: muere el esposo amadísimo “Murió el esposo, y el bosque, y los amores y el corazón de Luisa han muerto” dice Martí. La poesía idílica adquiere acentos de elegía, la naturaleza toma el color del corazón, en una de las composiciones más hondamente femeninas que se han escrito en el mundo. La Vuelta al Bosque.

“¿A dónde, ¡cielos!
 a dónde iré sin él por el vacío
 de la noche sin fin? ¡Fúnebre bosque!
 Hoy todo es muerte para mí en la tierra.

Sigue bramando el huracán, uno a uno, los hijos; vidas en flor van tronchándose prematuramente. Un grupo de composiciones cuyos títulos bastan a sintetizar tan tremendos infortunios: “En la muerte de mis tres hijos –En la muerte de mi hijo Jesús –En la muerte del único hijo que me quedaba” con-

sagran a Luisa Pérez de Zambrana como poetisa elegíaca. Son poesía, más que de mérito literario, de alto valor humano. Son monumentos a los muertos inolvidables: a los que duermen “en el fondo de tres tumbas con sudarios de lágrimas vertidas”, al “mancebo de las sienes de ámbar”, al “joven y altivo atleta imasible, olímpico y hermoso como una estatua griega”.

Rodeándola ese mundo de estatuas yacentes como en el seno de una catedral gótica, Luisa vivió una larga ancianidad. Apartada del mundo, conoció la soledad, y la pobreza. A los 85 años terminó una vida que alcanzó en los momentos de mayor infortunio, su plena expresión armoniosa.

Imposible imaginar dos poetas y dos mujeres de características más opuestas que G.G.A y L.P.Z. “Gertrudis –dice Martí- era algo así como una nube amenazante. Luisa Pérez, algo como una nube de nácar y azul en tarde serena... Sus dolores son lágrimas; los de la Avellaneda son fiezas. Una hace temer; otra hace llorar”.

De la Avellaneda han brotado versos soberbiamente graves como la música de un órgano, de Luisa acordes suaves y gemidos desgarradores, pero sin violencia, como la voz de un arpa. Lo altivo y lo plácido; el ímpetu y la gracia, la grandiosidad y la delicadeza, pero en ambas crece de un alma de mujer trémula y desgarrada, amor y dolor: pasión: poesía escrita con sangre y con lágrimas: sentimientos, que es la materia con que se tejen los sueños y la única con que puede forjarse la poesía.

LAURA MESTRE, UNA MUJER EXCEPCIONAL

Hace justamente 100 años que nació Laura Mestre y Hevia, la meritísima mujer cubana a quien se dedica hoy, en la Universidad de La Habana, digna conmemoración. La Habana fue su ciudad natal. Nació en el seno de una familia que ha dado renombre a Cuba en las letras y en las ciencias a la par. Fue su padre un sabio médico, el Dr. Antonio Mestre, y esta Universidad ha contado entre sus profesores a varios de sus parientes, como el Dr. José Manuel Mestre, hombre de pensamiento profundo, autor del célebre discurso universitario sobre “La filosofía en La Habana”, el Dr. Arístides Mestre, que impartió la enseñanza de la Biología, y el ilustre filólogo Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, cuyo nombre de fama mundial, perpetúa este edificio que sirve de sede a la escuela de Letras, como homenaje a uno de sus maestros inolvidables.

Las condiciones sociales de la época en que nació y se formó en Cuba Laura Mestre no eran favorables a la dedicación de la mujer a las actividades literarias. Como hace notar la brillante escritora Loló de la Torriente en un artículo sobre Laura Mestre, “pocas cubanas han concurrido al campo de las letras para recoger flores, aunque muchos nombres se han sumado a las listas de poetas, narradores, ensayistas, críticos y periodistas”. Estas condiciones adversas, pronto habrían de influir de modo definitivo en la vida de Laura; pero en cambio fue particularmente afortunada en cuanto al medio familiar en que le tocó desenvolverse. Podemos evocar imaginariamente a la pequeña Laura en ese ambiente de elección, como una niña seria, estudiosa, de viva

Intervención en el acto de homenaje que, con motivo de su centenario, se le rindió a Laura Mestre en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana, en abril de 1967.

inteligencia. Residía la familia en una amplia casa de la calle de Jesús María, que nos representamos como de largos corredores silenciosos, grandes habitaciones y patios umbrosos. La niña, una vez terminada la escuela primaria, siguió estudiando en la única forma posible: en la casa. Le daba lecciones el maestro Gabriel Pichardo, de materia general y de letras y de ciencias; la iniciaba en el cultivo del arte pictórico la profesora Dolores Desvernine y Galdós; pero además, el padre sabio fue también maestro de su hija. A sus conocimientos científicos unía el Dr. Antonio Mestre un profundo dominio de las lenguas clásicas. Cuentan quienes le conocieron que todos los días, tras la hora del almuerzo, subía el Dr. Mestre a las habitaciones del segundo piso donde estudiaba su hija a impartirle enseñanza de la lengua latina y de la griega. El ambiente de los estudios de Laura, fue, así, en dos sentidos clásico: por las materias estudiadas y por la grave armonía de una relación familiar tan elevadamente concebida. Aprendió también Laura desde temprano varias lenguas modernas, y se dio a conocer como escritora a los 18 años, en las páginas de la revista *La Habana Elegante*, como traductora –en unión de su hermana Fidelia– de la novela *La Sombra*, del autor francés M. A. Gennevraye. (Año III, 21 de junio a 8 de noviembre de 1885).

Se comprende que Laura Mestre aspirara a comunicar al mundo que la rodeaba sus conocimientos y sus formas de pensar, por la acción tanto como por la pluma y por la palabra hablada. En sus primeros años de juventud así lo demostró. Pronto se animó a presentarse a oposiciones para obtener el cargo de directora del colegio “Heredia” y en serios y difíciles ejercicios dio pruebas de que merecía el cargo; pero influencias políticas prevalecieron, y esto, unido sin duda al hecho de ser ella mujer, hizo que se otorgara el puesto a otro concurrente.

Este fue el punto crucial en la vida de Laura Mestre. Su decepción fue abrumadora y la llevó a cortar definitivamente sus aspiraciones en el terreno de la vida pública. Pudo haber insistido. No lo hizo. En esa época a una mujer no se le abría fácilmente otra salida. En España, la Pardo Bazán, que era “mucho hombre”, para decirlo con palabras de Bretón de los Herreros, tuvo necesidad de un fuerte apoyo oficial para atreverse a ocupar, contra viento y marea, una cátedra en la Universidad de Madrid. Laura Mestre, desde este momento de su existencia, se retrajo de la vida pública. Pero no fue para reducirse a la inactividad; sino, al contrario, para desarrollar una labor de gran intensidad en el estudio y la disciplina intelectual. El Dr. Dihigo, en el discurso que pronunció ante los alumnos de Latín, Griego y Lingüística de la Universidad de La Habana, en 1944, con motivo del fallecimiento de Laura Mestre, describe la tarea de formación de sí misma que llevó a cabo Laura.

“Consagró –dice- su atención preferente a la lengua del Lacio, analizando todos los clásicos... Mucho tiempo pasó ... realizando trabajos de esta índole, hasta dominar por completo la interpretación de los clásicos latinos... Siguiendo la misma línea de conducta que se había trazado para el mejor estudio y dominio de la lengua latina aplicóse ... a los correspondientes de la griega y alcanzó profundo conocimiento...” Tales afirmaciones, viniendo de un filólogo tan docto cuanto exigente, pueden darnos idea de la capacidad de Laura y del saber que alcanzó. Como reflejo de estos estudios, publicó Laura, en 1928, un volumen que intituló Estudios griegos.

Forman el volumen una colección de artículos, y las “Lecciones de Lengua griega sobre un texto de Homero”, que se habían publicado ya en la Revista de la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de La Habana, de mayo de 1913 a julio de 1915. En este trabajo, que es un breve curso práctico de lengua griega según el método llamado de Robertson, lo que ensaya la autora es lo siguiente: dado un pasaje de Homero en el original, llevar a cabo un cuidadoso análisis lexicológico de cada trozo, y pasar luego al ejercicio del empleo de las palabras estudiadas en la formación de oraciones. Ofrece además la traducción al español de los pasajes estudiados, hecha por ella directamente del griego, en lenguaje que sorprende agradablemente por su pureza y diafanidad. De su gran asiduidad en el estudio de Homero ha dejado prueba Laura Mestre, de acuerdo con lo que expone el Dr. Dihigo en su discurso mencionado, al legar a la posteridad los manuscritos de una traducción de La Ilíada y otra de La Odisea, ambas completas, lo que representa una obra de gran aliento. No hemos tenido personalmente oportunidad de examinar esos manuscritos; pero hemos recogido pasajes intercalados en otras obras de la autora, que reflejan bien esa calidad de pureza diáfana que caracteriza su expresión.

He aquí su traducción del pasaje en que se describe el furor que se apodera de Apolo al oír la súplica de su sacerdote ofendido: (Ilíada, Canto I):

“Escúchame, dios del arco de plata que proteges a Crisa y a la divina Cila y que reinas en Tenedos, Apolo Esminteo; si alguna vez adorné tu templo para hacértelo grato, si alguna vez quemé en tu obsequio los muslos cubiertos de grasa de toros y de cabras, cúmpleme este voto: expíen los griegos mis lágrimas con tus dardos.

Tal fue su súplica y Febo Apolo la escuchó.

Bajó de la cima del Olimpo con el ánimo irritado, llevando en los hombros el arco y la repleta aljaba: al agitado andar resonaban las flechas sobre los hombros del dios enojado. Parecía la noche que se acercaba”.

La siguiente es su traducción del pasaje de La Odisea en que Ulises llega, suplicante, ante Nausícaa (Odisea, Canto VI).

“Yo te imploro, reina, ya seas diosa o criatura mortal: si eres alguna diosa de las que habitan el vasto cielo, te pareces a Diana, hija del magno Júpiter, por la belleza, porte y estatura; si eres alguna de las criaturas que viven en la tierra, dichosos deben ser tu padre, tu augusta madre y tus hermanos, cuyos corazones latirán de alegría y de orgullo cuando te vean entrar en las danzas, y harto más dichoso aún será el varón, que, por la magnificencia de sus regalos de boda, consiga llevarte a su casa. Nunca he visto a nadie semejante a ti y no me canso de admirarte: tal vi un día en Delos, junto al ara de Apolo... el tallo erguidísimo de una joven palmera, que me dejó asombrado, pues jamás brotó de la tierra otro semejante. Así, mujer, yo te admiro y me quedo atónito, sin atreverme a abrazar tus rodillas, mientras un pesar profundo me agobia...”

La traducción del pasaje del canto II de *La Ilíada* conocido como “La enumeración de las naves”, fue publicado por Laura Mestre en la Revista de la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de la Habana (Vol. XV. Nro. 1, Julio 1912) y mereció comentarios elogiosos del connotado traductor de los poemas homéricos Don Luis Segalá y Estalella. Esta traducción figura también en el volumen de *Estudios griegos*, el cual está además constituido por varios ensayos sobre literatura griega. Tres de éstos se refieren a la literatura clásica: tratan, respectivamente, de “poesía lírica griega”, de “los trágicos griegos” y “del concepto de la historia entre los clásicos”, concepto que se analiza no sólo en algunos clásicos griegos, sino en otros latinos. Entre los líricos, estudia las obras de tres poetas tan diversos como Píndaro, Safo y Anacreonte. De los trágicos griegos, analiza las obras que de ellos conservamos. En cuanto a los historiadores, parte de Herodoto para pasar luego a Tucídides y Jenofonte y de estos a los romanos Tácito y Salustio, estudiando la evolución del concepto de la historia de lo épico y semilegendario al carácter político, que “aparta de la historia toda influencia sobrenatural, atendiendo a los móviles humanos en las acciones sociales”.

Lo que asombra en estos estudios, que se destacan por su concisión, en el directo, minucioso conocimiento de los autores que les sirve de base: poema tras poema, escena tras escena, libro tras libro están analizados directamente. La autora ha leído y anotado los originales, y los ha traducido y nos da numerosos pasajes de sus versiones. Provoca la más sincera y espontánea admiración en nosotros el apreciar el concienzado y amoroso trabajo que esto tiene que haber significado. Y se hace palpable que no se trataba de lecturas aisladas, sino de un conocimiento global de las literaturas clásicas y dentro de

éste, un conocimiento particular de cada uno de los grandes autores. Y esto constituye una verdadera hazaña de lectura y de interpretación.

Pero Laura Mestre no limitó su sed de saber y su capacidad para el esfuerzo intelectual al estudio de la antigüedad clásica. En el mismo volumen de *Estudios griegos* se incluye uno, muy interesante, sobre los “Cantos populares de la Grecia moderna”, en el que la autora nos presenta una poesía que considera “tan original como el *Romancero*”, y como éste “nacida de la vida misma del pueblo” y reflejo de ella. Expone la autora el estado social que ha dado origen a esos cantos en la Grecia dominada por el opresor turco. Por ser éste su origen, brotaron sobre todo “en las tierras del interior y en sus libres montañas, refugio del desesperado clepta, siempre en lucha contra sus opresores.” La autora pasa a darnos, en este caso también, sus propias versiones del original. Dice, con sencillez: “Las canciones populares que vamos a ofrecer y a traducir proceden de diversas regiones de Grecia y fueron coleccionadas en el primer tercio del siglo XIX: constituyen muestras de los varios dialectos modernos, que contienen palabras turcas, albanesas, y giros italianos Las diferencias que existen entre esos dialectos, en la terminología y en las formas gramaticales no son tan marcadas como las de los (otros) dialectos europeos y puede considerarse como una sola, fija y homogénea, esta lengua” (el griego moderno). No se nos pueden ocultar las variadas y múltiples dificultades que la traducción tiene que haber ofrecido, en tales condiciones, sobre todo para lograr resultados tan bellamente expresivos como esta versión del poema “El sepulcro del clepta”:

“Poníase el sol y Dimas daba sus órdenes: Hijos míos, id por agua para vuestra cena, y tú, Lamprakis, mi sobrino, siéntate a mi lado, toma mis armas y sé capitán. Vosotros, hijos míos, coged mi pobre sable, cortad ramas y haced un lecho para acostarme y traedme un confesor para decirle mis pecados: treinta años fui armatolo y veinte años clepta; ya me llegó la hora y voy a morir: haced mi tumba amplia y alta de modo que pueda (yo) combatir de pie y cargar el arma; y a la derecha dejad una ventana para que las golondrinas vengan a anunciarme la primavera y los ruiseñores el hermoso mes de mayo.”

De los numerosos poemas cuya traducción nos ofrece Laura, la mayor parte son de inspiración libertaria, ecos de la lucha encarnizada de aquellos guerrilleros indomables que poblaron, como nuevos dioses, el Olimpo, el viejo monte helénico “no hollado por el turco”, y la mayor parte de las cumbres más escarpadas de la Hélade.

Otras canciones, en menor número, son ecos de fiestas religiosas o campestres, o canciones amorosas, como la siguiente breve poema digno del cancionero de un Heine:

“Recorreré campos y montañas preguntando a los animales silvestres si pueden darme algún remedio para olvidarte. Y los campos me dirán: Vete, ¿qué mal te hemos hecho para que nos entristezcas hasta el punto de hacernos perder nuestras galas?”

Al leer estos *Estudios* se nos ha revelado de manera inequívoca que la vocación esencial de Laura Mestre fue la docencia. El contexto de sus trabajos, en general, es de carácter magisterial. Sus ensayos presentan con encomiable claridad la materia a estudiar: el poema que interpretar, el pasaje en prosa que comprender, la escena dramática en que participar. Y con su exposición sencilla, pero respetuosa de la calidad literaria, logra que el lector, irresistiblemente transformado en alumno suyo, se sumerja en la lectura de las obras, vibre con las emociones o medite con las reflexiones que en ellas han vertido los autores; que, como debe hacerlo todo genuino lector, se convierta hasta cierto punto en coautor de lo que lee. Para ello se sirvió Laura Mestre del único método por el cual resulta realizable la enseñanza literaria: la lectura comentada de los textos, basada en los originales casi siempre, pero auxiliada, para uso de los lectores menos ricos en conocimientos lingüísticos, por sus iluminadoras traducciones al español. De aquí, el hecho de que la finalidad de sus estudios no sea crítica, en el sentido de señalar y destacar defectos. Es cierto que las más de las veces el objeto de sus estudios lo constituyen obras maestras que ya han soportado y superado siglos de crítica. Tarea nimia puede resultar el apuntar defectos en Homero, Shakespeare o Cervantes, no porque no existan, sino porque lo que interesa al mundo, de modo permanente, es el descubrimiento –nunca agotado– de sus valores. En general nos parece que la orientación de la labor de Laura Mestre se dirige hacia la apreciación entusiasta de la alta calidad literaria.

No podemos menos de lamentar, al apreciar a través de su obra sus cualidades de maestra, que Laura Mestre no llegara nunca a verse rodeada de los discípulos que hubieran debido disfrutar de sus enseñanzas.

Si bien Laura Mestre merece, por su labor en torno a la literatura clásica griega, el nombre que le diera en su mencionado discurso el Dr. Dihigo, de ser “la primera helenista cubana”, conoció además con profundidad varias literaturas modernas y dominó las lenguas en que han hallado expresión: italiano, francés, inglés, alemán. Hemos visto ya que el griego moderno atrajo su estudiosa atención. También dedicó estudios meditados a la literatura española y a la cubana. En 1930, dos años más tarde que sus *Estudios griegos*, dio a la

imprenta un volumen de estudios sobre Literatura moderna, que muestran la rica variedad de sus intereses intelectuales. Sus inclinaciones didácticas se expresan con vigor en la parte inicial del libro, dedicada a un breve Tratado del arte literario, del que quiso hacer un tratado de enseñanza del arte de escribir. Apartándose del estricto sistema de enseñanza de la retórica entonces emboga, con sus inmemorables listas de “figuras” y otros recursos literarios, hechos más para poblar la memoria que para aguzar la comprensión, la autora trata – nos dice – “de aplicar al arte de escribir el sistema usado en la enseñanza de las otras artes, realizando el estudio directo de los modelos y la aplicación de algunos principios que se descubren mejor en la pintura y la escultura.” Es decir, que así como el estudio del griego clásico lo aplicó Laura Mestre a lograr la claridad de estilo y pensamiento, el estudio de las artes plásticas le sirvió de guía para innovar en los anticuados métodos de la enseñanza de la expresión literaria. Con atención cuidadosa reunió en su libro de Teoría ejemplos extraídos de las obras de los autores del siglo XIX al XX entonces más estimados; entre los que, por supuesto, no pueden faltar Martínez de la Rosa y Fernán Caballero, pero sorprende gratamente sentir a su lado las disonancias de la pluma de Laura. Figura también una buena selección de autores cubanos: Saco, Cirilo Villaverde, Piñeyro, Varona, Sanguily, Montoro... Otros ejemplos de estilo principalmente en lenguaje poético, están tomados de autores en lenguas extranjeras: griega, latina, francesa, inglesa, italiana y alemana, todos en la lengua original. Hay además una buena selección de ejemplos de lenguaje poético en lengua española. En la sección que trata de las “formas del estilo – descriptiva, narrativa, dialogada, etc-, todos los ejemplos o modelos están tomados del Quijote. Sigue a ésta una sección sobre composición literaria en que la autora vuelve a su intento de relacionar el arte de la composición entre las artes plásticas y la literatura.

El volumen de estudios de Literatura Moderna comprende algunos capítulos sobre literatura cubana. El primero es sobre la novela, desde Anselmo Suárez y Romero y la Avellaneda, a quienes señala entre los iniciadores de la novela de tema antiesclavista en el mundo: considera que la idealización del esclavo en Sab es una forma de denuncia de la esclavitud. En Cecilia Valdés, por encima del argumento “sencillo, acaso vulgar en aquellos tiempos”, destaca el “cuadro inmenso de la vida colonial”, que para ella la hace “un libro magistral”, opinión que no era generalizada en los tiempos de Laura Mestre. Luego se ocupa de la Leonela de Nicolás Heredia, en la que de nuevo, por encima del argumento melodramático destaca “la pintura de una sociedad que se pone en contacto con la civilización norteamericana”

El otro estudio sobre literatura cubana en el libro, trata de la poesía, cuyas características propias ensaya definir. “Nacidos en tierra de América – escribe– amamos la libertad con pasión perenne”, y señala que “antes de lograrse la independencia de España en lo político “ya se había ganado en las letras”. Exalta a Heredia como “poeta militante”, que “dedicó a todos los pueblos esclavizados por la tiranía sus gritos de combate”. De la Avellaneda, recuerda que, aunque no compartió las ideas políticas de Heredia, amó a Cuba con fervor y entusiasmo, como lo expresan las composiciones poéticas inspiradas por ese amor. “La Avellaneda -dice- se ausentó muy joven de Cuba y en España desarrolló su genio poético: si hubiera permanecido en la patria, acaso su alma ardiente y generosa hubiese combatido por la libertad y la justicia –tendencia que se advierte en *Sab*, su primera novela, en el soneto a Washington y en la oda a Polonia”. –Censura en Plácido su aspecto de “adulador de los poderosos”; pero exalta la expresión de sus ansias de libertad y lamenta su muerte como “víctima del más inícuo régimen social”. Habla después de Zenea, Luaces y Luisa Pérez de Zambrana. En todos los poetas estudiados señala la importancia que en sus obras tienen ciertos grandes temas, como el amor, la religión, la naturaleza; pero destaca en todos la parte que tuvo en su poesía el fervor patriótico o, al menos, el amor a la tierra natal. Estos estudios de *Literatura moderna*, aunque no se publicaron hasta 1930, están formados por trabajos escritos en fecha muy anterior, en los primeros años del siglo, probablemente no más tarde que 1913. Así que puede explicarse el hecho de que una mujer tan bien informada como Laura Mestre, no haya demostrado tener noticias de Martí como escritor. El conocimiento de Martí como escritor fue, por múltiples razones, de desarrollo lento en nuestra patria, como lo explica Martínez Estrada en su reciente obra sobre Martí.

El resto de este volumen de Laura Mestre está formado por estudios sobre aspectos de la literatura de diversos países europeos “sobre las pasiones en el drama de Shakespeare”; sobre “Víctor Hugo como cantor de la infancia”, exaltando en el poeta francés la vena de poesía doméstica o familiar, tan usual en los románticos hispanoamericanos como excepcional en los europeos. Luego, un estudio sobre Cervantes y la significación del *Quijote*. Cervantes, según lo interpreta Laura, “no escribió una parodia o una antítesis, sino una continuación de los libros de caballería en lo que encerraban de humano y de eterno”. Por otra parte, observa, Cervantes “se burló donosamente no sólo de la caballería romántica, sino de los guerreros clásicos y de toda la antigüedad”. Y señala la influencia de los autores clásicos en el *Quijote*: “multitud de pasajes del *Quijote* mencionaríamos –dice- para probar la instrucción literaria de su autor, aunque no tuviese los textos a la vista y citase de memoria. Su dominio de la composición descubre el atento estudio

de las obras maestras de la Antigüedad: la enumeración de las naves en la Iliada le sugirió la descripción de los soñados guerreros que salieron al encuentro de Don Quijote en la aventura de los rebaños de ovejas; la sustitución de unas personas por otras por arte de encantamiento, recuerda el frecuente ardid de los dioses homéricos; el discurso de Marcela trae a la mente la oratoria de Tucídides y Jenofonte; el principio de la narración de Cardenio contiene reminiscencias de Píndaro en la presentación de Jasón al anciano Pelías; hay rastros de Herodoto en algunas frases del episodio de la princesa Micomicona; de Horacio, en el discurso del canónigo, etc.” Señala Laura Mestre la tradición erasmista del humorismo cervantino. Toca el punto del “falso Quijote” –la segunda parte escrita por el autor que se oculta bajo el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, y aunque cree que la obra está evidentemente escrita con malas intenciones hacia Cervantes, afirma que este “falso Quijote no es obra indigna de estudio”.

Cierran el volumen varias narraciones breves, que, siendo obra de pura ficción, transparentan al mismo tiempo la cultura literaria de la autora y su erudición clásica y moderna.

Son éstos los únicos libros que llegó a publicar Laura Mestre. Una parte importante de su obra quedó inédita a su muerte. En esas obras inéditas podemos señalar dos aspectos principales. Uno es el que se relaciona con el arte pictórico, que fue también objeto de dedicación de parte de esta mujer excepcional. Desde muy joven cultivó la pintura, como dijimos al hablar de sus primeros años, bajo la dirección de Dolores Desvernine, la que seguía la técnica que aprendió de Jean Paul Laurena, en París. De los cuadros que ha legado a Cuba Laura Mestre podremos visitar enseguida una exposición en una sala de este edificio.

Al mismo tiempo, Laura Mestre dejó inéditos un crecido número de estudios sobre el arte pictórico que ordenó y agrupó bajo el título general de El Arte. Comprende los siguientes tratados: 1º) Principios de dibujo y pintura, 2º) Crítica de cuadros, 3º) El estilo de algunos maestros, y 4º) Evolución del arte. Estos trabajos, que demuestran su consagración al estudio en el campo de la Historia del Arte, tienen en su conjunto el carácter didáctico que hemos señalado como característica general de su obra.

El otro aspecto importante de la obra inédita de Laura lo constituyen las traducciones de la Iliada y la Odisea. Según lo expresó el Dr. Dihigo en su mencionado discurso en la Universidad, Laura dejó al morir –y en esa labor empleó muchos años de su vida- algunos estudios sobre Homero, y las traducciones de ambos poemas homéricos. Su publicación –dijo entonces el ilustre maestro- queda para cuando sea posible”. “Fue –añadió- el último

fruto de su labor mental”. Como hemos dicho ya, no hemos podido, personalmente, ver esos manuscritos; pero si –como es de creer– se conservan completos, nos atrevemos a pensar que acaso haya ahora posibilidades para su publicación. Juzgando por la calidad de los pasajes que la autora ha intercalado en sus obras publicadas, creemos que esas traducciones, realizadas en Cuba por una mujer cubana de talento y preparación excepcionales, podrían ser una ayuda valiosa para los estudiantes que sólo pueden leer a Homero en traducción. Es una tarea que propongo a nuestros helenistas de hoy, bajo cuya responsable dirección quedaría.

Al abrir los volúmenes publicados por Laura Meste, en la portada hemos encontrado un emblema que es sin duda simbólico de la vida de la autora. Representa un girasol, sin más decoración ni realce que sus hojas. En torno a la flor que mira siempre hacia la luz, hay una inscripción latina: “Non inferiora secutus”. Así vivió Laura Mestre, siempre mirando hacia las alturas del entendimiento, sin decaer jamás. Su vida, que la muerte no ha destruido, sino coronado, podría describirse con estas estrofas del poeta Juan Ramón Jiménez

“Esta es mi vida: la de arriba,
la de la pura brisa,
la del pájaro último
la de las cimas de oro de lo oscuro.

Esta es mi libertad, oler la rosa,
cortar al agua fría con mi mano loca,
desnudar la arboleda,
cogerle al sol su luz eterna.

PRESENTACIÓN DE GABRIELA MISTRAL

Señores:

Vuelve hoy a visitar esta morada espiritual de españoles y americanos – que la acoge con redoblando fervor- la “mujer representativa de la América Hispánica”, Gabriela Mistral. Si Emerson aplicó el epíteto de “representativo” a los varones que han concentrado en su personalidad las características esenciales de una época en un país determinado, cabe a nuestra América, tierra de nuevos destinos, ser la primera en poder referir ese concepto de ejemplaridad a una mujer. Nuestra América ha hallado a la mujer fuerte; fuerte en un sentido más amplio que el bíblico.

Una voz inolvidable afirmó, en día aún no lejano, desde esta misma tribuna, que si afeminamiento quiere decir flojedad de espíritu, mezquindad y ligereza, tan insultante será atribuirlo a una mujer como a un hombre. Del mismo modo, si virilidad significa energía y seriedad, cuando se emplee su cualidad para adjetivar lo espiritual, señalará virtud, tanto en mujer como en hombre. Gabriela Mistral es, -para decirlo con palabras de sus versos- un alma “viril y dedicada”: alma recia, española y chilena, porque Chile es la región de América donde menos se ha ablandado la raíz de España, tal vez por el vigor agresivo de su elemento indígena. Alma profunda, “grande en todo”, en todo grave. El amor mismo en ella, como la patria en José Martí, no ha sido nunca triunfo, sino agonía.

La revelación de esa alma ha constituido en América un bello momento del espíritu, como coronación del proceso general de revelación poética del

alma femenina que se ha desarrollado en los pocos años que cuenta este siglo, desde que, a raíz de haber alcanzado la poesía americana el timbre de universalidad, por obra de los poetas modernistas, se produjo un brote de poesía femenina sin precedentes, en extensión, en la historia literaria del mundo.

Las poetisas americanas imprimieron a la literatura universal un estremecimiento nuevo expresando su feminidad con franqueza turbadora, rompiendo los límites convencionales impuestos a su sensibilidad. Cada una de ellas ha dado su matiz personal a esa expresión, ya con voz del espíritu, ya con voz del instinto libertado. A Gabriela Mistral ha correspondido reunir en síntesis carne y espíritu para enriquecer definitivamente la poesía universal con el don inapreciable que sólo la mujer podía hacerle: el sentido maternal de lo que existe.

Con voz de prestigio profético ha cantado la poetisa la maternidad y la infancia, en palabras sencillas que de ella se han cargado de misteriosa energía cósmica. Ha desdeñado por estrechos los feminismos políticos; pero nadie como ella ha hecho sentir el poder de la feminidad, ungida por una misión trascendente. Y como expresión de la unidad de espíritu y materia en que ella realiza un eterno, recóndito anhelo femenino, en su obra han resonado con acentos nunca oídos antes, todos los tonos de esa suprema “espiritualización de la voluptuosidad” que es la ternura.

En la vida de acción, Gabriela Mistral ha puesto al servicio del mundo americano su inmenso caudal de piedad humana. Maestra y trabajadora social, ha vertido sobre el continente su corazón “nunca vaciado”. Ha ejercido magisterio de espíritu y forma desde Chile hasta México. Ha sentido hondamente las inquietudes vitales de las veinte fracciones de nuestra patria americana. Su influencia ha crecido sobre ese mundo como “una encina espléndida de sombra perfumada”, y las bocas de los niños hispánicos repiten a la rosa de los vientos las canciones de “la Madre honoraria de América”, encarnación de la Alma mater continental.

A los niños que hoy sufren y mueren en España lacerada o andan dispersos “a los cuatro vientos del mundo”, acaba de dedicar Gabriela el producto de su reciente libro *Tala*, alargando ilimitadamente su constante ademán de servir.

Oigamos ahora su palabra, que aguardamos, tendidos el oído y el corazón. Aún cuando no supiéramos que es ella la que va a hablarnos, al verla y oírla, nuestra emoción la reconocería.

Hoy, lo mismo que desde la vez primera en que pisó tierra de América al norte del Ecuador, a Gabriela Mistral se le reconoce “por la grandeza que despierta”.

Habana, Octubre 23, 1938.

DELMIRA AGUSTINI

Señoras:

Al abordar el tema que hoy he de tratar, siento que me hallo en presencia de un misterio. Mas no miro alzarse ante mí el pórtico augusto de un templo, que me obligue a detenerme, dudando de entrar. No desciende sobre mí el grávido silencio del cielo en una noche serena. Ante mí se extiende algo como una ilimitada, ondulante sabana; escucho una honda voz de oleaje en la soledad enorme: avanzo por la orilla de un mar. Estrellas fugaces caen y se hunden en la sima recubierta de espumas: “Los astros del abismo.” El abismo recóndito de un complejo espíritu femenino; de un alma de mujer que pareció sentir todos los estremecimientos y encerrar en sí todos los arcanos de la pasión.

Cuentan las leyendas de la antigua China que Confucio fue engendrado en el seno de una virgen por un rayo de sol, pero cuando llegó a nacer tenía ya ochenta años: por eso era sabio cuando abrió los ojos a la luz del mundo. ¿En el rayo de qué astro desconocido vibraría, desde tiempos incalculables, el ser de Delmira Agustini, sabia desde la infancia en la ciencia del sentimiento; vieja, al morir casi adolescente, en la experiencia de la voluptuosidad y del dolor?

“Pocas veces ha vivido una criatura humana en tensión espiritual más dolorosa.” Acaso a Santa Teresa de Jesús, la Heloísa vuelta hacia el cielo, atravesada por el dardo de un Eros luminoso, reclinada en el pecho del divino

Conferencia pronunciada en el Lyceum el 27 de diciembre de 1934, incluida en *Estudios y conferencias*, Letras Cubanas, La Habana, 1982. “De nuestro archivo, Delmira Agustini (Ensayo de interpretación biográfica).” En Revista Lyceum, La Habana, vol. I, no. 4, pp. 233-250, diciembre de 1936.

Esposo, desmayando en espera del beso de Su boca infinita; acaso a Santa Teresa de Jesús pudiéramos compararla por la vehemencia del ardor.

Mas Delmira Agustini no se vuelve al cielo: busca ávidamente en la tierra una vida intensa, potente, si bien turbida, porque los rayos del sol no alcanzan al subsuelo. Palpita, no con temblor de luz estelar, sino con ansiedad oscura de lava aprisionada en la entraña volcánica. El cuerpo se retuerce de placer y de angustia; la carne adquiere voz, y el espíritu se mira a sí mismo hasta sentir “horror de su propia sima”.

Mi alma –dice-,
Un fruto milagroso de la Vida,
Forjado a sol y madurado en sombra.

Como Teresa de Jesús, Delmira Agustini “vivió muriendo”; pero en ella la mística idea se invirtió en sentido. No tendió hacia el más allá, queriendo escapar de sí misma hacia una perfección angélica; viajó hacia un *más acá* dentro del propio ser, en busca de realización para un anhelo inefable de florecimiento humano.

*Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,
no me mata la Muerte, no me mata el Amor.
Muero de un pensamiento mudo como una berida.
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor
de un pensamiento inmenso que se arraiga en la Vida
devorando alma y carne y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrasaba entera y no daba un fulgor?
¡Cumbre de los martirios!... Llevar eternamente,
desgarradora y árida, la trágica simiente
clavada en las entrañas como un diente feroz!
Pero arrancarla un día como una flor que abriera
Milagrosa, inviolable!... ¡Ah! Más grande no fuera
Tener entre las manos la cabeza de Dios!*

Muere de la angustia de no hallar su expresión, y buscándola sin tregua, pasa vertiendo al mundo un torrente de emoción que no agotó su manantial. Por ello perdura su breve obra lírica, como sólo perduran, al cabo, aquellas creaciones artísticas en las cuales llega hasta los hombres, dolorosa o riente, sencilla o complicada, la emoción que en el autor provocó la existencia. La obra artística puede asumir otros valores, y aun quizás deba hacerlo: valor de utilidad, valor de doctrina; pero esos valores, forzosamente, son limitados en duración y no permanentes. A lo largo del tiempo sólo consiguen arraigar

en el espíritu humano aquellas obras artísticas en que palpita una arteria trascendente. No importa el género, no importa el acento. Ese valor lo tienen, en literatura, lo mismo Homero, salpicado con la sangre del heroísmo y de la aventura, que Safo, desmelenada y pálida de amor, que Anacreonte, dos veces ebrio, de vino y de placer, que Shakespeare, poderoso como una fuerza de la naturaleza, o Dante, que creó otros mundos con el barro de éste. Lo que vale es la emoción que han vertido, filtro de vida, en la copa de los siglos; es lo que brilla, como chispa de eternidad, en la turbia mudanza de la existencia; una emoción, acaso una ansiedad, acaso una angustia: la historia de Delmira Agustini es la historia de una angustia.

Nada, empero, podría haber presagiado tragedia en el plácido ambiente que la rodeó al nacer. Nació en Montevideo el día 24 de octubre de 1886, en el seno de una familia hispanoamericana sencilla y severa. En ella se sumaron las diferencias de varias razas: era, por su ascendencia, francesa, sajona, italiana, española...

*Mi musa es bruna e hispana,
mi sangre es sangre gitana
en rubio vaso teutón.*

Era hermosa –que suelen venir acompañados de un negro destino los dones de la áurea Afrodita-, era rubia, de ojos azules, y como ella misma dice, “blanca, dulce y leve”. Mas algo en ella sugería la fuerza: “tenía algo de Walkyria”, asegura un biógrafo.

Niña precoz y seria. “Su seriedad nos desconcertaba”, refiere la madre. No asistió a colegios. Su madre le enseñó las primeras letras. Tuvo maestra de piano, de alemán, de francés... siempre sola, sin contactos con otras infancias. Era sumamente sensible, y por no entristecerla, nunca se la reprendía. Ídolo del hogar sencillo, pero libre de preocupaciones materiales; ídolo de una madre tan espiritual como sentimental, creció en un ambiente de cariño, de delicadeza y de indulgencia. ¿Qué podía ser de aquel temperamento tumultuoso, jamás contrariado? Desarrolló, como era imprescindible, sus características geniales, y junto a ellas (o acaso como una de ellas), su exuberancia. Delmira Agustini es como el Doctor Fausto en la concepción de Goethe, un temperamento desmesurado, excesivo. Desde los siete años versificó fácilmente, y alternaba las labores de aguja y los ejercicios en el piano con el emborronamiento de cuartillas. A los dieciséis, anunció a sus padres que abandonaría todos los demás trabajos para dedicarse a escribir. En aquel hogar se poseía la rara cualidad de no tratar de oponerse a la libre expansión de las tendencias espirituales de los hijos: los padres aplaudieron la decisión.

Los poemas infantiles de Delmira son el primer grito de su angustia. Vedlos, estos versos de niña: en ellos hay “Tétricos fantasmas que le vierten amargas gotas de una esencia maldecida”; la rodean hechizos y monstruos; la duda la mira “con órbitas vacías”; en estos versos se expresan el dolor del anhelo demasiado alto, el desdén de la envidia, el placer superior del orgullo solitario, y se invoca a una musa

de alma y ojos color de ceniza
la musa que canta blancuras opacas
y el gris que es el fondo del hombre y la vida.

Alma triste y profunda, peligrosamente profunda, la obsesión de lo sombrío la persigue, en una edad en que otras criaturas en aquella época soñaban aún con las hadas benévolas: ¡oh manes de Peter Pan!, con la tierra de las maravillas o al menos con la visita de los Reyes magos. Esa visita inspiró a Delmira, a los quince años, esta interpretación de sorprendente sutileza y original sentido:

6 de Enero

Media noche... hacia Oriente, bella región –fábulas, diamantes, ojos negros, raros sueños, maravillas –viajan tres sombras de pálidos viejos que fueron bellos y reyes y magos, y hoy son pobres peregrinos espectrales de una muerta estrella y de un muerto Dios.

Llevan preciosas cargas –rosados muñecos, sedas misteriosas, esmeraldas de Egipto, turquesas de Persia- en las manos lácteas; un mirar estancado en los ojos hondos que, en los rostros blancos con las barbas blancas, brillan como estrellas de azabache sobre nubes de plata. Y llevan largos mantos negros y regias tiaras de opacas perlas negras. En las barbas blancas de los rostros blancos, unas como cuentas cristalinas titilan y fulguran como gemas.

Yo los veo pasar... Algo monumental cae en mi alma... La sensación de lo extrahumano abruma...; mis rodillas ceden, tiendo las manos temblorosas... Manos que adoran, llaman, imploran... “Abuelos, ¡oh abuelos!”... Mi voz naufraga. Yo lloro, lloro lágrimas de luz, gotas de alma. Y los pálidos viejos se detienen, me miran abismadamente y me hablan con voces remotas. Y las voces y las miradas están llenas de sublimes dejos: -“No llores, no llores más, Di, ¿quieres algo?... ¿Qué?... ¿Un bello diamante puro y luminoso como una perla de agua del Jordán, o una esmeralda pérfida y cabalística, como ojo felino?...”

¿Rubíes de rojo y llama, tal la sangre morisca, u ópalos sombríamente blancos como monjas traidoras? ¿Albos corderos de ojos de azul, o rubias

marquesitas envueltas en relámpagos de sedas y de joyas?... Pide...” Un extraño fuego secó mis lágrimas encendiendo mis labios, y hablé febrilmente: - “¡No, no, nada de eso! ¡No quiero el bello diamante, la pérfida esmeralda ni el albo cordero! ¡Guardadlo todo, todo, hasta mi vida! Pero dadme, si sois magos, esa suprema visión que impone en vuestros ojos, como un aletazo formidable en la noche, el fondo de un abismo: la visión ultra olímpica del niño de Belén cargando todo un mundo criminal y maldito sobre dos hombros frágiles como dos rosas! Yo quiero ver al Dios... ¡Vosotros sois magos! ¡Mostrádmelo!” - “Imposible”- “Habladme, entonces, de Él. De la estrella blanca... Del cordero suave.” - “¿Y para qué? Eso es muy triste -largos suspiros-. ¡Dichosa tú! - “¿Yo?... Yo, mísero ciego de la Suma Luz? Pobre nostálgica del Dios...” - “Tú llevas un deseo, nosotros, un dolor...”

Y los tres viejos se alejan, lentos y solemnes, lentos y profundos, arrasando pesadamente los tres largos mantos negros, como tres martirios. Vuélvense y me miran. En las barbas blancas de los rostros blancos, muchas, muchas perlas cristalinas dan luces fulmíneas. ¡Oh las divinas lágrimas! Deben ser muy ardientes: a su fulgor se han secado las mías...

“Un muerto Dios...” a los quince años este Dios ha muerto para Delmira. Rara vez (como en su composición “A una cruz”) aparece en su obra motivo alguno que sugiera al Dios cristiano. Delmira es pagana: a otras deidades alzaré en sus altares; mas el suyo es un paganismo sin sonrisas y sin serenidad. Delmira ríe a veces: la risa está próxima al llanto; pero jamás sonríe.

Todavía en la adolescencia, Delmira escribe a Rubén Darío, su amigo intelectual y lejano, sobre las “perfidias felinas” de su espíritu, y nos cuenta que su alma, “A veces, es buena...” Sigue cultivando la música. Puede interpretar a Bach y a Beethoven; pero prefiere al enfermizo Chopin, cuyos nocturnos repite una y mil veces. Es el tipo de la adolescencia atormentada, envenenada por ansiedades que se ignoran a sí mismas, replegada en un mundo interior estremecido de visiones. En todo ello, ni comedia, ni literatura: ésta es un alma genuinamente sincera.

Y un temperamento vigoroso que se manifiesta a pesar de la preocupación melancólica. Ya en este período pretende hacer su declaración de principios poéticos, cuya valentía no disminuye por estar hecha en versos de escaso valor, un poco a lo Díaz Mirón del período de “Gloria”. Como Verlaine, la poetisa adolescente aconseja “torcerle el cuello a lo elocuente”. (Tuércele el cuello al cisne” ... dijo más tarde González Martínez).

La forma es un pretexto: el alma, todo.

La esencia es alma. ¿Comprendéis
Forma es materia, la materia, lodo,
La esencia, vida. Desdeñad la aforma.
Entre las flores, preferid la agreste.
Más que al celaje que en la tarde rubia.
Es arabesco del dosel celeste,
Amad la nube que revienta en lluvia.
Nunca os atraiga el brillo del diamante
Más que la luz sangrienta de la llama,
Ésta es vida, calor, pasión vibrante;
Aquello, helado resplandor de escama.

En cierto modo, Delmira define desde entonces las cualidades de su verso, no sólo porque ella lo alimenta con su corazón sangrante, como el pelícano simbólico de Alfredo de Musset; sino porque la forma en ella da siempre la sensación de ser un obstáculo que la idea lucha por vencer. Su verso no es agua que fluye: es metal que se extrae de lo hondo a golpe de hierro. Parece siempre querer asir algo inaprehensible, que no puede fundirse con la palabra. A los veintiún años, en 1907, publica Delmira su primer libro, El libro blanco, obra sorprendente y aun desconcertante de juventud que comienza.

Sin precodidad excesiva, al parecer, pero con profundidad turbadora, ha despertado en la poetisa el sentimiento que desde este momento ha de formar el nudo vital de su arte: el amor. El Dios terrible se ha levantado súbitamente y ante su presencia se desvanecen las antiguas visiones, caen del altar las falsas deidades.

Comparé [dice] mis ídolos imperiosos, irguiendo
fieramente sus frágiles monstruosidades, y este
dios que a la Vida exhibe como una flor, sonriendo,
los signos indelebles de una estirpe celeste.
Y escuché en mí una extraña discusión de mil voces;
súbito, una alocada racha de primavera
jugueteó con mis ídolos; vacilaron, cayeron,
y hubo un gran ruido alegre de porcelana huera.
Yo reí, y en mí, fiera, noblemente, surgieron
en unísono coro las misteriosas voces
cantando las eternas victorias de la Vida!

(...)

Y ofrendé al nuevo Dios mi corazón, que abría
 como una flor de sangre, de amor y de armonía
 y le adoré con ansias, y le adoré con llanto!

La Musaopaca, de alma y ojos color de ceniza, se esfuma, mientras la cantora desata su barca de aventura para bogar al encuentro de la primavera. Invoca a otra musa.

Cambiante, misteriosa y compleja
 con dos ojos de abismo que se vuelvan fanales,
 en su boca, una fruta perfumada y bermeja
 que destile más miel que los rubios panales.
 A veces nos asalte un aguijón de abeja,
 una raptos feroces a gestos imperiales
 y sorprenda en su risa el dolor de una queja
 y en sus manos asombren caricias y puñales.
 Y que vibre y desmaye y llore y ruja y cante
 y sea águila, tigre, paloma, en un instante,
 que el Universo quepa en sus ansias divinas.
 Tenga una voz que hiele, que suspenda, que inflame,
 y una frente que erguida su corona reclame
 de rosas, de diamantes, de estrellas, o de espinas.

En este vibrante soneto, Delmira acaba de trazarnos su retrato vívido. Esa musa es ella, con la “femenidad feroz”, avasalladora, que le dio poder para exhalar de sí misma un raudal de poesía de temperatura hasta entonces desconocida en las letras hispanoamericanas; arranque de expresión de un temperamento excepcional, inquieto, desbordado hasta tocar los oscuros linderos de lo morboso.

Con prodigiosa capacidad para sentir y vibrar física y espiritualmente, se acerca a la vida en angustia temerosa de anhelar demasiado, fatigada de antemano por la intensidad de la espera:

Vengo a ti en mi deseo
 como en mil devorantes abismos, toda abierta
 el alma incontenible...

Quiere la vida con tal potencia para recibirla, que se asomará a la muerte sin terrores, morirá de haber vivido, y la muerte no será sino la continuación necesaria de la vida:

¿Cómo dejarte, Vida,
 si para mí tu más allá es la muerte,
 sencillamente, prodigiosamente?

Se acerca al amor con anhelos divinos y humanos que difícilmente podría comprender un alma menos exquisita y menos compleja que la suya, y espera, ilusa, que el amado la interprete, cuando ella se le revele al fin, en una entrega ilimitada:

Hoy abriré a tu alma el gran misterio;
ella es capaz de penetrar en mí;
en el silencio hay vértigos de abismo:
yo vacilaba: me sostengo en ti.
¡Imagina el amor que habré soñado
en la tumba glacial de mi silencio!
¡más grande que la vida, más que el sueño!
Imagina mi amor, amor que quiere
vida imposible, vida sobrehumana,
tú que sabes si pesan, si consumen
alma y sueños de Olimpo en carne humana.

Y luego estas estrofas delicadas, tan infinitamente íntimas que apenas pronunciarlas, porque todo sonido de voz empaña su dulzura secreta:

¡Ah, tú sabrás mi amor! Mas vamos lejos
a través de la noche florecida;
acá lo humano asusta; acá se oye,
se ve, se siente sin cesar la vida...
Vamos más lejos en la noche, vamos
donde ni un eco repercute en mí.
como una flor nocturna allá
en la sombra yo abriré dulcemente para ti.

La poetisa vive entonces un momento de éxtasis, de eclosión espiritual. femeninamente, declara que

no valen mil años de la idea
lo que un minuto azul del sentimiento.

Canta el amor “vibrante, suave, riente y triste, frágil como un ídolo y eterno como un dios”; olvida su orgullo para tenderse a dormir “como un perro” a las plantas del “intruso” adorado, y siente que su destino se realiza al fin, porque la feminidad solamente se completa por la entrega total de su ser a otro ser.

Éste es el momento más hermoso en la evolución espiritual de Delmira. Es una promesa de plenitud, de madurez espléndida en la vida y en el arte. Su ansiedad se abre sobre lo infinito; su angustia se hace luminosa; siempre exce-

siva, siente gran sed de universalidad: quiere beber todos los vinos, gustar todas las mieles, y luego ansía también la limpidez del agua. Escala cumbres con el pensamiento, para que en el soberbio regazo de la montaña adquiera ímpetu y libertad su vuelo; eleva en las grandes extensiones la oración de su alma, que no cabría en los templos; siente que su lira se despierta “como un sol nuevo sobre un nuevo mundo”.

Los brazos de mi lira se han abierto
puros y ardientes como el fuego; ebrios
del ansia visionaria de un abrazo
tan grande, tan potente y tan amante,
que haga besarse el fango con los astros
y otras cosas más bajas y sombrías
con otras más brillantes y más altas!...

Es el anhelo actual de “verlo, sentirlo y adivinarlo todo”, que Jules Romains ha llamado unanimismo, lo que palpita en estos versos.

La poetisa parte en una Barca Milagrosa, a la conquista de la Quimera: va, con fiebre de descubrimiento y aventura, “al fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo”:

Barca, alma hermana, ¿hacia qué tierras nunca vistas
de hondas revelaciones, de cosas imprevistas
iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar...

Este período, al cual pertenecen también los *Cantos de la mañana*, publicados en 1910, fue aquel en que la poetisa se dio a conocer y a admirar en el mundo. Sus versos del primer período, de la infancia y la adolescencia, los que revelan, como hemos visto, un aspecto espiritual diverso: el fondo amargo y oscuro de la brillante copa, se han publicado después de su muerte. Debemos decir que sólo sus obras nos permiten adivinar la vida de la poetisa desde la adolescencia hasta poco antes de dejar de existir. Fue siempre íntima, recogida, y a su muerte, la familia ha cubierto el recuerdo con un velo de discreción. Sería imposible asegurar a quién fueron dedicados los bellos versos amorosos de este período; sería imposible decir, entre los numerosos amores que la poetisa declara que llevaba doliéndole sobre el corazón, algunos años después, quiénes los inspiraron; cuáles fueron, entre ellos, los reales; cuáles –quizás los más desgarradores-, los imaginarios... Fue una vida tan secreta como intensa.

Alguien ha dicho que la poetisa tenía “la mentalidad robusta de un varón” y que “ideas profundísimas brotaban de su frente tempestuosa”. Fuerza y profundidad, nadie puede negarle; pero no es sustancialmente ideológica la

fuerza de sus poemas, ni creo hallar en ellos la interpretación de “altas y arduas concepciones filosóficas”. Lo que hay es una gran complejidad del sentimiento, y una extraordinaria intensidad del anhelo, por lo tanto, un predominio de los aspectos no intelectuales del espíritu. Por eso se queja ella de no poder reducir a expresión aquel tumulto que bullía en su interior. Es porque no lo puede pensar, sino sentir y desear.

Así, a los veintiún años, la poesía leva el ancla de su barca de ensueño y parte, sobre la mar de oro, en la embriaguez de un vago anhelo heroico. En una de las escasas composiciones no-amatorias de sus últimos tiempos, titulada “Plintos”, Delmira se imagina de pie sobre un pedestal de piedras vivas que crecen lentamente desde el seno de la tierra y la elevan poco a poco sobre el suelo, hasta los penachos de las palmas; más alto, hasta el viento de las cimas serranas, y van a seguir, más alto, hacia la serenidad de las estrellas. Así queríamos haber podido visualizar su ascensión espiritual: pero jamás llegó a aproximarse a la paz radiosa de la altura.

En 1913 se publica una nueva colección de sus versos: *Los cálices vacíos*. Como Dante ante la inscripción de la puerta infernal, ¿qué sentido vagamente horrible palpamos bajo el título enigmático? *Il senso lor m'è duro...* La dedicatoria del libro está dirigida a *Eros*; al dios invencible que une el Infierno al Paraíso, la poetisa dedica esta obra “con alma fúlgida y carne sombría”. Pero al leer sentimos que va sucediendo lo contrario, que la carne se va haciendo cada vez más ardiente y el alma se va tornando más sombría.

Cruza por las páginas del libro una historia de amor sensual –que aún tiene luz, como noche cuajada de estrellas-, condensada en un breve poema:

DIA NUESTRO

La tienda de la noche se ha rasgado hacia Oriente;
tu espíritu amanece maravillosamente;
su luz entra en mi alma con el sol a un vegetal.
Pleno sol. Lluve fuego. Tu amor tiente: es la gruta
Afelpada de musgo, el arroyo, la fruta,
La deleitosa fruta madura a toda miel,
El Angelus. Tus manos son dos alas tranquilas.
Mi espíritu se dobla como un gajo de lilas
Y mi cuerpo te envuelve... tan sutil como un velo.
El triunfo de la Noche. De tus manos, más bellas,
Fluyen todas las sombras y todas las estrellas...
Y mi cuerpo se vuelve profundo como el cielo.

Cruza luego la ruptura de “una cadena fuerte como un destino:

La corté con un lirio (dice)
Y sigo mi camino con la frialdad magnífica de la Muerte.

(Delmira padece de cuando en cuando esa ilusión de frialdad; pero es una frialdad muy emotiva: su orgullo es también una pasión).

El alma espléndida de mujer que habíamos visto asomarse al mundo se repliega de nuevo sobre sí misma; oscurece y ella empieza a verse con terror. En la composición “Diario espiritual” (publicada más tarde en la colección de versos intitulada *El rosario de Eros*) se nos cuenta cómo esa alma, que fue “Lago, vaso de cielo”, luego “fuente donde cantó un jardín”, después “arroyo de cristal”, creció hasta ser torrente desbordado, se hizo mar donde bogaba el amor y al fin el dolor y el mal la han convertido en un pantano.

Esta alma se agita en un mundo interior “de fuego, de sangre y de sombra”.

El anhelo se hace febricitante. Por una parte, la atormenta un delirante deseo voluptuoso:

Sufro vértigos ardientes
por las dos tazas de moka
de tus pupilas calientes;
me vuelvo peor que loca
por la crema de tus dientes
en las fresas de tu boca;
en llamas me despedazo
por engarzarme en tu abrazo...

Halla la expresión enfermiza como la idea:

tu beso,
puñal de fuego en vaina de embeleso,
me come en sueños como un cáncer rosa.

Renacen para ella las antiguas visiones oscuras, con nuevos significados inquietantes; sueños hondos y terribles la asedian, semejantes a las creaciones del ajeno y de la morfina, y sobre su frente a veces parece cernerse la sombra tremenda de Baudelaire:

En mi alcoba agrandada de soledad y miedo,
taciturno a mi lado apareciste

como un hongo gigante, muerto o vivo...
Te inclinabas a mí como un enfermo
de la vida a los opios infalibles
y a las vendas de piedra de la muerte.
Te inclinabas a mí como al milagro
de una ventana abierta al más allá.
Y era mi deseo una culebra
glisando entre los riscos de la sombra
a la estatua de lirios de tu cuerpo!
Tú te inclinabas más, y más, y tanto...
¡Toda tu vida se imprimió en mi vida!
Y cuando
te abrí los ojos como un alma, ví
que te hacías atrás y te envolvías
en yo no sé qué pliegue inmenso de la sombra!

Sueña con un rojo cisne simbólico para el cual es nueva Leda:

Del rubí de la lujuria
su testa está coronada,
y va arrastrando el deseo
como una cauda rosada.
Agua le doy en mis manos
y él parece beber fuego,
y yo parezco ofrecerle
todo el vaso de mi cuerpo.

El amor ha sido para Delmira el filtro envenenado de la leyenda: “¡en sólo un beso nos hicimos viejos!”, solloza.

Y por otra parte, aún lucha por alzarse en su interior el ansia de un amor imposible, perfecto:

El amante ideal, el esculpido
en prodigios de almas y de cuerpos,
¡debe ser vivo a fuerza de soñado,
que sangre y vida se me va en los sueños!

Mas aquellos impulsos “felinos” que la llevaron a veces a atormentar a los seres amados, se despiertan con más fuerza:

Yo, que abriera tu herida,
mordí en ella...
y exprimí más, traidora, dulcemente,

tu corazón herido mortalmente
 por la cruel daga, rara y exquisita,
 de un mal sin nombre, hasta sangrarle en llanto...
 Y las mil bocas de mi sed maldita
 tendí a esa fuente abierta en tu quebranto.

Entonces se pregunta, espantada de sí misma:

¿Por qué fui tu vampiro de amargura?
 ¿Soy flor, o estirpe de una especie oscura
 que come llagas y que bebe llanto?

Ahora se sueña, en la mente y en la carne, en el amor y en el odio, con
 “un cuerpo largo, largo de serpiente, vibrando eterna, voluptuosamente”.

Ahora es una “fiera de amor”, y en uno extraordinario, más hondo que
 la tierra y más imposible que el cielo, resume su ansiedad de infinito, en esta
 composición bella y extraña:

Fiera de amor, yo sufro hambre de corazones.
 De palomos, de buitres, de corzos o leones,
 no hay manjar que más tiente, no hay más grato sabor.
 Había ya estragado mis garras y mi instinto,
 cuando erguida en la casi ultratierra de un plinto
 me deslumbró una estatua de antiguo emperador.
 Y crecí de entusiasmo; por el tronco de piedra
 ascendió mi deseo como fulmínea hiedra
 hasta el pecho, nutrido en nieve al parecer,
 y clamé el imposible corazón... la escultura
 su gloria custodiaba serenísima y pura
 con la frente en Mañana y la planta en Ayer.
 Perenne mi deseo, en el tronco de piedra
 ha quedado prendido como sangrienta hiedra
 y desde entonces muerdo soñando un corazón
 de estatua, presa suma para mi garra bella;
 no es de carne, ni mármol: una pasta de estrella
 sin sangre, sin calor y sin palpitación...
 Con la esencia de una sobrehumana pasión!

Es ya la pasión de la pasión misma. El objeto desaparece del primer
 plano, o se disgrega, se dispersa en la inmensidad.

La poetisa reza el rosario de Eros pidiéndole todos los amores fuertes y sinceros:
 rojos, negros o luminosos. Evoca todos los amores que resonaron en su inmenso
 corazón, en algo así como una dolorosa orgía de recuerdos.

De pronto, como una cuerda que ha vibrando con excesiva tensión y estalla destrozada, Delmira Agustini enmudece para siempre.

Ha muerto, el 6 de julio de 1914, a los veintisiete años, y ha muerto asesinada.

¿Qué hechos podemos consignar de su vida antes del brusco desenlace? Son escasos. La reserva rodeó siempre su existencia de una valla casi impenetrable. Mas después de leer sus versos y apreciar la evolución espiritual que ellos señalan, los escasos hechos que conocemos nos parecen elocuentes. Pocos meses antes de su muerte, Delmira contrajo matrimonio con un joven, cuyo oficio era comerciar en caballos.

Nada sabemos sobre este hombre. Su profesión trae a la imaginación inevitables asociaciones de pampas, gauchos, lazos y potros indomados que al fin se someten por fuerza al envilecimiento del freno y de la silla. En la realidad quizás tales asociaciones hubieran resultado forzadas; pero en nuestra interpretación, una vaga aureola de fuerza primitiva rodea la cabeza del héroe de esta tragedia.

El mundo en que se movía la impulsiva Delmira no estaba integrado precisamente por comerciantes en caballos. Ella sostenía relaciones con lo más granado de la intelectualidad hispanoamericana. Nadie sabía decir cómo conoció a aquel hombre. Nadie se opuso al matrimonio, empero, porque a la voluntad de Delmira no se oponía nunca nadie. Literatos y músicos fueron testigos de la boda.

Un mes más tarde, Delmira volvía a refugiarse en los brazos de su madre. “¡Mamá!, vengo huyendo de la vulgaridad! ¡No me separaré más de ti!” Y volvía a instalarse en la casa paterna.

No era fácil solucionar el problema. El abismo espiritual que aparentemente existía entre Delmira y su esposo, no era suficientemente vasto para tragar la pasión que los aproximaba. Dejaron de vivir como esposos; pero siguieron siendo amantes que se daban cita furtivamente, en cualquier habitación pagada en algún hotel olvidado. ¿Qué sucedió en estas citas increíbles? Jamás lo sabremos. Los amantes se llevaron a la tumba su secreto, y no habrá otro Dante que pueda descender al reino de la desesperanza a interrogar las sombras arrastradas por el torbellino. ¿Tal vez la fatiga del espíritu llegó hasta el cuerpo de la enamorada, que pretendió eludir la promesa de una nueva cita? ¿Tal vez el vampiro, la fiera de amor, mordió el corazón del amante herido, hasta que el dolor brotó la locura? ¿O contagiados ambos por la angustia incurable, cansados de ir por la vida siempre juntos y siempre distan-

tes, decidieron salir por la única puerta abierta? Sólo sabemos que el amante mató a la enamorada, y junto al cadáver, se quitó la vida.

A Delmira la tendieron en capilla ardiente, envuelta en un sudario de seda negra bordado en blanco, cubierto de flores el cuerpo que fue primaveral.

Tenía veladas las zarcas pupilas (dice quien la vio) y sobre ellas caían los párpados orlados de pestañas largas y sedosas. Un mechón undoso brillante, fragante (de los cabellos) íbale hasta el cuello como una sierpe que buscara su garganta. La boca, sin su triunfal coloración, parecía mística, asexual...

Eros, ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?

Así, como la flor nocturna que cantó en sus versos infantiles, cumpliendo un extraño destino, se cerró cuando debía comenzar el día.

No es posible decir que el período final de la evolución espiritual de Delmira Agustini es la realización de la vibrante promesa de sus primeros días de juventud. Este período, psicológicamente muy interesante, no es una época de plenitud, sino un alargamiento de la indagación febril, que se caracteriza por un estado de hiperestesia emotiva. Al exaltarse la sensibilidad, la afectividad y la sensibilidad misma se desvían. El espíritu se concentra sobre ciertos conceptos que ya no se apartan de él y que lo aíslan de todo contacto externo. La personalidad se perturba: no da la sensación de afirmarse. Delmira, inadaptada e inadaptable, rechazada por la vida, de la cual esperó demasiado, se hunde cada vez más en sí misma. Entra en un estado de agitación espiritual próximo a la melancolía ansiosa.

En la lírica femenina, la interpretación de la naturaleza tiene un interés especial. La mujer está más próxima que el hombre a ciertos aspectos de la naturaleza: a la tierra húmeda y fecunda, a la planta... Me pregunto si aquel que por primera vez usó la hoy banal comparación entre una mujer y una flor, tendría una remota intuición de las infinitas, secretas afinidades en que podría apoyarse el símil. La mujer interpreta el paisaje sintiendo en el misterio de su ser femenino algo que se identifica con el misterio cósmico.

En Delmira Agustini el paisaje es un estado d'ánimo. Ni siquiera, como otras poetisas contemporáneas, le llega de fuera lo que se ha llamado "el alma del paisaje". No pasa, como Ana de Noailles, con las manos tendidas a las flores, las aves y las estrellas, y sintiendo que la naturaleza la abraza "como un cuerpo lleno de amor"; no viene de la pradera "oliendo a hierba fresca nacida en la mañana", como la idílica Juana de Ibarbourou. No: el paisaje está en su

interior. Todo está en ella misma. No parece mirar en torno suyo, porque en ella y en el objeto, real o fantástico, de su amor, se resume el todo. ¿No es ella un universo?

*Arraigábanse en mí todas las vidas,
reflejábanse en mí todas las cosas.
Yo soy (dice) el lirio de alabastro leve.
Yo me abro en rosa.
Soy la luz, o la sombra de una estela.*

Su corazón –junto al arroyo– “es la piedra más gris y más serena”.

Quando llegue mi alma (dice al amante)
tal vez reces, pensando
que el cielo dulcemente se derrama en tu pecho.
Te inclinabas a mí supremamente
como a la copa de cristal de un lago.
Para sus buitres en mi carne entrego
todo un enjambre de palomas rosa.
El amante es sol de ese universo. De las manos queridas
bajan noches y días
alhajados de astros
o encapuzados de siniestras nubes.
De tus manos, más bellas,
fluyen todas las sombras y todas las estrellas,
y mi cuerpo se vuelve profundo como el cielo
Tus ojos eran un infinito camino
y crecían las lunas nuevas en tus ojeras.

No es ciega para el mundo, pero no logra verlo sino transmitido en carne, en sensación más bien que en sentimiento. Como otra poetisa más reciente podría decir al amado: “Sólo tú y yo formamos la vida.”

Temperamento exaltado de amorosa, en Delmira se realiza aquello que para todas las mujeres temía Ana de Noailles, cuando aconsejaba a las adolescentes que se empaparan bien en la belleza de la vida exterior, desde el astro hasta el grano de arena, antes de que llegara a ellas el amor; porque “después (deciales) ya no veréis nada más que el amor en el mundo”.

En la obra lírica de Delmira Agustini una inmensa y varia promesa es absorbida, rápidamente, por la preocupación exclusiva, por la obsesión del amor. El desarrollo espiritual se verifica en un solo sentido, y por lo tanto se deforma, se desequilibra, hasta alcanzar la perfección audaz que, en cierto sentido superior y profundo, tiene lo monstruoso.

Pero al mismo tiempo Delmira se limita. Son demasiado vastos los aspectos de la existencia que sus ojos, velados de pasión no lograron ver; son demasiado ricos los frutos de la vida que sus manos, crispadas por el deseo, no pudieron asir, ni acercar a sus labios, eternamente sellados por un beso.

No sólo en la naturaleza, sino en el mismo amor: le fueron desconocidos los matices claros, los que caen fuera de la paleta de la sensualidad, de la pasión o de la ternura apasionada. El suyo es un amor delirante, agotador, que no puede nunca ofrecer la sonrisa que ilumina y calma, ni apoyar sobre su seno una frente fatigada, ni estrechar con su mano otra mano en un silencio gravemente expresivo. Tampoco irrumpe en su poesía el grito entrañable que lanza Gabriela Mistral en el "Poema del hijo". Al morir, dicen que Delmira dejó entre sus dibujos varios esbozos de cabezas infantiles. La que tan libremente se expresó a sí misma en lo que casi todas las mujeres callaban entonces, ¿callaría, en cambio, anhelos aún más profundos? ¿O es que esos subconscientes anhelos no llegaron a cuajar en ideas? Delmira ha muerto demasiado joven. Tal vez no pudo alcanzar la madurez intelectual por falta de tiempo para el estudio serio; no pudo alcanzar la madurez del sentimiento por falta de tiempo para la vida fecunda.

Tal como nos dejó su obra, la fuerza de Delmira Agustini está en su sinceridad. Se expresa: he ahí todo, casi sin estudio, sin escuela y sin imitación. Fácil sería demostrar en ella la influencia de sus preferencias literarias: de Gabriel D'Annunzio, de Herrera y Reissig; pero nunca copió modelos. No fue nunca, tampoco, una estudiosa. Trató de ser ella misma, sencillamente. Si empleó en el lenguaje la hiérbole, falsa en cierto modo, porque toda exageración incluye falsedad, lo hizo porque el lenguaje hiperbólico era el adecuado a la expresión de su emotividad excesiva. Su técnica –que no nos proponemos analizar aquí– fue, como su cultura, imperfecta; mas poseyó intuitivamente el sentido de la belleza, logró a veces la expresión insustituible; fueron suyos el ritmo vital, y la gracia y el ímpetu, dones de los inmortales. Y ya lo dijo Sócrates: "La poesía de los sabios se verá siempre eclipsada por los cantos que respiran éxtasis divino".

Delmira Agustini, como iniciadora, con Eugenia Vaz Ferreira, de la corriente de lirismo femenino que en este siglo ha inundado la América española, tiene el mérito, no de haber ejercido una influencia formal directa sobre las poetisas que la han sucedido, sino de haberles dado la norma suprema de esa poesía: la absoluta sinceridad, atreviéndose a expresar, por primera vez en nuestras letras, latidos secretos del alma femenina en torno al amor, centro vital que constituye el modo radical e la vida femenina, sobre el cual, en una u otra forma, gravita el ser de toda mujer.

Delmira Agustini no ha sido la maestra de Juana de Ibarbourou, de Gabriela Mistral, de Alfonsina Storni, ¡de tantas más!; pero bien podría aplicarse la frase de Goethe cuando decía, refiriéndose a la juventud alemana: “No puedo considerarme su maestro; pero sí puedo llamarme su libertador”. Desde el fondo de su alma inflamada y frenética, Delmira Agustini exhaló un grito de liberación de sí misma. Todas las poetisas que la han seguido han osado proyectar hacia fuera su yo íntimo. Nuevas orientaciones han surgido, nuevos caminos se abren ante nosotros; mas nada podrá quebrantar la verdad básica de esa actitud. Goethe seguía diciendo: “el artista tiene que crear de dentro afuera, pero nunca, intente lo que intente, podrá dar a la luz otra cosa que su propio ser”

La Habana, 27 de diciembre de 1934.

HOMENAJE A MIRTA AGUIRRE

Esta es una reunión feliz, porque celebra una preciada realización: La de una vida que alcanza hoy una cumbre, en serie de realizaciones que ha de continuar una marcha ascendente. Una vida consagrada al servicio de los seres humanos. No es frecuente que servicio tal pueda rendirse en tantas y tan varias formas a la vez. En Mirta se reúne la inspiradora voz de la poetisa, el recto criterio de la ensayista docta y profunda, la firmeza moral de la luchadora infatigable en las lides políticas y sociales, y la generosa comprensión y don de sí misma de la maestra que sabe medir el alcance de la obra educadora. Y aún si nos atrevemos a entrar en terreno más íntimo, en su vida privada encontramos la inquebrantable devoción que ha sabido siempre consagrar, abnegadamente, a familiares y amigos. Rasgos son éstos que definen y erigen ante nuestra admiración una personalidad ejemplar.

Admiración y cariño nos mueven a rendirle hoy homenaje. Nosotros, los que aquí en la Universidad tenemos la fortuna de ser sus compañeros y sus discípulos, queremos, al ofrecérselo, expresarle nuestros deseos de que siempre vea premiados sus altos méritos y esfuerzos y de que siga siendo nuestra compañera en muchos años por venir. Creo que al decir esto, debo hablar muy señaladamente en nombre de los alumnos. No me corresponde el mérito de haber sido maestra de Mirta; muy poco, si algo, he podido ayudar a la formación de quien nació dotada para formarse a sí misma y a otros: pero sí he podido contribuir a la formación de discípulos que lo han sido míos y lo son de ella. Al brindar por la presente y la futura dicha de Mirta, quiero dirigir una exhortación a esos discípulos, con las palabras que José E. Rodó puso en boca del viejo maestro de su parábola: Brindemos por quien me ha vencido, con honor, en vosotros.

Palabras pronunciadas en el acto de homenaje a Mirta Aguirre en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana, en octubre de 1972.

EN TORNO A LA POESÍA DE SILVINA OCAMPO.

Lo primero que debía sentir acaso el lector de hoy al abrir un libro de poesías de reciente publicación es que se encuentra frente a una manifestación literaria característicamente moderna.

En otras épocas el verso servía de vehículo de expresión para todos los géneros literarios, desde la epopeya hasta a los tratados didácticos. El ritmo del verso fue un instrumento útil a una literatura que confiaba la perdurabilidad de sus creaciones a la memoria de los hombres. Ya que otros medios de perpetuación eficaz representan un progreso reciente en la historia de la humanidad. Difícilmente podía confiar un poeta en que su obra se inmortalizaría sobre el frágil barro asirio o en el duro granito egipcio, ni aún en el papiro escaso o en el costoso cuero de Pérgamo. Más seguros registros fueron, en el Perú de los Incas, los recuerdos del amauta, o en la Europa medieval, la memoria del juglar. Aun por siglos después de la invención de la imprenta, cuando toda publicación era artículo de lujo que no estaba al alcance de muchos, las líneas animadas por el ritmo y la rima fueron una fórmula que, como la melodía o el acompañamiento musical, servía para mejorar, fijar y transmitir la obra literaria en un sentido predominantemente oral, mientras la prosa se desarrollaba y propagaba con la relativa lentitud de lo escrito.

La popularización del libro impreso y con ella el desdén de la memorización que caracteriza a la época contemporánea, ha dado a la prosa – hija del

Sobre *Enumeración de la patria y otros poemas*. De este trabajo existen tres versiones en el Fondo Camila Henríquez Ureña del Instituto de Literatura y Lingüística, hemos seleccionado la que nos parece más acabada. Sobre este tema, Camila ofreció una conferencia el 22 de agosto de 1944 en la sede del Lyceum.

verso en sus orígenes- mayor posibilidad de adquirir riqueza y variedad, y al verso mayor libertad respecto a las limitaciones de la forma, de tal manera que a veces no sabemos dentro de qué división, rigurosamente hablando, deberíamos colocar el pasaje literario que leemos y si nos satisface espiritualmente, tal vez preferiremos decir lo que en árabe se ha dicho de la prédica de Mahoma: “No es verso, ni es prosa, ni es lenguaje mágico; pero penetra, impresiona”

Porque esa supresión de fronteras ha representado una liberación de la poesía. El fondo de la poesía, -el “hecho poético”, de que hablaba Federico García Lorca-, no puede expresarse en cualquier forma; aunque, pueda encerrarse en diversas combinaciones métricas, estas solo constituirán su forma externa. La forma interior, manifestación sensible del fondo, es una e inseparable con él y puede resentirse de la imposición de determinada forma externa como de una prisión. El máximo empeño de nuestra época es llegar a identificar la forma con la esencia poética, crear un verso que puede no aceptar apoyos rítmicos exteriores, pero que arranca, para su giro expresivo, de un íntimo impulso espiritual. “La música es de la idea muchas veces” decía Rubén Darío. Los buenos poetas de todos los tiempos han sabido que “la música es siempre de la idea”; el hábito de emplear los apoyos rítmicos externos es el que les hacía agregar: “muchas veces” El poeta de hoy sufre ese modificativo. Puede aceptar o no la métrica, pero para él lo primario es que el verso obedezca a un ritmo interior y que ningún lastre venga a estorbar la elevación del vuelo poético.

Vuelo espléndido. Acaso no andaba errado el retórico griego cuando afirmaba que filosofía y poesía son dos formas de una misma esencia, que se nos muestra como revelación de nuevos sentidos de la existencia. Cuando el filósofo chino Chuang-Tse sueña que es una mariposa y al despertarse no sabe si es Chuang-Tse que soñó ser una mariposa, o una mariposa que está soñando ser Chuang-Tse ¿está haciendo filosofía o poesía? Nos sugiere una interpretación nueva de la realidad: está creando y crear es la función esencial del poeta. “La poesía -escribe el argentino Eduardo González Lanuza en su reciente libro “Variaciones sobre la poesía”- tiene una metafísica que la metafísica no alcanza”... ”El poeta crea realidad como el gusano de seda crea la seda. Y esta realidad pasa a ser para sus comprensivos lectores mundo exterior... certidumbre física... casi diría palpable”.

Encontramos en los poemas de Silvina Ocampo un claro ejemplo de poesía esencial. En ellos todo ser, toda cosa, todo hecho, aparecen en una nueva, insospechada manera de existencia. Los temas más complejos y extraños, como la muerte del hombre y la vida de la nube; los asuntos más trilla-

dos y los más sencillos: la presencia de la patria, de la naturaleza, la emocional evocación de la madre.

“sueños, objetos tristes, inmortales
las cosas más modestas y casuales”

los toca la poesía de Silvina Ocampo, y todos aparecen con alma nueva, como recién nacidos. Silvina Ocampo siente la poesía, como un ambiente: está en torno suyo como un insistente secreto que la atormenta y la impulsa fatalmente a indagar. Se acerca a los seres y las cosas con la avidez de un deseo serenado de unción:

“fervorosa de ausencias como se está en un tiempo”

Las contempla absorta, sin embargo distante:

“lejana, sometida, y atenta, te contemplo”

No se confunde con el objeto: es su testigo:

“Y yo, Silvina Ocampo, en tu presencia
abstracta he visto tu posible ausencia...”

No aparece en la poesía de Silvina Ocampo el subjetivismo limitador que había llegado a parecernos rasgo característico de la producción poética femenina y que presta inevitable monotonía a la obra de muchas renombradas poetisas de Europa y América. Al contrario, el peligro para Silvina Ocampo podría estar en extremar el objetivismo, porque ella no se coloca en el centro de su universo, y trata de interpretar al objeto de su poesía como, es en sí. Sin embargo, es la suya poesía entrañable; brota de sentimiento tan íntimo, que el procedimiento de enumeración que la poetisa prefiere es quizás el único que puede expresarlo sin degradarlo. Decía Goethe: “De lo que está muy próximo a nosotros, sentimos que sería sacrilegio expresar aun el más justo y moderado juicio. Del país propio, no deberíamos atrevernos a escribir nada, como no fuera una simple enumeración de las cosas que existen en él”. No sé si Silvina Ocampo ha recordado esa afirmación de Goethe, que anota Eckerman en sus Conversaciones, o si espontáneamente se le presentó la enumeración como la forma adecuada para evocar ante nosotros a la Argentina en todos esos aspectos familiares, pequeños, grandes, infinitos, que constituyen la Patria, un mundo animado de intenso valor emotivo. Así aspira a darnosla; fraccionándola, la sintetiza, despierta en nosotros el sentimiento de su existencia total, sin recurrir a explosiones de verbosidad:

“Te muestro
en un infiel espejo: tus paisanos

esplendores, tus campos y veranos
sonoros de relinchos quebradizos
tus noches y caminos despoblados
y con rebaños de ojos constelados”.

.....

Trémulas nervaduras de una hoja
los ríos te atraviesan de agua roja
sobre el primer cuaderno con paisajes
pintados por las manos de algún niño.

Siente ante la grandeza de su objeto esa terrible miseria de la palabra que es angustia del poeta:

¡Patria, he nacido tantas veces muda!”

Pero nos ofrece lo que ha absorbido por todos los sentidos hasta llevarlo en la sangre:

“Inmóvil como un árbol he dejado
tu cielo iluminarme de rosado.
He visto la llanura tan desnuda
quedándose sin pastos y sin riegos,
tus plantaciones, tus huertas escasas.
He visto disparar caballos ciegos.
En distintas ventanas de tus casas,
deslumbrada y atenta, he conocido
inclementes tormentas. He oído
el grito del chajá y del terutero,
el grito de la garza y de la iguana,
y llevando la tropa cotidiana,
alto y nocturno, el grito del resero.
He respirado todos tus olores:...

Y tiende la mirada para abrazar toda la vastedad de su

“Patria vacía y grande, indefinida
como un país lejano, interrumpido
por la llegada lenta de los trenes

.....

desde el seno de la Última Esperanza
al Pilcomayo de agua bienvenida”.

Silvina Ocampo parece no sentir el amor como “mundo vital” de su poesía, a diferencia de la mayoría de las poetisas que en el orden del tiempo le han precedido. Pero en realidad ha transportado el amor a expresión más sutil e intención más vasta. El motivo amoroso directo, sexual, maternal o social no se muestra en su poesía, pero su actitud espiritual es de enamoramiento. Ama las cosas, las desea, pero en su totalidad, penetra en ellas desde la distancia sin violentar su intimidad, como en un mundo de espejo donde todo está a la vez próximo e ilimitadamente lejano; donde todo se da sin perderse, ni disminuirse, ni fundirse. Trata de expresar el subjetivismo propio de cada ser, de cada cosa. De esa manera, hablan por su boca el árbol ya ausente, el perfume ayer desvanecido, el naufrago que ha pasado tan inesperadamente del sueño a la muerte, que cree soñar su propia muerte y espera despertar mañana, o el personaje que para otros vive sólo en las páginas del libro de Historia.

Y para angustia suya la poetisa sabe que nada es totalmente penetrable, nada es reductible del objeto al sujeto. “Ante una persona dormida” se consume en anhelo imposible de penetrar en el mundo individual de su sueño:

“Si los sueños atónitos pudiesen
 buscarse unos a otros, si se viesan,
 para seguir tu sueño fraterno...
 toda dicha guardaría,
 en inmóvil postura de diseño
 para llevar mi suelo hasta tu sueño!

No es dado al hombre romper la valla. Nos asomamos al mundo desde una lejanía irreductible, -la lejanía que vuelve preciosas y raras todas las cosas: el horizonte, el astro y el día de ayer. Lejanía en el espacio, lejanía en el tiempo. Sólo nos queda un recurso para encadenar el mundo a nuestra alma: la memoria. Cada impresión en Silvina Ocampo se hace recuerdo, “puro recuerdo” que empieza a serlo en el preciso instante de la percepción. La imagen de la madre que se pasea se le transfiere al pasado en el oído que está escuchando las campanillas del coche que la lleva:

“El pasado habitaba ya aquel canto
 de una torcaza acompañando el día”

Y la contemplación de la quinta de San Isidro -su residencia- es ya recuerdo mientras la envuelve en la mirada con que “habrá amado” todo lo que ella encierra.

Percibe minuciosamente, como tal vez puede hacerlo sólo una mujer:

“Que no te falte nada, ni un canto de zorzales,
 ni la podrida fruta, ni el negro caracol
 con su inmundo secreto que al sol es tornasol,
 ni tu íntima pobreza de ranchos sostenidos
 en lo alto por estacas, ni tus líquidos ruidos,
 tus sapos y murciélagos que estremecen tus noches
 tibias como invernáculos, ni tu ausencia de coches.
 Que no te falten lanchas, la sogas que se anuda,
 ni el desembarcadero con mi sombra desnuda,
 ni días de regatas y solitarios gritos,
 no, ni los esplendentes ocasos con mosquitos”.

Fijar en muros de la memoria:

“interminables listas de cosas veneradas”

Cosas que, mágicamente poseídas a través de sus nombres, alcanzan una realidad extratemporal, en la que el instante subsiste, empero, como elemento determinante de su calidad única. “Ya nunca más tendremos el alma de esta noche” lamentaba Ana de Noailles.

Para Silvina Ocampo “la reaparición de todos los momentos será falaz”. Lo que fue no vuelve jamás a ser. La poetisa escribe epitafios que perpetúen lo que ha sido. Nos dice en el “Epitafio de un aroma”:

“La misma asociación de flores, tácita,
 las parecidas manos, el cuidado,
 la estación y la sangre de la tarde,
 no podrán repetir exactamente
 los túneles oscuros de mi aroma.

.....

Y aunque se asocien muchas circunstancias
 -repetición de frases o de gente,
 la misma inclinación de una cabeza-
 ya no existe tampoco la persona
 para quien fue en secreto destinado”

Cada momento es irrecuperable en la vida de los individuos y de los conjuntos, en la existencia de los hechos concretos y en la existencia imprecisa en que el poeta sabe penetrar: el pasado, el sueño, la muerte misma, que acaso

nos parezca –como tantas veces lo parece la vigilia- un sueño difícil de olvidar, un “recuerdo futuro”. Pero Silvina Ocampo ve en toda cosa, en todo instante, un recuerdo, y a través de esa interpretación borra las tres dimensiones del tiempo. Ni pasado, ni presente, ni futuro: solo hay duración, en realización perfecta de la teoría de Proust.

Esta profundidad poética encuentra expresión justa en el verso de Silvina Ocampo, noble, refinado sin ligereza, como música antigua, elaborado lentamente:

“imagen meditada largamente,
cielo del estudioso”

Silvina Ocampo pertenece al grupo de poetas de hoy que aceptan el verso tradicional, acaso como una disciplina engendradora de humildad. Se ciñe conscientemente al rigor métrico del endecasílabo y del alejandrino, a la rima del soneto, del cuarteto, del fraseado. Su verso, así dominado, posee singular tersura:

“en la penumbra inmóvil una rosa
nocturnamente blanca y temblorosa,
inventando un pasado que la enciende,
en la cerrada habitación trasciende
con un zumbido musical remoto
la ancha distancia y el recuerdo ignoto”.

Su refinada modernidad emplea a veces con elegancia recursos de la retórica clásica.

“...un demasiado azul en la distancia
largo, lejos de ceibos y jilgueiros”

.....

“!Ah, que azul era el lago y había rosas!”

La imagen es en Silvina Ocampo poderosa, creadora de cuadros de intensa fuerza evocadora; pero no es nunca imitativamente pictórica, así como su verso no es nunca imitativamente musical, y su poesía está muy lejos de todo intento de fusión o contaminación con las otras artes.

La constante, honda preocupación de la pureza poética es para Silvina Ocampo la esencia misma de su vida. Largo tiempo ha trabajado y meditado antes de ofrecernos su primer libro. En su poema “Euterpe”, que podemos considerar su arte poética, nos confiesa la historia de esa pasión y nos señala la ruta de su esperanza.

Jorge Luis Borges, haciendo la reseña de este libro ha dicho: “Hace tiempo que las muchas literaturas cuyo idioma es el español no producen un libro tan diverso y tan continuamente admirable.”

Yo creo que después del brillante grupo del post-modernismo, es Silvina Ocampo la primera poetisa mayor que produce la América Española. El tiempo ha de decirnos más.

Solo al poeta es dado presentir la naturaleza del milagro que le prometen los “labios secretos” de la vida. Tal vez nunca se le revelaron en pura esencia. Pero al menos Silvina Ocampo puede estar segura de que, obedeciendo a ese “insistido secreto” que la impulsa, su mano ha dibujado ya, en las páginas de este libro, “palabras memorables”.

LUCÍA, 1895

Tres son los temas -los conflictos- que Humberto Solás, en su notable film *Lucía*, desarrolla, no paralelamente, sino en enlace indisoluble: la mujer, la sociedad, el amor. Lucía, la protagonista, al mismo tiempo es la mujer cubana interpretada en tres épocas representativas de su evolución, partiendo de la etapa colonial para llegar hasta nuestro actual momento revolucionario, y es la mujer del mundo moderno en general, en su proceso agónico en busca de sí misma, de la definición y conquista de una personalidad que las condiciones sociales desde tiempo inmemorial le han vedado alcanzar.

La sociedad cubana se nos presenta igualmente en el film en su evolución histórica: primero, al iniciarse en su seno una toma de conciencia, con la lucha heroica que da fin a la dependencia política de Cuba respecto de España; luego, al atravesar el angustioso período de la república mediatizada, cuando la conciencia de la frustración de la independencia se patentiza en la desesperada rebeldía de una juventud todavía inciertamente orientada, y por fin, con el triunfo de la Revolución, al llegar el alba de una nueva era de libertad y de justicia, pero que han de ser ganadas y mantenidas poniendo el esfuerzo máximo en cada hora volcada hacia el futuro. Lo mismo que la mujer, la sociedad de que ella forma parte, lucha por descubrir, definir y afirmar la esencia de su ser.

Con la mujer y la sociedad vemos evolucionar el concepto del amor, desde aquel en que la mujer es el juguete, iluso y semiconsciente, de la concupiscencia masculina, a través de los intentos de ella para convertirse en auxiliar

del varón, hasta madurar en la noción de la compañera que no sólo cumple deberes sino ejercita derechos como ser humano en paridad con el hombre. El amor se transforma, de una relación de sometimiento para la mujer, en una relación de equidad, pero ésta no se logrará plenamente sin una lucha que aún se prolonga, porque es preciso arrancar los remanentes de una incomprensión de raigambre ancestral.

En la primera historia de las tres en que se estructura la película, nos trasladamos, en el año 1895, a la Villa de Trinidad, típico centro colonial, y somos testigos de cómo la sacudida de la Guerra de Independencia rompe el equilibrio vital de la clase «acomodada». La vida de este grupo social es, en efecto, de comodidad muelle, apacible; es una existencia doméstica, privada, por lo que a las mujeres se refiere. Todo es serenidad en la superficie, mientras oculto corre un río de subterránea desesperación. Porque la espontaneidad, el ansia de libertad, de conocimiento de la vida exterior al cerrado círculo de familia e Iglesia son severamente reprimidas, ahogadas sin violencia aparente, como por un dogal de seda. La vida de esta sociedad colonial está admirablemente evocada en una serie de cuadros en blanco y negro, en la que los dos tonos, empleados en una gama sorprendente de contrastes y gradaciones, nos revelan plásticamente, simbólicamente, el doble carácter de nitidez superficial y fondo turbido.

Lucía, mujer de esa época, nos impresiona como un ser humano de personalidad mal definida, no porque le falte calidad espiritual ni vigor natural, sino porque le falta formación. En su extremado candor, sobre un fondo de curiosidad aún adolescente, en su desconocimiento de las realidades de la vida, hay bondad y rectitud intrínsecas. Siendo pura de espíritu, cree que otros los son también. En esa pureza nos aparece diferente de las otras mujeres jóvenes que la rodean: hay malicia morbosa en Rafaela, hipocresía en Gertrudis, Lucía es genuina. Por eso es la única que se conmueve en profundidad y asombro ante la tragedia de la Fernandina, salvajemente re-creada por la imaginación de Rafaela. Pero Lucía tiene ansias de vivir: no ha comenzado a hacerlo realmente, a los treinta y cinco años, ni tiene esperanzas fundadas de llegar a realizar la vida que secretamente presiente en aquel restringido mundo donde la sola salida para la mujer era casarse con cualquiera, para adquirir el único *status* social que podía otorgarle importancia. Lucía no se limita a aceptar esa salida. Lucía ama, con amor dispuesto a darlo todo, el amor de Melibea y de Julieta. Y amar así es volverse loco de confianza, como decía Gabriela Mistral. Por eso Lucía sigue creyendo en el amor de Rafael después del primer engaño y lo conduce al cafetal, aunque ella sabía que no hubiera debido ni mencionar siquiera ese lugar, cerca del cual estaban los mambises.

Lucía no se da cuenta de la gravedad de su acción hasta demasiado tarde, Su actuación inmadura e inconsciente en este aspecto no es justificable en la misma medida que su repudio de la moral en que había sido educada, la que lanza por la borda para entregarse al hombre que ama y decidirse a seguirle. Ella tiene conciencia sólo de su pasión, más violenta aún por lo tardía.

De la Guerra de Independencia, de su significación, de los peligros y la responsabilidad que para todos los cubanos patriotas entrañaba, no se había llegado a desarrollar en Lucía una clara conciencia. No creemos que existiera esa conciencia tampoco en las mujeres del grupo que la rodeaba; ni siquiera en la madre, que ni aun inquiriere suficientes datos sobre el apuesto pretendiente español antes de admitirlo en la intimidad de su hogar cubano. Superficialidad e inconciencia caracterizan a todo el elemento femenino en este aspecto. Sin duda, tal no era el caso de todas las mujeres de la época. Desde el período de la Guerra de los Diez Años fueron numerosas las patriotas que comprendieron el significado de la lucha y coadyuvaron eficazmente a ella, pero podemos considerarlas mujeres excepcionales. Lucía y el mundo femenino que la rodea no representan casos de excepción, sino el tipo medio común y corriente de mujer, al que una educación deformadora creaba una personalidad artificial. La pasión que hace presa en el temperamento intenso y largamente reprimido de Lucía echa por tierra todas las estructuras de que cuidadosamente la había rodeado la moral burguesa. Su responsabilidad naufraga junto con su razón en el final melodramático –perfectamente acorde con la época– en que da muerte al traidor, consumando su propia destrucción y la de su familia. Es un episodio en el drama del derrumbamiento de la vieja sociedad colonial.

La manera en que está presentada la dramática historia nos parece, artísticamente, un acierto. La interpretación de la protagonista por Raquel Revuelta es una creación inolvidable. De tal manera cobra vida el carácter que crea, que sentimos en él todas las posibilidades latentes que no sólo el guión no puede expresar, sino la vida misma no permitió a Lucía desarrollar y quedaron subsumidas en su interior. Cada mirada, cada gesto de la actriz están cargados de sentidos cuyo conjunto supera en mucho al del diálogo y da cima a la expresión del personaje.

La evolución de las costumbres de la época –en particular, del grupo femenino– está convincentemente realizada. Las vemos ya entregadas a la labor, a la conversación, a los juegos, todo entre mujeres solas, en el interior de la gran casa colonial, con sus vastas salas, corredores umbrosos, patios floridos y viejas fuentes; ya en la iglesia, entre el murmullo interminable de los rezos; ya en la calle, donde por un instante cruzan tal vez breves palabras con un hombre, acaso visto por vez primera, o comentan, admirando de lejos, el

matrimonio logrado por una amiga más afortunada. Se nos revela en pocos, pero definidos trazos, todo un estilo de vida.

Nos interesó en la película la ausencia de realismo directo y escueto. No se emplea nunca en ella una minuciosidad detallista. En todo momento hay una insinuación de vaguedad que brinda campo abierto a la imaginación. A veces asume rasgos de sobrerrealidad, como en la gran escena de la batalla, en la del asesinato final y en la violación de las monjas, que nos impresionó como una sucesión de «estampas de la guerra» a la manera de Goya.

MISCELÁNEA CRÍTICA

NOVELISTAS FRANCESES DEL PERÍODO ROMÁNTICO.

JORGE SAND (1804-1876)

Gran productividad del período en la novela. Muchos novelistas fecundos: Hugo, Dumas, luego Balzac. Muchas mujeres novelistas, sobre todo en Inglaterra, “malgré tout”. Jorge Sand (Aurora Dupin) es el más destacado ejemplo de esa productividad. Sus obras forman 110 vols.

Tras su obra está la singular historia de su vida. Fue temprano huérfana de padre. Se crió con madre y abuela en la propiedad de la familia en Nohant (Berry) como una hija de la naturaleza y codeándose con niños campesinos. A los 13 es enviada a una escuela conventual en París. Se vuelve muy religiosa por un tiempo, pero pronto le interesan más la política y la literatura. Vuelve luego a Nohant, y allí la lectura de Rousseau la fascina: se vuelve su discípula, en su adoración de la naturaleza, su creencia en la igualdad y su rebeldía respecto de la sociedad civilizada. Lee también a Shakespeare, Byron y Chateaubriand. En 1822 (12 años) la casan con un noble rural, el barón Dudevant, que no era su par en cultura ni en ideales y no la comprendía. Los primeros años fueron pacíficos; dos hijos: Mauricio y Solange, nacieron. Pero en 1825 empezó la desavenencia, a medida que ella se iba haciendo más independiente intelectualmente, y él menos capaz de entenderlo. En 1830, Aurora se va a vivir sola en París. El proceso de la separación legal fue muy desagradable y se la acusó de faltas que no había cometido, e incluso de haber dilapidado la fortuna de su marido: la verdad era lo contrario, ella había llevado una dote de 500,000 francos.

La amargura de este proceso y los ataques de los periódicos, explican la indignación que se expresa en sus novelas de esa época: Indiana, Valentina, Lelia y Jacques. Estas son las obras suyas que menos interesan hoy, a pesar de la armoniosa sonoridad del estilo, porque sus argumentos son inverosímiles y la caracterización es débil e idealizadora; pero son un grito de desafío, al mismo tiempo que una queja, contra la sociedad de la época.

En Indiana, su primera obra, ya Jorge Sand presenta varios tipos masculinos. En primer término, el hombre vulgar y egoísta al que la sociedad, al darle poder, hace brutal; luego, el hombre de carácter débil e irresoluto, al que la sumisión a los dictados de la sociedad hace cobarde e irresponsable. Luego, en fin, el que para ella es el hombre ideal, que puede aparecernos como severo y frío, pero en realidad es capaz del amor más fiel y altruista, tipo que reaparecerá en casi todas sus novelas.

Jorge Sand

Cuatro épocas en su obra:

- 1ª Alumna de Rosseau. Romanticismo idealista. Indiana, Valentina, Lilia, Jacques Mauprat, (1837)
- 1ª Religión de la humanidad. Novelas sociales. El molinero de Angibault, El pecado del Sr. Antonio (1838). Sueños de una edad de oro futura, basada en la igualdad y fusión de clases que ella realiza por el amor.
- 3ª Vuelve a Nohaut (1839). Describe escenas rústicas, vida de la provincia. La Mare audible (1846) La petite Fadette (1846) François le Champi 81850), Les maitres sonneurs (1853) obras maestras de género idílico, idealizador pero no falseador.
- 4ª La vejez, serena y sonriente. Narraciones tipo cuento. Jean de la Roche (1860), El marques de Villemer. (1861) relatos de amor idílico, bellos paisajes provincianos, a veces, fantasía: Les beaux messieurs de Bris-doré (1858).

Características. Idealización, pero no es antítesis del realismo. Verdad psicológica: es penetrante y fría (más que Balzac): amor a la naturaleza: Escribía “improvisando” día por día, lo que hace que sus personajes sean ondulantés, complejos, muy humanos; que evolucionen. Los principios de sus obras son mejores que los finales porque su optimismo la lleva al happy ending.”

Es uno de los pocos autores que saben pintar muchachas sin ñoñerías y pintar el gran mundo. La Marquise. En Lucrecia Floriani pinta una mujer “emancipada ¿ella misma? (P.154-156 Braudes). (En Elle et Lui, se presenta como lo revelan sus cartas, en las que se ve su humillación en el aunto ficticiamente; Musset.

Su estilo personal se distingue por su sonoridad, sus ritmos amplios y regulares, el perfecto equilibrio de sus oraciones. No es rico en melodía y color, pero sí en armonía y su línea o contorno. Es romántica por el entusiasmo; pero severamente clásica en la regularidad de los párrafos, la belleza de la forma y la sobriedad de colorido.

MME. DE STAËL

Ana María Germana Necker (París, 1766-1817)

Sus padres. Su aspecto físico y su disposición. Se opone a su madre: es rousseauiana. Criada en el trato de gente famosa; gran conversadora. Admira a su padre. Empieza a escribir a los 15 años. No la dejan criarse con un protestante. A los 20 años se casa con el barón de Staël, que era favorito del Rey de Suecia y le doblaba la edad, y “no inventó la pólvora”. Su primer libro: *Cartas sobre Rousseau* (1788) panegírico y defensa de éste. Se entusiasma al principio con la Revolución. Su padre tiene que huir; pero ella permanece en París y salva a más de una víctima del Terror. Perseguida, huye a Inglaterra. Publica- *De la influencia de las pasiones*. Cuando al fin se le permite volver a Francia, regresa a París y trata de intervenir en la política. Por su influencia, Talleyrand es nombrado Ministro de Estado. Su casa: reuniones políticas. B.[enjamin] Constant líder. Napoleón vuelve a París después de la campaña de Italia. Mme de Staël lo admiró pero no se crea una amistad entre ellos y al fin se crea un gran antagonismo. Ella le reprocha su despotismo.

1800- *De la literatura y sus relaciones con las instituciones sociales*. Discute el valor de la literatura moderna y la favorece por encima de la clásica antigua, porque cree en el progreso de la cultura. Llama la atención sobre las literaturas del Norte. Afirma que las condiciones de libertad de la sociedad deben reflejarse en la literatura.

Su oposición a Napoleón se hace activa. Ella entra en toda clase de conspiración contra él: él lo sabe. Al fin, desde que B. Constant habla contra Bonaparte en público, la sociedad la abandona. Ella y Constant salen desterrados por 10 años.

1803-*Delfina*

1807-*Corina*

NOTAS SOBRE OBRAS DE AUTORAS HISPANOAMERICANAS

La amortajada, DE MARÍA LUISA BOMBAL

Nos desviaremos aún más de lo externo para entrar en la oscuridad de lo irracional y subconsciente con M. L. Bombal, chilena, autora de *La última niebla* (1934) y *La amortajada* (1938), donde lo humano y lo que está fuera de lo humano aparecen en una zona mágica, poética por la fuerza de la visión. Vemos lo que los personajes ven, como si dijéramos, con los ojos cerrados: Una protagonista sueña: la otra está muerta. En *La última niebla* la mujer ama en una zona intermedia entre la novedad y el ensueño. En la segunda, la muerta ve, siente, evoca el pasado, sabe la verdad con sabiduría final e inútil. El estilo es sencillo, pero los recursos empleados son complejos. La lluvia en *La amortajada*; La niebla en *La última* crean el único ambiente, sonámbulo. Pero en *La amortajada* hay más peso del mundo en la vida de la protagonista. ¿Psicología femenina? Ausencia total del problema moral. No hay, creemos, verdadero análisis psicológico, hay impresiones poéticas. Otras preguntas.

Técnica

- 1ª Descripción por el autor omnisciente. Tercera persona. El asunto es la conciencia o vida psíquica del personaje.
- 2ª Al mismo tiempo, hay técnica de reminiscencia o recuerdo: pasa a la primera persona. Esto no es “fluir de la conciencia” puro: es captar el pasado a la Proust. Es coherente. Oscilación entre las dos técnicas: la autora comenta, en tercera persona: ella.

3ª Pasajes metapsíquicas, o sobrenaturales: llamada de “alguien”, “más allá” va como por una sobrenaturalidad. Conciencia del paso del día, del tiempo, como una vela que arde.

4ª Pasamos a la psique, monólogo interior de otros: Fernando (pág. 54) Hay aquí un diálogo interior, sin palabras pronunciadas, pero coherente. (pág. 54 y sgt) Fred y sus “sexto sentido”.

Ana María y el cambio final de su personalidad viviente (33 p.) sabe que su amante no la había olvidado jamás, sabe que Fernando había deseado su muerte, cuando ella creía que la amaba; que su marido, de quien se creía odiada, sufre por ella que ya no lo puede odiar, siente amor por su nuera, M^a Griselda; siente al fin la ternura de su hija joven, en quien vivirá siempre.

Luego, se siente conducir y se siente la paz de descansar bajo la losa. Y extrañará al fin en “la muerte de los muertos”.

- Ausencia de problema ético, no hay verdadero análisis psicológico: muy subjetiva (V. Técnica. T.5)

El problema de este tipo de novela: si un novelista desea crear un personaje presentando su mente, su ser interior al lector, la obra en que lo haga tendrá por ambiente o escenario (personaje) la mente del personaje. Su tiempo tendrá la extensión que la memoria y la imaginación del personaje recorran temporalmente; su acción será la que el personaje recuerde, perciba o imagine en el momento dado.

Es decir: se desarrolla la obra en el caos y el accidente de una conciencia (o psique), sin esquema fijo, ni claridad, ni orden lógico riguroso. El autor necesita imponer una estructura en ese caos por ciertos métodos.

[leit motif] - lluvia. Aquí hay un suceso básico: la muerte, presta ayuda en ordenar el desfile de los personajes; en fijar el triunfo “actual” de la obra en el término del día: en dar una especie de argumento en el paso de la vida a la muerte.

Preguntas

La novela subjetiva de problema psicológico: Los hombres del hombre (1950) de E. Barrios. Desdoblamiento interno de la personalidad en varios yos,

Novela fantástica: se entrega totalmente a la fantasía es decir, crea un mundo o aspectos del mundo, que se sabe que no existen y no se trata de decir que son verdaderos.

Novela científica: *La invención de Morel* (1940) de A. Bioy Casares, argentino): máquina de reproducir acciones pasadas. Diego Cañedo, (mexicano): *La noche anuncia el día* (1947) máquina de leer los pensamientos. (De intención, crítica social: horrible cuadro de corrupción política y social que no cede a *El Señor Presidente*. No se ve “el día”.

Fantasía poética: tiene a veces carácter de superrealidad: *Jardín* (1951) de D. M. Loynaz (cubana): correspondencia espiritual entre una mujer y un jardín que convierte al tiempo en el tono predominante, sin que sea siempre posible saber en cuál de los tres tiempos básicos se vive: a veces en todos a la vez: ni en qué preciso lugar, pues el *Jardín* tiene las dimensiones fantasmales del alma de la mujer -¿de las mujeres?- porque en la protagonista se suman almas del pasado a la suya del presente. Contiene, como medio de evocación del pasado- muchas bellas cartas de amor.

M. L. Bombal (1936) *Las islas nuevas*, novela corta, en el que una mujer y una gaviota se identifican, en un ambiente de misterio marino, en el que brotan, del seno de las aguas, islas nuevas.

Aves sin nido, DE CLORINDA MATTO DE TURNER

Proemio.- La autora expresa su opinión de que “la novela tiene que ser la fotografía que estereotipe (?) los vicios y las virtudes de un pueblo, con la consiguiente moraleja... y homenaje de admiración...” respectivamente. De ahí dice “la importancia de la novela de costumbres”, porque puede contener la semilla de la reforma de muchos. Cree que en nuestros países nacientes la novela “tiene que ejercer... influjo en la morigerización de las costumbres”, es decir, no ser meramente recreativa.

Curioso: entre las posibles reformas sugiere “el matrimonio de los curas”.

Declara que toma sus cuadros del natural; que ama la raza indígena y ha observado de cerca sus costumbres y “la abyección a que la someten... los mandones de villorrio...; curacas, gobernadores, caciques y alcaldes. Habla de la necesidad de llevar el tema a la novela, poesía e historia, como se ha hecho ya en Europa. Su propósito, dice, es “mejorar la condición de los pueblos chicos del Perú” y de los indígenas explotados”, y “hacer literatura peruana, a la vez”.

Cap. I.- En el pueblo de Kíllac, con sus casas (techo de tejas) y sus chozas (techo de paja). (Tiene ojo fino para el color: “las tortolillas cenicientas” de ojos de rubí”; para las sensaciones del oído, del olfato, etc. La quinta “Manzanares” propiedad del Obispo que fue, D. Pedro de Miranda, y ahora residencia de verano de los obispos.

Cap. II.- Uso de palabras indígenas quechuas. Pinta la salida del pueblo, en el amanecer, de un labrador indio. (No escribe bien: a veces no se entiende lo que quiere decir, por mala construcción). Aparece una joven india (su vestido se describe minuciosamente) que se dirige a la casa (de tejas) de la señora Lucía, esposa de D. Fernando Marín. La india es la mujer del labrador, Juan Yupanqui, y se llama Marcela. Pide ayuda para su marido en su desesperada situación. (Lenguaje falsamente literario puesto en boca de Lucía). No puede pagar sus deudas; el cura, por enterrarles a la madre, les ha embargado la cosecha de sus papas; ella tiene que entrar de mita (servicio obligatorio) en la casa parroquial (lo que parece era una fuente de iniquidades). Su pobre marido quiere matarla y matarse. Lucía le promete ayuda.

C.III.- Descripción del “reparto antelado” en las provincias donde se cría la alpaca.

C.IV- Descripción del “reparto” adelantado y sus horribles injusticias.

C.V- Descripción del cura basto y lujurioso y el gobernador, ignorante y avaro.

Se describe una comida peruana de casa rica, con su “cuajada de carne”, “locro colorado” y su final de café de Carabay claro (puro), caliente y cargado (fuerte) en pequeñas tazas de porcelana.

C.VI.- Marcela teje un poncho listado, que se describe “con los colores, que usan los indios mediante la combinación del palo brasil, cochinilla, achiote y flores de quico”. La comida del pobre: “mote frío y chuño cocido”. Declara su intención la autora de comparar el campo y la ciudad.

C.VIII.- Preocupa al gobernador que “se quiera cambiar las costumbres de nuestros antepasados”. Todos beben repetidamente: [ilegible]

Acuerdan arrojar de allí a los señores “forasteros”. D. Fernando quería suprimir los “repartos” por injustos, ya que los indios debían pagar cinco o más veces la suma “prestada”, a la fuerza. También quería D. Fdo. “que se entierre de balde” y “se perdonen deudas”.

En la casa consistorial, el gobernador y el cura toman aguardiente “puro de Majés”. Se describe la sala, típicamente amueblada con escaños forrados de hule negro, sillas de madera de espaldar pintado con flores y frutas y mesa

de escribir con tapete de felpa verde. En las paredes, ilustraciones de periódicos europeos. El suelo, cubierto con esteras de paja tejidas. Hay allí 8 personajes, “hombres de estado”, es decir, casados desde los 19 años, según la regla allí.

“Todos acuerdan arrojar de allí a los foráneos” entrometidos.

C.IX.- Viene Yupanqui a decir que le ha llevado el cobrador a su hija menor. Esto hacían con los niños; ¡para venderlos! a gentes de otras regiones. En este momento, los raptos han ido “donde el gobernador”. D. Fernando va tras ellos con Yupanqui. Marcela explica que debe al Cura 40 pesos por el entierro de la suegra, y el cura le ha embargado la cosecha de papas “por los réditos”.

C.X.- Critica a los que quieren “convertir” y “civilizar” a los indios sin educarlos ni instruirlos. Se refiere a los caníbales. Revela el estado del interior del Perú sin escuelas, en poder de sacerdotes y gobernantes venales.

Retrato de D. Fernando, “el señor distinguido de la ciudad”. Solicita éste la devolución de la niña. Paga la deuda. La mujer del gobernador sabe que éste y los suyos fraguan la pérdida de D. Fernando y su mujer, y le ruega que desista; pero el gobernador cree que las mujeres sólo entienden de “calceta y tamalitos”.

C.XI.- Descripción de la gobernadora y su traje, de señora “serrana”. Tiene escasa educación, pero es bondadosa. Tienen un hijo.

C.-XII- La india devuelve su dinero al cura, que le echa el ojo a la chica mayor.

C.XIII.- D. Fernando teme por su capital invertido en la sociedad minera de aquel lugar, la india les dice que el cura tiene el alma vendida a “Rochino el brujo verde que huele a azufre” y lleva las almas al “Manchay-puito”: el infierno. D. Fernando se fija en la rara belleza de la hija mayor de Marcela, Margarita, que ha de ser ahijada de él y de su mujer. Esa noche, ellos irán a visitar a la gobernadora.

C. XIV.- El cura se entrevista con el gobernador. Planean matar a los Marín. Fingirán que entran bandidos en el pueblo y que se esconden “donde D. Fernando.”

C.XV.- Acaba de llegar el hijo de los gobernadores, el joven Manuel, después de larga ausencia de 7½ años. Tiene 20. Es guapo y bien educado en la ciudad. Estudia Derecho, inevitablemente. Se oyen disparos. Manuel se ofrece

a acompañar a los Marín a su domicilio. Les cuenta su disgusto de “los vecinos del pueblo”: le dan “compasión”.

Curiosa disertación sobre los presentimientos (de Lucía) que demuestra el conocimiento de la autora de Allan Kardec, Charcot y otros. Los conspiradores desarrollan su plan y atacan en casa de los Marín.

C.XVI.- Yupanqui y su mujer conversan. Notan que los quechuas usan los nombres de sus dioses: Wiracocha, Pachacamac, etc.

C.XVII.- El cura está en su casa con una mujer. Oyó el tiro y no puede dormir. Manuel quiere ir en busca de su padre, pero su madre no lo permite.

C.XVIII.- D. Fernando prepara su rifle de caza para defenderse de la horda que ataca su casa por varios lados. Sale y al verlo la gente del pueblo se da cuenta de que no hay ladrones. Manuel y doña Petronila acuden. Juan también, y lo matan. Marcela está herida. D. Fernando y Lucía han desaparecido.

C.XIX.- Al amanecer, el cura manda a la mujer que lo acompaña que averigüe qué ha pasado. La casa de los Marín ha sufrido desperfectos, pero ellos están sanos y salvos dentro de ella. Cuentan que se salvaron huyendo y escondiéndose. Manuel promete ayudarle, pero tiembla porque teme que su padre (su padrastro en realidad) sea uno de los culpables.

C.XX.- Las hijas de Marcela, vienen a la casa de los Marín. Las Autoridades se hacen las ciegas en el asunto del asalto. Intermedio para hacer el elogio de la “chicha de quinua con arroz” que es mejor que la “horrible cerveza” de origen extranjero. Elogia la gratitud de Yupanqui, y asegura que los indios tienen gratitud, rectitud y nobleza o al menos son capaces de ello. Se lamenta de su degeneración como raza por el maltrato y el hambre. Lo que necesita es “autonomía” para regenerarse.

C.XXI.- Manuel se ocupa en la parte legal del asunto del asalto. No quiere hablar con su padrastr; se da cuenta, por sus investigaciones, que él y el cura son los principales culpables. Tiene, pues, que decidirse a hablarle.

C.XXII.- Manuel dice a su padrastr que todos lo acusan en el asunto y que debe renunciar la gobernación. Manuel ve al cura y le dice que debe al menos “reparar el mal que ha hecho”, lo mismo que su padre. Que a él le “han enseñado que sin rectitud de acción no hay ciudadano, ni habrá patria”. El cura lo trata con ira y desprecio. Pero se preocupa sobre todo por su comida que se enfría. Llama a Manuel “masón”.

C.XXIII.- Marcela se muere. Llama a sus hijas “aves sin nido”. Lucía le promete cuidarlas. Dice que antes quiere revelar a Lucía “un secreto” que deberá guardar hasta “la hora precisa”.

Manuel llega con su padre para presentar sus excusas y tratar de subsanar daños. Manuel se apiadó del pueblo sin guía que seguir ciegamente “la legendaria costumbre”. Precisamente la lucha para educarlo y darle libertad es – dice- la de la juventud peruana.

La Sangre (ELENA QUIROGA)

En su novela *La Sangre*, publicada en 1952, la joven novelista gallega Elena Quiroga ensaya un nuevo procedimiento en este tipo de argumento, eligiendo como centro en el cual fortuitamente –esto es, no causalmente-, convergen las vidas de todos los personajes (en este caso, cuatro generaciones de una misma familia), a otro personaje principal, que es testigo presencial y narrador, en primera persona, a través de la novela entera, de todas las acciones que se nos representan en la obra. Todas estas acciones, por lo tanto, están presentadas por la técnica retrospectiva, a través de los recuerdos del narrador, excepto la escena final, que ocurre en el momento presente mismo en que se narra. El modo muy original, de la obra, proviene de que el personaje narrador no es un ser humano: es un árbol, un viejo castaño centenario, que nos cuenta lo que ha presenciado desde sus días juveniles, cuando era “un árbol mozo y engreído”. Habla poco de sí mismo, por supuesto: habla de los hombres y las mujeres, de las parejas de esposos o de amantes que han venido a sentarse a su sombra en el huerto que rodea el Castelo, la morada solariega de la familia construida en piedra como un castillo feudal; de lo que ha visto asomando sus ramas a las ventanas de la torre de la mansión; de los niños, que han nacido cerca de él y han crecido jugando entre sus nudosas raíces.

El árbol sabe que el destino trágico de la familia, un destino de violencia, depende de su sangre, del impulso que no pueden dominar, aunque después de cometer el acto impulsivo les pese de corazón.

El árbol –un árbol gallego, profundamente fatalista- no culpa a los hombres. Sabe que no pueden hacer otra cosa, aunque se lo imaginen: “Me sorprende que el hombre no se dé cuenta de ello –dice-. Sin embargo, fatalmente, lleva sus manos a donde tienen que ir.

“Mientras lo hacen, a veces les he oído decir: “He decidido...” Ahuecaban la voz mientras lo decían. Yo sabía que hablaban por hablar, y que acaba-

rían por reconocer, a solas, que llegaban a aquello porque sí... Yo también doy sombra independiente de que lo quiera o no...”

Los años de un siglo van pasando. El representante de la cuarta generación es un niño delicado y soñador, hijo del matrimonio mal avenido de un hombre “de acción”, y una bella mujer inconforme. El niño se llama Lorenzo. Ama al árbol como a un abuelo. Juega entre las raíces que ahora son gigantescas, escondiéndose entre ellas como si lo abrazaran. Precisamente, son demasiado grandes ya las raíces: están dañando los cimientos del castillo. El padre ordena que derriben el castaño. Va a vender el Castelo. Va a deshacerse de todo lo que representa la tradición. El es un hombre de negocios, de “estilo nuevo”. La violencia de la sangre en él se hace rebelión contra el pasado. Él es el presente. Pero el niño, Lorenzo, tiene sus pequeñas raíces entretrejidas en las del árbol. Suplica, llorando, que no lo derriben: “Papá, no”. –Niño, estáte quieto”. Nadie hace caso del niño: hay muchos hombres, con sogas, con azadas, con hachas, concentrados en la gran tarea de derribar el árbol. El árbol sigue hablando. Siente los golpes, la madera que se rompe, la savia que se escapa. Ve al niño que de lejos lo mira, ya sin lágrimas, con las manitas en los oídos para no oír los golpes, en gesto de tortura insufrible. Empieza a girar en el aire el inmenso tronco. El padre del niño toma un hacha y le asesta el hachazo final. El árbol al caer tiene, por última visión, la del niño que corre hacia él con los brazos abiertos, y lo último que oye son los gritos de todos: “El niño! El niño! ¡ese niño! “Y luego el silencio definitivo en que se hunde todo el pasado, con el árbol que lo ha vivido, arrastrando consigo al futuro, encarnado en el cuerpecito destrozado del niño.

La técnica que ha usado la autora para desarrollar su argumento es muy interesante; pero presenta dificultades que ella no ha podido vencer del todo. A la complicación de la trama de tantos personajes que no convergen todos en el espacio ni en el tiempo, y cuyo único nexo está sin embargo, en el espacio –(el Castelo) y en la sucesión en el tiempo de ciertos rangos y actitudes familiares, se une la limitación de que sólo hay un personaje que presencia y narra el conjunto. Es imposible que ese único personaje, un árbol, que está, por serlo, privado de la facultad de trasladarse de un sitio a otro, presencie otra cosa que escenas aisladas de la vida de los personajes humanos. Este hecho da a la obra un desarrollo desigual, como a saltos, la priva de unidad, porque una trama tan compleja sólo puede lograrse bien por un desarrollo flexible. La presencia del narrador estático produce al contrario rigidez. Además el final dramático, que es característico de la autora, pues lo emplea también en su novela premiada en 1950, *Viento del Norte*, no es un tipo de desenlace propio de la novela, sino de la obra teatral, o, como veremos más tarde, del cuento.

De todos modos, el procedimiento es audaz e interesante, y la obra tiene momentos de belleza.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Acursio: 6
Adams, Henry: 4
Aguirre, Mirta: 185, 223
Agustini, Delmira: 128, 129, 130, 205, 206, 207, 218, 219, 220, 221, 222
Alba Istlilxochilt, Fernando de: 27
Alberdi, Juan Bautista: 123
Albornoz, Rodrigo de: 22
Alcoforado, Mariana: 30, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150,
151, 152, 161, 162, 163, 169
Alemán, Teodorico: 14
Alvarado, Doña María de: 120
Alvarado, Jorge de: 38
Alvarado, Juana de: 38
Alvarado, Leonor de: 38
Alvarado, María de: 38
Alvarado, Pedro de: 20, 39
Alvarado Tezozómoc, Hernando: 27, 28
Alvear, Carlos de: 123
Anacreonte: 194
Anaya, Isabel de: 39
Angeles, Leonor de los: 44
Aquino, Santo Tomás de: 20
Aquitania, Leonor de: 6, 30
Aragón, Catalina de: 17
Araya, Doña Isabel de: 38
Arciniegas, Germán: 30
Arco, Juana de: 97
Archiduque Alberto: 12
Aristóteles: 13
Arteaga, Juana de: 38
Arzobispo de Toledo: 7
Asbaje, Juana de: 31
Avila, Santa Teresa de: 3, 8, 11, 15, 17, 18, 118, 137, 140, 141, 142, 150, 155,
161, 162, 169, 181, 205

B

Bacons, Diego de: 35
 Bach, Johan Sebastian: 209
 Balbuena, Bernardo de: 21, 153
 Balzac, Honoré de: 239, 240
 Bassuet: 168
 Bastidas, Rodrigo de: 20, 119
 Beethoven, Ludwig van: 115, 209
 Bellido, Andrea: 122
 Bernardo, San: 7
 Berruguete, Pedro: 10
 Bobadilla, Doña Isabel de: 118
 Bombal, María Luisa: 136, 243, 245
 Bonaparte, Napoleón: 241
 Borja, Francisco de: 42
 Borja, Isabel de: 13
 Borja, Tecla de: 13
 Borrero, Dulce María: 185
 Borrero, Juana: 185
 Bouquet: 163
 Braganza, Don Teutonio de: 140
 Bronte, Charlotte: 136
 Bronte, Emily: 136
 Byron, Lord: 239

C

Caba, María de: 38
 Cabrera, Miguel: 27
 Calderini, Beltina de: 6
 Cano Motezuma, Juan: 40
 Cano, Pedro: 40
 Cardenal Cisneros: 5
 Cardenal de Toledo, Don Gil Carrillo de Albornoz: 6
 Cardenal Jiménez de Cisneros: 15
 Carlos V: 8, 12, 29
 Carrillo y Sotomayor, Josefa de: 121
 Casa, Lila de: 42
 Castro, Diego de: 28
 Cazalla, María de: 17
 Ceo, Sor María de: 118, 155
 Cepeda, Lorenzo de: 141
 Cervantes y Saavedra, Miguel de: 135, 196, 198, 199
 Cervantón, Ana: 17
 Clara Hipólita: 17

Claudel, Raul: 113
Clement, Marguerite: 168
Coba, María de: 38
Coca, Alonso de: 8
Colón, Cristóbal: 18, 25
Colón, Diego: 18, 118
Concepción, Petronila de la: 43
Concepción, Sor Ma. de la: 44
Conde de Tendilla: 14
Conde Enrique: 7
Condes de Haro: 10
Condes de Paredes: 10
Constant, Benjamin: 241
Constantino: 71
Corazón de León, Ricardo: 6, 7
Córdoba, Alonso de: 10
Córdova, Alonso de: 15
Corneille, Pierre: 166
Cortés, Don Martín: 27
Cortés, Hernán: 20, 23, 28, 40, 119
Cristo, Sor Catalina de: 139
Cruz, Sor Juana Inés de la: 25, 27, 29, 30, 31, 111, 119, 120, 124, 134, 153,
154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 169, 171, 176, 177, 178
Cruz, Sor Marina de la: 43
Cruz Varela: 123
Cuéllar, Doña María de: 23
Cueva, Beatriz de la: 38
Curie, María: 87

CH

Chamilly, Noel Bouton de: 144, 145, 146, 147, 148, 149
Champagne, María de: 7
Chantal, Juana de: 161
Chapelain, Jean: 162
Chateaubriand, François René de: 239
Chopin, Frédéric: 209

D

D^a Leonor, Virreina: 175
Da Vinci, Leonardo: 115
D'Alembert: 148
D'Annunzio, Gabriel: 221
Dante: 7, 115, 120, 160, 189, 207, 214, 218
Delavigne: 125, 186

Deligne, Rafael: 180
Deligne, Gastón: 124
Díaz de Guzmán, Ruy: 27
Díaz de Montalvo: 9
Díaz del Castillo, Bernal: 24, 42, 121
Dolz, María Luisa: 109, 111
Doña Leonor de D: 21
Doña María: 19
Dumas, Alexandre: 239
Dupin, Aurora: 239
Duque de Alba: 10
Duque de Braganza Jaime IV: 143

E

Echevarría: 123
Einstein, Albert: 113
Eliot, George: 136
Encina Armanet, Francisco Antonio: 10
Encina, Juan del: 15
Enrique IV de Castilla: 7, 13
Enrique VIII: 17
Espinosa Medrano, Juan de: 27, 142, 143
evolucionen: 240

F

Fadrigue, Ana de Gallo: 38
Faulkner, William: 133
Felipe II: 5, 12, 15, 17, 35
Felipe III: 35
Fernández de Santa Cruz, Manuel: 178
Fernando el Católico: 19
Fray Joannes: 34, 35
Fray Juan de las Cabezas: 36
Fray Luis de León: 16, 17, 169
Furlong, Padre Guillermo: 16

G

Galindo, Beatriz: 13, 118
Galvido, Beatriz: 10
Gante, Fray Pedro de: 28
Garay, Francisco de: 20, 119
García, Inés: 42
Garza, Joan: 42
Gauguin, Paul: 127

Geraldini, Alessandro: 10, 14, 19
 Germana Necker, Ana María: 241
 Gibraltar y Africa, Fernando: 8, 9, 11
 Gil de Albornoz, D. Carrillo: 6
 Godoy, Lorenzo de: 42
 Goethe, Johann Wolfgang von: 115, 207, 222, 227
 Gómara, Francisco López de: 4
 Gómez de Avellaneda, Gertrudis: 109, 111, 124, 125, 126, 129, 185, 186,
 187, 190, 197, 198
 Gómez, Fray: 33
 Gorzadine, Battista de: 6
 Gosse, Edmund: 148
 Gracian, Padre: 139
 Grignan, Mme de: 164, 165, 168
 Grijalba, Juan de: 20
 Grijalva, Juan de: 23, 119
 Guerrero, Juana: 125
 Gutierrez de Moncon, Alonso: 42, 123
 Gutierrez, Isabel: 39
 Guzmán, María Isidra de: 118

H

Henriot, Emile: 143, 146
 Henríquez Ureña, Pedro: 119, 180
 Heredia, José María: 125, 153, 186, 188, 192, 197, 198
 Herodoto: 194
 Herrera, Fernando de: 120, 221
 Herrera y Reissig, Julio: 221
 Hojeda, Alonso de: 20, 119
 Homero: 193, 196, 199, 200, 207
 Horacio: 199
 Horozco, María de: 38
 Hostos, Eugenio María de: 111, 124, 143, 181, 183
 Huamán Poma de Ayala, Felipe: 27
 Huanca, Catalina: 29
 Hugo, Víctor: 239
 Hungría, María de: 12

I

Ibarbourou, Juana de: 128, 129, 136, 219, 222
 Ignacia, Sor Margarita: 157
 Isabel Clara Eugenia: 12, 17
 Isabel I de Castilla, la Católica: 7, 14, 15, 17, 25

J

Jenofonte: 194
 Jerónimo, San: 11
 Jesús Huamán, Catalina de: 29
 Jesús, Sor Isabel de: 118, 139
 Joannes, Fray: 33
 Joliot-Curie, Irene: 113
 Joyce, James: 133
 Juan II: 7, 10
 Jung, Karl: 114

L

La Fontaine: 166, 168
 Lafayette, Mme de: 136, 162
 Lafinur: 123
 Lange, Norah: 131
 Larrea, Juan: 123
 Lebrija, María Francisca de: 10, 118
 Lobo, Cristóbal: 42
 Lope de Vega y Carpio, Félix: 117, 118, 120
 López, Francisco: 42
 López, Isabel: 39
 López, Margarita: 38
 Loynaz, Dulce María: 185
 Luis IX, Rey de Francia: 14
 Luis VIII: 13

M

Madame de Sevigné: 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169
 Marcaida, María: 23
 March, Aussior: 13
 Margarita, Francisca: 162
 María Enriqueta: 128
 Mariano, Gaspar: 6
 Marineo, Lucio Sículo: 10, 14, 17
 Mariscal Turena: 165
 Marqués de Moya: 9
 Marqués Enrique de Sevigné: 162
 Marquesa de Monteagudo: 10, 14
 Martí, José Julián: 115
 Mártir de Anglería, Pedro: 10, 14
 Marx, Carlos: 127
 Matamoros, Mercedes: 125, 185

Maugham, Somerset: 142, 148
 Mayel, Juana.: 41
 Medrano, Lucía: 14
 Medrano, Luisa de: 10
 Mejía, Ana: 38
 Mendeville, Jean Baptista de: 123
 Mendoza, Doña Elvira de: 21, 119
 Mendoza, Leonor de: 143
 Menéndez de Avilés, Pedro: 21
 Menéndez y Pelayo, Marcelino: 21, 120
 Mestre, Laura: 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200
 Mexía, Isabel: 39
 Mexía, Mundo: 39
 Mistral, Gabriela: 113, 119, 128, 129, 130, 153, 156, 174, 201, 202, 203,
 221, 222, 234
 Moctezuma: 39
 Moctezuma, Isabel: 39, 40
 Molina, Francisca de: 38
 Molina, María de: 38
 Molina, Tirso de: 21, 30, 118
 Monseñor, Nuncio Lega: 11
 Monteagudo: 123
 Moro, Tomás: 26
 Motolinía: 28

N

Narváez, Panfilo de: 21
 Navarra, Blanca de: 13
 Nebrija, Francisca de: 6, 14, 17
 Nervo, Amado: 30, 31
 Nevares, Marta de: 120
 Nicolás Antonio: 17
 Nightingale, Florence: 97
 Noailles, Ana de: 219, 220, 230
 Novella, María de: 6
 Núñez Cabeza de Vaca, Alvar: 21
 Núñez de Balboa, Vasco: 119
 Núñez de Vela, Virrey Blasco: 27

O

- Ocampo, Silvina: 229
 Ocampo, Sor María Bautista: 17
 Oliva, Martín de: 172
 Ortiz, Antonio: 39
 Ots Capdequí, José María: 18, 19
 Ovando, Leonor [López] de: 119

P

- Pacheco, María: 10, 14
 Parma, Margarita de: 12
 Paulo III, Papa: 20
 Piadosa, Marta la: 30
 Picasso, Pablo: 113
 Picón Salas, Mariano: 4
 Píndaro: 194
 Pizarro, Francisco: 21, 119
 Pizarro, Gonzalo: 27
 Ponce de León, Juan: 20, 119
 Portal, Magda: 131
 Pretrarca, Francesco: 7
 Pulgar, Hernando del: 15

Q

- Quijano, Alonso: 18, 135
 Quiroga, Obispo Vasco de: 26

R

- Rabelais, François: 168
 Rabutin-Chantal, María de: 161
 Racine, Jean Baptiste: 166, 168
 Ramírez de Fuenleal, Obispo: 20
 Rely, F.: 17
 Rivadavia, Bernardino: 123
 Rohan, Charlotte de: 163
 Rosas, José de: 123
 Rousseau, Juan Jacobo: 148
 Ruíz de Corral, Phillippe: 35
 Ruíz de Martos, Antón: 39

S

- Saavedra, Rodrigo de: 39
Safo: 87, 194
Salavarieta, Policarpo: 122
Salazar, Eugenio de: 21, 119
Salazar y Molina: 174
Salustio: 194
Sámamo, Juan de: 28
San Fco, Sor Petra de: 45
San Jerónimo, Sor Ana de: 118
San Jorge, Juan de: 6
San José, Catalina de: 44
San José, Sor María de: 137
San Juan, María de: 43
San Martín, Francisca de: 38, 123
San Martín, José de: 122
San Miguel, Francisca de: 43
San Pedro, Alonso: 39
San Pedro, Beatriz de: 39
Sánchez de Mendeville, María: 123
Sánchez, Isabel: 39
Sánchez Mexia, Gonzalo: 39
Sánchez, Misia Mariquita: 123
Sánchez Moguel, Antonio: 30
Sánchez, Socorro: 122
Sand, George: 136, 239
Sangre de Cristo, María Vicenta de la: 43
Santa Cruz Pachacuti, Juan de: 27
Santa Teresa, Sor Gregoria de: 118
Santiago, doña Francisca de: 29
Sarmiento, Domingo Faustino: 123
Sayabedra de Sevilla, Isabel de: 38, 39
Scudery, Mlle de: 162, 163
Segalá y Estalella, Don Luis: 194
Sena, Catalina de: 21, 97
Sevigne, Mlle de: 163
Shakespeare, William: 115, 118, 196, 198, 207, 239
Sidelgasta: 6
Soto, Hernando de: 103, 119
Staël, Mme de: 241
Stein, Gertrude: 133
Stendhal, Marie Henry Beyle: 147, 148
Storni, Alfonsina: 128, 131, 222
Suárez, Juan: 23
Suárez, Virreina Catalina: 23

T

Tácito, Publio Cornelio: 166, 194
 Taine, Hippolite: 141, 142
 Thompson, Martín: 123
 Toledo, duque de Alba, Fadrique de: 18
 Toledo, Fernando de: 18
 Toledo, María de: 18, 21, 118, 119
 Toledo, Molina y Salazar, D. Antonio Sebastián de: 174
 Toledo, Virreina María de: 23
 Trinidad, Sebastiana Josefa de la: 44
 Tristán, Flora: 126, 127
 Trotula: 6
 Troyes, Christian de: 7
 Tucídides: 194

U

Ubeda, Arteaga de: 38
 Ureña, Salomé: 124, 179, 180, 181, 182, 183

V

Vaca de Castro: 29
 Valero, Virrey Marqués de: 45
 Vasco Núñez de Balboa: 20
 Vaz Ferreira, María Eugenia: 128
 Velasco, Jerónima de: 121
 Velázquez, Diego: 20, 23, 119
 Vilches, R. Acuña: 5
 Villalobos, Pedro de: 42
 Villar Buceta, María: 56
 Villon, François: 7
 Vírgenes, Sebastiana de las: 43
 Virgilio: 166
 Vives, Luis: 6
 Volaños, Leonor de: 39

W

Woolf, Virginia: 113, 133, 136

X

Xenes, Nieves: 125, 185

Y

Yisulfo, Salerno: 6

Yupanqui, Tito Cusi: 27, 28

Yuricardo, Roberto: 5

Z

Zambrana, Don Ramón: 189

Zambrana, Luisa Pérez de: 125, 185, 186, 190, 198

Zumárraga, Obispo: 26

Índice general

MUJERES EN LA COLONIA	1
MUJERES DE LA COLONIA I	3
MUJERES DE LA COLONIA II	13
MUJERES DE LA COLONIA III	23
ANEXOS	
DEL ARCHIVO DE INDIAS	33
MONJAS ESCRITORAS	43
MUJER Y SOCIEDAD	47
EN LA CÁRCEL DE GUANABACOA	49
LA MUJER ANTE EL PROBLEMA	
DE LA GUERRA Y LA PAZ	53
PALABRAS INAUGURALES DEL TERCER CONGRESO NACIONAL FEMENINO ...	61
FEMINISMO	65
DISCURSO EN LA ASOCIACIÓN DE MUJERES UNIVERSITARIAS	87
LA CONTRIBUCIÓN DE LA MUJER A LA SOCIEDAD DEL FUTURO	91
LA MUJER INTELECTUAL Y EL PROBLEMA SEXUAL	95
PALABRAS EN LA SOCIEDAD DE MUJERES AMERICANAS	99
LA MUJER EN CUBA	103
LA MUJER EN LA LITERATURA Y EN EL ARTE	107
LA MUJER Y LA CULTURA	109
LA MUJER EN LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS	117
LA CARTA COMO FORMA DE EXPRESIÓN LITERARIA FEMENINA	133
CARTAS DE AMOR MUNDANO: MARIANA ALCOFORADO.	142
LA CARTA DE POLÉMICA SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ	153
LA CARTA COMO CRÓNICA: MADAME DE SEVIGNÉ.	161
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (ESTUDIO BIOGRÁFICO)	171

HOMENAJE A SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ	179
DOS POETISAS CUBANAS	185
LAURA MESTRE, UNA MUJER EXCEPCIONAL	191
PRESENTACIÓN DE GABRIELA MISTRAL	201
DELMIRA AGUSTINI.....	205
HOMENAJE A MIRTA AGUIRRE	223
EN TORNO A LA POESÍA DE SILVINA OCAMPO.	225
LUCÍA, 1895	233
MISCELÁNEA CRÍTICA.....	237
NOVELISTAS FRANCESES DEL PERÍODO ROMÁNTICO.	239
JORGE SAND (1804-1876)	239
MME. DE STAËL	241
NOTAS SOBRE OBRAS DE AUTORAS HISPANOAMERICANAS	243
LA AMORTAJADA , DE MARÍA LUISA BOMBAL	243
AVES SIN NIDO, DE CLORINDA MATTO DE TURNER	245
LA SANGRE (ELENA QUIROGA)	249
ÍNDICE ONOMÁSTICO	251

